ARMONÍA Y DEPENDENCIA

ENTRE

EL CATOLICISMO Y LA RAZON QUE LO RECHAZA,

ENTRE

SU MORAL Y EL CORAZON QUE LO REPUGNA;

Ó SEA

ARMONÍA ENTRE LA MISION DE LA IGLESIA DOCENTE Y LA NATURAL,
LEGÍTIMA ASPIRACION DE TODA LA HUMANIDAD SOBRE LA TIERRA

por el Doctor

D. VALERO PALACIN Y CAMPO,

Vicario General que ha sido de la Diócesis de Huesca, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de la misma, y Presidente de la Junta superior de Instruccion pública de la provincia, etc., etc.

HUESCA:
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE JOSÉ IGLESIAS,
calle del Coso, núm. 14.
1870.

ÍNDICE.

SECCION PRIMERA (1).

Cual es la organizacion en que la humanidad debe marchar sobre la tierra hacia su fin: entrañado este y vinculado esclusivamente en el catolicismo, la vida de familia, base de él en individuo y en Estado, es la organizacion *inalterable* en que la humanidad debe marchar hacia su término. . . . . .

PARTE PRIMERA.

El fondo de la religion y el fondo de la moral del cristianismo se encuentra depositado en su legítimo germen en el corazon del niño.
El desarrollo de ese germen debe hacerse precisamente en la escuela de familia. . . . . .
En esa escuela el corazon se desarrolla en dos direcciones ó sentidos que confluyen en un punto donde está la asecucion de un fin completo. . . . . .

(1) Véase la nota de la página 25.

Desarrollándose por un sentido se forma hijo perfecto en cuanto cabe; por el otro, buen hermano, con todas las calidades que pueden formarle tál. . . . . .

Allí se prepara á la amistad: la amistad es necesaria, su estension, su duracion: importante estravío de la época en órden á la amistad aniquilando la vida de familia. . . . . ,

Solamente preparado en las dos condiciones de buen hijo y buen hermano, puede el jóven pasar al papel de hombre en sociedad.

La preparacion que recibió por el primer sentido, es la única capaz de hacerle buen ciudadano en cuanto súbdito de autoridad; la que recibió por el segundo, la única de presentarle entre los hombres en cuanto conciudadano, con todas las prendas y habitudes de respetarles en todos sus derechos, y aun amarles; y de ser respetado y aun querido, estableciéndose así ese equilibrio y espontánea armonía de interés y de afecciones que son, y no el temor ni la presion de la fuerza, la razon de ser del vivir social.

PARTE SEGUNDA.

Los sentimientos de naturaleza que en la escuela de familia se desenvolvieron, haciéndole hijo completo, hermano, amigo, súbdito, conciudadano, son la preparacion que el Criador tiene ordenada espresamente para pecibir al mismo tiempo la vida del cristianismo. . . . . .

Solo en familia existen los elementos que Dios ha hecho indispensables y que tiene allí ordenados para formar cristiana el alma y cristiano el corazon. . . . . .

Hecha la *preparacion* para la vida de cristiano y *recibida* una vez, solo en familia se *consolida* esa vida, allí solamente se lleva á su *perfeccion* y solo allí se *conserva* y *perpetua* como en su asilo propio hasta la muerte.. . . . . .

PARTE TERCERA.

La vida de familia, por solo los tiernos lazos de *naturaleza* tenia que durar más allá del sepulcro, porque más allá del dia en que quedan sus individuos sepultados se conservan sus afecciones y memoria; pero hecha cristiana á la vez, segun es designio de la Divina Providencia, esos vínculos, esos derechos en unos, y en otros esos deberes se prolongan hasta la misma eternidad.

Las naturales afecciones de los que en el mundo quedan, amparadas en la fé y en la esperanza, se estienden hasta allá para con los que anticiparon con su muerte su partida; y juntos todos una vez ya en la eternidad, allí comienza en su apogeo ese vivir que en el hogar se diseñó incompleto y que jamás ha de acabar.

PARTE CUARTA.

Teoría de la autoridad engeneral basada en los principios que preceden. . . . . .
Tipo á que debe amoldarse todo hombre constituido en autoridad.
Teoría del poder supremo. . . . . .
La pena de muerte que el padre no puede imponer á sus hijos ¿se opone á que el poder supremo recibido de los padres ejerza su autoridad paternalmente?. . . . . .
Estado no cristiano. . . . . .
Estado cristiano. . . . . .
Iglesia. . . . . .
Problemas presentados en toda su precision y exactitud y que, resueltos en demostracion patente, completan la mision del poder respectivo del Estado y de la Iglesia en órden al fin de la humanidad sobre la tierra. . . . . .

SECCION SEGUNDA.

Antorcha en que la humanidad tiene que fijar sus ojos si ha de encaminar firme su paso en ciencia y en religion para marchar á su fin en la presente vida y la futura. . . . . .

PARTE PRIMERA.

Tránsito de la razon á la fé; de la ciencia humana á la divina.
La filosofía que no se subordina á la fé no es ciencia sino error.
Error de la época presente. . . . . .
La razon emancipada de la fé conduce, en religion, á la incredulidad, en filosofía, al escepticismo. . . . . .
Errores teóricos en dogma que conducen, é históricamente han conducido á la negacion de toda responsabilidad moral en las acciones. . . . . .
Errores teóricos en Psicología que conducen, é históricamente han conducido á la negacion de toda regla de costumbres en el órden natural. . . . . .
Por sendas que el hombre de mera razon conoce, el racionalismo es conducido hasta el orígen de la Iglesia, cuya enseñanza habrá de recibir de la Docente, ó renunciar á salvarse. . .
Al racionalismo, despues de ser benignamente acompañado hasta el umbral de la Iglesia, se le hace entender que la *mision* de enseñar al mundo, lo mismo que las *verdades* y la *moral* que enseña, no son cosa de los hombres, si es que tan divino todo cual los és el Fundador. . . . . .

PARTE SEGUNDA.

El racionalismo, reo convicto y confeso de su impotencia y su soberbia, detenidamente preparado y advertido para escuchar con interés y confianza la enseñanza de Jesús por los lábios de su Iglesia, tiene que escuchar atento el desarrollo sucesivo del siguiente capital asunto. . . . . .
Tratado de paz celebrado sobre el Gólgota entre Dios y la humanidad entera; el Dios-Hombre firma por el Eterno, el Hombre-Dios por el mortal; tres bases de ese universal é irrevocable tratado. . . . . .
Llamada la humanidad al seno de la Iglesia y conocido ya el pacto, véase lo que la Docente enseña sobre moral universal. . . .
La moral del cristianismo demuestra por sí sola, y en conformidad con la razon, que las inclinaciones del corazon humano, no por ser naturales son regla de conducta, si es que, por el contrario, son desvíos de la verdadera norma de las acciones humanas que esa misma moral cristiana rectifica. . . . . .
Plan de hacer esa imprescindible rectificacion; de destruir sus vicios naturales y de formar virtudes cristianas sacadas de la lucha con su respectiva tendencia natural. . . . . .
Cuál debe ser la incesante aspiracion del hombre, cuál el ejemplar que debe ir dibujando cada dia. . . . . .

PARTE TERCERA.

El Cristianismo demostrado por la misma condicion humana, y considerado en sus mas trascendentales relaciones. . . . .
La propaganda anti-católica en todas sus fases y actitudes para precipitar la desercion ó abandono del catolicismo no nace de error precisamente, sino de viciado corazon. . . . . .

Quien intenta seducir, se hizo incrédulo é intenta hacer á los demás, para ser él inmoral. . . . . .

El inmoral ya é incrédulo, confiesa sin saberlo él, las mismas verdades que negó para llegar á serlo. . . . . .

Los misterios que el hombre dice *no son* condenan en el hombre su ignorancia. . . . . .

Sobre todo, la moral que dice *no debe ser* condena en el hombre su malicia. . . . . .

Espuesta y vindicada en su *conjunto* la divina religion: espuesto y vindicado en *detalle* el católicismo simbolizado en sus misterios; y su moral divina en las virtudes que mas la caracterizan, es natural aspirar á que la verdad y la bondad patentes ya den en el corazon el fruto de la virtud; y siendo el primer paso la absolucion sacramental ciñese su eficacia ó resultado á *una sola* condicion indispensable al *perdon*, indispensable á la *sólida virtud*. . . . . .

Lo sustancial de toda la moral cristiana metódicamente aplicada á formar cristiano práctico al hombre en todas las situaciones de la vida. . . . . .

SECCION TERCERA.

La humanidad que físicamente vive, se mueve y és dentro de Dios, tiene que marchar hácia su fin unida en su voluntad y hasta en interior union tambien física con Dios. . . . . .

PARTE PRIMERA.

El cristianismo no es abstraccion; es union real é íntima del hombre con Dios en su justificacion. . . . . .

El cristianismo revindicando uno á uno todos los lazos que estrechan al hombre con su Criador, y al cristiano con su Salvador,

es en último término el grado de más íntima union con Dios á que es dado al hombre llegar sobre la tierra en el prodigio de la Eucaristía. . . . . .

PARTE SEGUNDA.

La humanidad, aun sin saberlo, marcha á su fin protegida por la accion divina contra las adversidades que esperimenta en el camino, convirtiéndolas, de ingeniosa manera, en motivos de desprenderla de la Tierra. . . . . .

Existe una providencia que, cuando el hombre, abusando de su libertad, trastorna el plan de Dios, de su mismo trastorno hace aparecer otro mejor. . . . . .

Existe una providencia que, aprovechando todo abuso de la libertad humana, los dispone todos y encamina á la salvacion de cada hombre en singular, último esfuerzo que sirviendo de complemento al plan divino, va desembozándose como gran cúpula que, escondida en elevados designios cual en impenetrable bruma, corona su asombroso monumento donde se encierra el último pensamiento de Criador y Redentor. . . . . .

Penetrado el hombre de que la divina Providencia tiende á desprender su corazon de lo mundano atrayéndole á la cruz, comprende que solo el humilde como ella puede vivir con dignidad en la tierra, y solo el humilde puede conseguir el cielo, siendo la humildad el último grado de desprendimiento del mundo y que más aproxima á la otra vida. . . . . .

PARTE TERCERA.

La gran nave de la religion católica donde la humanidad marcha á su término, está anclada, en toda tormenta, en el mar proceloso de los errores y pasiones, por dos áncoras inmobles que

ni los errores ni las pasiones alterarán jamás.. . . . . .

Gloria preparada que esperar. . . . . .

Infierno seguro que temer. . . . . .

La resurreccion del hombre, que es la inmortalidad de su carne y de sus huesos, es la garantía más *práctica* del dulce morir que espera al justo y de su dicha eterna; siendo á la vez la última confirmacion, y el testimonio mas *palpable* de la sentencia y de la pena eterna que tiene que esperimentar el infractor del plan de Dios.. . . . . .

El Dogma de la resurreccion estudiado por la razon sola, estudiado por la fé. . . . . .

¡Dios con Madre! . . . . . .

Último complemento del Catolicismo: el hombre de mera razon que lo despreciaba todo, escluyendo solamente lo que vé, acaba por reconocer y confesar que hasta sus huesos y su carne están elevados al rango de la inmortalidad, y al Ser Eterno y al inmenso lo reconoce ceñido á la ley de los nueve meses, y plegado en el seno de Madre natural como la suya. . . . . .

El plan divino en desenlace. . . . . .

CENSURA.

M. I. S.

Aceptada con placer la comision que con fecha 15 del actual se sirvió V. S. hacerme de examinar la obra titulada «*Armonía y dependencia entre el Catolicismo y la razon que lo rechaza, entre su moral y el corazon que la repugna; ó sea armonía entre la mision de la Iglesia docente y la natural legítima aspiracion de toda la humanidad sobre la tierra,*» escrita por el Dr. D. Valero Palacin, canónigo Magistral de esta Santa Iglesia Catedral, deber mio indedinable es manifestar á V. S., que he leido con atencion y examinado con madurez la espresada obra y nada he hallado en la misma digna de censura desde el punto de vista de la fé y moral católicas; antes por el contrario la considero como un arsenal precioso que suministra recursos muy poderosos para defender la una y afianzar la otra, siendo bajo este doble concepto altamente recomendable, como no lo és ménos bajo el aspecto científico y literario, en términos, que la creo llamada á llenar un vacío inmenso que se advierte en la sociedad presente sumida en profundo letargo á consecuencia de la falsa ciencia que la oscurece y eclipsa, y de la viciada moral que la enerva y debilita.

El autor conoce y descubre los males crónicos que aquejan á la moderna sociedad, y no contento con señalarlos, se propone depararla los remedios necesarios á su radical y pronta curacion. A la falsa ciencia opone la verdadera ciencia, y á la moral viciada la moral santa que han de obrar de consuno el doble prodigio de ilustrar el entendimiento y reformar el corazon del mundo. Orígen y causa del general transtorno es, en concepto del autor, el Genio del mal adorado por la naturaleza prevaricadora; causa y orígen de su universal restauracion es, en sentir del mismo, el Salvador que ha sellado con su sangre la fé y la moral depositadas en poder de la Iglesia docente.

Colocado en este punto culminante, con su mirada de águila, divisa dilatados horizontes que el mismo recorriera ántes con paso seguro, y respirando un aire de majestad y de dominio ha recogido con esquisita solicitud y elegido con acertado tino todos los elementos, que en el campo de la verdad ha encontrado dignos de figurar en el vasto plan que presenta á los ojos de la humanidad desventurada y digna de mejor suerte.

No hay más que leer las primeras páginas de esta preciosa obra, y si el que esto hace, posee un espíritu desapasionado y reflexivo comprenderá facilmente las prolongadas vigilias y extraordinarios sacrificios que ha debido interponer el autor para atesorar y coordinar tan ricos caudales de verdad y de luz, que ofrecidos ó presentados con suma habilidad y maestría no puede menos de realzar el ánimo más apocado y ablandar el corazon más empedernido.

Y es que aquí se vé al filósofo que percibe, juzga y discurre sobre todo lo que le interesa, no á ligera y superficialmente, sino con aplomo y profundidad admirables; al metafísico que imbuido en los principios ontológicos escudriña las esencias, propiedades y atributos de los seres, dándose razon exacta de Dios, del mundo y del hombre en sus mútuas y variadas relaciones; al físico que de las leyes generales y especiales de la naturaleza saca el partido que conviene á sus elevadas miras; al naturalista que descubre los tres famosos reinos animal, vejetal y mineral poniéndolos á su servicio en confirmacion y apoyo de su causa; al historiador, al geógrafo, al cronólogo, al retórico, al hombre versado en todos los ramos del saber humano natural.

Pero no es esto todo. El autor ha demostrado en esta obra su pericia en el derecho natural, divino, eclesiástico y civil antiguo y moderno, ha puesto de manifiesto sus conocimientos poco comunes en patrología, historia de la Iglesia y..... lo diré de una vez: el autor ha acreditado la luz de su inteligencia cuyos resplandores emite con acertada

direccion, ora trate de las cosas divinas, ora se ocupe de las humanas. y lo que es más sorprendente todavía, revela ostensiblemente haber hecho un estudio especial y profundo, no puramente especulativo, sino fundamentalmente práctico de la única ciencia importante y necesaria, de la ciencia de bien vivir y de la teología mística en su más genuina y lata acepcion.

Al espresarme en la forma que lo hago, nadie que lea esta obra y la medite me juzgará exagerado ni tendrá la avilantez de atribuirme miras mezquinas que no caben en mi carácter de censor, que severo é imparcial ante todo he procurado inspirarme tan solo en los fueros de la verdad y el dictámen de mi conciencia que me dice hallarse reunidos los caractéres de verdad, bondad y belleza, recomendados por todos los tratadistas en las obras de este género. Fundado en tan poderosos motivos, repito lo que he espresado arriba, á saber: «que esta obra es bajo el punto de vista de la fé y moral católicas altamente recomendable, como no lo es ménos bajo el aspecto científico y literario, en términos, que la creo llamada á llenar un vacio inmenso que se advierte en la sociedad presente sumida en profundo letargo á consecuencia de la falsa ciencia que la oscurece y eclipsa y de la viciada moral que la enerva y debilita.»

De estos precedentes se desprenden lógicamente mi dictámen de que se dé á luz, y mi deseo sincero de que circule con rapidez por todos los ámbitos del mundo y singularmente por los de nuestra querida España.—Dios guarde á V. S. muchos años.—Huesca 25 de Mayo de 1870.—Dr. Mariano Buera, Presbítero Canónigo y Catedrático de Sagrada Teología.

LICENCIA.

Nos *el Dr. D. Vicente Carderera y Potó, Presbítero, Abogado de los tribunales nacionales, canónigo doctoral, Vicario capitular, sede vacante, por el Illmo. Cabildo de la Santa Iglesia Catedral de Huesca, y en lo espiritual y temporal Gobernador eclesiástico de este Obispado y de los Abadiados de Montearagon y de S. Victorian, etc.—Por la presente y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada* **Armonía y dependencia entre el catolicismo y la razon que lo rechaza, entre su moral y el corazon que la repugna; ó sea armonia entre la mision de la Iglesia docente y la natural, legítima aspiracion de toda la humanidad sobre la tierra,** *escrita por el Dr. D. Valero Palacin, Canónigo Magistral de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad, mediante que de nuestra órden ha sido examinada, y no contiene cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral segun la adjunta censura que se nos ha presentado.=Huesca 25 de Mayo de 1870.=Dr. Carderera.=Por mandado de S. S., Andrés Lacostena, Secretario.*

FÉ DE ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
4	26	á ligera.	á la ligera.
35	15	el.	en el.
39	6	Vonet.	Bonnet.
48	23	frescos.	frescas.
49	15	le.	la.
69	3	reparado.	preparado.
110	23	humanidad.	humildad.
112	21	roble.	noble.
115	25	hai.	ahí.
117	18	reduzcan.	seduzcan.
140	12	esterior.	estertor.
172	6	abtracion.	abstraccion.
216	20	vasallador.	valladar.

AL EXCMO. É ILLMO. SEÑOR

D.R D. MIGUEL SANZ Y LAFUENTE,

FISCAL DE LA ROTA DE LA NUNCIATURA, MIEMBRO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, ETC., ETC., ETC.

EN PRUEBA DE PROFUNDA GRATITUD Y RESPETUOSA AMISTAD,

SU DISCÍPULO

Valero Palacín y Campo.

INTRODUCCION.

I.

Una proposicion vamos á sentar que escandalizará á casi todos los lectores; las sociedades modernas se han declarado protestantes. Se han declarado hemos dicho; dejábamos sin manifestar aún que mucho ántes ya lo eran.

Ningun fenómeno, así en el órden físico como en el órden moral se ha presentado jamás sin una causa que, aunque oculta, lo produzca. Tanto tiempo como haya que el racionalismo se halla estendido por todas las naciones del continente Europeo, y aun del mundo, tanto hace que las sociedades modernas son ya en el fondo protestantes.

Miéntras que en una familia es solo un hijo el díscolo, en un estado un partido, en un continente una nacion, no hay porque temer un inmediato trastorno; el hijo, el partido, la nacion abrigan sus desvíos de una manera vergonzante entre los que rodean á cada una de esas entidades en su respectivo círculo.

Pero cuando las guerras han puesto en contacto personas y aun naciones diferentes; cuando los mares no alejan ya á las sociedades entre sí y los continentes se cruzan con la velocidad del rayo, formando de la tierra como una sola ciudad donde se reunen transeuntes de todas las comuniones; desde entónces esos elementos discordantes de la respectiva sociedad en que vivian callando en público y haciendo incesantemente propaganda, aunque subterránea y aislada, se han buscado, estrechado la mano y fraternizando y prestándose recíprocamente toda suerte de auxilios y de fuerzas, adquiriendo aliento así y con aliento esperanza y con esperanza brio, de sociedad subterránea se ha presentado dominante.

En cada estado eran pocos; pero ¡oh! eran la parte de accion, de propaganda, de seduccion, de dolo, de soborno, de fuerza; de esos hombres á quienes no contiene ningun dique, ningun motivo moral, ni en lo humano ni divino, con todo el entusiasmo á más que inspira el error que halaga, aprendido por verdad. Su impulso no lo hizo todo: el hombre es flaco; habia mucho egoismo, y léjos de cruzarse á detener la avenida la dejó pasar con bárbara frialdad; habia mucha hipocresía, y esa parte de la gran masa social, en lugar de resistir, se dejó llevar por la corriente en disgusto al parecer, con gozo en el corazon.

El racionalismo con accion; sin resistencia positiva y relevado por sí mismo del respeto á esa gran parte de resistencia pasiva que otra no puede oponer, debia triunfar y al fin triunfó.

De sociedad tenebrosa subió á ser la sociedad en la luz, subió al poder y el racionalismo para quien ni existen las verdades eternas reveladas, ni la moral del Evangelio debia estampar su rúbrica y su inicial en todas las hechuras suyas y lo ha hecho: uno trás otro los estados han ido unificando sus instituciones que, *en sí mismas* ni tacháramos aun sin intento, ni es nuestra mision tachar sino sentir honda pena y espresarla al advertir que están formadas con deduciones legítimas del racionalismo, amalgamadas con su acerbo jugo, su veneno, pudiendo purificarse con solo hermanar, hermanos son, la razon y el Evangelio.

Por lo demás, hasta improcedente fuera, sería un contra-principio que fuese la política cristiana, siendo la moral del individuo, la moral del gentilismo. Que si estas sociedades nuevas, hablando de aquellas en que la razon *sola* es *soberana*, no parecen completamente gentiles, presidiendo todavía cierta dignidad que se respira tambien por todos los asociados, es que, sin saberlo ellas y sin advertir que las delata, conservan algo del sentimiento cristiano que tanto estorbo les hace ó que en tan poco aprecio tienen.

Con principios sanos de moral el hombre desbarró siempre ¿qué hará con la moral universal que al fin parará en el solo instinto? De principios sólidos de la ciencia de regir á las naciones se abusó por ignorancia á veces, por amor propio muchas más; de principios falsos ¿qué esperais? ¡Desgraciada humanidad!

Vimos en una ocasion que roto el amarre de improviso, marchaba suelta una gran barca en imponente rio; desde la márgen el barquero con varios atletas más, le arrojan un serpentin de hierro al estremo de buen cable; la detienen un momento, háceles perder luego terreno; redoblan su esfuerzo hercúleo y la detienen otra vez; mayor ímpetu del rio les hace retroceder, cuando en esa lucha de críticos momentos, de entre la muchedumbre de espectadores alejados un hombre escuálido, débil, tan débil que apenas acertaba á sostenerse en pié, se adelanta sobre vacilantes pasos y aplica su mano al cable.

En ese hombre que nos escitó la compasion y nada más estábamos pensando cuando tomamos la pluma para escribir «el Testamento de un demócrata cristiano» el año próximo pasado; y en él y bajo la misma sensacion que nos causó, estamos pensando por segunda vez.

II.

«Gérmen hoy, podria acontecer que, recibiendo nuevas capas de sustancia propia, llegase á tomar las proporciones de fruto en completo desarrollo y en sazon.»

Esto que dejamos consignado en el opúsculo aludido es lo que en parte nos proponemos llevar á ejecucion ahora. Y, atentos á lo ofrecido, el gérmen, gérmen se queda de la obra que resulte de más ó ménos dimensiones hoy, si bien no entera.

Una advertencia creemos del caso hacer para evitar un error.

En un modelo trabajado en escultura, representando el edificio que se piensa construir, habreis echado de ver que, siendo el pensamiento el mismo, es idéntico su plan. Prolónganse, sí, en su base cada una de las líneas en mucha más estension horizontal, lo mismo que en su elevacion; más corpulencia presentará en su armónico total, y cada seccion parcial más espesor; pero ajustado todo á ese modelo en tan inflexible proporcion que la diferencia existe solamente, como en dos fotografías, en la proporcion de miniatura á la estension de natural; no hay moldura, ni imperceptible filete en la segunda, que, más en pequeño, no preexistiese en la primera.

Nó: el pensamiento del opúsculo es, en verdad, el pensamiento de la obra, él se difunde en toda ella, se ramifica; es su nervio, su accion, su vida; pero el librito en sí mismo no es la miniatura de la obra entera; es el cimiento, el firme, y ese primer cuerpo á toda prueba, que tiene tranquilo al arquitecto que edificó sobre él sin temer que se conmueva.

¿Es esta una obra apologética del Catolicismo? En el siglo segundo Tertuliano, y entre otros, más estensamente San Agustin en el cuarto, dejaron en su conjunto el cristianismo con tanta

maestría vindicado humanamente de los ataques humanos contra el cristianismo y los cristianos por su profesion de tales, que, despues de tantos siglos de catolicismo, inflexible en su dogma y su moral, seria dar á entender que la divina religion habia muerto ó caducado, y que un nuevo catolicismo se abria ante la humanidad ó principiaba nueva Era.

Basta traer á la memoria que su verdad, su esclusiva verdad se presentó en el mundo acompañada de tan incontrastables y á la vez tan asombrosos testimonios, que el mundo de buena fé no pudo ménos de abrir sus brazos y estrecharle contra su corazon.

El milagro en quien tiene la mision de anunciar la buena nueva, y el martirio que, cuando se le quiere hacer callar, prefiere: el martirio en quien se quiere hacer apóstatar de lo que oyó, y el milagro, dando fé en sus cenizas y reliquias de que su muerte fué *martirio* y no *supersticion* ni ceguedad, apología son tan elocuente, tan divina, que no necesitó de la lengua de los hombres para nada.

Solo el error de las antiguas escuelas, el orgullo ajado, el error del corazon y la frialdad de la malicia, defendiéndose taimadamente, y ofendiendo trás el corcomido armazon de la ciencia humana, hizo necesaria la envestida y la defensa á la vez con fuerzas de la misma arma.

El catolicismo, pues, no necesita ya ser vindicado, ni que le exalten tampoco para hacer que prevalezca ni sobre falsa religion ni sobre secta.

Y sin embargo el catolicismo vive lánguido, está enfermo, está mortal. Morir no morirá; en otro continente le veriais nacer y floreciente antes que en Europa falleciera; hoy por hoy en esta parte del Globo su enfermedad es mortal. El catolicismo del siglo diez y nueve está reclamando una *peculiar* apología, porque está amagado de un gran mal. ¿Sabeis cuál es el mal que amaga?

Le amaga la desercion. Lo que necesita hoy el catolicismo es, ser más á fondo conocido, y lo que á la sociedad le hace imperiosamente falta está, en ser desimpresionada de esa lúgubre apren-

sion de que el catolicismo es esa nube de plomo que aplasta sombría el alma y lleva en prensa el corazon.

Ah! La mente, el génio de Dios, es la mente el génio de su religion; y cual es esa mente y ese génio, lo sabeis? Es la grandeza del alma; en todo la elevacion. El carácter de Dios está estampado, decimos mal, está vivificando, dando la existencia á su moral, á esa moral que os aterra al escuchar el nombre, estáticos de pavor. Y ese carácter que ignorais, porque quereis ¿podriais creer cuál es? Precisamente la espansion... la independencia, la libertad... esa libertad que al corazon lo hace alegre, lo tiene en digna espansion, que á nada ni á nadie teme; que difunde su bienestar entre cuantos le rodean, y haciendo suyo el bien vivir y el gozo de los demás muestrase parte en el de todos; y con todos atento y apacible, con el alegre es alegre, con el triste es compasivo y si sabe reirse con quien rie, tambien con el que llora, llora.

Esa fatídica aprension, esa es la causa capital, la única causa, tal vez, que forma los adversarios del catolicismo que en imponente falange se le colocan frente á frente.

Esto sentado, decid, esa falsa persuasion, ¿es involuntario error? Sacadle por amor solo; ¿increpar al que así yerra? ¡eso si que es craso error! ¿Es voluntario, es tenaz? Sacadle por compasion: para romper con ese error tendrá que herirse á sí mismo, que reñir con su amor propio; si en vez de dulcificar ese ánimo con bálsamo lo irritais y escandeceis, ¿romperá con su amor propio, ó romperá y de frente con vosotros? Y si es adversario, porque su error existe ya en su corazon, no os ensañeis, no le ofendais. Bastante habrá de rasgarse él mismo las entrañas para arrancar de una vez y echar fuera su pasion. El hombre que tiene que revolverse contra su propio interior, y tratarse como á enemigo de sí mismo, ¿quién se cree en derecho á reprenderle con dureza? ¿quién á esponerle á impenitencia en vez de prepararle á conversion?

Hacer comprender, pues, el catolicismo en su dignidad y ele-

vacion; y su moral divina en su espansion, su independencia y libertad bien entendida, ese es y no su apología en cuanto mera doctrinal disertacion, ni defensa del tachado por católico, el intento de la obra.

Es su apología sí, tal cual la época presente lo reclama, por que al catolicismo lo presenta en su verdad entera á la ignorancia: en su verdad científica contra el error aspirando á dejarle primeramente vencido: en su verdad de aplicacion en la vida de individuo, de familia, de sociedad y hasta política, contra su general prevencion, sea la nacida de ignorancia, bien la de positivo error: sea la de natural repugnancia á su severa moral, bien la de positiva depravacion del corazon.

Sin verdad patente no se lleva al lector la conviccion, y sin conviccion profunda no puede haber persuasion; lo que el entendimiento no abraza, no lo abraza el corazon.

Y como es este el intento del autor, presenta la verdad cual es, defiéndela, despues, del agresor; arráncala al error que la empaña y desfigura; y repuesta en su lugar, como en su trono de donde se difunde al mundo entero, limpia su frente y patente á todos su magestad con su belleza, por sí misma se abre paso al corazon que la recibe por convencimiento propio y conveniencia y simpatía y por íntima afeccion.

PLAN, MÉTODO, FORMA.

Abarcar todo el catolicismo en la relacion práctica con todo hombre, este es el *plan*.

Presentarlo gradualmente de manera que cuanto se va desarrollando á vista de la razon conciba ser natural, conforme á ella, nunca en repugnancia, y todo en enlace tal que arranque de lo anterior lo posterior, y de modo que á su paso arrastre y asimile y lleve al alma cuanto de actualidad es necesario, y será siempre, y al corazon la verdadera dicha, ese es el *método*.

En cuanto á forma, sin ser esta una obra estrictamente apologética, porque su intento se estiende á mucho más, dispuesto el trabajo ú ordenado bajo el plan de abarcar todo el catolicismo en sus relaciones múltiples con el hombre considerado en toda fase de su vida, y en el método ya espuesto de rigurosa gradacion científica en su desenvolvimiento, la forma didáctica serviria ya indistintamente á toda clase y aun á todo individuo hasta el más iliterato.

Saber leer y entender el castellano, es cuanto toda persona necesita para penetrarse por sí misma del contenido entero de la obra. Para un trabajo que abraza tantas materias, tan difíciles algunas, impalpables otras y tan profundas las más, sencilla pre-

paracion es la que se pide. Y es que cuanto habia de preexistir de parte del lector, tuvo el autor el empeño de hacérselo innecesario, tomando, gustoso, sobre sí el trabajo de presentarle de tal modo elaborado el alimento en la lectura que, *leer* y *entender*, no sean sino una sola y una misma operacion. Será el asunto que fuere, árduo de suyo ó complicado, por los ojos, sin saberlo, lo sentirá entendido ya todo lector; y como le sucederá en todos lo mismo, y entre si se le presentarán ya enlazados todos, tambien sabrá enlazarlos él, resultando al fin que, sin trabajo se los encuentra sucesivamente combinados.

No hay una sola verdad en ningun ramo del saber humano que la inteligencia más comun no entienda, si quien tomó de su cuenta el hacerla inteligible la ha visto con claridad y la formula ó encierra dentro de aquella palabra que expresa *todo* y *solo* lo que quiere.

La forma didáctica, en el rigor de su acepcion, ó sea la de enseñar, podria bastar para el intento; mas con el fin de alcanzar para el lector nuevas ventajas, hemos obtado por la forma de composiciones oratorias resultando así cada tratado en singular dispuesto casi en discurso.

Un discurso tiene que ser, nada ménos, un pequeño libro donde con claridad y á la vez con vida y energía se presente todo el fondo de un asunto, con todo aquello, además, que contribuya á esplanarlo, á esclarecerlo y despues de dejado ya patente á toda mirada, comunicarle interés, no con postizo atavío, si no haciendo resaltar su trascendencia, ese interés que brota de su atractivo natural, de su valor, de su aplicacion más inmediata y más real.

Así el lector, leyendo sobre esta forma, no es ya el hombre austeramente estudioso que abandonado á su propia comprension, intenta dominar determinado asunto escrito cual se escribe un libro; es el discípulo que sin más trabajo que el de prestar recogida su atencion á la palabra de cariñoso profesor que trabajando por conciencia y por amor á él con un interés que él acaso

no comprende, le vá presentando en meditadas palabras, ordenadas y muy pocas, inteligible y sencillo, lo que á él costó no poco tiempo de ímprobo trabajo poder compaginar y reducir á su más mínima espresion.

Como última ventaja advertiremos que, dispuesto todo en la forma propia de discurso, es trabajo preparado y casi hecho que escrito indistintamente para todos, de un modo particular será en bien de una gran clase, la del clero; no decimos en bien del individuo en cuanto fiel, en cuanto Ministro lo decimos, en cuanto órgano de transmitir las verdades eternas á los fieles, de moralizar su corazon, levantarlos de su glacial indiferencia y apatía, traerlos de su desvío, y, alentados ya y fortalecidos, darles impulso hácia adelante por el sendero de la dicha y dignidad en este mundo que es el sendero del Cielo.

Una misma fé y una misma moral han sido siempre indispensables para recabar de los cristianos todo eso; pero cada época tiene sus errores dominantes y sus vicios. Así, las cabezas pasan por vértigos determinados; y en cuanto á los corazones, desvíos esperimentan que podrian decirse son de moda; desvíos que dejándoles el corazon sin alegría, y á la familia sin paz y á la sociedad sin órden, viviendo en inquietud mal encubierta, mueren en impenitencia casi clara.

Quisiéramos que todo entero este plan lo hicieran suyo muchos Ministros á la vez, y de *viva voz* lo utilizaran, haciéndolo servir en la causa del órden, de la paz, de la felicidad en el vivir y en el morir.

Los errores de la época presente salen de Escuela formal con todos los distintivos, á su ver, y con la augusta investidura de verdades: errores así son muy temibles, son errores que no afrentan, ¡afrentar! al que los profesa le hacen sábio.

Hay errores en historia natural, que acaban por negar la creacion y al Criador. Los hay en cosmogonía que hacen eterna la materia, y haciendo de Dios y de la materia un Ser, cual Pitágoras soñó, acaban por el panteísmo material. Los hay en fin en

la ciencia de las operaciones del espíritu; son estos los más ardientemente sostenidos y con más ostentacion y aires de profunda ciencia propagados, apagando las inteligencias de una gran parte de la juventud moderna, con un tupido inmenso velo tendido sobre las frentes agrupadas en torno de autorizado oráculo, precisamente cuando se apiñan allí, creyendo que su boca será foco encendido que reverberando en ellas las bañe de su resplandor y les dé brillo.

¡Quién creyera que de esa escuela donde tanto se discurre sale el hombre sin poder probar ni la *existencia* de los séres materiales! Y el hombre que no puede estar seguro del terreno que sostiene su talon, en el órden inmaterial qué convicciones tendrá?; y en el órden sobrenatural qué frutos esperareis?

No es vuestra consideracion solo á quien fiamos ya el contestar; con profundo sentimiento podemos fiarlo tambien á la esperiencia; al vivir de esos hombres, á su modo de acabar.

Bien: la doctrina católica que no consiste solo en las verdades concretas del Símbolo de la fé, si no que lo abarca todo, es á la esfera de los conocimientos humanos lo que la atmósfera es al globo de la tierra que á la par que la ciñe la proteje. Y del mismo modo que circundado el hombre en cuanto á su ser físico, en esa atmósfera preparada por el Criador en condiciones de aspirar elementos esenciales á su vida, si un espacio de aquella se altera con elementos agenos ó se corrompe, resiente su salud y su existencia cesa; asi esa doctrina católica, vida del alma, fuera de la cual toda idea nueva es alteracion, es un error, tenia que estenderse y descansar, como en la circunferencia de su base, en una ciencia universal, dentro de cuyo seno quedase ceñido el mundo moral y protegido.

Esa ciencia es la razon del catolicismo entero, del cual la inteligencia humana se apodera y lo domina: el error contra esa ciencia es contra el catolicismo; imperceptible error será de imperceptible deduccion sacado; pero en su raiz, si es pertinaz es heregía.

Ya, pues, que esa doctrina, de suyo es pasiva á la invasion,

como la pauta lo es al pié que en vez de respetarla siguiéndola como su senda la traspasa quedando fuera de camino, necesita solamente que ante el hombre que, conocedor ó ageno al dogma, desconociendo un punto de la ciencia universal presenta en disonancia con aquella un aserto que de seguro llamará científico, necesita solamente decíamos, que se levante otro, le obligue á esplicar científicamente su idea ó aserto nuevo, pues que de ciencia se trata, y como en buena ciencia no lo hará, esto bastaba para hacer *retroceder* al inventor de una verdad aparente contra la verdad probada en que se halla en posesion.

Pero el defensor que conoce bien toda la ciencia, llevándole la mano al punto concreto falso que presentó por fundamento, le hará patente además por procedimiento *positivo* la falsedad del aserto. Y si el error nace de un hecho, y el hecho falso se erige en punto de apoyo para herir á la verdad; marchando el defensor entónces hácia el periodo á que se alude por el sendero recto de la historia, y llegando al punto del mapa donde se evoquen las circunstancias todas de tiempo y de lugar en que el hecho aconteció, puesto allí con la antorcha de la crítica en la mano, resultando fantasma la figura que se presentó cual ser real, quedará argüido el agresor ó de ignorancia ó mala fé. Que así quedó siempre ceñido el catolicismo de laurel, y el agresor marcado en la frente de ignominia.

Pues bien: que al levantarse un hombre en pié mostrando un error en la tribuna, sentado, acaso, en su cátedra, ó con un libro en la mano, se levante otro frente á frente, le rete y en discusion privada ó pública le venza; ó que imprimiendo otro libro esclusivamente contra aquel, deje el error pulverizado, sin duda que eso fuera mucho hacer. Cegar seria la fuente misma del mal, sin que á nadie contamine; pero ¿cuándo se encerró el veneno dentro de la misma fuente sin que nadie haya bebido antes en ella? ¿cuándo sin haber corrido un tiempo por su cauce, sino patente escondido? La propaganda del error ha sido siempre tan afortunada, tan decididos protectores ha encontrado que, no obstante

la solicitud con que desde luego de nacer se la ha impreso la marca de reprobacion; jamás se ha podido conseguir que su cuna se convirtiera en su sepulcro.

Y cuando el poder supremo á quien la sociedad reputa su tutor, y cuando la ley que se le dá por pauta de sus acciones, le dicen al ciudadano que piense y hable y escriba sin someter á juicio alguno lo que su inteligencia dé de sí; en esta situacion de instituciones en que la Europa entera se halla ya, decid, error escrito una vez y escrito para halagar y seducir será atajado en su origen? Verdad escrita en un libro esclusivamente encaminado á darle alcance y postrarlo, equivaldria á enviar, dentro de comarca en anarquia, á un hombre de valor y decidido, pero solo, á rendir á un gefe de insurrectos que alzó el grito mucho antes, que fué desde el momento vitoreado y seguido y que al grito repetido por donde pasaba cada dia dejo, en brava clase á lo menos, el fanático entusiasmo por su causa.

El mal está ya estendido, ni es solo uno su origen; que los errores son muchos y el peor de los errores existe ya en el corazon; y cuando no es una casa, ni son dos las que invadió la epidemia, si es que la atmósfera entera se ha infestado, la enfermedad entónces no se aisla, la mortandad es general.

Cuando en los entendimientos la oscuridad es de una estension tan vasta se necesita ya esa onda de luz que, asomando en la aurora de una vez, vá levantando el velo caido en mil dobleces y molduras sobre la colina y la llanura y la ensenada del valle, dejando ver clara la senda y cristalino el horizonte á esa muchedumbre estraviada en la noche del error, sin advertir, á caso, el estravío.

Tambien es general el vicio, y si siempre el vicio seca el corazon, cuando es procedente de error en el entendimiento, entónces del corazon se apodera una frialdad glacial; y tierra estéril para todo solo la lluvia blanda y apacible del Cielo con la moral del Evangelio puede irse infiltrando en su empedernida masa y devolverle la virtud de germinar y producir el bien. Pero esto

es posible solo, desvanecida y fundida esa niebla fria del error, por esa oleada general de la verdad con toda su luz y su calor.

No existe error que el catolicismo no arrolle, y llevándole delante no deshaga, cual á las tinieblas deshace y desvanece el sol.

Pero el error dominante lo puede aislar y perseguir en su última trinchera, dando direccion determinada á la luz de su verdad y concentrando su accion, haciendo converger sus rayos como el foco de la lente que aplicado al punto oscuro no solamente lo ilumine si es que además lo abrase.

Así, á toda enfermedad del corazon lleva el bálsamo y la salud á la vez la moral del Evangelio; pero al vicio dominante lo ataca con singular empeño, porque siendo la enfermedad en que el peligro amenaza inminente, la fuerza que la detenga en su carrera y á cuyo impulso retroceda, tiene que ser muy enérgica, muy eficaz, dispuesta, por tanto, en plan premeditado si ha de quedar vencedora y no vencida en la batalla moral, la más grande, la más dificil, la más trascendental de las batallas.

Dispuestas, pues, esas fuerzas en el órden y en la forma de discursos y estos á la vez de tal manera, que uno tras otro vayan presentándose en el sitio que el pensamiento principal les tiene señalado, cumpliendo así en singular una parte determinada del gran plan, el plan total queda cumplido.

Para que el lector se vaya persuadiendo desde el principio por sí mismo, de que existe, en verdad, un pensamiento que preside todo el plan, y de que tiene dispuestos, y ordenadamente, los recursos parciales de su accion al estricto tenor de lo antedicho, era imperioso que al presentarse un tratado ó discurso á su atencion, le precedieran determinadas palabras que al lector le dieran la razon clara y concisa de presentarse en aquel sitio como en su puesto de honor. Ese encargo, pues, esa mision se la cumplen al discurso dos palabras de entrada á la conversacion con el lector, dándole á entender concretamente el mal que vá á destruir, el bien que se propone dejar edificado en su lugar.

Despues, sin mas trabajo que leer aquello que irá reconocien-

do oportuno, necesario, imprescindible; con solo seguir el curso de la lectura, entregada su atencion al libro como dejándose llevar sobre sencilla canoa por la mansa corriente de encauzado rio, llegado al término dirá, «cuanto al principio vi en promesa, lo veo voto cumplido.»

Por último: á la par que un fin de actualidad, entraña este trabajo un fin constante, que le hace libro, no de hoy, sino libro para siempre; pues estando como están sus fundamentos, por lo que respeta á las creencias, no sólo sobre lo definido ó dogmático, sino sobre la ciencia en que lo definido se hace descender hasta la razon, desde arriba, y que se puede impugnar con la razon desde abajo; por lo mismo que en la época presente, de toda verdad dogmática de las que, en relacion práctica con el hombre forman la cadena entera, ó el sistema de su religion católica, apenas queda una que no haya sufrido el golpe de la contradiccion y del desdén tachada de inverosimil, de disonante y hasta presentada, á su entender, en risible y monstruosa contrariedad con la razon, por eso mismo podrán ser pocos los errores nuevos; y habiendo sido convencidos y enteramente derrotados en el estádio de la ciencia, si alguna variante de un error presentaren en la lid, que sí lo presentarán, los génios desgraciados de la ignorancia ó mal estar, entónces sencillamente, en la argumentacion con que su principal error fué ya enterrado, se encontrará más que bastante para dejar enterrado nuevamente al accesorio. Esto por lo que á los errores respeta.

Por lo que á los vicios hace, siendo, cual son, las demostraciones contra ellos, sobre el derecho natural dictado para la humanidad y para siempre; sobre la ley divina positiva que lo presenta sancionado con ostensible aparato entre la tierra y el cielo, dejándolo á la vez más inteligible á todos y á todos más obligados; sobre el Evangelio, en fin, que añadiendo á esa ley el brillo de la perfeccion en el esmalte del consejo, y anunciado al mundo entero con el dulce nombre de su autor, en cuyo nombre se salva, y fuera del cual no hay salvacion; demostraciones contra el vicio

deciamos, que arrancan de la eterna voluntad, sellada en la condicion intima del hombre, promulgado al mundo entre el relámpago y el trueno, y que sus divinos lábios, habitando entre los hombres, pronunciaron; remedio que de tales fuentes brota, que de ellas solamente se tomó, y haciendo consistir su acertada aplicacion en un conocimiento claro del corazon humano que, enfermo del mismo mal, en cuanto *enfermo* en ningun hombre varia; y en cuanto *sano* tiene tambien constantemente idénticas inclinaciones en su fondo; remedio universal y duradero que á enfermedad universal y permanente está aplicado, tiene que conservar su eficacia y su virtud mientras que el corazon humano se conserve.

Consta sin duda, que encaminado este trabajo á derribar de su trono todo error, y todo vicio de la época presente, y á dejar sentada toda la verdad y toda la moral católica en ese asiento usurpado, es además un libro de idéntico efecto para siempre.

En vuestro bien lectores, con el fin de que leais con verdadera confianza, es nuestra voluntad que os conste y esteis seguros de los motivos humanos que, en este trabajo, han impulsado á su autor.

«¿Qué se me dá, Señor, á mí de mí, sino de vos?» Meditad estas palabras que la gran Santa Teresa de Jesús decia frecuentemente á su Dios: Sabed que el autor, no pudiendo pronunciarlas con la *verdad* que aquella alma inflamada en el amor de Jesús las pronunciaba, tiene el *deseo* de sentirlo cual lo dice: concededle, pues, ese deseo sincero, suponed ahora esas palabras en sus lábios, y os habeis puesto en su interior.

SECCION SEGUNDA (1).

ANTORCHA EN QUE LA HUMANIDAD TIENE QUE FIJAR SUS OJOS SI HA DE ENCAMINAR FIRME SU PASO EN CIENCIA Y EN RELIGION PARA MARCHAR Á SU FIN EN LA PRESENTE VIDA Y EN LA FUTURA.

PARTE PRIMERA.

Tránsito de la razon á la fé; de la ciencia humana á la divina. La filosofía que no se subordina á la fé, no es ciencia sino error.

§. I.

El error de la época presente.

Existe hoy un trascendental error, error que se ha entronizado, que lleva un cetro en la mano y está egerciendo dictadura en casi todas las inteligencias, contándose entre ellas un gran número, una imponente falange que nada tienen de vulgares. A

(1) La seccion primera la forma el opúsculo *Testamento de un demócrata cristiano*, dividido en cuatro partes.

los jóvenes, desde la atmósfera que circunda el templo de Minerva, purificada por el fragante aroma que las ciencias y la religion difunden, se hace inverosímil, pero es ya preciso conocerlo; existe un error en muchísimas cabezas que con su enérgico influjo amenaza invadir todos los espíritus, penetrar con frente altiva en el Santuario de todas las conciencias y apagar de un soplo la lámpara de la fé.

Cuando atravesando valles y campiñas tropieza el caminante con algun enorme trozo de peñasco que ha rodado por la falda de la vecina montaña, naturalmente levanta sus ojos hácia el punto de donde ha debido desprenderse; así nosotros en el viage por las ocultas sendas de este mundo interior, al tropezar con tantos dogmas combatidos, tantas ideas trastocadas, tantos principios removidos de su base y el armazon entero del mundo moral carcomido y levantado de su quicio; al presentarse á nuestros ojos el edificio católico en gran parte derruido y la florida, en otro tiempo, é inmensa pradera del cristianismo afeada como con restos musgosos, con multitud de séres racionales degradados cuál cadáveres esparcidos é insepultos, natural es que volvamos nuestra vista hácia aquella colina de donde se desprendió esa mole que chocando con estrépito contra una esquina del Catolicismo ha hecho llegar hasta nuestros piés una porcion de sus ruinas; y miremos tambien de donde baja ese torrente impetuoso que se despeña bramando y arrojando víctimas fuera de sus márgenes.

La humanidad se halla impaciente... advertirlo: los corazones están vacíos y como péndola agitada no pueden hacer alto aunque pasan por enfrente de su centro. Los ánimos se advierten en una vibracion vehemente, el hambre de saber ha despertado una fiebre que abrasa á la juventud y la disuelve; bullen los sábios, las imaginaciones arden y rasgando con una luz vivaz como otros tantos relámpagos el cielo de la inteligencia, son anuncio de la tempestad.

Sin ser tan antiguos como los mismos siglos podeis conocer bien, pues que la historia prolonga el hilo de la vida cuanto cruza á

través de más generaciones, que acaso en ningun período se ha visto brillar con más impaciencia esa centella inquieta que hoy observamos serpeando vivamente en el espíritu de nuestros hermanos: todos se deshacen por saber; pero ha de ser por sola la luz de la razon, saber de otro modo es saber antiguo: este es el error que se levanta, y á su lado hemos de levantar nosotros una verdad que lo derribe.

CAPÍTULO I.

La razon emancipada de la fé conduce en religion á la incredulidad.

Esta verdad esculpida en relieve en cada una de las páginas de la Escritura Santa, sostenida siempre á pié firme por los Doctores de la iglesia, no intentamos ahora robustecerla con desnudos raciocinios metafísicos; ellos podrian no carecer de nervio, pero esto seria escribir una leccion en la superficie de un estanque. Son verdades que debemos todos leer en una superficie de bronce y que esté de contínuo á nuestra vista, y esa se encuentra cabalmente en dos monumentos levantados por la razon, ámbos de bulto más que alta mar, ámbos sólidos y permanentes más que una montaña de pedernal. El uno está alzado en el campo de la religion, el otro en el campo de la filosofía: allí permanecerán para recuerdo saludable de los hombres; podrán abandonarlos sí pero nunca derruirlos y arrasarlos: los acontecimientos

no hay quien pueda hacer que no se hayan verificado. En la historia de la iglesia y de las más famosas escuelas metafísicas modernas se hallará siempre en cada una un dilatado paréntesis que encierra una sombra, un recio borron: en el uno está el *protestantismo;* en el otro el *escepticismo*.

En el interior de esos dos monumentos está pintada como en el nicho del altar la imágen de la razon altíva al lado de la autoridad enmudecida que al proponerle una palabra de la fé, se vió en precision de retirarla y la conserva todavía fuera de sus labios como perla formada de la gota cristalina congelada en el borde de la fuente. Vedla allí, nosotros levantaremos una punta siquiera del velo que la cubre, vosotros observareis.

Cuando de las ciencias no se oia si no un eco muy remoto que salía modulando por las bóvedas de los claustros y los templos, y despues de mucho tiempo en que la humanidad vivia como en el silencio de una noche prolongada, un inmenso telon se alza de repente apareciendo ante nosotros la época del renacimiento como el interior de un magestuosísimo escenario por donde cruzase una generacion festiva pasando por debajo de un hermoso arco triunfal y de alianza de ciencia y de religion cuyos estremos descansaban todavía en el brazo del sacerdote y del filósofo. Poco duró la bella aurora, vióse pronto que aquellas generaciones fueron perdiendo el compás, que se movía otra nueva en desconcierto y al fin que en sus evoluciones ondulaba aquel gentío como el ramage del bosque azotado por el viento; iba arreciando aquel murmullo y efervescencia que anuncian una crisis, y el arco de alianza estaba cerca de caer, deshojar sus flores y lastimar sus galas.

En efecto; tiempo había en que la autoridad de los Papas iba dejando de ejercer dictadura sobre la filosofia, y cuando el pensamiento deseaba romper ya, segun decia, sus cadenas, hed ahí al herege de Sajonia que herido por el rayo del Vaticano se presenta montado en cólera, vuelve sus ojos furibundos y alzando el brazo, osó hacer tocar su cúpula en el suelo. Desde entonces la

razon se revela por sistema, como por derecho público contra toda autoridad. Desde entonces pretende derrivarla de su alcázar y ocupar la esclava el mismo trono y ceñir la corona de su misma soberana. Desde entonces ese genio ensanchó sus alas, quiso recorrer los horizontes y colocada en cierto punto de la esfera, con objeto de ostentar su independencia y su dominio mandó que á su presencia se llevasen todas las ciencias humanas y divinas; no quedó ciencia ni institucion alguna que no le fuese presentada; y hasta los libros dictados desde el cielo le fueron agrupados á sus pies. Todo quedo en presencia de la razon para que hablase el oráculo y habló.

Entonces reunidos los hombres en torno del Símbolo y de la Biblia como otros tantos naturalistas para clasificar una planta, emitieron todos su libre fallo, y como era imposible que se convinieran todos, queriendo cada uno llevar un sesgo de la túnica de Jesucristo, vióse bien pronto rasgada entre ellos la unidad. El espíritu del hombre quiere examinar el espíritu de Dios quedando oscurecido en sus mismos resplandores. Rehusa la razon inclinar su cerviz en presencia de la autoridad y en el momento queda condenada ya á luchar consigo misma en un piélago de contradicciones: ved al protestante pronunciando juramento sobre el libro de los cuatro evangelios, y al mismo tiempo no se atreve á negar que los ha recibido de manos del Papa cuyo sucesor detesta, quien entre varios otros de los tiempos primitivos declaró su autenticidad excluyendo los demás. En su libro de oraciones lleva estampados nombres de santos católicos, y al mismo tiempo niega la mision del Papa que los canonizó. Blasfemar de todos los Papas es su valiente caballo de batalla, y al mismo tiempo deja sin borrar de su calendario los nombres de Papas canonizados. Él se esfuerza en sostener que la religion católica con sus Papas como hoy, ha sido por espacio de quince siglos la única verdadera, y ahora se encuentra en el temerario empeño de llamarla falsa, solamente por que él es protestante.

Falsa nuestra religion! Falsa y sin mision la Iglesia católica re-

gida siempre por sucesores legítimos de los mismos que oyeron su destino de boca del divino Fundador! Perdida y sin rumbo en el Occéano esta nave cuyo timon ha sido siempre gobernado por el brazo del Pescador! Degenerada y caduca esta sociedad invariable y eterna regida siempre por un monarca que en diez y nueve siglos ha salido del mismo entronque y de la misma dinastía! Pero la razon del protestante ya no tropieza de frente con estas verdades corpulentas; ya no advierte ese gran vacío que de todo esto hay en su Iglesia si lo advirtiese no habitaría el sosiego en el pecho de esos hombres viviendo en el seno engañador de una iglesia sin norma constante de creencias, porque niega hoy lo que enseñaba ayer; sin moral, porque los apóstoles que la predican con la lengua la desmienten con su ejemplo; sin sacramentos, por que no se han fijado todavía en cuantos admitir ni cuantos rehusar; sin pastores, por que si los hay son todos intrusos, pero no enviados por el Vicario de Jesucristo; sin cabeza en fin, por que con mano sacrílega, de un golpe, se han decapitado, y á los más viven, no viven nó, mueren ingertados en un árbol silvestre.

Desde que la débil luz de una candela se presentó á iluminar y descubrir la luz del sol, colocada bajo su mole refulgente se apagó, y desde entonces anda la razon precipitada de un abismo á otro abismo más hondo y más oscuro. Han negado un sacramento y los han negado todos: han removido un principio de moral y con esto han viciado la regla de las acciones todas: han renunciado, aunque no lo intenten, reconocer el Evangelio, y sin quererlo niegan tambien que el Hijo del Eterno ha pisado las playas de Palestina: han negado un artículo del Símbolo, y con esto los niegan absolutamente todos, todos, por que han tronzado una vértebra al Cordero del Apocalipsis y le han matado: han quebrantado una piedra de las que levantan la esbelta columna que sostiene el firmamento de la Iglesia y desplomándose sobre ella, han quedado, como el Atleta de la antigüedad, sepultados entre sus ruinas.

Penetró el espíritu del hombre en el templo de la religion cuando estaba ya estinguida en él la lámpara de la fé, y como la

turbia y escasísima luz de la razon al aproximarse ha examinar un misterio no hace sino agrandar el espéctro que se mueve fugaz en direccion opuesta de la luz, sus cabellos se erizaron, y embargada de pavor, sin atreverse á dar un paso más adentro, sale de aquella lúgubre mansion con aliento entre-cortado, y, respirando el aire libre, declara con frente desdeñosa que pues nada hay en ella sino sombras debe quedar cerrada para siempre. Hed ahí la imgen de la razon altiva, y bosquejado tambien cómo la *razon emancipada de la fé conduce en religion á la incredulidad.*

Dejad al desgraciado protestante de talento que viva macilento y gima en un rincon y esconda allí la ignominia de su incredulidad, mientras que la inmensa muchedumbre sin trascender á tanto marcha incrustada al fanatismo sin saberlo, como ostra pegada á la quilla de un remol que desprendido de su nave; que si por rumbo tortuoso y sin piloto, la providencia se ha encargado de enviarle un soplo favorable hasta besar las márgenes amenas del mismo puerto suspirado.

CAPITULO II.

La razon emancipada de la fé conduce en filosofía al escepticismo.

Suena el clarin publicando libertad de pensamiento, y los filósofos, arrojando el Peripato de sus manos corren á escudriñar cuanto alcanzan en la superficie de la tierra y aun en sus mismas entrañas; se hunden á registrar el interior de las cavernas y no

pudiendo tocar el cielo con las manos envian su espíritu á contar una por una las estrellas.

Al emprender sus trabajos estos hombres vehementes que buscaban con avidez la novedad iban á perderse en el desierto, si en el vértice de los caminos no hubiesen encontrado á un Bacon, á este Sócrates moderno aunque en órden diferente, que sin acompañarles les dirigiese por lo menos como estátua de piedra que muestra con la mano la senda al caminante quedando en su pedestal; y aun así vereis á donde fueron á parar!

Aparece luego el fundador de la filosofía moderna y, dejando á Bacon de Verulam el exámen del universo astronómico, como perspicaz artífice que teniendo en ménos los lujosos cascarones de un reloj fija sus ojos en el cabello de acero que en su oscilacion despierta la vida de la máquina, vuelve sus miradas hacia el hombre con intencion de penetrar su frente, tomar su espíritu en la palma de la mano y analizar sus potencias; pero quiere declarar á la razon sus derechos, la convence de su esclavitud y esta avecilla inquieta comenzando á forcejar con las alas desplegadas para romper el lazo que la impedia remontar su vuelo, no cejó hasta que, rasgando con velocidad los aires, no contenta con elevarse lo que permitia el hilo que se le iba prolongando, lo cortó y marchando libre y sola perdióse pronto de vista. Era la razon sin fé esta avecilla que, volando en region más elevada y sutil de lo que su respiracion permite, cuando se encontraba encima del precipicio más profundo, faltáronle las fuerzas y cayó.

Si teneis presente que de la Academia de Platón se desprendió el más refinado espiritualismo filosófico, y que el sistema sensualista del siglo XVIII tiene su origen en la profunda sentencia pronunciada en el Pórtico, porque del nectar de una flor sabe elaborar gota venenosa la serpiente, no os estrañará que en la solidísima doctrina de Descartes encontrase Espinosa un grano de semilla del cual, despues de fermentado en el calor de su imaginacion, hiciese brotar un dios disuelto en la materia. Pitágoras, á lo menos, si concibió en su tiempo al universo como un vivien-

te colosal, supo concebir tambien un alma noble y excelente que, habitándo en el cérebro de ese enorme cuerpo cien veces mas antiguo que la encina desgajada, hacia mover con magestad sus gigantes miembros, arrancaba de su boca el bramido del trueno, hacía brillar en sus ojos el relámpago y soltar con ira mil rayos de sus dedos, ocultándose despues bajo su espaciosa concha del inmenso firmamento; pero Espinosa menos profundo en la concepcion de su dislate, mezcla á Dios con el mundo, como el agua cristalina con el inmundo polvo para formar el barro, hace entre sus manos un *dios* de esta materia, y, pareciéndole imperfecto, declara que esa materia está dotada, además de su estension, de pensamiento. Y ved allá dentro en el hondo suelo del panteismo oscuro encallada la razon sin fé que cual brillante carroza de una rueda arrastrada velozmente por vertiente accidentada y escabrosa, bajó volteando y se estrelló apagada.

Leibniz, al ver tan negro borron en el cuatro de los filósofos modernos se afrenta: emplea sus talentos en vindicar á la filosofía del ultrage recibido, y ¡quién lo habia de pensar! Su dogmatismo, á una con el de Francia y Bretaña, léjos de disipar para siempre las sombras del eror, con los mismos instrumentos que empleó, en vez de escombrar el terreno y poner de manifiesto las malezas, estaba abriendo el resbaladero por donde habian de caer más adelante otros filósofos, bien unos en el abismo de la duda universal, bien otros como Hume en el melancólico nihilismo. En efecto: este filósofo veia sistemas incompletos, pero generalmente recibidos: quiso formar uno que no tuviese parte vulnerable; más como se hallase falto de un firme punto de sosten comenzó á dudar, y, temiendo afirmar lo que no existia, huyendo del fiero aspecto de un error que tenia delante de los ojos, vino á caer en otro que estaba esperándole á su espalda, en el nihilismo; y ved otra vez á la razon sin fé como barquilla errante que surcando los mares con solo un remo, huyendo de Caribdis cayó en Scila.

Tal era la doctrina que se enseñaba en la escuela de Escocia, cuando hed aquí á Kant que se levanta á sostener la causa y alar-

gar su mano á la razon que cual litigante vencida permanecia triste y oprimida en un ángulo de aquella estancia solitaria. Este hombre amedrentado como si en las aulas se le hubiera aparecido el espectro de la nada piensa lo primero en sentar el principio de la *certeza* para levantar sobre ella, como sobre cimiento de mármol el grande edificio metafísico; pero cuando despues de consagrar el artífice á este trabajo una parte de su vida se separó algunos pasos para descubrir de un golpe de vista el monumento de su ingenio, hechó de ver un gran defecto en su fachada: advirtió que las ideas de Dios, vida futura y todas las concepciones que sirven de sustento á las ideas religiosas, en su *crítica de la razon teórica* no se pueden afirmar ni aun solo como posibles.

Es verdad que espantado el autor ante esa terrible consecuencia escogitó en el alma otra facultad á la que pudiese atribuir las nociones referidas; mas queda sin embargo, un gran vacío en su sistema; vacío que ni él advirtió, ni aunque lo advirtiera hubiese podido reparar sin que antes lo destruyera todo.

Ese gran hueco consiste en que léjos de descansar sobre sólida base como él se habia imaginado, descansa, no diremos sobre cimiento de arena, es de menos solidez, se sustenta sobre sus decantadas formas sugetivas, sobre esas sombras fugaces de realidad. Son como ese suelo aparente que presenta el agua de un estanque cubierta de polvo finísimo llevado allí por el viento; esa es la área firme sobre que queda fabricado el suntuoso edificio de la Psicología y Metafísica al presentarse el siglo XIX! Y en un castillo de bastidores y lienzos pintados en perspectiva aparentando murallas, ha de hacerse fuerte el ejército de la religion en lo mas encrudecido del combate.

Un solo paso faltaba y lo ha dado ya otro filósofo aleman, Finche: este hombre ha replegado el alma sobre sí misma, y asegurado de su existencia, ha vuelto sus potencias al universo; pero fuera de ella ó á diferencia de su ser nada vé distinto de la misma, y hed ahí á la razon flotando en el panteismo *racional*: ved en el filósofo á un hombre que privado de cuatro sentidos y suspendido,

á ser posible, en el vacío por el imperceptible alambre de una atraccion equilibrada, percibiendo por su olfato los efluvios de una rosa que afectan su sensibilidad, piensa de seguro que él y el mundo son de rosa: meditadlo. Y ved aquí, en fin, á la razon humana como atolondrado pajarillo encerrado en vastísimo palacio de cristales azogados en donde no puede fijar su planta sin que le acompañe su imágen que el espejo le presenta; pero como esta pobre ave fatigada con tan repetidas ilusiones llegaría á conocer el engaño de la óptica, y sucediendo á esta esperiencia el desaliento caería amortiguada en un vahido, así tambien advertiremos nosotros que despues de los grandes debates metafísicos y de dislates monstruosos, ha reconocido siempre su impotencia la razon; pero sin amparar, eso no obstante, su brazo escuálido sobre el báculo firme de la fé, se han tendido las escuelas desmayadas el ancho suelo del escepticismo.

Por esto, bien podemos asegurar con fundamento que en ese mismo suelo, en ese mismo golfo de peligro está muy cerca de caer una vez más la razon altiva que tambien anda volitando sin la fé.

Aprended en ese saludable ejemplo que os ofrece la historia de la filosofía, la historia de las enfermedades del espíritu humano cuando se ha apartado de la sabia higene que la fé le prescribia: escarmentad en esos hombres desgraciadamente privilegiados, sirvan sus ingenios á lo menos para eso: preservaos unos, pensar en vencer el error otros, tenedles compasion todos.

§. II.

Errores teóricos en el dogma.

Pero como no está aun dicho lo peor debemos seguir esas doctrinas hasta sus últimas consecuencias y lo haremos. ¿No habeis

meditado alguna vez en esos sistemas prácticos que se desprenden de las teorías Jansenísticas y Luteranas en el órden de la gracia? Pensais que si el hombre concibe una teoría errónea, séalo en buen hora por juicio falso ó por corazon perverso, pensais, decimos, que en teoría ha de quedar? Es tan delicada la verdad, es tan sensible que jamás se la ha herido aun levemente sin que más ó ménos pronto se haya visto correr la sangre de su herida. El órden moral es la armonía de una arpa tan complicada, vibran tantas cuerdas á la vez y tan delicadamente templadas al unison, que no puede una sola desafinarse sin que al instante los ecos de todas se destemplen y confundan.

La ética de Hobbes, la pestilente obra de Vayle, de Boned, de Helvecio y tantas otras desafortunadamente conocidas, y las que han de surgir en adelante, fluyen tan de cerca, en el órden de la naturaleza, de los sistemas teóricos cuyas fases hemos visto, como de la mala inteligencia del pecado original nacen los sistemas prácticos de Lutero, de Jansenio y de Socino en el órden de la gracia.

Imaginad un hombre cuya alma está unida íntimamente con Dios, siendo el lazo la gracia santificante; un hombre cuyos sentidos están suave y fuertemente sugetos á su razon que en todos sus actos los preside y los dirige; y cuya razon está, de idéntica manera, sumisa y entregada á la voluntad de Dios. Un hombre que á más de esa condicion santa en el concepto moral de su naturaleza y llena el alma de carismas celestiales, se vé dotado en su espíritu de una inteligencia soberana; y en su parte de materia, no solo esa organizacion y esbelta forma que deja á gran distancia la de todo otro viviente de la creacion, si es que exenta de toda afeccion que la vicie ni destruya ni aun la haga esperimentar penalidad alguna, siendo por complemento hasta inmortal, si á tan rica herencia caprichosamente no renuncia; imaginad un hombre tal y tendreis cabal idea de la condicion del Paraiso.

Enseña la fé que ese conjunto de dones, que formaban el gran cortejo de la condicion humana á escepcion de los que en rigor

de buena ciencia constituyen su naturaleza, eran dones del órden sobrenatural ó *gracias;* pero un hombre del siglo diez y seis, sin negar que esa fué la condicion del Paraiso, se levanta en actitud de magisterio haciendo frente al mundo entero y afirmando no ser gracias esos dones si no *constitutivos* esenciales de la naturaleza humana. ¿Error más teórico quereis? pues ese error ahoga en su mismo orígen la moral.

Siendo esos dones naturaleza y no gracia, perdidos todos por el pecado original, por el golpe que le arrancó ese cúmulo de dones ó de propiedades suyas quedó nuestra naturaleza en lo esencial mutilada y el libre albedrío muerto; «quédale, dice el autor, libertad para pecar, sin la gracia nada puede.» La gracia obrando sobre un don de naturaleza que murió haria que el hombre que la recibiese obrara el bien, pero invenciblemente; así como el que no la recibiera no podria, en su sistema, si no obrar el mal. Dónde está el mérito de quien obra el bien *necesariamente?* Dónde la responsabilidad del que no puede si no obrar el mal? Y esta doctrina toda práctica en el órden de la gracia se estendió por Alemania, cruzó á Inglaterra, invadió la Rusia, vagó por el centro de Europa, y desde Moscou hasta el Pirineo, á cuya espalda una imponente resistencia se atrincheró al presentirlo sobre España, apenas hay Estado en que no hiciera sentir la venenosa influencia del álito que exhalaba.

Y del mismo error en teoría, más recientemente y con más insinuante artificio, ya que no el mismo Jansenio, los discípulos de ese autor arrepentido pocas horas antes de morir, dando que el libre albedrío quedó herido de muerte bajo el árbol del Paraiso, embebidos en su célebre libro el Agustinus, han ido infiltrando sucesivamente hasta llegar á la sociedad moderna la seductora doctrina de que el corazon humano ya no se mueve desde el pecado de Adan, sino al único resorte del placer; si el placer es de la gracia atrae hácia la virtud, si terreno atrae al vicio, y entre estos dos placeres la voluntad se determina y cede al que és en la actualidad más fuerte. Así el hombre hace con *voluntad,*

pero sin *libertad* el bien ó el mal segun se encuentra dominado por la gracia ó por la concupiscencia. Resultando siempre que el hombre que no obre el bien y no se salve, será solo porque no recibió gracia de una fuerza de placer superior al que la concupiscencia prefirió.

¡Triste idea de merecer el cielo! Pero en eso precisamente está la *seduccion* de esa doctrina. En estos resultados subversivos de los altos principios de la vida sobrenatural y funestamente prácticos contra toda la moral cristiana vino á parar de frente un error teórico en la fé. En ese mundo interior que no se vé cuenta aun hoy esa doctrina mas secuaces, muchos mas, de los que vosotros creereis.

§. III.

Errores teóricos en Psicología.

Fijad la mirada en otro error teórico en filosofía sin salir de los sistemas que acaban de desplegarse á vuestra consideracion, y advertireis de idéntica manera sus desastrosos resultados prácticos en consecuencia inflexible.

Propónense los filósofos saber científicamente, huyendo de la escuela empírica, el origen de los conocimientos humanos: origen de las ideas. Para erigir ese punto cardinal en verdadero principio acometen su empresa segun el procedimiento de Descartes, ó que á Descartes se atribuye. Supóngase una estátua, decia Condillac, désele olfato y percibirá una sensacion, dándole oido perpercibirá una más, sucesivamente presténsele otros sentidos, é irá la estátua conociendo el mundo exterior que la rodea: con sensibilidad, pues, y sensacion es como adquiere el hombre sus ideas; de su organizacion, de sus sentidos pende todo: sugeto pen-

sante, activo, está demás. Ahí teneis la escuela sensualista de Francia, sostenida y continuada por Vonet, Helvecio, Diderot, Rouseau y hasta por todo el siglo diez y ocho y principio del actual constantemente sensualista.

Sensualista en ciencia, lo que tenía que ser en la moral natural lo vais á ver. La sensacion, decia Vonet, lleva la idea, la sensacion lleva la impresion á la voluntad, y como unas son gratas impresiones y desagradables otras, su moral debe ser seguir lo que le agrada, *quod libet licet.*

El hombre sin sentido, discurria Helvecio, estaria privado de todo conocimiento. ¿Dónde está esa alma que sin sentidos nada hace? En el hombre en quien no hay necesidad sino de materia organizada, es una quimera el alma: sin inmortalidad, sin esperanza de premio y sin temor de castigo, la regla de las acciones tenia que consistir y de hecho consistió en la pasion, en la concupiscencia. Helvecio dejó ya las ciencias heridas mortalmente; la sociedad bebió, aun sin saberlo, en esas envenenadas fuentes, infiltranse hasta en la legislacion... y hed ahí el tristísimo estado de la Francia en el siglo diez y ocho.

Los resultados prácticos de la escuela *sensualista*, los sabeis: vereis ahora tambien los de su opuesta, la *idealista* que aun hoy es la alemana.

Kant vá á buscar el orígen de los conocimientos humanos al mismo procedimiento ó sistema de Descartes. Decis, sensualistas, que las ideas todas vienen formadas ya de los objetos, ó que las forman los sentidos: yo advierto una sensacion de objeto blanco y otro negro; la idea de relacion entre una sensacion y otra no puede venir sino del alma; la idea de virtud y vicio y toda idea abstracta, de donde procede sino esclusivamente de la accion del alma? De la existencia de ella estoy seguro, pues que la siento, sintiendo su accion y sus ideas, y como vosotros decis que haciéndolo todo los objetos y sentidos, está demás un espíritu que nada hace; yo á mi vez digo y afirmo que haciéndolo todo el alma, esos sentidos y objetos que ninguna parte toman en la formacion

de las ideas carecen de existencia real; porque aquello cuya existencia no puede demostrarse en su sistema, no existe para su autor. Frente al sensualismo, hed ahí el idealismo de la escuela de Alemania.

Quereis saber sus consecuencias en moral? Si se os digese que la religion cristiana era una fábula ó vision, quien ajustaria su conducta á la moral del evangelio? Pues si se os afirma que el hombre no vé realidad si no en *su yo*, y que para él no existe ni aun el mundo esterno, porque siendo sus impresiones sugetivas y no de parte del obgeto, no sabe Kant si existen en realidad, sabiendo solo que son representaciones en su alma, y Kant pudo mucho menos elevarse ni á la idea de la *existencia* de Dios, que será de su moral? Si el hombre es un somnámbulo en el mundo en que no cree, ajustará sus acciones á la ley natural de que no puede ni aun formar idea? Sin la existencia de su autor que idea podrá formar, para esperar ni temer, de la sancion de esa ley?

Réstanos ver la escuela escéptica.

Si la sensualista y la idealista conducen directamente, y de hecho han conducido, el un sistema á la moral de Epicuro, siendo lícito lo que agrada, y el otro á la confusion ó imposibilidad de asegurarse de si moral alguna existe; cuando ni el primero satisface por su error teórico patente, ni el segundo es aceptable por ver abierto otro abismo á las puertas de esa escuela, siendo entonces natural y lógico desconfiar de entrambos á la vez y echarse á la triste profesion del escepticismo erigido en filosófico sistema; de escuela que en teoría de todo absolutamente duda, y desconfía, hasta elevar á principio fundamental y científico esa duda; la moral que hay que esperar consiste en la *negacion* de la moral. Porque, pauta única y segura es la moral, y, dudar de toda pauta, es negar que exista alguna, determinada á lo menos.

§. III.

Solucion al problema de cada escuela.

Conocer científicamente el mal, seria mucho conocer para temerlo; pero mejor será además que sepais en la ciencia la verdad para, con ella, poderlo contrariar y enmudecer.

Causa pena meditar que, desde Pitágoras hasta mediados del siglo diez y nueve, una série de inteligencias claras, Gefes de escuela los más, vengan de escuela en escuela, echando hácia adelante las turbias aguas del error, como de salto en salto descendiendo entre la blanca espuma de estrepitosa cascada: á todos los filósofos desde Pitágoras hasta su confluencia en Roma, de Grecia y Alejandría, bajo los Emperadores, se les debe sin embargo tributar admiracion y sobre todo perdonar. Pero desde que se abrió la escuela del Cristianismo en ese centro del mundo y del error, con puertas á sus cuatro vientos; al considerar esa sucesion apenas interrumpida de sistemas, esa genealogía de hombres pensadores que á la cabeza de sectas filosóficas, de escuelas que abiertas independientemente y aun con desden y hasta si como aquella no existiera, consumen sus fuerzas mentales y su vida entera en trabajar aisladamente de la fé, en buscar la joya de la verdad tomando en su mano la débil luz de la razon que el Criador les dió sí para su uso, pero no esclusivo, renunciando á la gran claridad derramada sobre todas las verdades, desembozado una vez solemnemente para la humanidad entera el luminoso fanal de la revelacion; cuando esto se considera, una sensacion indefinible de tristeza y de dolor anubla á la vez y comprime el corazon.

Y no es esto imaginar que la revelacion haya enseñado el sistema de inquirir el orígen psicológico de las ideas; ni impedido

tampoco que el hombre lo investigue en concepto de filósofo, nó; es que le enseña á no emancipar en nada su razon del criterio de la revelacion divina; le enseña á no elevar á principio lo que resulta en pugna con esa revelacion, porque no es ciencia ese principio sino error, porque la razon se equivocó por ser limitada y ser falible, y en pena de su soberbia aun más si se emancipa, al paso que la revelacion no se equivoca ni se puede equivocar siendo la misma luz conque Dios mira las cosas; le enseña, en fin, á no dejarse caer en abismos tan profundos que el sentido íntimo del más rudo lo condena, porque ese íntimo sentido, es luz, latente sí, pero siempre viva y que no engaña, pues es la voz del Criador que mudamente le inspira y le dirige; y la prueba de que en verdad es la voz de Dios y no la voz del hombre que raciocina á lo humano la teneis, en que invariablemente, en tiempo y en estension, ese íntimo sentido de cada hombre en singular forma el sentido comun, el de la humanidad entera.

En Inglaterra una escuela, en Francia otra, otra en Alemania. Quien creyera que esas falanges de hombres cristianos y de talento además, habian de venir en constante ocupacion tres siglos há, investigando el orígen de nuestros conocimientos, y que unos habian de parar en negar rotundamente la espiritualidad del alma, otros la realidad de los cuerpos que hieren nuestros sentidos, y otros, al fin, la existencia de lo uno y de lo otro, y quien más quien ménos de todos ellos, toda pauta de moral?

Oh! es que no han renunciado solamente á la revelacion, cerrando los ojos á su apacible luz que nada les cuesta á ellos; es que dentro de sí mismos han sofocado la voz de su íntimo sentido, y ni han querido atender tampoco al sentido comun en la humanidad entera que afirma sin discernir lo que, discurriendo, ignoran ellos.

Y es lo peor, para su ciencia, que el mismo Condillac que no puede demostrar, ni en consecuencia admitir la espiritualidad del ser inteligente que bulle dentro de su cérebro, en su sentir particular la reconoce. Y es que Bonnet, por no apostatar del princi-

pio sentado por Condillac inferido de Aristóteles, de ser sensacion el orígen de todo conocimiento humano, escogitó un alma material *ad hoc* para recibir las sensaciones, y otra espiritual responsable de su porte. Y esta conciliacion que ponia en salvo á Condillac, estravagante, absurda como ella es, está probando la lucha que esperimentó ese hombre, colocado entre su propia ciencia que escluye la espiritualidad, y su sentido íntimo y comun que, reconociéndola, le ponen en cruda guerra.

Y en opuesto sentido Kant, en cuyo sistema el mundo esterior no existe, tampoco niega abiertamente su existencia, porque acosado por la escuela Escocesa y la de Francia, yo no me cuido, dice, de si existe ese mundo ó si deja de existir, lo que afirmo en mi sistema es que la sensacion de lo que me parece un árbol, una casa, yo no puedo asegurar que sea la espresion real de que existen esos cuerpos, sino una modificacion que mi alma esperimenta de sí misma. Ridículo será no poder afirmar un pensador profundo lo que todo el mundo afirma; pero negarlo no lo niega.

Y los escépticos, creeis que duden en realidad de todo, cuando su sentido íntimo no duda? Hasta en las deducciones de cada respectiva escuela en órden á la moral, no abrigan la persuasion que aparentan, que enseñan, que propagan; pero que su corazon mudo rechaza.

El famoso publicista Hobbes, en psicología, sensualista, y con el placer por regla de moral, no penseis nó que abrigaba él sobre este punto un convencimiento firme que le impulsara á consignarlo así en sus escritos. Hobbes se hallaba fuera de su pátria, habia sido llamado por el Rey de Inglaterra al ser este restablecido al trono de sus mayores; habia recibido grandes mercedes de Cárlos II y se convirtió en adulador; fué su apoyo y defensor contra los parlamentarios ingleses, que querian por único gobierno la república; y para dejar árbitro á su rey y protector, como rey y como hombre, estableciendo una moral que amparada en fundamento teórico, aunque falso, permitiese la dureza, y aun tiranía en el mando, y la concupiscencia en el hogar consi-

guió su fin apetecido, diciendo:=entre lo justo y lo injusto no existe diferencia alguna:=la justicia es la fuerza:=la ley, la voluntad del más fuerte:=la obediencia del débil el deber.

Hobbes, pues, fué un hombre bajo, bajeza tanto más vituperable cuanto que prostituia, juntamente con la alta dignidad de su persona, la dignidad de la ciencia y del talento. De hombre víl se acreditó; pero de filósofo que dejara de sentir la protesta que su sentido íntimo hacía de su conducta, de eso si que, por las mismas causas de su proceder, le fué imposible acreditarse. Hobbes en situacion independiente no profesára esa doctrina; dejando de serlo, y sobre todo hasta llegar al sacrificio de conviccion científica, dejó á la vez de ser filósofo. Un sofista, un corifeo de los malamente llamados filósofos modernos, en su proceder materialista, eso es Hobbes.

Del sentido íntimo y comun el hombre jamás renuncia: contra él podrá escribir y obrar, pero dejar de sentir su imperio en su alma y corazon jamás. ¿Cómo Condillac dejar de esperimentar su accion, y en ella la existencia de su alma?, de esa alma espiritual y eterna de que oye hablar al pastor y al jayán con tanto aplomo? ¿Cómo Kant dejaría de tener por realidad la rama del árbol que azotó casual su rostro? ¿Cómo la escuela escéptica dudar de todo si á quien le hiere le demanda en tribunal, y *teme* ser demandado de aquel á quien él hirió?

Enterados, paso á paso, como os encontrais de todo; y despreocupados tambien como lo estais, por las reflexiones meditadas que preceden, una palabra mas os resta, y os dejamos en horizonte despejado y á la vez en sólido terreno. Presentaos en la escuela sensualista y colocados allí decidles,=teneis razon;= en los conocimientos humanos tienen gran parte los sentidos; mas no escluyais al espíritu, dejadle su gran papel. Entrad despues en la escuela idealista y decidles á su vez,=teneis razon;= en los conocimientos humanos, el alma tiene gran parte; mas no excluyais á los sentidos, dejadles desempeñar su interesante cometido. Sensualistas, el *origen* de las ideas en los sentidos está;

pero no está allí la *causa* que las formó. Idealistas, la causa de las ideas está en la *actividad* del alma; pero no está allí el orígen que allegó los materiales. El orígen de las ideas, los sentidos; su causa, la accion del alma. Con materiales, sin artífice, no hay edificio; tampoco con artífice, sin materiales.

§. IV.

CONCLUSION.

Hemos procurado desplegar hasta en detalle estas teorías metafísicas y psicológicas, haciendo que veais por vuestros propios ojos cómo un sistema erróneo en dogma y en filosofía trasciende á la vida práctica con toda la importancia de la palpable realidad, del mismo modo que, desarrollando el lienzo de una carta geográfica que sin contener mas que líneas estampadas, se hace ver un mundo de bulto, con todas las dimensiones geométricas. Cónstaos con fijeza y precision donde se alberga el error; tambien el modo sabeis de refutarlo certeros.

Si nos preguntais cual es la teoría reinante en las escuelas filosóficas, os podremos contestar que, fuera de los confines de nuestra España, está enseñándose un sistema, sino anti-religioso, que por lo ménos se ha formado sin contar para nada con la religion. Esa ciencia opaca y congelada se estampa hoy en las almas de la juventud; ese licor venenoso está destilándose mas que gota á gota en los tiernos corazones; y de almas frias para la religion, y de corazones embotados para el amor y las virtudes cristianas, está formándose el plantel de hombres que han de regir los destinos en lo que resta del siglo. De hombres frios sí, por que esa frialdad ya no se templa, ni esas fibras canceradas se purifican ya jamás sino en aquellos poquísimos á quienes cabe la suerte de esclarecer y

acrisolar sus ideas en el superior estudio del dogma en las escuelas católicas en nombre y en realidad; y aún esta columna de oro no descansa con la misma solidez que sobre pedestal de mármol sobre pedestal de barro.

Estad seguros que una generacion se mueve al impulso que la imprime la fuerza invisible de las ideas militantes de su siglo; y es en todo como la embarcacion que surca el piélago sin notar el impulso del vapor; pero que segun la pericia con que el diestro gradúa este motor oculto, marcha aplastando con magestad los inevitables hervideros que erizan la superficie, deslizando suavemente á vista de alfombradas márgenes hasta descubrir la playa deseada; ó por el contrario, hecha juguete de la violencia del mismo agente salvador, chocando en un bagio, rozando en otro, la sacude por fin contra el peñasco ; la nave se quebranta en mil pedazos, y las ondas arrojan con desprecio sus despojos á la arena.

Qué de estraño tiene, pues, que de convicciones tan desbarradas germinen y nazcan sentimientos que ondulan sin reposar en un centro, y se despierten en el pecho de la humanidad, propensa al vicio, pasiones turbulentas que la desgarran contra su misma voluntad, entre mil y mil sacudimientos....! De ahí viene tambien comprimido ese huracan subterráneo, á cuyas convulsiones, el suelo de la iglesia retiembla y amenaza arrancar el árbol de la religion y lanzarlo con furia invirtiendo sus raices; pero no lo arrancará, nó, porque este árbol corpulento azotado en todos tiempos por el recio viento del error y las pasiones, tiene sus raices encarnadas, no en la tierra, en el cielo.

Además, quien impide que Dios mande á un ángel tutelar de este comercio divino, empuñe una espada de fuego y deshaga esos grupos de idólatras que descubren su cabeza y doblan su rodilla solamente ante el sólio de la razon altiva? Le sería fácil enviar su aliento abrasador y reducirlos á carbones, ó mandar á la tierra que abra sus fauces y, como á Datan, los trague; pero no, esto tampoco: la gloria de Dios se vé rodeada de una aureola

de fuego en aquel pendon que tremola siempre victorioso en las contiendas de esos dos génios reñidos, que, en sus designios, permite se coloquen frente á frente. El plan del suntuoso edificio que la mano del Altísimo dibujó en los pergaminos eternos, para construirlo y habitarlo cuando el sol se levantase por el horizonte, está trazado sobre la gran ley del equilibrio. Vemos siempre Agustinos y Atanasios colocados de pié en las puertas de la Iglesia, cuando legiones del infierno han intentado penetrar en el santuario á profanar el dogma y extinguir el fuego perpétuamente conservado; pero en su pecho de bronce encontraron tambien siempre el ante mural de su rechazo. La magestad divina ostenta con mas brillo los visos de su púrpura resplandeciente, cuando vá meciéndose sobre los aires en ese balanceo en que á veces parece que la religion pasa rozando contra el polvo de la tierra y luego se levanta como astro luminoso, apartándose por la curva de su órbita hasta besar la concha nacarada de los cielos.

Lo conoceis, el equilibrio está perdido, y Dios no está obligado á obrar milagros, Dios no merece ser tentado. Ministros del Altísimo, dispensad que os evoquemos, ilustrada juventud vosotros sois la espada que su brazo ha de blandir en este periodo borrascoso para continuar derrotando esas falanges enemigas: vosotros sois el ejército de su Magestad divina, y es preciso que os apresteis á defender sus derechos; olvidaos de vosotros mismos y escuchad atentos el imperio de sus mandatos soberanos: desatad los lazos del respeto humano, del interés, y de la sangre; y si hubiera de costaros mucho tiempo, rompedlos ó cortarlos: haceos de mármol para padecer; para amar á Jesucristo sed de fuego; para trabajar infatigables en bien de vuestros hermanos sed de hierro.

Entre tanto; hasta que llegue el dia en que hayais de reuniros en torno de la enseña, en torno de la Cruz, enriqueced con avidez santa vuestro entendimiento, y si además de la divina cultivais alguna ciencia, sean vuestros trabajos á la luz despejada de la fé. Ella os resolverá todas las dudas, ella agrandará las dimen-

siones de vuestros talentos y ella en fin os enseñará más que todos los sábios de la tierra. Descorred, sino, esa cortina que oculta el gran museo de los pueblos más cultos de toda la antigüedad, y echareis de ver, cómo lo que los Indios y los Chinos no alcanzaron, lo que no enseñaron los Egipcios y Caldeos; lo que no descubrieron los Fenicios, ni los sábios de Atenas y de Roma comprendieron, lo alcanzais vosotros con la fé.

Hemos dicho, enriqueced vuestro entendimiento; pero sobre todo no dejeis de cultivar la tierra del corazon. En vuestro pecho, allí teneis otro campo más vasto y más fecundo: un sólo grano de semilla que arrojeis en él lo vereis cubierto de espigas abundantes más macizas y doradas que las que Rut recogia, allí teneis una cisterna de agua más pura y cristalina que la fuente de Jacob, allí un filon de oro más récio y más profundo que en las minas del Perú, allí una playa sembrada toda de perlas, y una montaña de diamantes engastados, faltando solo que vayais quebrando sus cáscaras de arena. Si quereis llenaros las troges de cosecha, si quereis regar una campiña con el agua para tejer guirnaldas en su frente á la *virtud*, trabajarle coronas con el oro, salpicar con perlas su vestido y con diamantes sus crespones, cultivad el corazon... Qué frutos tan sazonados! ¡Qué sabrosos...! Hasta los efluvios que las plantas de ese amenísimo jardin exhalan, rico aroma de virtudes, son más frescas que el rocío y más fragantes que el incienso de la Arabia. Si lo cultivais, vivireis amigos con vosotros mismos, sereis amables á las personas que os rodean, sereis amados de Dios y amantes del Crucificado.

CAPÍTULO III.

El hombre de mera razon conducido al origen de la Iglesia.

Despues de patentizado que la razon humana desdeñosa y por sí sola, en religion termina su carrera en la incredulidad, en filosofía en el escepticismo, y por consecuencia de uno y otro en degradante epicureismo en la moral; al ver la insistencia tenaz, anti-científica y anti-racional conque irgue su frente en actitud de pasar revista á todo con el intento exclusivo de mandar que venga abajo y poner su planta audaz sobre cuanto no comprende, ó comprendido no lisongea su orgullo, en este estado las cosas, resta solo que decirle á la razon, á esa soberana intrusa y como intrusa orgullosa, como orgullosa tirana y en arrebatos soez, que no son sus propios fueros ya lo que defiende, son los fueros de su vientre lo que el hombre ha pasado á defender; no son derechos de la razon que se emancipa de le fé, son los instintos de la concupiscencia emancipada ya de su razon. Resta que decirle solo que tampoco se llama ya *razon* ese defensor que en sus lábios no encuentra si no insulto y en su corazon rencor; se llama ya sensual pasion, instinto de solo el cuerpo; la vergüenza humana, en fin, con manto imperial y sobre un trono exigiendo el tributo de la sensualidad que la misma vil concupiscencia nunca osó, sin rubor, ni aun aceptar.

Sí, la razon emancipada, esa razon que científicamente está en derrota, está postrada, reconociendo su impotencia, reo convícto y confeso de que erigida en Juez de la fé misma se pierde y pierde al mundo sepultándole en el caos; sin valer por sí sola para marchar sin desvío ó sin error aun en las veredas del órden natural en donde no dá paso sin tropezar, sin caer, sin perder el derrotero; la razon que despues de todo eso se levanta audaz, alza sus ojos imperiosa nuevamente y lo registra y juzga y pisotea todo, ya no es el hombre que erró débil, es el furioso, el delirante que lo pospone todo al ideal de su pasion, de su vehemente apetito, aún á precio de trágico suicidio repentino.

Sí, el protestantismo es el antifaz del racionalismo, y el racionalismo el antifaz del gentilismo, del hombre cuyo Dios está en su vientre en espresion del gran Pablo; es decir, del hombre terreno con un volcan de orgullo intolerable en su espíritu que por sí solo le aproximaría al ángel malo, y con un latente fuego de lascivia y voracidad en su degradada carne, tan intenso y tan constante que le aproximaría al bruto; pero que en íntimo consorcio de inteligencia con sensualidad brutal, y de brutal sensualidad con inteligencia estragada, mas repugnante que el mismo Lucifer en sus designios mentales, en degradacion carnal excede tambien al bruto.

El hombre que aspira á que prevalezca solamente lo que llaman la moral universal, es que una pasion del espíritu le devora, ó una pasion de la carne le tiraniza cruel.

Queremos que así no sea; pero, y la Iglesia *docente*?; y ese faro que brilla en el centro de la tierra?; y las verdades eternas y la moral de su divino Fundador que al universo entero enseña?

No tratamos de imponeros nada; vosotros habeis de convenceros por vosotros mismos.

Ese Fundador divino y esa iglesia docente con divino auxilio constantemente ilustrada en sus enseñanzas comprensivas de cuanto es de la fé que ha de anunciar á todo el mundo y á vosotros, y en cuanto á la moral que ha de enseñar é intimar á la

humanidad entera y á vuestro corazon tambien; ese Fundador y esa fundacion suya; ese orígen primitivo de donde parten las verdades y la moral que vosotros no atacais sino que *negais* que es más sencillo, negando asi de una vez el maestro y su enseñanza, hasta ese orígen primitivo, sí, de donde arranca la vida, la mision de enseñar á la humanidad entera y las verdades y la moral que enseñan, hasta ese orígen vamos á conduciros paso á paso.

De dos fuerzas dotó el Fundador á su iglesia para que ningun hombre alegue error: para que quien no tiene ó pertenece á ninguna, no pueda decir que no entró, porque su entrada era á ciegas vendando á la razon sus ojos; para que quien pertenece á otras cristianas, no la confunda con ellas; y para que quien afortunadamente se encuentra en la verdadera, se afiance en su razon, sin *vacilar previamente,* con los recursos humanos de que se encuentra en la luz, y escite su compasion y su celo por cuantos él vé con claridad que yacen en las tinieblas.

De esas dos fuerzas, vosotros careceis de una, ó es que voluntariamente os habeis privado de ella; y con la *sola* que os queda vamos á hacer que la empleeis en conocerla.

«Reunion de personas con fé en Jesucristo y sometidas al Gefe Vicario del Fundador» es la fórmula más breve que podemos presentaros para que formeis idea de la verdadera iglesia ó sea sociedad cristiana. De esta iglesia ó sociedad, el Gefe juntamente con el Episcopado forman, en rigor, la iglesia que debeis llamar *docente*, y de este magisterio es de donde todos tenemos que aprender cuanto al cristiano, como á cristiano, se refiere, no pudiendo el hombre ni salvarse, rebelde á ese magisterio.

Dos fuerzas sostienen desde su orígen esa inmensa asociacion, y solo el hombre que esté cierto de que se ampara en *ambas fuerzas* puede decir que se encuentra en la verdadera iglesia.

§. I.

Fuerza esterna.

Dos fuerzas: una sensible y esterna, otra es interna y oculta. No hablamos en la primera, de esa fuerza de jurisdiccion de foro esterno que la iglesia tiene, como la tiene el Estado, y que nadie de buena fé le niega ni le invade, emanada de la Tiara como la civil de la Corona, sin faltarle ni aun la fuerza material que pide con derecho al brazo secular para hacer cumplir en quien resiste cuando provee y tambien cuando sentencia.

Tampoco comprendemos en la segunda esa jurisdiccion de foro interno ó de conciencia, que sin distinguir de personas, de causas ni delitos, en concepto de pecados le son de propia y esclusiva competencia.

Hablamos de otras dos fuerzas tambien esterna una y otra interna que conducen al cristiano á reconocer la verdadera iglesia.

Probará el cristiano que se llega á la iglesia del divino Fundador por fuerza esterna, cuando abriendo ese Libro en que encuentra la primera página del tiempo, y en que el aliento de Dios imprime la primera vida que conserva el filon que crece, la planta que se nutre, el animal que se mueve y el hombre que discurre y quiere; encuentra tambien y muestra allí Patriarcas que creen en Jesús, Profetas que le anuncian, y, ántes que Apóstoles que le predican, un inmediato Precursor que evangeliza, aunque siegue su garganta una guadaña.

Probará su mismo intento, cuando pregunte á los sábios gentiles de la antigüedad, no para aprender de ellos el camino de Jerusalen y de su célebre aldea cuna de su Salvador, sino para ver si confirman lo que le enseña la Biblia. Y con qué placer encon-

trará que el Filósofo Calcidio le hace relacion espresa de aquella misma estrella que condujo á los Magos del Oriente!; encontrará de Josefo, que Poncio Pilato del Evangelio escribió oficialmente al emperador de los romanos lo acontecido con un hombre extraordinario, decia, que se llamaba Jesús; y de Tácito el suplicio del pobre Nazareno. No importa que Juvenal contemple los horrores de Neron con indiferencia estóica, que el mismo Tácito confunda ó equipare con el judío al cristiano, que Plutarco los trate con desdén y que ni los nombre Quintiliano. Ni importa tampoco que el poder persiga, que haga rodar sobre la arena cabezas de cristianos inocentes, que sostenga las ceremonias que se observan, los sacrificios que se ofrecen, los ministros que sirven al altar y la doctrina que, al parecer, se cree. El paganismo es mentira, la verdad del crucificado ha invadido ya todas las inteligencias y todos los corazones, ved al mundo antiguo como inmenso círculo en cuyo centro se ostenta el templo de la religion pagana: al nombre de Jesús tiemblan sobre sus pedestales las estátuas de los Dioses; la mano del verdadero Dios va levantando un templo junto á él, y á los golpes de la edificacion del nuevo el antiguo templo ruinoso se estremece y dejando sepultadas en escombros las estátuas del Olimpo, se desploma. Júpiter Olímpico no podia estar frente á la cruz, y el frágil leño que Jesús divinizó le hizo pedazos. Solo el *vacío* hecho en Roma os asegura bastante de la nueva fundacion.

Como el camino aproxima las distancias del espacio, la historia aproxima las del tiempo. Borrad, no decimos la historia eclesiástica nutrida toda de concilios, de heresiarcas y de hereges, de clérigos y monges, de mitras y de tiaras; quitad de la historia universal lo que dice relacion con el Fundador y su iglesia que negais y habreis borrado una mitad de las huellas que la humanidad ha ido trazando en cerca de diez y nueve siglos. ¡Hemos dicho una mitad!; como *huellas enlazadas,* las habreis borrado todas.

Borrad no más los resultados de la influencia que la cátedra de

San Pedro, cuando directamente, cuando nó y siempre benéfica, ha ejercido en los acontecimientos de que se nutre la historia universal, en Asia primero, en África despues y siempre principalmente en Europa desde Constantino sobre todo, y vereis que aún la historia profana os queda tan descarnada y desunida como el esqueleto de un gigante con los huesos dislocados.

Quitad de enmedio las cruzadas, y no encontrareis la segunda regeneracion moral de Europa, que las cruzadas la regeneraron, purificándola de vicios inveterados generales: quitadlas de enmedio y no encontrareis ni su cultura ni su prosperidad, porque las trageron los cruzados, trayendo del Asia sábios y artistas y artefactos: quitadlas, y no encontrareis ese contacto, esa buena inteligencia entre monarca y monarca, porque no encontrareis lo que, bien podeis llamar la diplomacia; ese recurso de aumentar la potencia en el brazo de los reyes, esa gran palanca de primer género con que una sola mano puede trastornar, eso sí, pero otra y más de ordinario volver á su centro aún al planeta trastornado. Y sabeis á quién se debe? A un hombre de quien Pio IX es sucesor.

Podeis tambien llegar hasta el Fundador de la iglesia que negais retrocediendo paso á paso por la senda del derecho. Los cánones os la ofrecerán despejada y jamás interrumpida hasta los mismos Apóstoles en su primer concilio, aunque es verdad que el derecho civil os abandonará en la edad média en que esa senda queda borrada por completo, hasta salvar como una inmensa laguna, volviendo á empalmar con el romano. Y el canónico que lleva hasta Jesús como camino recto ó longitud en el tiempo, lo hace conocer y lo proclama tambien en latitud ó estension en el espacio; porque sin ser todo él la *inmediata* voluntad del Fundador, bien puede decirse que es su voluntad en práctica, no dentro de la iglesia solo, sino en la vida toda de sociedad cristiana, de clérigo y de lego, y pública y privada; y el civil que lleva ó conduce como senda, primero absorvida en parte por el canónico como de otra senda más ancha y más trillada, que al fin la borra toda en largo trecho, volviendo á separarse paralelos; hasta el ci-

vil sí, aunque sin poder obrar sino interpretando y haciendo valer el natural que el hombre recibe de Dios no más que Criador, muestra tambien sin embargo, el sello del Redentor: por él respeta en el lazo conyugal la indisolubilidad del vínculo en todos sus efectos solo porque desde Jesús es imposible, entre cristianos, hacer un matrimonio sin hacer un sacramento: él ha recibido una cruz para pronunciar un juramento: una cruz cierra el instrumento público de más valía: una cruz graba en el papel, mejor que en bronce, la voluntad del moribundo; y hasta si determinada formalidad faltó, él ha querido, hablamos en nuestro reino de Aragon, que precisamente sus santos Evangelios, una cruz y en las puertas de su iglesia dén el valor que le faltaba.

La literatura proclama al Fundador de la iglesia que negais: quitadla, y en poesía queda herida de muerte en muchos siglos; en elocuencia muerta: herida de muerte en poesía, porque era necesario pasar un tachon á indecibles poemas, en número y en excelencia los primeros, que tienen por argumento un pasage de su adorable religion. No nos esforzaremos si conoceis la Jerusalen libertada, debida á la pluma del poeta que fué al Capitolio á recibir el laurel de mano de un Sumo Pontífice, aunque accidentes imprevistos hicieran que ornase, si no sus sienes, su sepulcro. La Jerusalen de Taso es la representacion de todos los poemas de su escogido género. Y herida en poesía, porque aún en los de argumento profano habia que arrancar el sello del sentimiento cristiano que, como á la planta la sábia, á la poesía dá la vida. Y hasta cerca del siglo en que, retrocediendo, la cruz fué ennoblecida, la poesía se encuentra así *cristiana*, como lleva tambien el carácter *divino* la Hebrea de la Biblia, al mismo tiempo que *gentil* la antigua Griega y la Romana simbolizadas en Homero y en Virgilio. Herida de muerte en poesía: en elocuencia muerta.

Desde Jesús al renacimiento de las letras, suprimid la elocuencia cristiana de Oriente y Occidente y vereis lo que os queda de elocuencia. Entre otros, quitad al discípulo de Alejandría, y sin Atanasio habeis quitado á la elocuencia el rayo de la energía; quitad

al discípulo de la culta Atenas, y sin Basilio la habeis privado del sabor de la dulzura; quitad al patriarca de Constantinopla, y sin el gran Crisóstomo habeis ahogado el acento de entonacion más sublime. Esto en Oriente: en Occidente, quitad la vehemencia de Cipriano, los tiernos discursos de Ambrosio, los austeros de Gerónimo, los profundos de Agustino, la magestad de S. Leon y San Gregorio el grande y vereis al mundo literario, en este ramo, en un silencio sepulcral.

Porque ¿qué fueron Celso y Porfirio? Que fué el acento del célebre Simmaco defendiendo el paganismo? El canto fúnebre fué con que le acompañó al sepulcro.

La misma lengua latina conduce hasta el Fundador de la iglesia que negais. Sabemos que nació antes que Jesús, y tambien que no la habló; pero la lengua de Ciceron se bautizó pasando á la pluma de Tertuliano, de Arnobio y de Lactancio para sostener la santa lucha contra la religion pagana allí en Roma donde la fuerza oficial y hombres científicos pagados eran ya su único y último baluarte. Sí se bautizó, y aunque no por ser cristiana fué ni es mejor como idioma, teniendo que vestir ideas de objetos impalpables, cuando á lo más los espresaba de dioses y génios de mármol y de bronce, por ese mismo nuevo temple que presenta en cotejo con los clásicos latinos, la lengua del Lacio es testimonio perene del Fundador de la iglesia. Sí, todo, todo cuanto puede constituir fuerza esterna lleva al hombre sin advertirlo él á la cuna de esa institucion divina.

§. II.

Fuerza interna.

La gran masa de sencillos cristianos que no contais con esa fuerza esterior, sabed que con ella cuenta vuestra religion; pero

ella sola es fuerza muerta, y al mismo tiempo que dá cuerpo á la vuestra esclusiva que es la impalpable de la fé, recibe de ella la vida de que está privada estando sola.

Y sabeis qué gracia es esa fuerza de la fé? Una luz, una luz imperceptible á los sentidos llega á la frente del mortal; como el hombre no es solo espíritu como es el ángel, antes de bañar el alma hace alto, esperando una sola condicion. El Salvador ha de ser anunciado con la palabra, notó el apóstol San Pablo: el alma oye su nombre, Jesus entra, toca al alma, resplandece, el alma le reconoce, si presta su asenso, cree. Y la ciencia más oscura, la más vasta sin restriccion, la que la razon más eminente, por si sola, ni abarca ni aun sabe en todo su existencia, la sabe, para salvarse, el cristiano más sencillo, con la misma claridad y certidumbre que el angélico Dr. de las Escuelas; por que el cristiano que cree vé á su Dios.

Al hombre que no tiene conocimiento claro en una ciencia le hareis afirmar como negar, estrechado con destreza. Emplead el arte que gusteis para persuadir á la sencilla muchedumbre que en la Hostia consagrada no está Dios, y esa muchedumbre que ni el alfabeto sabe, vé con tanta claridad lo mismo de que se le intenta disuadir que, en vez de reputarse ella engañada, tendrá al sábio presunto que la arguye, por impío ó dementado.

Sobre todo: cuando esa certidumbre sin discurso la estampa la fé en un alma limpia, queda allí tan segura y tan perfecta, la vé el alma con tanta distincion y fijeza, y la presencia del mismo Dios que escapa á los sentidos la esperimenta tan sensiblemente dentro de su pecho ese cristiano sencillo de fé viva, que si el verdugo de un tirano tronchase su cabeza, sin poder pensar en Dios, lo conservaria en las entrañas debajo de su mano. Tal es la fuerza de la fé.

Pero el pagano y el judío, y el cristiano protestante de Inglaterra, y cismático de Rusia conservan tambien ese sentimiento inexorable de su propia religion, teniendo en ella fé firme y aun entusiasta. Que oiga esto el católico sencillo; si una pasion no os-

curece la claridad de su fé él marchará á pié firme en sus creencias, que las vé; pero como en su saber no entra el discurso para nada, no sabrá que contestar: y hed aquí el *término* de la fuerza interna que hace mártires, aunque apologistas nó; y hed á la vez el *principio* y la gran necesidad de la fuerza de razon que con aquella adquiere brio y vence al sábio equivocado, baluarte de toda una falsa religion.

¿Conque tambien en otras religiones tienen fé? El primer fundamento de la religion, decia San Agustin, es la historia.

La primera historia está en la Biblia, porque no negareis, por vuestra propia ilustracion, que entronca en la sagrada la del pueblo Caldeo, Egipcio, Babilónico, Persa y Medo. Allí está sin adulterar la verdad, la religion que Dios dejó depositada.

El paganismo, posterior á esa historia, es un error, que este siempre fué posterior á la verdad, por ser su adulteracion: es la Teología del mundo primitivo degenerada en Mitología, sí, ciencia de Dios primero, fábulas de Dios despues.

Ese vestigio de fuerza interna que el hombre no católico conserva, no hay que afirmar que no es de Dios, porque lo es, es un vestigio indestructible que sobrevive entre las mismas ruinas de la religion que para ellos destruyeron. La luz de esa fé, es la luz de un espejo hecho pedazos.

Pero la verdad íntegra, la verdad santa y salvadora no está, ni en la confusion del paganismo que la profana, ni en la obcecacion del judaismo que la insulta, ni en la impureza de la heregía que la adultera, ni en el orgullo del cisma que la rasga. En la iglesia católica, solamente en la católica está depositada la verdad; y, ¡permision!, tienden todas á destruirla y sin embargo la ayudan y la *sirven* en su estravío todas.

No advertís cómo convierte al pagano? El paganismo le sirve de materia para hacer su obra. El judaismo errante por el mundo, llevando en su poder el antiguo Testamento en que su Libertador es Dios, es el mejor testimonio de la divinidad del Fundador. Notais que precede muy séria discusion al fallo de la heregía? Ella

le sirve de prueba de la solidez de su doctrina. Advertís, en fin, que el cisma se desprende de la iglesia como del árbol la rama desgajada, quedando aquél vivo y ésta muerta? El cisma sirve de prueba de la pujanza é independencia de su vida.

Ella marcha en noble arrogancia en su carrera á través de sus mismos enemigos; convida á los paganos, desdeña dignamente á los judíos, aparta de sí á los hereges, abandona á los cismáticos; y no obstante, tiende sobre todos una benigna mirada, y á todos abre la entrada á los misterios y las puertas de la gracia; formando la fé de los paganos, y reformando el error de los hereges, recibiendo en su seno á los cismáticos, y esperando á los judíos para que abracen la compañia del cristiano.

Por tanto, la fuerza interna que en persona perteneciente á la iglesia católica es verdad, porque es el don de la fé, en personas de todas las demás iglesias, salvas las que jamás han dudado ó podido deponer la duda de si les asiste la segunda fuerza, es error, preocupacion, fanatismo; pero fé, gracia de Dios, eso no es, porque no puede tenerla la que no cuente con la fuerza de razon ó fuerza esterna, habiendo Dios dotado á *su iglesia solamente* con las dos.

Y como solos nosotros la tenemos, porque la constituye la escritura, aun solo en cuanto monumento histórico, y los sábios gentiles de la antigüedad, y la lucha tenaz del paganismo, y los escombros de sus templos, y la historia universal, y el derecho de la iglesia y del estado, y la literatura en poesía y elocuencia, sin contar la sucesion legítima de Papas y Prelados desde su mismo orígen hasta hoy; al paso que todas las demás, incluso el cristiano protestante y el cismático, no tienen más fuerza de razon ni más historia que la de su orgullo ó su licencia, *concluimos* que ante las fuerzas interna y esterna reunidas, tienen que sellar sus lábios todos los rebeldes juntos de la tierra, sin que su ciencia sirva para debilitar vuestras creencias, ni su ejemplo para resfriar vuestra virtud. Pudiendo decir en alta voz á todos, que sino hincan su rodilla ante el Fundador de la única iglesia ver-

dadera, abrazando cuanto sus divinos lábios enseñaron y el Pescador de Galilea llevó á depositar y conserva en Roma, es por que pertenecen á religiones oficiales ó religiones toleradas, y en uno y otro caso apénas hay quien se atreva á abandonar la suya falsa, y sabeis por qué? Debeis saberlo, lo sabreis: por falta de valor para romper con su propia posicion en unos, con su lucro en otros, en otros con su ambicion y con su licencia en todos.

Pero iglesias, religiones...!! ¿La religion en plural? El sacerdocio católico se avergonzaria!; depondria sus vestiduras, las hubiera ya depuesto. Religiones nó, son *girones* de la religion con que los hombres sienten necesidad de cubrir su flaco, su depravado corazon.

CAPÍTULO IV.

Instrúyese al racionalista de si la MISION de enseñar en sí misma y las VERDADES y la MORAL que la Iglesia docente enseña son cosa de los hombres.

Sabemos que insistireis en vuestra moral universal, y para eso direis que la iglesia que acabais de conocer y que en efecto desistis ya de negar, no puede enseñar verdades que no alcanza la razon, ni puede intimar moral que no sea la que en nuestra naturaleza está encarnada, porque, siendo Dios su criador, los hombres no pueden alterarla, aunque se llamen Pontífices, debiendo ser exclusiva la moral del corazon, que siendo en todos la misma, debe proclamarse única, proclamarse universal.

Y no es que querais, racionalistas, la moral universal; si se os deja apartar la vista de la religion de Jesucristo, al *instinto* de naturaleza lo llamareis la *regla*, la moral.

No os canseis, el hombre sin una pasion del espíritu que le devora, ó una pasion de la carne que le tiraniza, no forma empeño en lo que vosotros llamais la moral universal: *la razon sin pasion no niega, ni puede negar en la Iglesia docente, ni la mision divina de enseñar, ni las verdades, ni la moral que enseña*. Y habiendo llegado ya vosotros y reconocido la iglesia como un hecho, queremos haceros entender ahora que no es la iglesia una importantísima órden militar cuyo gran Maestre se denomine Pontífice, si no que su fundacion y su mision permanente es divina como lo es su fundador. Siempre sin haceros violencia, sin imponeros nada, sin esperar que concedais un ápice que la razon no deba conceder sin abdicar su dignidad: iremos siempre al nivel de la razon y paralelos á ella, cual compañero leal que se propone mostraros lo que la pasion no os deja ver.

Demostracion:

Los historiadores mas antiguos de entre todos los de la misma antigüedad, Sanconiaton de los Fenicios, de los Caldeos Beroso, y Heródoto y Maneton de los Egicios, registran en sus antigüedades referencias desfiguradas del diluvio y otros hechos del Pentateuco de Moyses. Posteriormente, de intento y con claridad, habla ya todo escritor, aun profano, de unos libros que un pueblo célebre por su misma oscuridad, por los prodigios obrados en su seno y por su peculiar organizacion social, custodiaba con el interés de oráculo divino: ese mismo pueblo, único en la tierra de los que á su vez vivian, existe hoy precisamente como el *milagro de la historia*, y existe en rigurosa descendencia en genealogías de familia, en idénticas creencias religiosas, y culto y forma de él al tributarlo, y sin alterar un ápice ni en costumbres ni en usanzas de sus tiempos primitivos.

De ese pueblo recibieron el antiguo Testamento los Cristianos, y es hoy como entonces el solícito custodio de esos libros que

conserva tan exactos é incorruptos que la ínfima nota de lo que hoy diríamos ortografía, no consintió jamás variar. En ellos, pues, está patentemente profetizado de siglos antes, y no pocos, que un dia tomaría Dios naturaleza humana: que una Virgen precisamente le daría á luz: en qué tiempo nacería, y cual el pueblo que le veria nacer; que una estrella de extraordinario curso diría al mundo aquí esta, y, en fin, allí se vé toda señal que al presentarse en este mismo mundo y al desperdirse de él desde la cruz siglos despues, se han visto literalmente cumplidas; y la razon humana que eso vé, porque todo es ya un hecho que solo el demente negaría, esa razon cree, calla, y natural y humanamente adora. Profecías cumplidas con tanta claridad y exactitud, dejan probado que es Dios el anunciado como Dios.

Pero ese mismo Salvador obra un milagro patente á cada paso: curar en el *instante* lo incurable; á quien jamás vió luz, darle en el acto la vista; al muerto en el féretro tomar la mano, y presentarlo á sus padres por su propio paso; decirle á Lázaro «levántate», y levantarse tan pronto como un dormido á quien voz de imperio llama; pasear sobre las aguas del mar con sus sandalias enjutas; á los que van á prenderle decirles solo «yo soy» y caer todos en tierra..!, ¡todo esto creeis que prueba ser Dios!

§. I.

Sin réplica lo probaría; se dirá, si quedase demostrado que esos milagrosos hechos son *verdad*.

El autor de esos prodigios muere. ¿Con su muerte acabó todo? Ah! Como habia prometido resucita; confórtanse sus tímidos apóstoles, les dá facultades, las vincula en los que nombren ellos con el tiempo y les sucedan, tendiendo su mano los bendice, y ante un grupo de más de un centenar de espectadores se eleva, desparece y se restituye al Cielo.

Todos sus apóstoles le predican como Dios; echan en cara á los judíos que le han crucificado: les ha dejado el encargo de que su nombre y su doctrina se anuncien á cuatro vientos, ellos obedecen, repártense el mundo para estender su palabra, le predican, le defienden, cumplen su encargo y cuando la contradiccion se obstina á detener su palabra en la garganta, entonces uno á uno, antes que infieles á su Maestro amado, entregan su vida tranquilos en manos de su verdugo.

El sucesor de Pedro se constituye en Roma como él y los de los apóstoles en todas partes. Van á cumplirse diez y nueve siglos: id á Roma y allí, orando acaso sobre el sepulcro mismo del Pescador de Galilea, encontrareis un sucesor que no ha faltado jamás. El globo está salpicado de Obispos que han ido sucediendo á aquellos y multiplicándose segun que la grey multiplicaba.

Doscientos sesenta son los Pontífices Sumos que á San Pedro han sucedido; el número de los Obispos no puede tener ya cifra. Las mismas verdades de fé que enseñaron los Apóstoles hasta el momento ántes de entregar su vida, la moral misma que intimaron, los mismos siete Sacramentos que su Maestro instituyó y administraron ellos, eso predican, eso intiman, eso administran hoy todos los Obispos esparcidos por todo el orbe católico.

¡Qué prodigio!

Pero ¿quereis persuadiros por vuestros propios ojos de esa estupenda *unidad* en tan múltiples objetos y á través de tantos siglos en tiempo, y en estension en toda entera la redondez del globo? No hay que estudiar un renglon para trazar la cadena de doctrina en todo el decurso de los siglos, ni la identidad actual en los cuatro continentes y en la inmensa Occeanía. Presentaos bajo las bóvedas del Vaticano, y con esa emocion sublime de quien en un *momento* y en un *punto* vé condensados los siglos y reducido el espacio oireis el «Credo in unun Deum» entonado por el sucesor de Pedro y contestado á la vez por setecientos sucesores legítimos de los Apóstoles, que la voz del Espíritu Santo ha reunido allí, como á los doce en el Cenáculo, en torno de S. Pedro.

El mundo, pues, se hizo cristiano y cristiano se conserva. Y la fé para serlo *era sobre* la razon, lo mismo que para conservarse es. Y la moral era *contra* los instintos de naturaleza, y contra idénticos instintos *lucha* hoy. De donde legitimamente se concluye, que aquellos estupendos hechos de Jesús, siendo verdad cual demostrado queda, dejan su divinidad probada tan sin réplica y sin duda, que no la razon humana, si es que ni la del demente podria negarla en sério. Sino fueron verdad esos milagros y nadie le creyó Dios, el cambio que en el mundo obró, sin probar ántes quien era, es el milagro más grande.

Solamente un Hombre-Dios podia transformar el mundo entero y conservarlo diez y nueve siglos en el idéntico estado en que la transformacion se obró. Alejandro alcanzará que un vasto continente, á su presencia tiemble y enmudezca; pero su conquista no es el globo sino el Asia y es esterna su conquista, la que consiste en hacer soltar las armas de la mano ante el terror de otras mayores teñidas y humeantes aún de sangre humana; y una conquista, á más de esterior, fugaz que durará solamente miéntras su presencia dure. Caliente se conservará en su lecho el cadáver de Alejandro todavía, y su imperio le vereis repartido, y destrozada su púrpura en tantos girones cuantos son sus generales. El cambio más importante que en la faz de la tierra alcanzó jamás el hombre, en *estension* fué siempre limitada; más limitada en su índole que nunca fué sino *esterior*, como siempre fué lo impuesto; y donde su obra presenta en toda su pequeñez su límite está, en su efímera, en su *fugaz* duracion.

El Capitan del siglo diez y nueve paseará sus pendones en una estension que, por su importancia, esceda á la que avasalló Alejandro; un límite encontrará y cuando ménos lo espere, donde tendrá que hacer alto. Entre tanto, por donde pase él, consistirá su conquista en que halle quien descubra su cabeza con ódio en el corazon. Y aún ántes que la muerte le sorprenda, como al hijo de Filipo, mucho ántes le habrá escapado de sus manos, hecho pedazos, el cetro. Y la muerte le otorgará aún, un plazo harto

prolongado para que él mismo vea por sus propios ojos la impotencia del hombre poderoso, bebiendo dia trás dia, gota á gota del cáliz del desengaño que apurará hasta las heces.

Los hombres que han hecho más han hecho esto: esto que han hecho los hombres y lo que ha hecho el fundador del cristianismo lo sabe bien la razon, viendo cual vemos en ello acontecimientos solamente de la historia sin escepcion recibida; y la razon que esto vé ¿puede atreverse á negar que es Hombre-Dios el que supo transformar el *mundo entero*, y lo transformó en el *corazon*, y siglo trás siglo hasta hoy lo *conserva* trasformado? No un continente, no el trage ó esterior social, no mientras que un hombre dura: en el globo, en lo más íntimo del racional y para siempre fué la revolucion que el modesto galileo obró, con Pedro y doce hombres más.

§. II.

Organizacion de la Iglesia docente.

Pedro y doce hombres más; ellos y los sucesores de Pedro y de los demás Apóstoles en torno suyo, han formado, forman y formarán la Iglesia docente; es decir, tienen el encargo que de los lábios mismos del Salvador recibieron: 1.° De custodiar la palabra de Dios escrita, la tradicion dogmática ó divina procedente del Salvador ó de los Apóstoles en cuanto tales, y hed ahí el depósito de fé, el objeto de la fé, sus verdades reveladas, ó *patentes* de otro modo que por las obras de naturaleza se ostentan, de entre ellas, varias: 2.° De anunciar esa doctrina que en depósito custodian: 3.° De absolver á los débiles mortales, ó retener en su bien la absolucion; es esa la asombrosa facultad de ligar ó desligar la conciencia al infeliz pecador:

4.° De consagrar sucesores que perpetuen la obra, perpetuando el desempeño de su divina mision: 5.° Ordenar y autorizar así para predicar esa doctrina, egercer la absolucion y convertir, con dos palabras, en cuerpo y sangre de Jesús el pan y el vino del cáliz de la Cena. Todo eso, con más la jurisdiccion en foro esterno, y la infalibilidad en lo referente á las verdades de fé y á regla ó pauta de costumbres, constituye la organizacion invariable de esa Iglesia que no es más que la continuacion de la mision del Salvador y aplicacion de sus méritos á los fieles, bebiendo en los sacramentos.

Todo esto está consignado en el Nuevo Testamento, en el Evangelio sobre todo y tradicion del Fundador. Esta escritura y esta tradicion, queda probado que son cosa divina, porque los milagros que prueban que Jesús es Dios, hemos visto que son hechos verdaderos, pues por el prestigio de Hombre-Dios que ellos le dieron pudo solamente transformar el mundo de suerte, que sino fueron verdaderos, el haberlo transformado sin aquellos extraordinarios motivos seria milagro tal que probaria *por sí solo* su divinidad como entre todos la prueban.

Hombre-Dios, pues, quien esa Iglesia docente organizó, la organizacion, el establecimiento de ella, de esa perpétua mision ó encargo del Fundador con todo lo que custodia en depósito sagrado, y facultades y poderes conque el mismo la dotó, es una fundacion divina. Es su religion concreta, *su divina religion encarnada inseparablemente en una sociedad divinamente establecida*; Jesús es á la vez autor de su religion y de su Iglesia.

La razon tiene que rendirse y confesar que la Iglesia docente considerada solo en cuanto institucion *sensiblemente* organizada y en su accion entre los hombres es divina, porque el acontecimiento histórico de un cambio *universal*, *intrinseco* en las entrañas de la sociedad, y *perpetuo* á más, ni lo han conseguido nunca los mortales ni está en lo posible que lo consiga sino Dios. Y la institucion que por ese resultado hay que decirla divina en cuanto tiene de visible ó esterior; por solo ese resultado mismo

tiene la razon que confesar que es divino cuanto entraña de oculto ó de *impalpable* y que consiste en la potencia, en la virtud que imprime su esterior accion, causante de ese cambio sobre-humano y esclusivo de Dios.

Innegable ya á la razon que la Iglesia docente es una mision divina, tanto en lo que aparece de sensible como en lo que de invisible tiene; cuando anuncia ella una verdad, cuando ella lleva la fé, sabe que cumple espreso encargo de Dios y que las las verdades que predicando propone son reveladas, son divinas, porque de tales verdades solo á ella se le ha encargado el depósito, el único custodio es ella, y la asistencia del Espíritu divino para poder discernir qué Escrituras son divinas y cuáles apócrifas ó falsas Dios lo prometió á ella sola.

Y aquí está en su lugar lo que San Agustin decia de sí mismo: yo no creeria el Evangelio si á ello no me moviese la autoridad de la iglesia. El Evangelio, en efecto, podria ser falso en juicio de cualquera si *desde antes* aún de ser *escrito* no existiria ya un Juez nombrado por el mismo Salvador para discernir lo que era suyo; y un depositario á la vez que, despues de declarado así, lo custodie como tal y lo preserve de corrupcion, de alteracion.

Todo esto lo vé la razon con evidencia. ¿Qué le falta, pues, para *asentir* humana ó naturalmente á la divinidad del Fundador y de la institucion de la Iglesia y del depósito que guarda? Niega eso la razon? Niegue que existe el universo, niegue que el imperio romano fué un imperio, y que ni entónces ni hoy estuvo poblada Italia. Sola la razon de hombres de una determinada escuela es escéptica, y aun en realidad en la vida práctica jamás lo fué. Por tanto, cuando la razon del no escéptico niegue esa divinidad y ataque intentando destruir la institucion del Salvador, no es que yerra, es que sabiendo la verdad que le hace estorbo intenta borrarla de la tierra. No es la débil razon del ignorante, es el génio en desesperacion y en rábia del condenado.

En qué fundareis esa actitud demoledora y aferradamente hóstil? ¿por qué esa cruzada para derribar y dejar borrado hasta el

nombre de Papa y de Obispos y de clero? Porque son la *encarnacion* de la religion del Salvador; porque son la *mision* perene que intima su moral reñida con el corazon viciado; porque son los repartidores de sus Sacramentos que, sin deseo ni posibilidad de recibirlos, detestais con toda el alma.

Pero si despues de todo esto no cedeis, tened valor de decir somos perversos, perversos desesperados... que no solamente no aspiran, que reniegan del perdon: la Iglesia de Dios nos hace estorbo como al condenado le hace Dios, por eso la herimos, la ultrajamos, la escupimos.., decid todo eso con franqueza, pero no digais que no es divina, que no existe, que ni existió el Fundador, por que ¡infelices! no decis lo que estais sintiendo nó.

Y desesperar ¿por qué? Si su fundacion y su existencia y su bondad divina la conoceis y la sentis, á tiempo aún para escuchar su voz, á qué fin la tenacidad del condenado? Emancipada razon! razon demente! Tú que negaste cuanto á comprender no alcanzas, tú que no alcanzando apenas nada, tuviste que negarlo todo quedando en el mundo sola. Tú que llegaste á suprimir á Dios, y que para llenar el vacío que tu ateismo abrió digiste nécia y audaz *razon, naturaleza, Dios, junto todo lo soy yó*, y proclamando *autoteismo* te hiciste á tí misma Dios y creyendo de este modo quedar sin superior y aun sin igual, siendo cada razon un Dios, has quedado sometida y en lucha con tantos dioses tiranos cuantas las razones son. Tú que en Flosofía te despeñaste en el abismo de la duda universal; que en religion, vendados los ojos, eres incrédula, ciega, y en moral te solazas en degradante epicureismo infame; convencida de todo en el terreno de la ciencia y en el campo de la historia para dejarte envuelta con tus propios hechos; persuadida de tu incapacidad y tu soberbia, conserva el seso bastante para entender y esperar lo que estás llamada á ser con el auxilio *despreciado* y la luz que tú *apagaste*. La iglesia docente te llamará si eres infiel; si incrédulo solo eres, racionalista obcecado, bautizado ya y puesto dentro de la Iglesia, muéstrate atento y escucha.

PARTE SEGUNDA.

El racionalismo, reo convicto y confeso de su impotencia y su soberbia, detenidamente reparado y advertido para escuchar con *interés* y *confianza* la enseñanza de Jesús por los lábios de la Iglesia, tiene que escuchar atento el desarrollo sucesivo del siguiente capital asunto.

CAPÍTULO I.

Tratado de paz celebrado sobre el Gólgota entre Dios y la humanidad entera: el Dios-Hombre firma por el Eterno, el Hombre-Dios por el mortal.

No se presenta el Salvador del mundo entre los hombres, cuando toma ya un nombre para que el mundo le conozca como tal. Jesús quiere que le conozcamos y no le conocemos.

Adviértese en la humanidad, un contra-principio, una contradiccion patente no poco difícil de esplicar. No se acierta á com-

prender como, siendo el hombre tan débil, de existencia tan rodeada de quebrantos, tan frágil como el cristal, de duracion tan corta como la lozanía de una flor, de término tan seguro y tan fatal; es al mismo tiempo tan negligente y aun tan desdeñoso en conocer y apropiarse un elemento de virtud *bastante* que le sirva de apoyo y de consuelo.

Pero la contradiccion sube de punto si se advierte que, cuando la gran masa de los hombres que, allí donde ven un problema resuelto en una ciencia para algunos, una invencion en el arte para muchos, ó un trivial acontecimiento que se narra indistintamente para todos, se precipitan con avidez como enjambre de las falsas abejas al panal, sin que lo abandonen hasta verlo convertido en su sustancia propia; no esperimentan, sin embargo, el más mínimo cuidado en conocer la solucion, la invencion, el acontecimiento más grande y más trascendental para los hombres. En conocer la índole de la persona que ha venido, encargada nada ménos de nuestra eterna salvacion. Y no se crea que el nombre de Jesús ó Salvador es desconocido, nó; al contrario, es el nombre que ha corrido de boca en boca en el espacio y en el tiempo con más arrebato y más asombro. No ignoró el mundo mucho tiempo nó, ni ignora hoy quien lo afecte, que su cuna está en Belen, que su palabra era de un Dios, que su bondad enternece, que sus ejemplos edifican, que sus milagros abisman... y que terminada su carrera se despidió de un mundo ingrato desde el suplicio, perdonando... á la misma ingratitud.

Que tocando la losa sellada del sepulcro lo dejó vacío; tendiendo sus manos divinas sobre la cabeza de sus apóstoles les dió mision, y rasgando el cielo á su presencia, el cielo recibió á su autor.

Que de improviso el Espíritu vivificante se acelera ondeando con el ruido del viento y el brillo de la llama, y tocando el lábio rudo de Pedro se hace su lengua elocuente; anuncia allí ya en Jerusalem el nombre de Jesús, y en el acto cambia el corazon á tres mil, á cinco mil. Y como centella caida en el espeso bosque

que al soplo del aquilon tiende sus llamas veloces por la comarca entera, Palestina y toda el Asia, las cuatro partes del mundo, y los inmensos promontorios del Occéano tambien, han oido pronunciar el nombre que recibió el hijo de Dios al presentarse en la tierra.

No; no consiste en ser desconocido, el enigma está en que al Salvador, desde el momento en que se le conoce, se le tiene que seguir cumpliendo cuanto prescribe. No es un mortal estraordinario, á quien el hombre gusta conocer para admirar, quedando el mismo: él es el Hombre-Dios á quien si el hombre no conoce no habrá conocido el *guia* ni el *camino* á donde marcha á ser feliz; pero á quién, si conocido no sigue, Israelita que se aparta de la columna de fuego que le precede en derrotero, se pierde en el desierto de la vida y se condena desgraciado; pero con mas ignominia y mas remordimiento y pena.

§. I.

No conoce al Salvador, quien desconoce los medios que prescribió para realizar su salvacion.

La redencion está hecha por parte de Jesús. Cuando un súbdito insulta á su monarca, siendo sin publicidad, bien le puede perdonar con solo verle de rodillas á sus piés; más si el monarca insultado quiere satisfaccion cumplida, es necesario que la de no el abyecto ofensor solo, si es que otro monarca que, tomando sobre sí la responsabilidad de aquella ofensa, á la misma altura ó nivel del ofendido, le dé satisfaccion adecuada, constituyendo proporcion entre la persona ofendida y la que representa al ofensor.

Hemos faltado á nuestro Dios: Dios pide satisfaccion proporcio-

nada: todos los hombres de la tierra reunidos son de ningun valor para obtener de sus lábios una palabra de perdon. Es, pues, imprescindible que Dios se humille ante Dios, y se humilló. Pero resta un inconveniente que vencer: el verbo divino, aunque al nivel del Padre Eterno, se halla á distancia infinita con el hombre, por cuya ofensa desea responder y no puede hacerla propia. Desprendiéndose del cielo desciende hácia el hombre, toma su trage, tomando su mortal naturaleza se hace semejante á él, y quedando verdadero Dios y verdadero hombre, por este ingenioso recurso de amor, puede hacer propia su culpa como hombre, y dar satisfaccion cumplida como Dios.

El verbo divino se llama ya Redentor. Jesús toma su túnica, la ciñe, recibe en sus hombros el madero de la cruz y marcha por nosotros al suplicio.

Allí se celebra el tratado de paz más trascendental y más solemne que el mundo presenció jamás: junto á él, ó á su lado, juegos pueriles son todos los que se han cangeado con objeto puramente secular. Allí el Dios-Hombre firmó por el Eterno, el Hombre-Dios por el mortal.

Tres condiciones solas que se le imponen al hombre, reasumen el gran tratado de paz. Primera: el hombre ha de recibir los sacramentos. Segunda: ha de dar satisfaccion personal. Tercera: Dios ha de ver sus buenas obras.

Al infante que, sin haber rasgado los velos que envolvian su razon, en esta senda de la eternidad perece ántes de saber de donde viene ni tampoco á donde vá, Dios nada le pide. Un poco de agua y tres palabras simultáneamente pronunciadas, anuncio convenido son que Dios escucha, y ábrense en el Cielo para él las puertas de par en par.

Y en urgente caso, no pide aún para esto un Ministro del altar: basta un cristiano cualquiera; aunque sea herege basta; basta tambien la muger, la misma muger, sí, á quien Jesús denegó toda intervencion en lo sagrado; y el mismo infiel, manchado con la culpa original que le condenará, puede borrarla á quien bautice;

y, sin pertenecer al redil del buen Pastor, puede dejar al bautizado, como oveja marcada con su inicial divina, en las hermosas márgenes de su pátria celestial. Bendecid cristianos, bendecid la bondad del Redentor.

§. II.

Pero el infante reengendrado adulto ya, y el adulto bautizado, entran desde entónces, respondiendo de sí mismos, en las condiciones que nos impuso el mediador. Esas condiciones no se cumplen tampoco sin la gracia, y ese rocío divino que dulcifica y ennoblece el corazon para cumplirlas, tambien el Salvador lo mereció.

Diríase que el inmenso lago de la gracia lo ha distribuido su divino autor en bellísimas fuentes caudalosas que, cayendo invisiblemente desde el cielo sobre la frente del mortal, se infiltra en su alma, purificando y dando brillo á ese espejo sombreado por la culpa, hasta verse clara en él la imágen del mismo Dios.

Cristalinas aguas brotan de la fuente del Bautismo que, al alma corrompida y muerta, la dejan incorrupta, vuelta en vida. Las de la confirmacion, al ya resucitado infante pero débil, sin él saberlo, le hacen fuerte. Aguas ricas de la gracia brotan del Sacramento Matrimonio, cuál Dios manda recibir; y las diferencias necesarias de la vida íntima se templan, y lo ménos digno, lo hace racional y lo hace santo. Gracia brota del sacramento del Orden, que nombramos por ser una de las fuentes, que omitimos por ser peculiar de quien se consagra ante Dios Ministro suyo. Gracia brota de la fuente Eucaristía, está mal dicho. ¡La Eucaristía! Arcano es de tan incomensurables proporciones que cualquiera creeria ofenderse y ofender, mostrando solo de paso, como tendria aquí que hacerlo, la primera maravilla del Arquitecto del Cielo.

Baste notar que es el portento donde Dios agotó los recursos de su inteligencia, las fuerzas de su poder y la bondad de sus entrañas. No sea llamado fuente, ni rio, ni Occéano de gracia; adviértase solamente que es el autor del firmamento en persona, y á la vez lo que supone infinitamente más amor, el hijo humilde de la Vírgen de Isaías. Con ser tan humilde, antes de pisar la primera grada de su trono, tiene que decir aun su primer Ministro, aun su Vicario=«yo no soy limpio en tu presencia y confieso que pequé.» Que el cristiano lo reciba es un precepto indeclinable; qué necesitará el mundano para franquearle su pecho, y colocarle allí como en sagrario... á su consideracion puede dejarse.

Á la fuente llamada de la Uncion estrema, ya no vá el hombre por su propio pié. Recibida un dia la Eucaristía sagrada en concepto de último sustento para terminar el viaje á la otra vida, se nos advertirá cristiana, esto es, fina y dulcemente, si deseamos se nos lleve del agua de la fuente estrema. Y, aunque con lengua tarda, y enjuto el paladar, qué hemos de decir si no que sí! cuansintamos en nuestro pecho la presencia real del Salvador, que nos estrecha en sus brazos con ternura, y la nada del mundo, que con ser nada, aún nos desecha y abandona! Sí, si lo pido, y ¡ójala! Salvador mio, ¡ójala! que jamás hubiese bebido de otras fuentes que de estas cristalinas tuyas; que riegan mi corazon, inundándolo de un gozo y una confianza tan segura y ciega, que siendo un cadáver como soy, objeto de compasion y de lágrimas á los que me rodean, me siento más feliz que todos ellos; y ellos, ellos son los que merecen compasion. Porque ahora si que veo claramente, que la plata y el oro que les quedan, son un barro; que sus honores son fantasmas impalpables; que sus placeres dan hastío, y que la vida entera, fuera de Dios y la virtud, es ilusion; porque el mundo, visto ahora, me parece el fenómeno májico de óptica, y el mundano el iluso espectador, á quien, quebrando el vidrio como á mí, queda delante de sus ojos, en lugar de encantadoras perspectivas, la deformidad oscura de un sepulcro que, detrás de ese vidrio ellos no ven.

El hombre que piense ha de salvarse, sin aplicar sus lábios ó su mente para beber la gracia en las fuentes indicadas, no conoce al Salvador. Hemos de recibir los Sacramentos.

§. III.

Hemos de dar satisfaccion personal. Y aquí, en la fuente reservada de intento para el último lugar, nos encontramos en la *segunda* condicion.

Satisfaccion personal! La penitencia sacramento! la confesion sacramental! Qué grupos de consideraciones se agolpan á la imaginacion! Confesion! Una mitad de los hombres oye esta palabra con disimulada repugnacia, otra mitad casi, con terror. Al hombre propenso á tomar razon de las acciones y aun pensamientos de todos, no hay cosa, sin embargo, que más ponga en tortura su interior, que pedir cuentas á su propio corazon. Y, valiente para vencer, hasta buscar de frente el peligro y hallar la muerte, en cuanto á vencerse á sí, solo al pensar queda embargado, y ese nombre, confesion, espectro fatídico corta súbito su aliento, demuda su semblante, anubla su alma, y pone su existencia en convulsion. Por eso se aplaza, se desdeña, se desprecia, al fin se niega. Pero el negarla, no quita la condicion.

Si esa repugnancia no se vence, y no se cambia en confianza ese temor, la redencion para nosotros nada és, y no solamente deja de ser un beneficio, si es que se erige en el título más funestamente legítimo de nuestra condenacion. Porque la sangre de Dios crucificado, que salpicando desde el árbol de la cruz, como rocío del cielo sobre la frente del hombre, tenia la virtud de purificarlo, como de la mancha original, de las ofensas que personalmente comete, sin ese acto de satisfaccion por parte suya, insolentado de nuevo al Redentor que lo prescribe, se convierte en una marca de condenacion más severa todavía, por serlo tambien de re-

probacion más fundada y por tanto más ignominiosa. No hay que vivir en ilusiones, el mediador no se ha encargado, ni puede, sin nosotros, de reconciliarnos con el cielo.

Puede un hombre pagar una cantidad por el deudor; y la justicia natural y legal queda satisfecha; pero en la deuda de ofensa, no basta que quien se constituye mediador, dé satisfaccion por la ofensa nó; es imprescindible que el ofensor, formando una misma voluntad con la persona que se presenta á dar satisfaccion por él, manifieste al ofendido el sentimiento que le causa haberle inferido tal agravio. Y como, tratándose de Dios, no pueden aquietarle tales manifestaciones aparentes solo, porque estando todo patente á su mirada, penetra hasta el último rincon de nuestro pecho, se comprende que el sentimiento de la ofensa no solamente no basta que salga solo de la lengua, si es que será un nuevo ultraje que no quedará tampoco impune, si esa lengua no arranca del corazon. Y ese paso tan racional, tan justo y tan imprescindible por prescripcion del mismo Salvador se llama, nunca se olvide, confesion sacramental; ese paso personal, es el gran principio de justicia que la reconciliacion con Dios entraña; y no os estrañará que, de este modo, desarme el hombre á su Dios.

No pudiendo, pues, desdeñar la confesion sino el audaz ó el ignorante, siendo sin embargo, tan generalmente desdeñada y aun mofada... hareis decir que consiste... no hagais decir que, en que tambien es general la audacia impía, y la sacrílega ignorancia no! Pero vais á acabar de convenceros; el hombre, un poco de polvo pisado con intencion, ó sin intencion, por la planta de su su semejante, no le admite á su amistad sin desagravio formal; y querremos que, sin eso, el Eterno abra sus brazos, y nos estreche y llame amigos? Y si esa satisfaccion es tan conforme de hombre á hombre, ¿Cómo no del hombre á Dios, y á un Dios, que así se abate y nós ama? Decid; si la persona que amó con sinceridad y buena fé, al comprender la defeccion, si no vé arrepentida á la persona que le defraudó, y arrepentida hasta el punto y en la forma de dejarle satisfecha, sabe hacer la resolucion mas irrevocable

de que es capaz el mortal, ¿no concedereis siquiera tanto al Señor legítimo de vuestro corazon? El perpétuo abandono resuelve el mortal con el mortal; y creereis improcedente que lo resuelva el Redentor! Alma cristiana, astro eclipsado desprendido de la gravitacion universal, ¡si Dios te suelta definitivamente de su mano, en qué insondable abismo pararás!

Rehuse la condicion el obstinado, acepte el abandono tremendo de su Dios, caiga sólo en el abismo del dolor, y esconda allí su rostro manchado de ignominia, surcado por la desesperacion.

Pero más bien que reformar el profundo, inviolable plan de redencion, reforma tu creencia errada y tu conducta. Que no serás tan insensato, que, á fin de que el criminal pueda perpetrar impune, al mediodia y en plaza pública su crimen, pretendas que el Criador apague con su soplo el sol. Es mucho más lo que pretendes, queriendo que se suprima la segunda condicion.

§. IV.

Resta solamente la tercera. Del hombre, Dios ha de ver las buenas obras.

Para el adulto, el Cielo es premio: premio sobrenatural, no se alcanza sin fuerzas, ni aun se conoce sin luces sobrenaturales: que si el órgano de la vision, no descubre sin el *telescopio* el brillo de la estrella que, sin ser vista, centellea sin embargo en la bóveda celeste, y contribuye al equilibrio del sistema planetario en que vivimos, no es mucho que la razon desnuda necesite de un *auxilio* sobrenatural para descubrir á un Dios en ese órden superior al de naturaleza, en cuya posesion ha de vivir en término feliz.

Esas fuerzas, Dios nos las dá regaladas, pero con ellas hemos nosotros de trabajar, para ganar aquel premio. Premio se llama, porque se ha de merecer, dice San Pablo; y sin merecerlo con obras hechas estando en la gracia, no hay que cansarse, en la gloria no entrarémos.

Con obras en gracia sí: el hombre que, con ir contemporizando con las prácticas esteriores de la religion, no aspire á ponerse, ó conservarse en la amistad de su Dios, renuncia á la carrera del cristiano, es un renegado oculto, y, en vez de emplear la vida en caminar hácia el Cielo, caminante que marcha en direccion opuesta á su destino, está alejándose cada dia una jornada. Notadlo bien; es el primer paso ponerse en la amistad de Dios, es el punto de partida, y cuantos pasos deis despues, conducen todos al Cielo.

Entónces, es mérito doblar la rodilla ante las Aras y presenciar el sacrificio: mérito es entónces una limosna al indigente; lo es, un consuelo al afligido, y cuanto en honor de Dios, ó bien del semejante, se hace ó deja de hacer, cuanto la lengua santificada dice ó calla, cuanto en el oculto santuario del corazon se anhela en silencio ó se rechaza, cuanto sufre resignada una alma en la desgracia, y renuncia en la prosperidad, *todo, todo*, lo guarda Dios escrito en el libro de la vida, para dar en premio el cielo, terminada la carrera.

Y para desengañaros, de que una misma mano conduce á la humanidad á su fin social, y fin eterno, advertid el hermoso compás con que los *ciudadanos* marchan, cuando marchan como *cristianos* hácia el Cielo.

Pero, volviendo al mérito, al contrario; el hombre sin el estado de gracia, aunque penetre en el templo, y permanezca el dia entero hincado de rodillas, y, lo que no es de esperar, aunque tienda su manto sobre los desnudos hombros del mendigo, y le reserve los manjares de su mesa, y sellados sus lábios maldicientes, destilen sólo consuelo, el dulce acento de piedad, y en infortunio su resignacion compita con la del Santo Job, y en el arrullo de seductora fortuna, exceda en abnegacion al rey David, con todo junto no habrá colocado un solo grano de arena en la balanza de los méritos, que decide de la vida eterna.

Las obras hechas sin la gracia no son obras, porque las que hace el hombre, cuyo corazon no está regado con esa agua de la

vida, son los frutos *aparentes* del árbol estéril, aunque le adorne un gran follage.

¡Y qué lástima! qué increible indiferencia para ponerse en ese estado y principiar á merecer! Nadie lleve á mal que lo declare: ó somos en el fondo de nuestro corazon gentiles, ó somos locos. ¡Inconsolable desengaño! El modesto jornalero, el ínfimo artesano, aspiran á depositar una moneda cada dia, regada con su sudor, para asegurar su ancianidad. El militar, el empleado, el profesor, el magistrado, todos aspiran, y racional y justamente, á principiar el cómputo de sus servicios desde un tiempo hábil, ó posicion legal precisamente que les permita esperar con derecho su honrosa jubilacion; ese término feliz desde el cual el hombre, volviendo una apacible mirada á los tiempos de trabajo que pasaron, recogido el fruto de sus constantes desvelos, encanecido y honrado, bendice á Dios en su pecho.

Y solo la carrera de la gracia, la *única* carrera en realidad, la que ofrece un laurel inmarcesible á la frente del mortal, para vivir, pero vivir en Dios, despues de muerto, es cabalmente la que se desconoce ó se desprecia; y siendo la única abierta para todos, y aptos todos para ella, es la que ninguno abraza. ¡Y es esto conocer al Salvador!

Solo el demente espera recojer cosecha, sin cultivar su heredad; tanto concedeis es natural que la mano del hombre ostigue la tierra con el hierro del arado. Vuestro corazon, rica heredad es, tierra fecunda, con que Dios dotó á sus hijos: labrador del corazon es el cristiano. Pues el cristiano que derrama su sudor en estériles trabajos, sobre agenas tierras, tiene su fértil patrimonio en propiedad abandonado.

Único en propiedad, sí, y ese es el error; el uso del fruto es lo que el hombre posée de todo lo demás, y no otra cosa; y aun de él podrán privarle, contingencias naturales y sociales; cuando no, medite si es otra cosa que colono asegurado por el incierto, breve plazo, de la vida. Esas heredades en arriendo, pues, ó esos capitales impuestos en vuestras manos, que negociais para descono-

cidos que vendrán, quedándoos solo el estipendio de alimentos para una vida fugaz y zozobrante, son, sin aspirar á la virtud, toda vuestra ocupacion, y vuestro haber en el mundo.

La inconstancia de lo humano, ó, sin tardar tanto, la muerte, tirarán esa ocupacion de vuestras manos, y cuando á la raiz del desengaño, volvais la vista á vuestro fundo en propiedad abandonado, direis atravesados de dolor, como Antioco en la agonía de la muerte=«conozco tarde mi error, me ha quedado sólo el corazon, porque sólo el corazon es mio; urna de joyas y perlas, podia yo encontrar ahora depositadas en él, si lo hubiera cultivado, trabajando siempre en gracia: obré siempre en el pecado, enemigo del Cielo, Dios no aceptó mis buenas obras, aunque al parecer lo fueran: mi alma muerta, daba sus frutos tambien muertos; y en esta urna de mi corazon, en vez del tesoro de virtudes, que serian ahora, más que nunca, mi consuelo, encuentro sólo el vacío y el terror, que razonan en silencio la fatal sentencia irrevocable de mi suplicio final.=

=«Escrita la veo allí en su fondo, con caracteres mas fatídicos que los que Baltasar vió, despavorido, en la pared del sacrílego banquete. Tu imperio ha sido derrocado, le interpretaron á él; á mi me interpretan, que mi salvacion se ha malogrado. Del engaño salí tarde, y faltándome el aliento perecí despechado y convencído de no haber conocido al Salvador.»=

Y sin pretesto que alegar para escusarnos, convencidos con dolor nos declaramos nosotros, de que, esperando nuestra salvacion *sin sacramentos con provecho, sin satisfaccion leal* y *sin obras vivas por la gracia,* no conocíamos al Salvador, desconociendo el *pacto* que en el Gólgota firmó.

Pues apesar de todo lo vereis... Sabiendo que en el templo los Sacramentos brotan gracia, como la fuente agua pura en la pradera, consintiendo que el cristalino raudal de vida se pierda sin recogerlo, iremos á beber á inmundas fuentes que, en vez de apagar la sed, la encienden primero y despues matan! No sabrá el hombre presentarse, nó, al divino Redentor y hacerle una mani-

festacion sentida de su porte pobre, besando despues, humilde, su sandalia! Y serán sus obras muertas, y su ocupacion puramente terrena, durante todo el plazo de la vida!

Cuando de improviso quede sólo con su corazon vacío, despojado de todo, y de todos abandonado, sin el consuelo de Jesús á quien siempre ha desdeñado conocer, cortado el hilo de su mísera existencia, á dónde irá entónces á parar? En la presencia misma caerá del despreciado Salvador; y quién, quién levantará entónces sus párpados avergonzados, para reconocer su rostro ¡quién...!

Lectores, por nuestra parte en ese trance no lejano, no sentiríamos encontrarnos condenado: lo que habia de atravesar nuestro corazon como una flecha seria, reconocer aquel rostro divino del que se presentó en persona con el amor que sabeis á ser nuestro representante y fiador en el gran pacto del Gólgota entre la humanidad y Dios; y al ver en las palmas de sus manos las señales de su crucifixion, creemos que de vergüenza moriríamos si pudiera morir un condenado.

Vosotros haced lo que querais; vuestros sentimientos de nobleza nos alientan á ofrecer que le reconocemos nuestro amado Redentor, y tan de veras, que marcharémos con Él, atentos siempre á su rostro, como el infante á su padre, el corto camino que nos resta hasta el momento de espirar; y cuando nuestros ojos de piedra nada vean... estas manos yertas sostendrán entrelazadas esa cruz donde el pacto de nuestra redencion quedó firmado.

¿No es esto conforme á la razon? Pues esto enseña la Iglesia.

CAPÍTULO II.

Llamada la humanidad al seno de la Iglesia, y conocido ya el PACTO habilitando á todos, véase lo que la DOCENTE enseña en órden á la moral universal.

Causa oculta habrá dentro del hombre que le impide ser feliz, cuando todos, sin escepcion, quieren y sienten propension irresistible á serlo, y, eso no obstante, son tan contadas las personas que vén su anhelo satisfecho.

Causa oculta existirá dentro del hombre, que le impele á posponer sus deberes de cristiano, cuando tan claros de comprender, tan sencillos de cumplir, y sabiendo además, á ciencia cierta, que son la senda única del Cielo, término de honra y gloria que ardientemente apetece, los advertimos, sin embargo, tan habitualmente infringidos, y al hombre sorprendido por la muerte en su estravío.

Lo que hay dentro del hombre lo sabia bien el Salvador; no ignoraba el misterio que se encierra en nuestro pecho, nó. Es que nuestra alma está enferma... enferma está de un error: siendo error su enfermedad, era el mejor remedio una leccion. Leccion sábia, leccion eficaz, leccion de *ejemplo* es la que dió. No es que

el asunto no pida palabras para dejarlo esclarecido; ni es que éstas no reclamen atencion; las palabras, nosotros las pondremos; la elocuencia muda del ejemplo de Hombre-Dios, eso, nos lo prestará el mismo Salvador.

Hay si, hay una cosa, allá en el mismo meollo, en lo más íntimo de nuestra condicion, que hace indómita la carne del mortal y orgulloso el corazon. Los estímulos de la sensualidad y los arranques del orgullo, los llama el hombre *naturales* y lo son. Y siendo naturales, dice, autor Dios de nuestra condicion, autor es de las tendencias que entraña; y tendencias que Dios grabó en nuestro ser ¿no podrá seguir el hombre? Su línea de conducta son.

Él mismo acaba de exponer la enfermedad que padece; enfermedad mortal del alma, enorme, tremendo error. Entremos á exponer ya la leccion.

Porqué pensais que el Salvador al presentarse entre los hombres, en los primeros dias de su infancia, se entrega á la Circuncision? Instituida para perdonar el pecado original, es en estremo humillante: la marca que deja, es marca de pecador; marca que se enterrará con él, que jamás se ha de borrar. Y, santísima su carne; mas limpia su alma que los cielos, ¿consentirá el Verbo humanado que se le imprima esa señal afrentosa para un Dios, infinitamente más, que, para el hombre, el antiguo *cauterio* del ladron? Jesús está ya circuncidado; no preguntes más cristiano, no preguntes ya porqué lo ha hecho; ¿porqué lo ha de hacer si no por tí? Para curarnos del orgullo, de ese orgullo, del espíritu y de la carne, que llamamos natural, que por natural seguimos, y nos hace ser gentiles en nuestras obras, solo en el nombre cristianos.

§. I.

Que quede bien consignado; Jesus sometido á la circuncision de los judios, es ya el tipo, el ejemplar esclusivo en que debe ir

dibujándose la figura del cristiano, habiendo dejado, cual dejó, establecida en ese acto la nueva circuncision. No receleis que es esto un aserto gratuito; Jesús la instituye mudamente con su ejemplo; el Apóstol, el Espíritu Santo, el autor de la sagrada escritura la interpreta al hombre y la promulga al universo. «La nueva circuncision, dice S. Pablo, no es ya la esterior de la carne, es la del corazon en el espiritu.» ¡Qué sábia circuncision! Dos cosas hay rebeldes en el corazon del hombre; y de las dos nos intima el Salvador la necesidad de subyugar con su precepto á la vez y con su ejemplo. Jesus mortificó su carne, mortificó su espíritu; esa doble circuncision es la tarea que forma el tipo del cristiano.

Las inclinaciones ó instintos de nuestra condicion natural, asi del espíritu como tambien de la carne son una pauta *torcida*, de la conducta del hombre, que solo el cristianismo rectifica.

El hombre, aun el que lo estudia todo, apenas estudia su interior, y esto que ha sido siempre una verdad en general, fundada en la repugnancia que él esperimenta á lo que le enfrena ó avergüenza, en determinadas épocas lo es más, y, como nunca, es la prevaricacion de la presente. Triste empeño es tener que hablar á los hombres de estos tiempos, principiando por decirles *vais errados*, y acabando por declararles formalmente, *nada sois*. Decirle al hombre que yerra! al hombre decir que es nada! Son las dos flechas mas agudas que al hombre de hoy se le podian asestar. Nos lo manda Dios, cristianos; somos su soldado; pero hombre como vosotros, no deja de alentaros comprender que siente herir quien ama á todos; y que la misma herida que os abre en el corazon, esa misma se abre él.

No vivamos engañados: tenemos que circuncidar el corazon: sentimientos naturales y de gran pujanza y vigor que nos seducen unos, y entumecen otros, han de caer como al filo de un cuchillo en la circuncision moral del interior. Un error lo causa todo; error es nuestra enfermedad mortal; pero teniendo que librarnos de la muerte por nosotros mismos, tambien por vuestros propios ojos nos proponemos que veais y os persuadais de su existencia.

§. II.

No creais no, que nuestro corazon salió de manos del Criador, tal cual lo tenemos hoy. No creais que sus inclinaciones ó tendencias, porque sean naturales, son la voz, la espresion del autor de la naturaleza que así las imprimiese en ella nó. Ni creais, por tanto, que tales inclinaciones sean la pauta del hombre ó su línea de conducta. ¡Ah! Hed ahí el grande, el enorme, el transcendentalísimo error que, como sagaz ambicioso, tiene hoy subyugado á casi todo el mundo, sin que ese mismo esclavo suyo se lamente, porque era necesario para eso que comprendiera lo que ignora. Y no es que mil veces no se lo hayan advertido, es que lo que toca al corazon le repugna, y lo que al hombre no le gusta, no lo aprende bien jamás; ni es tan sencillo el asunto, de otra parte, que no reclame decidida la atencion.

Son, sí, esas inclinaciones *naturales*, de naturaleza son; pero esa naturaleza nuestra, Dios la quiso más perfecta, y más perfecta la crió: no es exacto: como naturaleza, la misma que tenemos hoy, tuvo en el Eden nuestro progenitor. Queremos que esta verdad fundamental quede bien esclarecida.

Esta fábrica de nuestro cuerpo, que las manos de Dios, despues de darle un soplo y con él vida, acaban de dejar sobre su pié, recibe en su alma, como del aura más sútil, una onda de la gracia conque el aliento de Dios la baña y aun la anega.

El hombre queda un ángel: un ángel es en gracia; y en gracia tal, encerrada en la frente de ese cuerpo á donde irradia y lo hace puro, como el alma donde el foco de la gracia reverbera ¡qué conjunto! Un alma noble, sin soberbia, sin esa fantasía intemperante, estragada y fea: un cuerpo sin gula, sin lascivia: el hombre es una inteligencia soberanamente clara, una voluntad profunda-

mente santa: un alma suspendida entre el cielo que la arroba, y la materia de su cuerpo en que descansa; ella es á Dios sumisa y obediente, y de su cuerpo obedecida y acatada.

Esta armonía, esta dependencia dulce y sublime del alma á Dios, del cuerpo al alma, la debes, ténlo presente, la debes, dice Dios, solo á la *gracia*. Y por ella tambien, tu alma es sábia en un instante; y del mundo entero te declaro soberano. Llamarás al tigre y al leon y se pondrán á tus pies. Ni enfermedad ni dolor sentirá jamás tu cuerpo; y te constituyó hasta inmortal.

Yó, tu señor; tú, serás señor de tí y señor del universo.

Todo está pendiente de esa *gracia*, y ella lo está de un precepto; el fruto de esta rama te lo vedo; es la mera señal que, de mi dominio, me reservo: Si puesto, apenas, el precepto lo quebrantas, no soy yo quien te despojo ¿no eres tu mismo que tu elevacion y señorío abdicas? Me has fustrado mi plan preconcebido en favor tuyo y de tu estirpe; yo no ignoraba que lo harías; de tu albedrío pendia, ahora sabes que lo has hecho. Sin la joya de esa gracia que ha caido de tu alma, y sin la elevacion que te prestaba ella, tu condicion ya no es mas que lo que por naturaleza estrictamente le corresponde que sea. A tus hijos, no comunicarás, al darles ser, la condicion que ya no tienes. Y como era mi voluntad que la tuvieras tú y la tuvieran ellos, el solo nacer sin ella es tambien en los mismos un pecado. No que me hayan quebrantado personalmente un precepto como tú; es solo que en cada engendro de un ser que tiene que nacer con la naturaleza empobrecida que le comunique el padre, porque no puede comunicarle la elevada que acabas tú de perder, presencio una contravencion á mi designio primitivo, en cuanto veo un ser sin gracia, desgraciado; ser puramente natural que, mientras exista sin la gracia, siendo su condicion como yo no la queria, no es objeto de mi amor, sin mi amor, está en pecado, no se encuentra en mi amistad. Y hed ahí el pecado famoso que tus nietos llamarán original.

§. III.

Nacerán, por él, como tú quedas; con todo lo que, segun naturaleza te hice á tí; sin nada de cuanto, por gracia, te adorné.

Un alma racional y un cuerpo humano: un conjunto de espíritu y de materia que se apellida hombre; esta es nuestra condicion; por naturaleza, nada más le corresponde. Esa alma, pues, lleva inherentes sus tendencias propias, sus pasiones; vereis su orgullo, su ira, su ambicion, su vanidad. La carne tiene las suyas; la gula, la embriaguez, la lascivia.

La razon, sí, está como reguladora en medio de esos ímpetus del espíritu y de la carne; pero ella sola, es el monarca débil que amenazado sin cesar por enemigos del interior y esteriores, tiene que transigir humillado á cada paso. Esto somos; sin conocernos así, no hay que cansarse, jamás el hombre será humilde; *humilde en alma jamás;* ni en *cuerpo, sóbrio* ni *frugal*, ni *puro*. Cristiano no será sino de nombre; el hombre será gentil.

Por no conocerse así, los hombres ya no se entienden; para sus pasiones no hay un dique; diríase que el mundo todo se desborda; los mismos deberes que la religion le intima, los encuentra impertinentes; la represion de sus tendencias la apellida tiranía; y, ó mi naturaleza dice, no la hizo Dios, ó no son de Dios las leyes que se me imponen. Y dejando en salvo á Dios, por que contra Dios nadie se atreve, por el instintivo juicio que de su dignidad se tiene, ó por no ser tachados de dementes, vuélvense con torvos ojos á la Iglesia que lo intima, y se le llama fanática, ignorante y aun tirana. Y así, los mismos medios de cristanizar al hombre, él los convierte en motivo ó en ocasion de apostasía.

Pero ¿y cómo sin saber lo que su naturaleza es, comprenderá lo sábio de los deberes que le impone su Reparador divino? Ni

tampoco desconozcais que no basta que el hombre reciba gracia santificante, quedando, como con ella queda, limpia el alma de pecado; del original en el bautismo y en la confesion del personal. Nunca olvideis esta verdad: la gracia santificante que bañó el alma en el hombre al salir de las manos de su Dios, tenia la virtud de *elevar* su *condicion* á la perfeccion que ya sabeis; pero la que desde entónces dá por mérito del Salvador, no tiene más efecto que el de santificar al hombre; hacerle justo! ¡Ah! no direis que es pequeño efecto ciertamente hacerle digno del cielo!

Deja sin embargo sus potencias, en su natural limitacion; porque natural es á espíritu encerrado en los sentidos, saber despacio, saber poco, saber mal. Deja sus pasiones naturales en el alma; porque en la naturaleza del espíritu no está escluida la soberbia.

Si el ángel, y en gracia, esperimenta el ímpetu iracundo de escalar el cielo y allí encarado con su Dios, decirle, yo soy tanto como tú, no ha de estrañaros que llamemos naturales tambien en nuestro espíritu la pasion de la soberbia, de la envidia, de la ira.

Deja sus instintos en la carne, porque natural es que se deje atraer de la materia, la materia; que de los goces materiales, del mismo modo es capaz el hombre como el bruto, servido como él, por los sentidos medio de adquirir el goce, y como él impulsado del instinto que lo busca. Y aun con la triste ventaja de que ese instinto de la naturaleza y sus sentidos, potencia é instrumento que en el sér que carece de razon, regulados por la razon del Criador, ley universal que cumplen sin conocer, jamás llega más allá de dejar cumplida la prescripcion de esa ley, en manos del racional, del que ha prostituido su razon, convierte el mesurado instinto de alimento, por ejemplo, en pasion sin freno que no sabe ya tener á raya, que además le prepara ó le fomenta otra peor, y ésta peor que le fomenta seductora, trastorna su razon hasta el delirio; y, versatil hasta el más ridículo capricho, le vereis tenaz en su pasion, como el demente en su idea, hasta la muerte.

§. IV.

En el alma y en el cuerpo somos esto y nada más. Nuestra elevacion, nuestra grandeza primitiva paró en esto: viles pasiones de arriba, tan viles y vergonzosas de abajo: la pobre razon se afrenta; y esta lucha incesante del espíritu y de la carne, coligados contra la ilustre razon casi destronada, que Dios consiente justamente en recuerdo de nuestra elevacion perdida por ingratos, la constituye en motivo ú ocasion, en *certamen* permanente de aproximarnos á la elevacion de que caimos. El cristianismo es la obra de la restauracion de nuestra naturaleza: de parte del Redentor todo está hecho; de la nuestra, ser cristiano es trabajar con tesón, con el vigor de la gracia que Jesus nos ha traido y sin saberlo nos dá, y afianzar en su trono nuevamente á la razon, debilitando golpe á golpe nuestras pasiones malas para conseguir, su muerte nó, que es imposible sin matarnos á nosotros, para conseguir su sugecion. La gracia santificante calma las pasiones malas, fuerza le presta á la razon para evitar las ocasiones y lentamente amortiguarlas; pero llegar á no *sentirlas* como bajo la justicia original, eso jamás.

Sabeis lo que nuestra condicion ha sido, lo que es; y anunciado está tambien lo que tenemos que hacer para que sea lo que nuestra naturaleza debe ser. ¡Qué seria el hombre, siguiendo las inclinaciones de su espíritu, por más que las llame y sean naturales! ¡qué seria siguiendo los instintos de su carne! ¡qué, cediendo á la vez á las violentas del espíritu mezcladas en monstruoso consorcio con las asquerosas de la carne, dirigidas estas por una inteligencia pervertida y estragada! Satanás no excederia al hombre soberbio con lascivia; y el hombre, el rey del universo que lleva su frente alzada al cielo, excedéria en los horrores de la sensuali-

dad, al ser que, inclinando su cabeza al suelo, tiene que arrastrarse sobre cuatro remos por la tierra.

¿Sabeis lo que fué el hombre gentil? Pues fué lo que acabais de oir; y eso sería, eso es el bautizado de hoy, sin mas cristianismo que su nombre.

Tanto es torcida la regla de su conducta que consiste en las tendencias naturales! tanto es verdad que debe rectificarse, que la rectifica la moral del evangelio.

Esa variedad de instintos del corazon caido, vamos á recogerlos todos en dos haces, y, como hebras sueltas, ensortijarlos en dos nudos. Todas las malas inclinaciones del espíritu, las encontrareis unidas y concertadas en el nudo que tiene por nombre orgullo: las de la parte inferior, en el nudo que se llama concupiscencia de la carne. Reprimir la rebelion de su carne, la rebelion de su espíritu es el empeño que tiene que acometer el cristiano. ¡Quién creyera! en eso está lo que al cristiano le hace grande.

CAPÍTULO III.

Cristianos: conocedores ya todos vosotros de lo que nuestra naturaleza es, vamos á presentar con confianza la necesidad imperiosa en que se encuentra el hombre de reprimir, en vez de seguir, las exigencias de su carne. El alma esperimenta un no sé qué oculto rubor al tratar desnudamente esta materia: esa repugnancia sólo protesta ya contra el error que hoy se sostiene; pero que hay que combatirlo de frente y lo harémos.

Reducido el hombre á su condicion puramente natural, es en su carne un animal irracional con idénticas inclinaciones. Y habia el hombre de creer que aquello á que la inclinacion le incita, como al bruto, habia de serle lícito y regla de sus acciones? Ni es eso todo: el irracional no traspasa jamás el límite donde su inclinacion se para; sólo el hombre tiene el don funesto, funesto por culpa suya, de atropellar los límites de toda natural tendencia; y esta diferencia en desventaja, no está diciendo bien claro, que para el primero la inclinacion es la ley; y que para el segundo, su instinto no solamente no es su ley, si es que la está reclamando como freno que lo dirija y lo represe?

Nó: nosotros no nos detenemos más en demostrar en lo puramente natural, que esa inclinacion no es para el hombre la pauta de sus acciones; solamente queremos añadir, que el hombre que dentro de sí siente ese instinto, tambien dentro de sí siente un rubor que desaprueba, que contiene, que reprende. Si ley natural fuera ese instinto, estaria reñido con otra ley natural? Ley natural es la razon, que aunque debil por sí sola, protesta contra el instinto, intimándole «*detente.*» Esto basta; dos leyes de derecho natural no se contrarian nunca: la sola naturaleza, pues, rectifica ese desvío, y no ley, ese desvío que esperimenta y no aprueba.

Por lo mismo que el hombre se despojó á sí propio de las gracias sobrenaturales con que el Criador le presentó en el Paraiso, viéndole reducido á sola su natural condicion, promulga escrita una ley para siempre y para todos: la razon humana concreta, precisada, dispuesta en método científico, interpretada por su autor de modo que nadie en singular pueda tergiversar la suya, y en fórmula limpia y lacónica escrita con caractéres, eso y nada mas, *es esa ley*; y ahí teneis lo que venis llamando desde niños los diez mandamientos de la ley de Dios.

Y nadie ignora que en esa ley, el instinto que, por ser natural reputais lícito, está terminantemente represado; porque no solo prohibe el hecho á donde el instinto carnal lleva, si es que prohi-

be espresamente y en artículo distinto, hasta el deseo. No es que la razon sola no lo tuviera prohibido, porque la razon es el eco de la voz de Dios, y solo Dios, que registra el interior y lo juzga, podia impedir é impide lo que en el interior se obra contra su ley, contra su voz; pero lo que la razon sola, en algunos, podía no reputar reprobado, la razon *escrita* terminantemente lo reprueba.

En uso de razon, no siendo idiotas ó dementes, no direis ya que esa inclinacion, por ser natural es regla que debais seguir; si creeis en Dios como el judio siquiera que acata en el Decálogo su ley, lo direis ya mucho menos. Pero además sois cristianos y el cristianismo ¿que dice?

§. I.

La primera ley de la religion cristiana es el Decálogo. El Salvador no vino á quitar esa gran ley, si no á cumplirla. Y cómo habia Dios de derogar una ley que es ley eterna, como la razon que ella interpreta y fija, como la distincion del bien y el mal que en la razon va encarnada, siendo, cual es, un destello de su eterna voluntad? No á quitarla nó, á llevar su cumplimiento á debida perfeccion, á eso vino; los lábios de Jesus lo han dicho. El cristianismo es la consagracion de dos virtudes que son, por antonomasia, las dos virtudes del cristianismo; una de esas dos es la pureza.

El Salvador del mundo que toleró se le llamase impostor, perturbador, energúmeno..., no se lée, sin embargo, ni en el evangelio ni en todo el nuevo testamento en referencias á Jesus, que nunca ni nadie le tachase por el lado de esa angelical virtud; eso, Jesus no lo consintió jamás. Y la virginidad enaltecida? Y el celibato proclamado por el fundador del cristianismo? El Apostol san Pablo consigna, intima enérgicamente que el impuro no entrará

en el reino de los Cielos. Los Apóstoles se hacen todos dechados de castidad; es lo que con mas tesón intentan entronizar, y el vicio opuesto lo que hasta con indignacion santa reprueban todos y detestan. La iglesia, desde su raiz, sigue su mente; y los Santos Padres que dirán? Recibida, consolidada la doctrina, ya no prueban, la suponen, sus esfuerzos son para amparar la flaqueza de la carne en la castidad que intiman, cifrando en ella el mérito y la salvacion: las mejores buenas obras, dice el gran Papa S. Gregorio, sin la castidad, son nada.

Teneis patente contra vosotros la razon, en su rubor; la ley, en dos preceptos separados; el cristianismo, en mil detalles y en su conjunto á la vez. No; que la inclinacion de la carne, por ser natural inclinacion, no forma ley para el hombre, sino el peligro de tentacion perseverante y de gran fuerza precisamente para infringir la verdadera ley, está, de manera irrebatible, demostrado.

Solamente en matrimonio, y á los fines de esa santa union bendecida por el Cielo tiene lícito uso ese instinto natural. Al mismo tiempo, la concupiscencia existe en todos, la ley de resistirla hasta en el deseo interno es terminante, la guerra de la inclinacion contra la ley es cruenta, son sus resultados desastrosos; y, cuestion de vida ó muerte nada menos, es sobre todo interés el secreto de vencer la inclinacion para no perecer contra la ley.

El empeño formal de trabajar con teson en debilitar los fuegos de esa inclinacion tenaz es el principio del triunfo; pero esa lucha establecida contra un instinto encarnado en nuestra misma condicion, no penseis que es infecunda nó: esa necesidad de resistir un instinto tan temible, Dios la ha convertido en la ocasion más propia en que podia colocarnos para que con nuestro trabajo y con su gracia *reconquistamos*, en cuanto tiene lugar en el plan del Salvador, la condicion del Paraiso.

§. II.

Advertido queda ya que la gracia de los sacramentos no domina la concupiscencia de la carne hasta el caso de obedecer á la razon, cual si el instinto no existiera. El alma que se levanta del tribunal de penitencia, que se levanta de la mesa de los ángeles, se sentirá sí confortada; cierta superioridad esperimenta nueva; ignora si es que su concupiscencia se amortigua y cede, ó es que saboreando entónces las delicias de ese rocío del cielo que le regocija puro el corazon, le parecen las tendencias de la carne más indignas, más detestables que nunca y asquerosas. Hay de cierto que la concupiscencia pierde fuerza, que la tentacion será más débil y que el alma resistirá mejor las ocasiones no buscadas; pero igualmente cierto es que la concupiscencia queda viva, que al menor descuido, al más mínimo *alarde*, sobre todo, tomando brio el instinto derribará al alma en el pecado.

Ese instinto, pues, es una fuerza enemiga, interna, que se nutre con lo mismo que nutre nuestra carne, que se vigoriza con lo mismo que al cuerpo dá vigor; fuerza hóstil que se declara en la misma adolescencia y que, tenaz en todos los períodos de la vida, aun en la ancianidad no le abandona, ostentándose bajo las mismas canas como el volcan bajo la cumbre nevada. Sombra la más fatídica para la paz interior, tentacion la más perseverante, enemigo escondido dentro de nuestra condicion, el más temible por eso y por taimado y seductor, viviendo en la carne contra el alma miéntras que la carne vive, hasta el sepulcro no nos deja; el hombre que no tiene empeño decidido en vencer á ese enemigo, no tiene empeño en ser cristiano.

Si una fuerza interna es el instinto, para vencer una fuerza hasta oponer otra mayor; pero no habiendo mayor para esa fuerza,

qué recurso es el que queda? Debilitar lentamente la insuperable cantidad de su vigor. Quereis saber ya hasta los medios? Los sabreis. Contra un instinto que consiste en la pujanza de la carne, os parecerá recurso directo y eficaz el que consiste en darle al cuerpo aquel medio de nutricion no más que en natural exigencia necesita. El primer medio imprescindible consiste, pues, en la *templanza*.

Como de una virtud dependen varias, y el teson por adquirir la primera hace recoger el fruto de haber adquirido las virtudes enlazadas directamente con aquella; así pende, en gran parte, el vicio capital de la lujuria del de la intemperancia en la mesa. Y formando empeño en moderar el alimento y el uso de líquidos espirituosos, cada sacrificio que sepa hacer para ser frugal y ser sóbrio, es sacrificio que, despues de templado le hará casto. Pero el uso sin tasa en lo que se opone á lo frugal y á lo sóbrio, no perjudica á lo casto solamente, encendiendo el estímulo ya natural y propenso de la carne, y haciendo así su represion más difícil, sinó porque, á la par que presta fuerza al instinto, le quita mando y *soberanía* á la razon; y como lo que pierde la razon del hombre en autoridad, en energía para triunfar de los sentidos y en rubor para no dejarse envolver en sus afrentosas consecuencias, lo gana ese instinto que por natural es imperioso y de muy difícil reprimir, cuando la energía de la fuerza represora ya no existe, qué esperais que hará del hombre ese instinto desvergonzado y vergonzoso!

Pobre alma! pobre hombre! Su razon tenía el delicado, elevadísimo cargo de imponer su autoridad y someter al insidioso enemigo de su carne. Hubiera vencido si quisiera; tiene en su favor la inteligencia, tiene fuerza oculta con que la gracia divina le apresta en todo trance de la lucha, la santidad de la causa que sostiene, el rubor de ser vencido de un enemigo tan bajo, la gloria de verse esterminador de plaga tan detestable, tan depresiva, tan tenaz. No hay arma de que no disponga la razon para la lucha, ni estímulo que no la aliente; pero le falta la templanza,

abusa el hombre de lo que debe solamente usar; siente que en su alma vá empañándose la claridad, oscureciendo, hasta quedar eclipsada; de otra parte en su juicio, aquella fria severidad con que poco ántes apreciaba lo presente y venidero, trocada en delirante imaginacion volcanizada, no le presenta á su vista sinó ilusorias perspectivas de fantasmagoria; la razon, en fin, fué abdicando de una en una, cual Sanson sus fuerzas, todas las garantias de su prestigio contra el enemigo y de su triunfo sobre él. El mismo enemigo dejó de parecerle que lo fuera, llegó á reputarle su aliado: ¡qué! ciego ya el hombre ó nécia el alma, al instinto que le halaga túvole al fin por leal guia y consejero, y sin ver ya ni recordar de su perfidia, la razon se le entregó sin recelo. La carne triunfó sí, y cubierto el rostro la razon ella es la que quedó ignominiosamente destronada. La intemperancia excita directamente á la carne; la intemperancia priva á la razon de la autoridad de reprimirla; sin la templanza, pues, la derrota del alma es necesaria.

La inclinacion por sí sola, ligeramente escitada por causas no directas ni buscadas turba el alma, solo el temor de verse entónces vencida aumenta su turbacion; siente que en su razon el vigor se desvanece, ella se ofusca, vacila, tiembla... ¿qué hará pues la razon en ese hombre desleal á Dios en fomentar la brutal gula, y fomentándola, desleal en encender la inclinacion más brutal aún de la lujuria?

§. III.

Por otro título más de gran valor es imprescindible la templanza: el alma sin su natural serenidad no cree con viveza, ni espera con eficacia: no ama á Jesús con afeccion, ni teme con intensidad: con claridad no vé nada, por eso nada le impresiona, las verdades eternas no le imponen; ni la perspectiva del paraiso le es estímulo, ni los horrores del infierno le son freno. Solo ver

que en lo alto de una colina se destaca la figura augusta de una cruz y que de ese suplicio está pendiente y en silencio el Redentor, al hombre más desalmado le contrista, y le levanta sobre todo lo terreno. Un misterioso pavor que le envuelve el alma y le penetra el corazon, le presenta despreciable y vil aquello mismo que le seducia y arrastraba.

Quereis que vuestra alma vea las imponentes perspectivas de la eternidad, que habitualmente debe ver? Que se impresione de ese santo sentimiento religioso de que le es imprescindible vivir impresionado? Sed sóbrios, sed frugales; sin eso todo es perdido. El hombre sóbrio y frugal es el único que esperimenta que la concupiscencia, nunca muerta, se debilite en su carne y se amortigue; siente en su razon más fuerza y más rubor, y su alma en aptitud de recibir el eficaz recurso para resistir y dominar su afrentoso instinto con el bálsamo de la religion y de la gracia. Sino quereis la templanza, no quereis ser continentes; renunciais á ser cristianos: la grandeza, sobre todas las grandezas de la tierra, la abdicais.

Huir de la ocasion es el gran medio enlazado y complemento del primero. De las causas que pueden fomentar esta inclinacion fatal, cada una aisladamente se basta para escitarla. No acontece lo mismo, por desgracia, en lo que respecta á los medios de contrarestar ese pertinaz instinto. Hay que formar un plan premeditado, y disponer las fuerzas de represion de tal manera que se ayuden entre sí, y afiancen entre todas el resultado apetecido. Con todas las precauciones intimadas hasta aquí, adoptadas ya en la práctica de algunos años atrás, poneos en ocasion, y la ocasion por más que sea causa aislada, la ocasion sola la vereis desbaratando en un momento el resultado de la lucha sostenida en mucho tiempo por reprimir la inclinacion. La ocasion es causa tan directa, tan patente, de tan irresistible resultado; es tan á las claras un insulto del hombre débil ya en peligro contra Dios que le sostiene sin caer, que el sólo hecho de ponerse en tal vertiente le toca como de un vértigo su frente y cae en el precipicio. La

continencia, dice Dios por boca de David, no se guarda sin auxilio que Dios dá: no está en la mano del hombre; fuerza es esa que se ha reservado Dios. Si en el estímulo que de ordinario la naturaleza esperimenta, no puede ser continente sin ese divino auxilio, puesto el hombre en ocasion, con cuanto más fundamento dejará de serlo si ese recurso le falta?

Pues bien: si esa ocasion es buscada, es que el hombre vá resuelto ya á pecar, ó vá confiado en que, siguiéndole un ángel paso á paso hácia el precipicio le irá aumentando sus auxilios á medida que se coloque más adentro del peligro. ¿Sería airoso para Dios ese papel? ¿Quién es el hombre para obligar con orgullo á Dios á que le siga y le proteja en direccion al pecado? A todo se allana Dios instado con humildad; Dios lo ha dicho: al humilde dá su gracia pero rechaza al soberbio. Y no seria fomentar la presuncion de la victoria allí donde la derrota es merecida? Merecida sí y tambien lo ha dicho Dios: el que busca el peligro en él perecerá. Y peligro llamo ú ocasion todo aquello que provoca, que escita la concupiscencia; porque no se trata de evitar la caida en cada caso, se trata de reprimir la inclinacion de modo que llegando, en cuanto cabe, á no sentirse, deje de ser el incentivo del pecado, la causa de la caida. Solamente así dejará el hombre de caer, porque así solamente pone de su parte lo que debe.

§. IV.

Campo sin límite nos ha dejado Dios para perfeccionar nuestra condicion, caminar á nuestro fin con más acopio de méritos y alejarnos á la vez del precipicio, dejándolo á nuestra espalda un paso más atrás, en cada paso que avanzamos. ¿Seria nobleza nuestra estacionarnos junto al borde del abismo, expuestos siempre, siempre en peligro de caer y renunciando al término de tan gloriosa carrera? En la represion de ese instinto sedicioso, *contem-*

porizar es declararse vencido: no hay que transigir en nada: es un mónstruo la concupiscencia cuya voracidad es insaciable: ¿quereis tenerle satisfecho? Negadle todo de una vez: con esa resolucion, qué libertad! qué independencia! qué soberanía adquiere el alma! No os estrañe: al hombre de porte noble, contestándole Dios con más nobleza, le colma de bendiciones.

Fuera, fuera condescendencias con la carne; canto lascivo, música en composicion voluptuosa, infernal equívoco; de cuantos modos se empaña la pureza! ¡de cuántos se provoca la lubricidad aun solo por un sentido! Solo los ojos ¡cuántas ocasiones pueden traerle al alma de quedar manchada, y en deseos de nuevos incentivos de mancharse! Tan pronto como vuestra mirada tropiece con un objeto que ofenda el sentimiento del pudor, caigan vuestros párpados á interceptar esa luz; el alma en curiosidad, aún frívola al parecer, fué siempre la incauta mariposa, muriendo en la luz que busca en el inmenso cuadro de la vida irracional, de la humana; descripciones seductoras y procaces de sensual literatura; en los objetos del arte en escultura, en dibujo, pintura, fotografía. ¡Ah! tened resolucion de negar vuestra mirada á esas combinaciones indecentes, producto de un arte prostituido, porque exaltando vuestra imaginacion, exaltará vuestro instinto que, despues de arrebataros la paz del corazon, la alegría del alma, y el sentimiento delicado del rubor, jamás conseguireis ya reprimir ni amortiguar, ni lo *intentareis* siquiera.

Y si sólo el oido, si la vista sola, llevando al alma un mundo de ocasiones dificultarian en tanto grado la represion de la concupiscencia, ¡qué se podria esperar de ese otro sentido más prosáico, más material, más cercano á la materia, tan cercano que solamente en físico contacto sabe transmitir las sensaciones al alma! Repútese humillado el hombre por las viles exigencias de su carne, y téngase de sí mismo compasion; pero no olvide jamás que esa rebeldía que le ruboriza es la ocasion de honrosa lucha, es el *certámen* en que Dios le colocó para méritos de gloria eterna.

Pero una lucha que nó solamente no es esteril; ni solo no es tampoco mezquina que haga del hombre un presidario, que con la cadena al pié y encorvado contra el suelo, no levantará jamás su rostro mientras viva sino para respirar un momento incorporado y volver al trabajo que por forzado le envilece nó, el hombre que trabaja en reprimir la soberbia de su carne, se ocupa en lo más digno en que el mortal puede ocuparse; trabaja en elevar su condicion, en cuanto cabe, á la condicion del paraiso; trabaja en hacerse más elevado que los reyes sino se ocuparon como él; trabaja con el placer y el entusiasmo y la fé de quien, como él, vé recogido el adelanto de lo que diariamente trabajó; porque á medida que avanza en su tarea, su condicion natural, mármol bruto poco antes, estátua ya de forma digna, vá presentando la actitud y la espresion de la figura cristiana; siente, si, su condicion ennoblecida.

§. V.

La voz del ministro que retumba en las bóvedas del santuario clamando contra la licencia, no sólo no le causa ya terror ni enojo, es la dulce voz de su Dios cuya bondad para con él conoce; su alma, su razon manda ya en el corazon y en los sentidos; los estímulos de la carne, enemigos desarmados con la templanza y sobriedad, alejados de la ocasion con la prudencia, encerrados, cortada la comunicacion por los sentidos, veredas en que la razon ya manda y pone el veto, en ese estado ya el hombre esperimenta un sentimiento tan íntimo de su propia elevacion y dignidad, recibe entónces... tan claras luces del cielo, sin saber él por donde llegan á su alma! Vé tan conforme ya el gran plan! Dios en la eternidad, él en el tiempo para Dios, el universo en el espacio para él!; siente su corazon un impulso de valor, un instinto de victoria definitiva en su pelea, y un celo tan imperioso, mas que de

salvar su alma, de volver por la gloria de su Dios, que el soldado *forzoso* á intimacion del gran Pablo, jura ya ser *fiel* soldado.

Porque la batalla que temia la encuentra grata y ganada, y en lugar de depresiva la admira noble y honrosa; que no es pelea ni batalla esa actitud incesante de la razon contra su carne, es el brillantísimo *certamen* en que Dios coloca á cada hombre para que en él se muestre digno de un diploma que, al retirarse del estadio, Dios que preside le entrega al héroe en su mano, y ceñida la frente de laurel, mostrándole su sitio, es admitido en la asamblea gloriosa del feliz predestinado.

Y el hombre mas oscuro de la tierra, y á quien nadie, tal vez, conoció jamás, le vereis formando parte de esa escogida sociedad donde solamente el mérito sólido y acrisolado tiene asiento, frente á la cual las mas distinguidas asambleas y que acaso crearon ambiciones desmedidas, no son si no pueriles distinciones que acá en el mundo quedan no solamente pequeñas, sino invisibles, olvidadas. Vereisle allí humilde y exaltado, tendiendo la vista sobre todo el mundo desde la elevacion de aquel inmenso anfiteatro, más alto que las estrellas, y mas vasto que la inmensa zona donde el firmamento está ceñido y encerrado.

CAPÍTULO IV.

Orgullo es un juicio *equivocado* que el hombre forma de sí mismo. Por el contrario, la humildad es la verdad: ser humilde es conocerse el hombre sin error, sin esa falta de conocimiento de

su naturaleza ó condicion que, dejando de creer que cuanto es natural en su corazon es bueno, *fomenta* en él ese orgullo que ya vive, y que, con toda su cohorte de insufribles desvaneos y horrorosas tiranías, sería el vivir cristiano el más intolerable gentilismo con solo el cambio de un nombre: apellidarse antes gentil; denominarse hoy cristiano.

Ser cristiano de corazon es ser humilde. El humilde se conoce tal cual es, y él mismo se reputa nada sabiendo que nada es. Y aspirando sin cesar á mantenerse siempre en ese juicio de si mismo, tiene que sostener lucha perpétua con su amor propio, con su orgullo natural que encarnado en lo íntimo de sus entrañas le inspira entumecimiento y gloria vana y rencor; y de los demás juzga siempre que son nada, porque el orgullo tiene el don de serlo *todo* y serlo solo.

Y solamente sosteniendo esa lucha en lo más vivo del hombre, que es su orgullo, se llama vivir circuncidando el corazon. ¡El corazon! Las inclinaciones naturales! Ah! durando siempre, hay que hacer sentir siempre tambien el filo de la circuncision. Por eso la humildad que las combate no es el *rasgo* de *una* vez, es un estado constante y habitual de conocerse nada, que con constancia y teson iguales tiene al orgullo represado, como á traidor conocido que sabe ya que, halagando intenta darle la muerte.

De qué se gloria, pues, el hombre si esto es y nada más? «Ahora comprendo que la humildad es la verdad.» Pero y no comprendeis tambien la necesidad de ser humildes?

Sí, delante de Dios, decis, yo tengo por necesidad que ser humilde, reputarme nada: yo no seré el ángel soberbio que pretenda equipararme con él; pero en parangon con esos hombres de quienes disto tanto, ó me distingo, ¿por qué tengo yo que ser humilde frente á ellos? Infelices! Atolondrado de soberbia, ven; presenta tus títulos uno por uno.

Dí, es que te sientes en tu alma con dotes de que tu prójimo carece? Recoge tu atencion primeramente, y examina si quien te las concede es tu amor propio; ó la lisonja, ó Dios. Y siendo reali-

dad que las posees, ¿sabes porqué y para qué te las dió tu Criador? No creerás que te las dió por compromiso contigo, por merecimiento tuyo nó. Ni pensarás que ese don graciosamente otorgado, lo puso Dios en tu frente para fomentar tu soberbia, azote de tus semejantes y de tu alma verdugo. Dios no mira aisladamente á ningun hombre. La humanidad entera, ese inmenso rio que, naciendo con el tiempo y abarcando la estension de la tierra se arroja en la eternidad, ese, ese es para Dios el gran objeto de sus profundos designios; y como una gota ayuda á otra y es parte del gran caudal y marchan todas á su fin, así es el hombre... así no más.

El hombre, pues, que, sin engaño, sienta en su alma alguna prenda sobre lo comun en sus hermanos, sino quiere sacar su propia condenacion del mismo don conque pudo labrar la corona de su gloria, medite sériamente que en bien de sus semejantes se le dió. Y tanto es verdad que sólo es instrumento de su Dios, que si la misma intencion de Dios que le delega, no es tambien la intencion suya en lo que en bien del semejante hace, será todo estéril para él; y el bien del semejante se verá cumplido; pero el suyo propio nó. Deudores de vuestros prójimos! Meditad, sí, meditad si una deuda, si una pension tan difícil de pagar conque os ha gravado el Criador en bien de vuestros hermanos al nivelar la condicion de las almas en el mundo, meditad si es motivo de soberbia, ó es motivo, sinó de tristeza, de más profunda humildad.

Y en prendas del cuerpo, quién se para? Ilusa juventud! te enorgulleces de lo que Dios te ha regalado? No vés que si tiene algun valor, y la sensatez no lo desdeña y lo respeta, es porque Dios fué su autor? Y para algo bueno os lo concede quien nada hace sin un fin, y sin fin bueno. Pensad si lo que Dios os dió de atractivo para hacer ménos severos los lazos que serán inquebrantables en familia: en vida social para disponer los ánimos á la impresion del consejo, del precepto ó de inesperada ingrata nueva; y en órden á otras miras más altas todavía, para que en la misma decadencia de esa pujanza y de esas gracias fugaces que abando-

nan... vea el mortal en espejo de mil caras que se le ponen delante, vea y recuerde de contínuo lo que en su término será aún en vida, y se acostumbre á medir la proximidad de su sepulcro abierto... pensad decia, si lo convertís en estímulo á la culpa, en lazo de la inocencia, en llanto, en luto. ¡Y encontrais en todo eso motivos de entumecimiento!

Las riquezas ¡Ah! Orgulloso el rico! El único bien que entrañaban, con eso ya lo han perdido; porque bien adquiridas podian hacer la satisfaccion, no el orgullo de su dueño. Señor, has puesto en mis manos lo que en otras no pusiste; no tenia yo más títulos que ellos; me las entregas, yo lo acepto; ¿pero serán para que las consuma yo voraz, ó las entierre inhumano? Con las manos llenas de lo que me disteis vos, ¿podré ver yó un hijo vuestro, hermano mio, en la indigencia, si por anciano, por enfermo, por tullido no puede inclinar su frente al suelo, regarlo con el sudor y arrancarle así el sustento? Sin recursos y sin manos, yo no le veré jamás sin oir en su silencio ó en su voz tu voz divina, que á mis entrañas les manda hacer con él lo que conmigo.

Despues de advertir que la pobreza deparada por el vicio, la inaplicacion ó el abandono no honra á nadie; que la honrosa pobreza no es un motivo de codiciar lo ageno; y que las más pingües riquezas no son sino una gran limosna que la mano del Criador reserva para un hombre, antes ó despues de haber nacido, porque por grande que su fortuna sea no será sino *limosna* que le hace Dios; despues de todo esto, no comprendemos que las riquezas puedan ser reputadas por ninguno como título de orgullo. Y quién recibe del Cielo nada especial sin especiales deberes? Lo que fomenta el orgullo del infeliz atolondrado que no piensa, pensando, es solo para hacerle no tanto, sino que profundamente mas humilde que los otros.

Y esto acontece con la posicion social en toda escala, y aún con el mismo trono. Qué es el hombre en elevada posicion sinó un dispensador de beneficios, un servidor solícito y responsable de los mismos que el orgullo cree, acaso, que han nacido para ser-

virle á él por profesion, y ser como del Señor pagano sus esclavos? ¡Oh! La elevada posicion grandes satisfacciones tendrá sí; cómo nó si Dios la quiere?; pero á juzgar por la avidez conque se anhelan ¿quién creyéra que esas satisfacciones que son su premio inherente, apenas puede esperarlo el alto funcionario en esta vida? Constituido bajo la presion que en su conciencia ejerce Dios, intimándole incesantemente que son graves, muchos, trascendentales sus deberes, todo de parte de arriba; y de otra, viendo debajo de sí tantas necesidades imperiosas que llenar, tantas exigencias del corazon humano, su descontento natural, sistemático á veces, su versatilidad, su egoismo, su indiferencia oculta, su ingratitud patente, decid, constituido un hombre entre estas dos presiones opuestas, sagrada y dulce la de Dios, aunque tremenda; injusta, desabrida, pero muy natural siempre y siempre temible la de parte de los hombres, decid si la mision del alto puesto para poder decir á Dios «te sirvo, gran Señor, en el cargo que me has dado» y llevar el contento en lo posible á los más, á todos nunca, pide vivir en la vigilia del centinela en campamento; y, escepto para él, ser para todos, y en alma y corazon ser mártir de su deber, víctima á quien su señor sacrifica lentamente, dejando solo de serlo cuando deje de existir para recibir la palma.

Será, entretanto, su más difícil sacrificio, mostrarse siempre complacido cual le reputan los hombres, componiendo su semblante, su mirada, su palabra y su ademan de las tintas y los rasgos que exigen á la gravedad y á la espansion, la dignidad y el contento del bienestar interior. Este es el hombre que en pedestal más ó ménos elevado descuella entre sus semejantes; él os dirá si es motivo de orgullo haber indeclinablemente de someter su corazon al tormento de prolongado martirio, al mismo tiempo en que se le reputa en fruicion. Sólo vos, Señor, poseis el gran secreto de comprimir el alma en frente alzada; y al abatido, al parecer, llenarle el pecho de espansion y de pujanza.

Y os hace acariciar el infame sentimiento del orgullo el *nacimiento?* El nacimiento, reputarlo en nada, nó. La cuna es un don

de Dios, á veces, de interesantes resultados. Por lo que de don tiene de Dios, sedle á Dios agradecidos; por cuanto en bien de vuestros semejantes se os ha dado, teneos por obligados á cumplirlo.

Pero, si en las grandes fortunas que el hombre allegó, si adquirió bien, entró, juntamente con su tino ó singular don de Dios, su trabajo asíduo, su sudor; si el gran saber que acumuló el talento con la privacion y el sacrificio; y la virtud misma en que, obra de la gracia sobrenatural del cielo, tiene parte la cooperacion del alma y la austeridad y el freno que el hombre pone á sus potencias y sentidos, aunque le sea repugnante; si cualquiera de estos bienes, todos juntos, no son sino motivo para hacerle más sumiso y más reconocido á Dios, y mas modesto y propicio y bondadoso con sus semejantes todos, decid, el nacimiento en que ninguna parte, *ninguna* tiene el hombre, ¿le prestará entumecimiento?, ¿intolerable desden?

Porque ni basta mostrarse bondadoso, aun con las obras, al reputado inferior, por recibido en pobre cuna, nó; esa bondad será... orgullo, bondad del fausto gentil, si nace de grandeza humana en vez de brotar de corazon formado al pié de la cruz, única cuna de la sólida grandeza que de nadie es superior.

Presentados uno á uno los títulos ostensibles del orgullo, lo habeis visto, lo son precisamente de abatimiento propio, de mas profunda humanidad.

§. I.

Pleguemos ahora nuestra mirada al interior. Un grande libro es el hombre: todo él, sin embargo, se contiene en dos capítulos; sus *calidades* personales, sus prendas son el primero, y, ya lo sabeis, su doctrina toda es falsa: el segundo comprende sus *defectos*, su verdadero interior; en esta página no lee. ¡Ah! Si esta par-

te del gran libro fuera nuestro habitual estudio, ¡qué cosas tan importantes veríamos allí escritas!

La humildad de un cristiano no es una apreciacion humana; no es el juicio que los hombres tienen formado de nosotros nó: es ese estado del alma á quien Dios está mirando de hito en hito, penetrando hasta el mismo pensamiento si es sin palabras y sin obras, y en sus palabras y en sus obras la intencion. El pensamiento! La intencion! ¡Qué secretos!

Lo que hay dentro del hombre en presencia y á juicio de esa mirada escrutadora y penetrante, eso solo es la *verdad*: si el hombre viera dentro de sí, como puede, aquello mismo que Dios vé, entonces sería humilde; verse cual es, abrazarse con su nada y pedir como amparo la humildad, sería todo una cosa.

Si esa urna misteriosa de su pecho, donde no ignora que hay grandes secretos contra sí, determinase abrirla y hacer despacio el escrutinio, ¡que sorpresa! embargado quedaria de terror. Nó, no nos estraña que le imponga á una persona el acto de descorrer el velo que en vez de presentarle la perspectiva de un jardin, sabe que oculta la de un imponente cementerio; no os ofendais, nuestro pecho es cementerio... Si esto es gran título de orgullo, á vuestra consideracion lo abandonamos.

Cuanto mas ahonda el infeliz mortal estudiando lo que es hoy, lo que hizo ayer y lo que en toda la carrera de su vida fué, encuentra mas grande la *sima* de sus miserias y flaquezas, de sus tiranas pasiones, de sus violencias y soberbia: motivos, no solo de reputarse nada, si es que de estremecerse de sí mismo, congojarse, y, revolviéndose despues contra su propio orgullo, desquitarse en la espansion de la humildad.

Grandezas de la tierra, cabezas privilegiadas, fortunas opulentas, altos dignatarios, cunas ilustres venid y contestad por nosotros; ¿Pensais que esos brillantes dones especiales son regalos que Dios os hizo para escitar la envidia y ajar á vuestros hermanos? Si gimen en el destierro donde tambien sois desterrados, serán esos dones para agravar su situacion desconsolada, ó para

serles su guia, su aliento, su amparo y su proteccion? En qué fundais, pues, decid, en qué fundais ese orgullo insoportable que ceba su lengua en la reputacion de esa persona *igual* á tí, como aplica la tea el incendiario para hacer cenizas la quinta de su rival? De persona igual decimos! ¿Que el orgullo tiene igual? Por creerle en su loca fantasía nacido *inferior* á él intenta precisamente ponerle debajo de sus pies. Y á la persona de esfera marcadamente inferior, y al servidor atento que irritaron su orgullo sin querer y aun sin saberlo, en espresion, en mirada, en ademan que no adulase, no los hiere nó en su dignidad ni los abate con razones; el orgullo desmerecería, ¿sabeis que hace? los insulta, los denuesta, les escupe.

Si pues en la escuela de Jesus no existe título alguno que pueda al hombre ingreirle, ni en quien no lo tenga hay, por tanto, razon para mostrarse envidioso, ¿porqué será el grande como leon que ruge... y el pequeño es la serpiente venenosa? Si en el pecho de todos hay solamente motivos de anonadarse y confundirse, ¿cual es la causa de tan insufrible orgullo? Cual? Consiste todo en que no somos cristianos; y se anubla el corazon de que haya tantos gentiles bautizados, orgullosos hasta de su misma mentida religion, teniendo solo de cristianos ese bautismo que profanan, y la profesion esterna que envilecen.

Gentiles de corazon, tenemos que vivir con el disfraz de cristianos: somos el moro que toma el trage de español para alternar con los españoles en comision mercantil mas adentro de su zona: somos el judio que donde no es tolerado, nombra á Jesus con los lábios para pasar por cristiano. Claro está que hay escepciones. Nuestra religion cristiana es solo esterna... cristianos con antifaz; nuestro fondo no es cristiano.

Ser cristiano es ser humilde; nuestras inclinaciones naturales no han sufrido el cuchillo de la circunsciscion, y un corazon incircunciso, llamadle como querais, no le llameis nunca cristiano. Ser cristiano es ser soldado durante toda la vida ¡Ah!, que palabra tan profunda pronunció S. Pablo! ¡Soldados! Soldado en lucha

sin tregua y, ¿contra quién?, contra nadie, no temais; el aspirante á la humildad jamás hará sino ceder: la lucha en que no le vereis retroceder, es la que sostendrá consigo mismo. Dentro de sí, en su espíritu como en su carne existe ya la sedicion declarada: el espíritu solo, si triunfara, tendrá sus remedos de Luzbel; si triunfa su carne aislada, le abatirá al nivel del bruto, y mas allá de su degradacion le vereis precipitarse aun con una inteligencia prostituida á su servicio.

El enemigo existe, está en actitud de cometer; el Salvador lo avisa, tu lo sientes, la batalla debe darse y tiene que durar mientras la asechanza dure; ¿pero y cuanto durará? Treguas verás, y luego, de improviso, asaltos; ¡cristiano! en esa cruzada contra tí consumirás... toda tu vida.

§. II.

Pero se ha pensado bien que tanta humildad apoca al hombre;? que sofocando en su pecho los arranques varoniles le hace imbécil ó reduce á mentecato? ¡Apocar al hombre la humildad! Efecto prodigioso: ella auyenta de su corazon todo temor, ese temor servil, ese estado degradante de la dignidad del racional que baja su cabeza en vista del látigo como hace el bruto, ese estado de habitual zozobra que roba la dicha al corazon más inocente. El humilde es el Señor de sí mismo, y llevando en su mano las riendas de toda siniestra inclinacion, la ley para él es el camino placentero y recto por donde marcha confiado: entónces no teme á nadie, servilmente ni á Dios.

Y quién diria que la entereza de carácter y entereza que no ofende, que el porte digno en todas las situaciones de la vida se encuentra sólo en el humilde? Por condicion nadie es bajo: el hombre es bajo porque *teme* ó porque *espera;* el humilde á nadie

teme, lo sabeis: tampoco de nadie espera; entregado todo á Dios, su santa ley es la carrera abierta de su vida: y, contento como el niño asido por la mano de su padre que le conduce á la casa querida en que nació, para él no hay atractivo en el camino, puesto en el término su pensamiento fijo, nada desprecia, pero nada quiere.

Dadnos un hombre que con la luz del espíritu divino vea el mundo de este modo, y os darémos al hombre digno que no adula para conseguir lo que no pretende, al hombre entero que no prostituye sus convicciones por nada, ni pone su decoro al servicio de soberbio poderoso; el hombre de quien la arbitrariedad ó la injusticia del grande, consigue, en caso, silencio, su aprobacion jamás. ¿Quiénes pensais que son los que han dicho á los potentados de la tierra las verdades más amargas? Hombres de humildad profunda que nada esperaban ni temian. ¿Cómo se plegará el humilde á esa infinidad de indecorosas, anti-cristianas exigencias que cuesta el preparar esas tortuosísimas veredas, para subir á una cima que mirada desde el cielo es más pequeña que el grano de la arena? La aspiracion del humilde es la más vasta, la de estension más asombrosa; su alma tiene la circunferencia del cielo, su corazon la cabidad de un abismo. Si algun hombre se parece, parecerse nada más, al *grande orgullo*, es precisamente el de la *grande humanidad;* ved si está léjos de apocarle ó comprimirle.

Y conoceis debilidad, bajeza mayor que la venganza? Pues *solo, solo* el humilde no se venga. Pero y cuantas bajezas en una para que el hombre no lo sepa! Cuando pensamos que el ángel más excelente del cielo tuvo que esconderse, como en antro de su espía, en el cuerpo vil de una serpiente y deslizar taimado y acechar la coyuntura y adular á una mujer, y, por traicion... hacerla renegar contra su Dios, con sólo el satánico objeto de cubrir de luto á la vez y de ignominia á sus hechuras, en venganza contra Él, y envidia del paraiso... quedamos entónces persuadidos de que sólo el humilde que contra nadie atenta, porque nadie le *hace estorbo,* puede vivir en apacible decoro y sin bajezas.

En el humilde, sin la bajeza del temor servil, de la adulacion, de la venganza, encontrareis, en cuanto cabe, la imponente y á la vez grata figura del hombre no caido; y debiendo ser ésta la sublime aspiracion de la condicion levantada por el Salvador, ¿qué le contiene, decid, qué le contiene al hombre á tan gloriosa empresa?

El grande error del orgullo, en qué lo amparais en qué, si creiais que por seros natural, por sentirlo en las entrañas, era pauta de costumbres, cuando por ser natural precisamente, contra lo que el Criador queria, es un baldon que nos infama? En qué lo amparamos infelices desterrados, si esas otras miserables calidades y aún dudosas las más veces, siendo ciertas, no son sino motivo de más profunda humildad y más amor á tus hermanos y gratitud á tu Dios que te dió un don de hacer el bien lo único grande en la tierra? ¿En qué lo amparas en qué, infeliz, si lo que miras en tí y te ensoberbece es nada...; y lo que no miras y está dentro de ti es un sepulcro hediondo de iniquidades, de horrores de conciencia que tú sabes... y de espanto, de terror, ni te asomas á ese abismo!

Rompa el hombre repugnancias, recursos tiene eficaces, purifique su conciencia, y el Salvador que por él tiñó la cruz con su sangre, tomándole desde entónces de su mano será el *auxilio*, el *ejemplo* y el *modelo* del humilde. Penetrado de su nada, sin mision duradera en este mundo, esperando el término de su destierro, suelta el alma, en su voluntad, de todo lazo, desprendida de su mismo cuerpo en pensamiento, su alma es el águila que, ascendiendo magestuosamente y dejando las cúpulas que la mano del hombre levantó y las cimas de montañas que circunvala su horizonte, á inmensa distancia de su planta, tiende su imperial mirada en ese espacio sublime donde su aspiracion se vé, más bien abismada, que cumplida.

¡Y quién lo adivinaría! Tanta es en el alma humilde su grandeza que se moriria de melancolía, meditando en su desgraciada elevacion, sin un Dios á donde levantar su vuelo. Qué haría su inteligencia sin un Ser donde desatar su gran mirada! Ve su inmen-

sidad y, porque no la abarca por eso mismo, Señor dice, en ese mar sin riberas se engolfará pronto mi alma. Penetra en su sabiduría; una noche estrellada, saliendo de improviso de su albergue, le corta su respiracion; una sensacion de dignidad se espande en su pecho de verse fuera de la nada, y con el don en la frente de columbrar, al ménos, maravillas tan pasmosas en las obras de ese autor, si soy su hijo además! pues no he de sentir en mí pecho magestad!

Y nuestro corazon qué sería sin una bondad que amar sin límites y sin fin! Cristianos! lo que no es eterno es nada: el juguete del niño pronto pasa; adulto ya,él mismo lo llama frivolidad: bien; dadle un mundo para que ese adulto juege y jugará; cerrará sus ojos Alejando, y el mundo entero, al cerrarlos, le es tan frívolo como el juguete de su infancia. Qué le dareis pues al hombre! Dadle un Dios...

Este instinto que yo siento ¿quién me ha dado? Esa esperanza fija de que me aguardais Señor ¿de dónde viene? ¿Con qué veros? ¿con que amaros? ygozaros anegados y por siempre, ese es mi fin! Y para esto me has criado tú, gran Dios! Y eso que me dice el corazon, eso que vos, sin duda, le decis calladamente, eso, ¡oh! sois tan roble!, para que no llegue á parecernos ilusion ó engaño, aunque vuestra voz no tiene igual, eso mismo, para que ninguna prenda os quedase que adelantarnos de entrañeza paternal y certidumbre, lo digisteis de vuestra propia boca á los primeros hombres con quienes tratabais familiar, y aun despues, y á todos sin escepcion, lo habeis asegurado por escrito, *firmado* de vuestro *puño*.

Bien, Redentor circuncidado!! Áspero camino, al parecer, señalasteis al mortal despues de su caida; más para que el rey del universo, destronado en el paraiso terrenal, torne á recojer allí su vestidura real; con el cetro sobre sus propias pasiones rebeldes desde aquel dia, no encontramos camino ni más magestuoso ni más digno que el austero camino del calvario.

PARTE TERCERA.

La propaganda anti-católica en todas sus fases y actitudes, para precipitar la desercion ó abandono del catolicismo, no nace de error precisamente, si no de viciado corazon.

CAPÍTULO I.

Quien intenta seducir, se hizo incrédulo, é intentó hacer á los demás, para ser él inmoral.

Se advierte una tendencia demasiadamente pronunciada yá á la libertad en las costumbres, aun entre los mismos católicos que parecían más sinceros: el hombre en vida inmoral, es muy conforme que deteste aquello que le condena: conoce que las creen-

cias religiosas están inflexiblemente unidas con la moral que reprime su pasion; el amor propio es ingenioso hasta el asombro, para quitar de enmedio cuanto se opone á sus designios; y como el siglo vá haciendose mas material por cada dia, y la religion es invisible, se está trabajando sordamente en hacer creer, y creen, que no puede existir mas religion que la que su razon alcanza, ni por tanto, otra moral que aquella que su naturaleza ordena.

Es muy grande el estrago que este principio está haciendo en las entrañas de la sociedad cristiana: es muy general el vértigo porque están pasando las cabezas; y esto reclama precaucion, á la par que causa pena que vivan tantos con el alma muerta, ejerciendo á más el triste ministerio de *matarla* en sus hermanos.

Creemos, pues, que habrémos conseguido un doble intento saludable, el intento de preservar á unos, y hacer desistir á los otros, si conseguimos hacer patente: primero, que quien intenta seducir, se hizo incrédulo é intentó hacer á los demás, para ser él inmoral: segundo, que el inmoral ya é incrédulo, confiesa, sin saberlo él, las mismas verdades que negó para llegar á serlo.

Nadie intenta engañar sin que le impela un interés; el hombre de costumbres sanas cree y acata dócil cuanto pronunció para él el lábio de sus padres, de sus maestros, del ministro de la religion; en todos vé un instrumento natural de su Hacedor y Redentor que por su medio le instruye en sus verdades eternas, y le intima sus preceptos de moral. Advierte la conformidad de cuanto se le enseña con lo que la razon estaba dispuesta á recibir: á la par de esa hermandad entre la luz de la razon y de la fé, observa que los preceptos del Decálogo que le intiman como línea de conducta, son una misma cosa, aun que más clara, que lo que su conciencia, antes de saberlo, le dictaba desde niño. Y con luz que aumenta la luz de su razon, y con senda mas llana y despejada por donde encaminar sus pasos, marcha sencillo y confiado hacia su último fin. Santo estado para abrazarse en el camino con la muerte!

No estará su naturaleza sin tendencias contra el consejo de su razon ilustrada; pero este consejo, sensato y autorizado, le afea

al corazon la inspiracion del capricho, y como la mirada de severo padre reprime en silencio el ademan impropio del infante, así el corazon sin estravío cede obediente á la autoridad de la razon ilustrada por la fé, esto es, á la voz de la conciencia de cristiano.

Mas la tendencia se exalta, brama la pasion, y desoyendo la persuasiva voz de la conciencia la posterga, y aun se irrita contra ella, que aunque amigo fiel, le reputa ya enemigo porque contraría su designio, por más que sea fatal. Dado el primer paso fuera de la senda de virtud, única senda que no lleva al mortal al precipicio, y determinados, por el atractivo de presente, á insistir en seguimiento de satisfacciones falsas y vedadas, la razon y la fé que como dos focos reunidos, echaban su luz sobre la senda del bien, asegurándole de su buena direccion, la tienden despues en el derrotero del vicio y advirtiéndole su desvío y tambien su inminente precipicio, la conciencia que os decia «os perdereis,» os dice ahora «estais perdidos» y, amigo que os amonestaba con interes y con dulzura, es ahora insoportable acusador que os mortifica, y que no podeis ni tolerar, y es necesario darle muerte á este enemigo de tus goces: esa luz de religion que hay en tu alma y que á tus propios ojos te descubre criminal, es imperioso apagarla; la conciencia que grita contra tu crimen debe ser asesinada.

Hemos acompañado al hombre que quiere ser inmoral sin sentir remordimiento, hasta verle fijar el pié en el borde de un abismo; veamos que abismo puede escoger para egecutar el suicidio de su fé. Hacerse incrédulo ó herege: hed haí doble recurso: dos bocas de hondas cisternas cuyo fondo es uno mismo.

Hoy, por aserto general, no es la *heregía* el abismo que se escoge para sepultar la fé cuando se trata de ahogar con ella la conciencia. «Error pertinaz contra lo declarado por la Iglesia,» supone de antemano alguna ciencia para pensar en negar, reclama ciencia para sostener; y hoy el hombre no se recoge lo bastante para trabajo alguno serio, perteneciente á religion, ni aun para herirla siquiera. Oireis, si, asertos heréticos y absurdos; pero estrechados á presentar su fundamento en Escritura, prescripcion

pontificia, cánon de concilio ó sentencia de Santo padre, os contestarán, no aun con un pasage falseado en su letra, ó interpretado en su juicio erigido en tribunal, como siempre hizo el herege, nó. Lo que de su contestacion inferireis es que absolutamente *en nada creen*: que un corazon estragado, que un corazon hedionado, les hace pronunciar con irrision lo que necesitan enterrar que es la religion entera, creyendo enterrar así el grito de su conciencia.

Pero hay quien sin ser católico y sin valer para herege, tampoco piensa ser incrédulo, pues no le arranca irrision si no lo que le causa estorbo. Tened entendido, pues, que quien duda ó niega sola *una* verdad en religion, las niega todas, y las niega, porque atreverse á hacer prevalecer el juicio de un hombre, acerca de un punto de dogma ó de moral, que de ordinario ignora, sobre el de la iglesia docente que lo propone de distinto modo que á su pasion conviene, es negar que la Iglesia sea depositaria por Dios del gran tesoro de su religion, siéndolo de las sagradas Escrituras y tradicion divina: es negarle el encargo solemne de conservarla en toda su pureza en el sentido, y en estension, en toda su integridad: es negar que tiene de Dios la singular mision de enseñar ese sentido al mundo entero y sin limitacion de tiempo, hasta que suene la última hora que ha de escuchar la humanidad. Y estando todo esto espresamente consignado por Dios en las sagradas páginas, en favor de Pedro y sus Apóstoles, y testificado por tradicion jamás interrumpida desde el Salvador hasta nosotros, es evidente que ninguna de las calidades enunciadas pueden negarse á Pio IX y su augusto episcopado, sin decir que el evangelio no es de Dios y que la tradicion divina no es divina; y, decir como además tienen que hacerlo, que la veneranda antigüedad sagrada y eclesiástica y profanan, *mienten*, es decir que miente el mundo entero, á lo menos que, escepto él, el mundo se ha *equivocado*.

Qué diaríais de quien negase al legítimo heredero, derechos legítimos tambien, espresamente consignados en solemne testamento

y auténtico á todas luces? Diríais que desmentia audaz la voluntad del testador; diríais que hacia ludibrio de las formas legales del instrumento público, y hasta de la sensatez de la sociedad entera que defiere, y acata lo que recusa solo el monstruo de la estupidez. Ese estúpido, pues, sería incomparablemente ménos insensato que lo son cuantos vosotros sabeis que son los que, desdeñando una verdad y en ella el magisterio vivo de la iglesia, lo niegan absolutamente todo en religion.

Y ved que la terrible enfermedad y enfermedad oculta que está invadiendo las almas es... la *incredulidad* con todo el *trage* cristiano que no se atreve á dejar. Corrompido una vez el corazon, disgustado hasta de nombre de virtud, sirviéndole de tormento perenne las prácticas religiosas que tiene que presenciar, y de fiscal inflexible la incesante voz de su conciencia, reducido á un ser indigno, despues de renegar de Dios con su conducta, le queda solo y apela al funestísimo recurso de renegarle en sus creencias; arrancándo de su alma la imágen del Salvador. Y cuidad que no os reduzcan, porque fieles se llaman y no son sino géntiles que viven entre cristianos. Apóstoles parecen, y no para estender, sino para matar la fé, asesinar la moral, sepultarla, cubrir con una losa su cadáver y puesto el pié sobre el sepulcro, publicar al mundo que la *virtud* es la *licencia*...!

Triste término! Que una vida eclipsada y zozobrante, una muerte que espera de remordimientos, y una eternidad sin fin, sin fin, de dolor acerbo, de ignominia y de tormento, bien merece compasion.

Y patente ya, que quien intenta, seduciros se hizo incrédulo para hacerse él inmoral, viéndole en término tan infeliz, qué nos resta ya que hacer con el fin de preservaros de tan poco halagüeña seducion? Lo que nos resta es, hacerle desistir á él.

CAPÍTULO II.

El incrédulo ya é inmoral confiesa sin saberlo él todas las mismas verdades de que renegó para llegar á serlo.

Principiamos por negar que las verdades de la religion cristiana las hayais perdido por completo: sino pudieran existir con el pecado, sí, entónces habriais conseguido ahuyentar la gracia antes de formar virtud; pero la fé!, para vuestra confusion, para vuestro bien, jamás quedareis ya como sino hubiera existido. Y si, como esa fé fué siempre débil, hubiera estado bien prendida en vuestra alma, podriais decir, la religion es mentira; pero detrás de esas palabras, allá en el fondo del alma quedarian hechos y verdades de la Biblia tan enteros y de bulto, como *quedan* enteros y de bulto en el retablo de escultura pasages del Evangelio, de mármol ó de alabastro, cuando un velo tendido con otro objeto los *niega* esteriormente á la vista.

Queremos conceder, porque nos consta, no sin profundo sentimiento, que existen cristianos no sólo con fé muy débil, si es que, al parecer, aún sin ninguna. Una instruccion tardía es semilla que encuentra de ordinario enjuta la sazon del alma y erizada de malezas: sí además la instruccion fué incompleta ó falseada, semilla escasa y no bien pura no pudo brotar con gran pujanza: sin rocío despues y sin cultivo, sin meditar sobre las ver-

dades de la fé, sin oir siquiera hablar, ni obrar en consecuencia de ella, la religion de tales hombres, planta débil al nacer, pobre y enferma al desarrollo, al primer huracan de una pasion, no se dobla sólo, y oscila en opuestas direcciones al golpe rudo del viento, ni lo troncha sólo, si es que lo arranca del alma y lo separa al parecer.

Pero aún se deja ver el sitio donde encarnaba sus raices quedando prendida alguna hebra; aún os hace mal eco que os la nombren y esto sólo basta para que no podais negar sin remordimiento que la religion del Salvador existe, porque en vosotros mismo ha existido, y no deja... de existir. ¡Ah! si con decir la religion es mentira, si con esquivar el templo ó entrar en él por no hacerse singular; si con reputar á sus ministros sin carácter alguno intrinseco para conservar el comercio con el cielo, y derramar sus dones sobre la humanidad confinada que reputais en su pátria, si con eso hubierais *triunfado* de cuanto os veda la satisfaccion sin freno de vuestras locas pasiones, ó irracionales intentos!!

Contra vuestra voluntad; pero para vuestra dicha, podreis renegar de ser cristianos, más no dejareis de quedar hombres; y cuando hubierais conseguido borrar del alma la imágen del Salvador, que es gracia, no borrariais la de Criador, que es naturaleza.

En el gremio cristiano, en el gremio católico, y hasta en localidades proverbialmente religiosas, ¡quien creyera que hay hombres sin ninguna religion! No venimos á increpar á nadie, ni tampoco nos oponemos á sus planes; somos vuestro *amigo*, ¿porqué nó?, y nos escuchareis una palabra.

Cerramos la Biblia con vosotros; ese libro no es de Dios: retiramos con vosotros esa otra serié de verdades que se dice han llegado de boca en boca desde los lábios de Jesús, porque Jesús fué un hombre singular y nada más; y hasta las dos tablas de piedra en que os habrán referido fueron grabadas por Dios diez palabras que llaman los preceptos de su ley, podeis hacerlas á pedazos. ¿Estais bien desembarazados de toda esa falsa religion? Justamen-

te, así pensamos. Pues bien, decid: cuando el amigo se encuentra en un quebranto de la vida y vais á darle un consuelo, distinguis entre el bien de obrar así y el mal de no consolarle? Porque lo distinguis lo haceis; lo confesais? lo confesamos. Pues habeis *confesado toda entera* la religion que *negais*.

Nuestra naturaleza nos inclina á acciones que reconocemos malas, con más facilidad que á acciones rectas; así es más fácil volver á un insulto otro mayor que no sellarse los lábios; y si Dios hubiera sacado así nuestra naturaleza de sus manos, habria cosa más justa que seguir en todo la tendencia natural? Y siguiendo á ciegas ese instinto, á qué estragos en la ira, á qué indignidad en lo sensual no nos precipitaria! No habria fiera más feroz, ni tampoco más lasciva. Confensando el *bien* y el *mal*, y en vista de que nuestra naturaleza nos *incita* mejor al mal que al bien, confesais que no salió en este estado de las manos de su autor: que está caida.

Si esta naturaleza que confesais ya corrompida no pudiera contar con un *remedio*, su instinto seria para el hombre la norma de su conducta, y entónces el bien que las más veces está en lo contrario de lo que el instinto dicta seria inasequible, ni se aspiraria á conseguir: el mal precisamente seria el orígen de sus goces, porque ¿qué goces no esperimenta el hombre, en la venganza, por ejemplo, que su tendencia le impera? Confesando el bien y el mal que no pueden estar en lo que la naturaleza enferma dicta, confesais indispensable que se le alcance un remedio que la sane: la reparacion del Salvador.

Y en fin, siendo el bien y el mal tan opuesta cosa en sí, árduo de hacer respectivamente ó de evitar, ¿creeis que Dios dejará de *distinguir* entre el que siempre se hizo superior y el que cedió siempre á sus tendencias depravadas? El austero capuchino, vestido de tosco sayal contra su carne, sensible como la vuestra, estenuado en la abstinencia voluntaria y el cilicio, *mortificado* en sus sentidos, y *muerto* ya para sí, viviendo sólo y ardiendo por el bien de los demás y hecho todo para todos, ¿os dice vuestro inte-

rior, si al tiempo de entregar su alma al Criador tendido sobre una tabla, ha de tener el mismo fin que el libertino y sensual, y lascivo y orgulloso en cuanto á sí, y en órden al prógimo sin prógimo, y en órden á Dios sin Dios!; porque existe el bien y el mal debe existir un juicio.

Y hed ahí que con sólo reconocer que existe diferencia entre dar ó negar un consuelo al amigo ó al estraño en un quebranto de la vida, habeis confesado la religion del Salvador, y por completo; porque todo lo demás en dogma y en moral, está embebido en estas bases, como ellas lo están en la sola distincion del bien y el mal. Ved pues cómo, sin saberlo, confesais lo que negais; y cómo de vuestros mismos esfuerzos por desterrar la religion del mundo y relegarla al olvido, resulta su demostracion patente y su misma exaltacion, quedando así reconocida de todos su indestructible solidez y fundamento, como aparecen los de castillo inespugnable, precisamente cuando, descarnando sus cimientos para abrirle mina oculta que lo asalte, se descubre que descansa sobre roca viva inquebrantable.

Y esa religion que descansa sobre nuestra naturaleza ó condicion, como estátua sobre su pedestal, debia ser y es la religion de todos los tiempos y de todos los hombres. Jamás ha existido otra alguna, y la religion natural sóla jamás fué religion. El pueblo Hebreo, desde el hombre del paraiso hasta Jesús, era cristiano, sólo que su fé miraba hácia adelante, creyendo en quien habia de venir: desde Jesús hasta el último fiel que se sostenga en pié sobre la tierra, somos cristianos y serán, sólo que nuestra fé vuelve la cabeza y mirando al Gólgota dice, ya murió. Todos los hombres que hasta Jesús no hayan sido cristianos en el primer concepto; y los que posteriormente á su venida no lo han sido, no lo son y no lo hayan de ser en el segundo; no han tenido, no tienen, no han de tener religion.

Y si os queda el recelo, si os objetan que, religion fué, sin ser cristana la que algunos pueblos notables han tenido, vamos á poner en vuestras manos las armas con que os defendais. Religion

fué sin ser cristiana la religion de los Fenicios y Caldeos, de Persas y Egipcios, de los antiguos Chinos y los Indios, de los Griegos y Romanos; pero tened entendido que todas aquellas religiones, *se llaman religiones en la historia.*

Mas porque Sanchoniaton recoja la religion del Fenicio, y Beroso del Caldeo y Zoroastro la del Persa, Erodoto la recoja del Egipcio y Confucio la del Chino, que hoy conserva todavía un imperio escondido del mundo detrás de una muralla; y conserve Ccesias la del Indio, y varios ya y mas conocidos la del Griego, y muchos la religion compleja del Romano, no infirais por eso que fueron religiones nó.

No es religion si no el comercio legítimo con Dios y que conduce al Cielo, y no es legítimo ni, por tanto, lleva al cielo comercio alguno con Dios que sea fuera de esa ley de *fé en Jesus* que hace la *legitimidad*; de esa ley cristiana que, ciñendo de luz la esfera de los siglos, como la *eclíptica* la tierra, ha sido bastantemente promulgada en la Edad del Patriarca, en la Edad de la Ley, en la Edad del Evangelio; salvando á cuantos se hayan acojido á ese indulto perenne en tiempo, y en estension universal, y pereciendo mas que justamente cuantos lo hayan oido con indiferencia que es desprecio.

CONCLUSION.

No temais gran Dios la seduccion de vuestros fieles: saben cuan sencillo es vuestro camino al hombre sin estravío: saben que cuantos intentan seducirlos, os negaron para vivir ellos sin freno la vida del criminal; pero los vén en un término tan infeliz; es tan triste haber renegado de la virtud y de su Dios...!, que tus fieles nó, nó seguirán su seduccion. Los mismos seductores retroceden; francamente han confesado que no han podido, que no

han llegado jamás á desconoceros por completo, y que sin saberlo ellos, ¡infelices! confesaban vuestra dulce religion.

Tú gran Dios de la bondad! Tú que nos has colocado en un plan tan sabiamente concebido, tan eficazmente ejecutado y con tanto esmero atendido, ¿tú habias de esperimentar la ingratitud de tus favorecidos que en su *altivez* y su *ignorancia* han llegado al increible estremo de decirte en tu presencia «te abandono,» incitando á tus adoradores á que te dejen tambien?

Señor: á vuestra vista los teneis, se avergüenzan en su fondo; sienten el peso de su conciencia recargada, se contristan y, en su angustiado corazon, lo lloran. ¿Qué hareis, Señor, con esos hombres? ¡Que habeis de hacer! Perdonarlos... Porque, que hay, gran Dios, que hay en el hombre, de grande á la vez y de pequeño, de elevacion y de bajeza, que, semejante al ángel, es inferior á la serpiente que arrastra su pecho por la tierra! El hombre, que en el *firmamento* estrellado ó en la *cruz* os admira estupefacto, y descubre su cabeza ó estrecha el rostro contra el suelo para alabaros callando! el hombre que si en su capacidad no os abarca, os abarca en su corazon y en él se anega como si encerrára un mar de gozo! ese hombre os echa de ese mismo corazon prostituido para entregarlo á quien...!

Y prostituido su talento, el talento que le regalaste tú lo hace servir contra tí; para destruir tu plan de amor con tus criaturas redimidas, para tronchar tu cetro, arrancar tu cariño de las entrañas de tus hijos, convertirlo en ódio, robarte á tí tu gloria y á ellos su honra y su consuelo en esta vida y en la eterna.

Si os ofendemos, lectores, perdonadnos, que en prueba de que no es ódio y de que sinceramente os amamos pensábamos daros, con esto, un remedio; y perdonadnos á todos, Salvador, que, fieles, y seductores, sentidos y reformados, en vuestras manos... entregamos nuestro espíritu, y conservadlo noble y puro cual quereis vos que se encuentre al presentarse volando en la mansion donde celebrais vuestro juicio, desprendido de estos mortales restos, cuando no yertos todavia, no habrán salido del triste lecho de la

muerte. Sea este nuestro pensamiento fijo durante nuestra incierta vida, y esperemos confiados y tranquilos que se abra á nuestros ojos la grandiosa eternidad de las delicias en Dios.

CAPITULO III.

Los mismos misterios que el hombre dice NO SON condenan en el hombre su ignorancia;

Conque los misterios de la religion escandalizan! Conque escandaliza la moral del Evangelio!

Habia principiado el Salvador del mundo su pública mision, y, cosa estupenda! el esperado tantos siglos con entusiasmo y con delirio por la inmensa descendencia de Habraham, presente ya entre los hombres, no es tenido si no por un hombre más.

El contemporáneo de Jesús, el niño de las montañas de Judea, formado despues en el desierto, y precursor ya del Redentor en su pública mision, está en la cárcel: sabe desde allí, que los doctores de la ley y los hombres de más representacion no quieren reconocerle por Mesias; y con el objeto de poner al Salvador natural, y humanamente, en ocasion de echarles en rostro la indigna frialdad con que oian referir sus indecibles portentos, envia dos de sus discípulos compañeros del desierto, á que, de parte suya, pregunten en público á Jesús si es él el Mesias ó lo es otro que deban esperar aún.

El Salvador que se encuentra dirigiendo su palabra á las turbas,

que le aclaman Dios, escucha la embajada y no contesta: penetra la fidelidad de Juan, y, en su interior se enternece; hace que las turbas se apróximen, fija sus ojos en todos los enfermos y en cuantos necesitan la accion de la omnipotencia sobre su achacosa ó mutilada condicion; en su presencia, obra un prodigio en cada uno, y entonces, volviéndose á los enviados les dá por contestacion: «id y decidle lo que habeis visto y oido: que los ciegos ven, oyen los sordos, los tullidos andan por su propio pié, sanan los enfermos y los muertos resucitan;» como si Jesus hubiera dicho, Moyses obró milagros, los obró Josué, Elias y Eliseo los obraron y si con ellos presentaron la *credencial* de la mision que yo les dí, los milagros que yo obro son la credencial que os presento de la mia: que ellos obráran prodigios no será motivo de confundirme á mí con ellos; porque ningun varon que obró milagros no fingidos pudo decir jamás, ni dijo, que fuese él el mismo Dios: el hombre, aun sin ser justo, puede obrar milagros, os dirá un apostol, si Dios le dá esa virtud; pero para edificar los obrará, no para *destruir* mi plan; mucho menos para robarle el nombre á Dios. No me tengais, pues, por enviado como el profeta que habeis visto: ellos han sido para anunciar que había de venir el Redentor; pero ese Redentor, discípulos de Juan, decidlo al Doctor, al Fariseo, al Pontífice de vuestra Sinagoga, no es vanagloria ciertamente, ese Redentor soy yo.

Y dichoso aquel que no se escandalice en mí!

Con qué paciencia y candor, lectores, dá Jesús esplicaciones á los hombres para que le *admitan* á ser su Salvador! Cómo, para que le reconozcan, en vez de imponer su autoridad segun podia, convence, respetando la razon que Él creó en la frente del mortal!; y cómo, despues de convencidos, se dá por satisfecho conque le consientan entregar su vida por ellos, y entregarla en un suplicio!

Sin embargo de todo, los mismos milagros y moral divina con que les probó que era el Mesias, sirvieron de escándalo al Judío. Entónces consistió el escándalo que el Salvador presentia, en que á su muerte afrentosa vieron pretesto para dejar de llamar mila-

gros y doctrina de Dios, la de un Dios que moria en el cadalso: hoy estos milagros ó misterios y doctrina moral escandalizan, por que el hombre en un vivir de los sentidos se encuentra á oscuras, y dice que no es el misterio que no entiende; y sobre todo en un vivir laxo y relajado, dice que no debe ser una moral que su condicion repugna.

Los mismos misterios que el hombre dice *no son*, condenan en el hombre su ignorancia.

Fijad vuestra atencion lectores: El mundo entero de la naturaleza con todo lo vasto que vosotros sabeis que es, con todo lo profundo que encierra y todo lo sublime que ostenta, es más limitado, más sencillo y más tosco, respecto al mundo invisible *abierto* al hombre por Dios, que la choza del pastor frente al alcázar de los Reyes.

Pues bien; de ese cuadro tan angosto ya, tan sencillo y tan humilde, tomad aún la parte que reputeis más insignificante de entre todas, y en ella encontrareis misterios: misterios, lo aseguramos, fenómenos que no se pueden negar, porque se ven; pero que el hombre no alcanza, ni alcanzará á esplicar.

Tomad, nó una hormiga, podría parecer un elefánte; tomad un insecto microscópico de los que encontrareis, con centenares, en el cáliz más angosto de una flor: pedirle al artífice que os presente otro idénticamente igual y vereis que os lo presenta sobre una chispa de cristal: decidle ahora que os lo ofrezca con vida, y movimiento espontáneo, y no podrá complaceros: en eso no está el misterio. Ese ser tiene dentro de sí un principio de vida que le imprime movimiento; pero y ese principio de vida, ¿de dónde saca él el movimiento que imprime? El filósofo os dirá que la accion de Dios lo imprime al ser; y cuando está todo esplicado, ahora principia el misterio: esa accion no se vé y entre ese insecto y la mano de Dios que lo mueve existe, interpuesto, un velo que la oculta, y através del cual, lo mueve; porque de este lado del velo los ojos ven el movimiento, de la otra parte el entendimiento vé la accion imprescindible que lo imprime, y ni los ojos ni la razon

ven la mano que representa la accion: la vida, el movimiento, lo vemos; de que solo la accion de Dios lo comunica estamos convencidos; que entre el insecto y Dios hay un velo es innegable; cómo Dios imprime ese movimiento y vida, sin que se rasgue en dos mitades á nuestros ojos ese velo, para ver cómo esa accion se aplica, lo ignoramos... Creemos, pues, en un *gorgojo*, un verdadero misterio.

Otro misterio que, en bien del tiempo omitimos, pensábamos haceros confesar en la vida vegetal de un filamento de la hoja; y otro en la vida de atraccion del grano de arena más exiguo de las orillas del mar; pero indicarlos así basta, y más visto ya el primero, para dejaros demostrado que en el último eslabon, casi, de las tres grandes cadenas de los seres que constituyen el universo entero, existe un profundo misterio, porque echando la sonda en lo que parece orilla de ese Occéano ya no se llega hasta el *suelo*.

Pero sin salir el hombre de sí mismo, y en lo que ménos pensó nunca, ¿qué misterios no tiene que créer? Estamos hablando, sabemos que la palabra es una idea plegada dentro de un sonido articulado, sabemos que la idea es del alma y que del órgano de la diccion es la palabra, esto sabemos; pero cómo el alma espíritu manda á la lengua que es de tierra, y se hace obedecer con asombrosa diligencia y precision, eso, confesad que lo ignorais para haceros confesar otro misterio.

Sabemos que el alma crea un pensamiento, haz de ideas combinadas como guirnalda delicada, y que la lengua lo presenta fuera, esto sabemos; pero cómo ese pensamiento, esa imágen que nació desnuda é impalpable, en un momento queda vestida dignamente envuelta en túnica de gasa con forma hábil y adecuada, ciñéndose un poco de aire rizado en el paladar, eso, decidnos que lo ignorais y que creis otro misterio.

¿Y qué diriais si os afirmásemos que, de los cinco sentidos, entre cautro, apesar de ver y oir, *uno* sólo puede asegurar al hombre, en buena ciencia del alma, de que el mundo existe, y de que es columna esa columna? Meditadlo en vuestro retiro con despa-

cio, y desde allí, un misterio más confesareis á solas.

Tomad la esfera Armilar, sirva sólo para centro: el vórtice que representa es un átomo de arena: describid una circunferencia tan estensa como la imaginacion puede abarcar; sea la zona que no traspasa ya la estrella del último órden de distancia, que aparece ciñendo el universo: más allá de esa zona ¿qué hay?... Dios. Trazad otra que diste de esa primera tanto como ésta está distante de aquí; y en la misma *progresion* id trazando sucesivamente hasta un millon de círculos concéntricos que se alejen entre sí como en *pequeño* las ondas de tranquilo estanque herido en su centro por el cuerpo grave: id con el pensamiento hasta la última circunferencia, asomaos desde allí, que descubrís?, más allá que hay... Dios. Y en ese ser escandalizarán misterios que confesais en el grano de la arena?

§. I.

Id contando los misterios que habeis reconocido: ninguno de los de la religion exige de nosotros más esfuerzos, ni para ser creido entraña más dificultad. Un paso más vamos á dar, y es que no sólo para ser creidos, si es que aún para *esplicarlos*, no existe más diferencia sino que, en los de religion Dios presenta los datos, y en los de naturaleza el hombre se los investiga por sí mismo con trabajo, y á veces con error. El hombre los ordena, los combina, discurre sobre ellos, sube, y en ámbos misterios se para á la misma altura. Palpablemente lo vereis.

El filósofo siente hervir un elemento activo dentro de su frente: vé dos objetos y compara; es que su elemento tiene raciocinio: vé otros dos objetos y elige, es que tiene libertad. Mi alma, dice, es inteligente y libre: esa alma desplega su entender y su querer por los sentidos, y los sentidos, á su vez, son lo que son, ven, oyen y palpan por el alma: mi alma y mis sentidos son un todo; mi alma,

pues, se encarnó necesariamente en mis sentidos. Esperad.

Dios rasga el Cielo sobre la cabeza de un hombre, llámale y le habla. «Dí á los hombres que Dios ha descubierto un órden de cosas superior al natural: lo que conocen con el nombre de Dios, es una naturaleza con más de una persona; que el Verbo divino ha de encarnarse, va á encarnarse, se ha encarnado.»

Jesús se presenta ante el sepulcro de Lázaro su amado: derrama lágrimas y gime. Jesús es hombre. Jesús pronuncia una palabra, «¡Lázaro sal fuera!» Lázaro se remueve, se incorpora, se levanta y se presenta fuera. Jesús es Dios. Los datos y el misterio son de fé; pero ved cómo discurre sobre ellos.

Dios despliega su omnipotencia por medio del hombre, y el hombre es lo que es, no instrumento separado, si no una parte de la personalidad, por Dios. Si el alma se encarna en la materia y constituye al hombre, ¿dónde encontrais la repugnancia de que Dios se encarne en la idéntica materia, sirviendo de *primer principio* de subsistencia á un alma, y forme idéntico hombre, debiéndo así ser hombre y Dios?

El *modo* con que Dios obra en la naturaleza humana no os dirémos, porque tampoco sabemos decir el modo con que nuestra alma despliega su actividad en la parte material del hombre, que si esto supiéramos, tambien aquella sabríamos deciros; pero Dios quiere un misterio en religion en bien del hombre, y en bien del hombre lo esconde ya en filosofía, como quien, queriendo esconder un tesoro dentro de dos puertas de idéntica cerradura, quitaría la llave en la primera. Pero direis que la Encarnacion *nó és* porqué ignorais ese modo?; teneis que decir que *no es hombre* el hombre, por que ignorais cómo el alma se enlaza y obra en el cuerpo que, como mitad de un todo, le constituye tal.

§. II.

Advertid que frente á cada misterio revelado hay un misterio natural análogo, que los datos son iguales, que es igual el discurrir, que en ambos se puede avanzar á un mismo término, y que en llegando á él, es por fuerza el hacer alto. Allí el filósofo inclina su frente ante el Dios de la profunda creacion, y el teólogo hinca su rodilla ante el Dios que, para hablar al hombre rasgó el cielo, aunque quedando en digna actitud detrás de densos celages.

Y qué bien, Señor! que sábio es haberos reservado la última verdad en cada átomo de cuanto nuestros ojos ven y palpan nuestras manos! El hombre que en todo os depende y que suele hacerse independiente en todo, ¡con qué osadia no levantaria su frente si no tuviera que confesar que os depende tambien en su saber!; pero teniendo que decir, cuando llega á la última verdad en cada ley, es la reservada á Dios, tiene que decir tambien, «orígen será de lo que alcanzo, siéndo como es, depósito de lo que ignoro.»

No lectores, no es repugnancia filosófica que encontreis en los misterios, lo que os hace decir, *no son*, como un fallo solemne que, en bien de la humanidad envuelta en fanatismo, hubiera pronunciado un oráculo del cielo, nó.

Bacon que proclamó el *novun organum*, el nuevo método que el filósofo debe seguir en la investigacion de verdad, que hizo caducar las hipótesis formadas en la imaginacion para dar razon de los fenómenos, por consecuencias deducidas como de sólidos principios. Bacon que, en lugar de suposiciones, proclamó la observacion y esperimento, como único método científico para sentar principios y esplicar por ellos las maravillas del mundo, debiendo, por tanto, descarnar en las entrañas de los seres, hasta encontrar en ellos la joya de la verdad, decia con entonacion solem-

ne nacida de persuasion, «poca filosofía conduce al ateismo, mucha filosofía conduce á la religion.» Dios no quiere de nosotros si no la ciencia del niño que es la fé; pero cuando la fé falta, quedando osadía para decir que pugna con la verdadera ciencia, los misterios que el hombre dice no son condenan en el hombre su *ignorancia*.

CAPÍTULO IV.

Sobre todo, la moral que el hombre dice no DEBE SER condena en él su malicia.

Cuan buena sería la moral del Salvador si á nadie enfrenára su pasion más dominante!; pero condena el orgullo, y el corazon entumecido que no sabe lo que es desangrarlo con una espina de Jesús, ridiculiza su humildad; reprime, por tanto, la ira, no en su estrepitosa esplosion sólo, si es que en el mismo corazon la ahoga, y la persona iracunda que ignora lo que es hacerse superior, y mandar sobre sí mismo, al heroismo *único* lo llama debilidad; detesta la impureza, condenándola con energía y con horror, y el corazon sensual, degradado, enfermo, muerto, que en el espejo del rostro se vé tristemente retratado en nuestros dias, ese corazon donde todo sentimiento dulce y bello se agostó, teniendo que vivir de una sola sensacion, si esa sensacion única, le intima el Salvador que solemnemente la condena, y que al tiempo de morir le cerrará la entrada al cielo, ¡qué no dirá ese infeliz de la moral del Salvador!

Lectores: es la situacion de tales hombres lamentable; pero no es desesperada: no insistais en murmurar de la moral de vuestro Redentor: nada hay imposible para el hombre que deja de luchar

contra su Dios, arrima las armas y se retira del combate. Con la cruz en una mano, arrancarémos fácilmente con la otra las raices del orgullo de este infeliz corazon; y en vez de ese volcan subterráneo que nos devora haciéndonos desgraciados á nosotros, é intolerables á los que nos rodean, aunque nos soporten por prudencia humana ó por virtud, nuestros semejantes encontrarian en nuestra humildad un título de amarnos, y nosotros seríamos dichosos en silencio y soledad, teniendo en nuestro corazon el tesoro de la paz; y aún entónces con su peso, como nave anclada en medio del Occéano, ningun viento encontrado de la vida nos arrastraria ni estrellaria jamás, porque con la paz de la humildad tendríamos al Salvador, la prosperidad no nos exaltaria, porque en su comparacion es un juguete de los niños, y no nos abatiria la desgracia, porque tiene algo de dulce, mucho de grande y un no sé qué de consonancia sublime con el alma del cristiano, el infortunio no buscado.

Pero sí, incendio del espíritu, es el orgullo que Jesús condena, incendio de la carne es la impureza que detesta: esa es la llama del volcan que como él arde aún debajo de las cabezas nevadas; y grande importancia debe tener la castidad, cuando tan rudo empeño existe siempre para sacarla del mundo. Es tan hermosa como rara, tan imprescindible para agradar al cielo como vituperada entre los hombres. ¡Vituperar!, vituperada, no; la castidad está, sí, desterrada; pero grande será su mérito y real, cuando, aún inerme, nadie se atreve á decir «firmé su deportacion:» más, es una reina esclarecida rodeada de inocencia y de candor, cuya pérdida se siente, cuya ausencia se llora, cuya memoria se evoca con dulzura y con respeto; pero por quien, al mismo tiempo, en la gran asamblea social, nadie se levanta á ofrecer su particular sufragio para que vuelva á presidir nuestras costumbres.

Y qué funestas consecuencias! La ausencia de una virtud jamás vereis que cause un sólo estrago: la parte mayor de criminales que las estadísticas registran, vereis, desentrañando, que lo deben á ese origen: nos limitamos al hombre de trabajo material;

el corazon tocado de ese vicio languidece, y el trabajo pierde todos sus encantos para él, luego se le hace, en vez de grato, repugnante, despues indigno, más tarde lo llama injusto, ley inventada por el rico, ó vestigio inícuo del esclavo.

Sin trabajo que fije su atencion, y dé producto en sus manos, sin recursos, por tanto, para sostener su voluptuosa indinacion y su existencia, atento sólo á esos objetos y por ellos impelido, como la fiera de la selva de comarca nevada en crudo invierno, á la imperiosa necesidad de sostener su vida, incitado á la par de su pasion devoradora que en el ócio, en vez de apagarse se enciende con más ardor, no queda delante de sus ojos abierta otra carrera que la carrera del crímen.

Era ya criminal ante su Dios: la carrera del crímen que ahora emprende, es del crímen á lo humano. Un dia dedicará al robo con el arte ó con la fuerza, y otro al adulterio eventual ó concertado: no habrá candor que no peligre en poblado ni en desierto, porque tampoco habrá seduccion infame, ni horrorosa violencia que no le sea familiar. Y así recorrerá el camino que le resta de su vida, aunque en su término vea levantado un suplicio para él.

A Dios no teme, porque evetado el sensual no le conoce: al semejante no respeta, porque el sensual no tiene semejantes; ménos teme su deshonra propia que pende de Dios y de los hombres; y ni su misma muerte teme, porque degradada su razon, para él apenas hay otra vida; y la presente, por un moribundo sentimiento de decoro que en momentos supremos el hombre no puede acallar completamente, llega á serle intolerable en la agonía de una conciencia atravesada de mil flechas, sin esperanza para él, viendo así en el suplicio, más bien que la espiacion del crímen, el término anhelado de su desgracia insoportable. Así se llenan los presidios, así se coronan los cadalsos; de la incontinencia al ócio, del ócio al crímen, del crímen al presidio ó al suplicio.

Quereis otro resultado mas directo aun de la estima en que se tiene la moral del Salvador en esa misma virtud? id, que os conviene, id á esa Casa de la horfandad por nacimiento; aquellos

rostros eclipsados! aquellos ojos sin vida! aquellos interiores sin las emociones de la infancia! Qué cuadro! qué ináudita muchedumbre! qué de seres desgraciados! Los hijos del crímen no pueden albergarse ya.

El vicio reinante se estiende aun á mucho más que no está dicho: para probarlo hablad vosotros con vosotros mismos, mientras guardamos un momento de silencio.... y por lo mismo lectores, que el hombre peca las mas veces sin que nadie si no solo el pecador lo sepa, entended que el último sello que patentiza el orígen divino de la moral que escandaliza hoy está, en que no hay accion oculta, y lo que es más y lo comprende todo, está en que ni el mismo deseo plegado en el corazon escapa del rayo de su sancion divina.

Eso solo á Dios pude ocurrirle: ningun código penetró jamás, ni pudo penetrar hasta la frente; y en vedar la accion interna del alma ¡qué saber! y qué poder en castigarla! Una mirada indiferente crea imágen, la imágen un pensamiento, el pensamiento un deseo, el deseo el acto esterno: el hombre, hasta el deseo, puede muy bien ser pasivo; el deseo lo puede ya rechazar, por eso se le condena: ¡que profunda prevision matar el acto en embrion, matando el mismo deseo!

Pero no infirais que Dios vedó el deseo con solo el único intento de que no llegue jamás á nacer accion esterna, nó. Quiere Dios el órden que se cumple esteriormente, porque, sin eso, el mundo podia ser en un momento dado *todo impio*, sin que el mundo lo supiera, ignorando el corazon; pero quiere el órden que se cumple con la voluntad con obra ó sin obra esterna, porque sin exigir el buen deseo, vedando el malo además, podria el mundo ser exacto observante del esterno, siendo á su vez todo entero un mundo de *Fariseos*.

La hipocresia es la mentira práctica en todos los órdenes, porque lo es en moral, *vértice* donde se concentran todos; y solo Dios la pantentiza y desbarata de un golpe, penetrando y sorprendiéndola en el fraude que dentro del corazon consuma. Y confesad de

una vez ingénuamente la imperiosa necesidad de una voz autorizada que, dando vida á la ley, haga de la ley una verdad, y ataje el mal, aun para el bien social, en lo que la ley alcanza: una voz que no solamente arranque á la mano alevosa su puñal, de la rapaz la presa, de la maligna la pluma, y que ponga un candado de bronce en la lengua mordaz del mal cristiano, si es que penetrando tambien, sin intrusion, con paso firme en el subterráneo mismo del corazon donde el alma elabora fraudalenta su malicia, como la víbora enroscada en el nido su veneno, sorprenda y embargue allí su pensamiento inicuo, ahogando así el crimen infante, pero crimen, en su misma profanada cuna. Esa voz es la moral del Salvador; y como decis *no debe ser*, condena vuestra malicia; y apesar del mundo entero, el mundano que se atreva á quebrantarla será tocado, sin remedio, en su cabeza con el humeante rayo de muerte eterna que el brazo de Dios le lanzará certero.

§. I.

Pero tan claro es ya todo y tan patente, que si en vivir oscura el alma y relajados, sentiamos otra cosa, ni una razon sola, ni un pretesto nos queda, ni para negar misterios, ni detestar su moral.

Vergüenza nos causa ahora haber negado misterios: no es del Criador el mundo? no es la religion de Dios? no está en aquel en bosquejo, y en esta en sublime perfeccion? En ambos debe haber misterios y los hay, porque en ambos está Dios. Jamás olvideis que en un gorgojo hay un misterio, ¿y no los habrá en ese Ser que en todas partes es centro y circunferencia *nunca?*

Y detestar su moral ¿cómo? si solo domando el orgullo puede quedar purgado el mundo de esas fieras que lo acosan, y fieras con inteligencia? ¿cómo, si solo la humildad de corazon infunde en él la dulzura, y en contratiempo firmeza, y en tiempo próspero

bondad? ¿cómo, si la castidad quien la profana la acata, y sin ella la sociedad es el cementerio de las almas con el ropaje del festin tendido sobre los cuerpos? ¿cómo, si no hay fama, ni fortuna ni existencia que no puedan ser impunemente arrebatadas, sin que ni aun el sello de la ignominia marque la frente al criminal, y no tienen más escudo que el golpe ineludible de su terrible sancion, aunque sólo Dios lo sepa?

Y estos misterios son, y es ésta la moral, Señor, que os detesta vuestra criatura predilecta?

Rey del mundo: en tu frente se transparenta la dignidad de tu alma y la importancia del destino que te espera. Digno en tu condicion por ser destello de la condicion de Dios; eterno en tu destino, por estarte preparado un asiento junto al asiento de tu autor, con vuelo bastante para levantarte á aspirar nuevos aromas hasta cerca de las gradas del trono del mismo Dios; águila que te remontas á contemplar de cerca el brillante foco de la luz que hace llegar su claridad, su calor y su alegría hasta la hendidura del peñasco donde anidas, si te empeñas en degradarte pecando, eres el reptil escondido como larva, en el polvo de este suelo; el Salvador se inclina á levantarte con su mano, y no serás la estúpida serpiente congelada que paga clavando el aguijon en el mismo pecho que la volvió á la vida.

Cómo vive el hombre enemistado con su Dios!; qué hace el hombre que marcha hácia el sepulcro en su desgracia!; qué es el hombre que no marcha á pié firme á un fin y á un fin eterno como él! Sí, sí gran Dios! tu enemigo declarado, y el frágil pecador, y el justo tibio, juntos todos y alentados se agruparán á tus piés. Por tus misterios precisamente y tu moral te aclamarán su Dios; con esa fé y esos preceptos arreglarán inquebrantablemente la conducta de su vida; y si en esa guerra cobarde de *traidora defeccion* en que el hombre desierta de su Dios ocultamente sin declararse de frente contra Él, no hay que ofreceros que vengan, como á Juan, á segar nuestra garganta, recibireis por presente la *lealtad* del corazon.

CAPÍTULO V.

La penitencia es necesaria para llegar á la amistad del Salvador; es necesaria para conservarse en ella.

Hemos aspirado á esponer y vindicar en su conjunto la divina religion: hemos aspirado despues á esponer y vindicar, ya en detalle, la religion simbolizada en sus misterios; y su moral divina, en las virtudes que la caracterizan, quedando así patente la verdad de la misma y su bondad.

Debíamos aspirar ahora, como intento ya esclusivo, á que esa verdad y bondad dieran en el corazon el fruto de la virtud; y, siendo el primer paso práctico hácia ella el perdon de los pecados, nos hemos fijado en el *dolor* indispensable á ese *perdon;* indispensable á la *sólida* virtud.

En qué consiste que se confiesan tantos y se reportan tan pocos? Ningun católico ignora, por cuantos y cuales conceptos puede ser la confesion infructuosa: tampoco nosotros lo ignoramos; pero despues de meditado en vuestro bien, lo hacemos consistir en el defecto de una *sola* condicion que las entraña todas. En qué consiste, pues, volvemos á decir, que son tantos los que confiesan sus

pecados, y son tan pocos los que purifican su conciencia? Es que se confiesan sin *dolor*.

Si quien perdona es Dios, si á Dios nadie le engaña, cómo, engañando á su ministro, pensais levantaros absueltos de sus piés? Y le engañais, si, por más de un título, debiendo buscar siempre el engaño en confesarse sin dolor. Es engañarle, postrarse allí á dar satisfaccion de injurias hechas al Dios que el ministro repreta, delegado para oirle y á su nombre perdonarle, y presentarse sin poder decir tantos son y tales los agravios de que vengo á oir perdon. No hay *sentimiento* de una injuria, y no hay solicitud en descarnar los pliegues de la conciencia para encontrar las demás.

Es engañarle presentarse á dar satisfaccion á Dios reservando con cautela determinado agravio; tambien es engañar, y muy pobre porte y muy mezquino, presentarse culpado sin saber mostrarse tan reo como se és, abriendo el corazon de par en par y dejando ver, como motivo de hacerse nuevos cargos á sí mismo, cuanto cambia la injuria en peor ó aumenta su deformidad; patente se le haría á su ministro como fruto espontáneo de verdadero dolor, lo que *sin él* se le oculta. Y Dios que absuelve á quien á su ministro no le finge, retira su virtud de perdonar á quien le engaña, siendo entónces la palabra que sobre el pecado pronuncia completamente vacía; mas como la palabra «yo te absuelvo» no puede pronunciarse estérilmente por ficcion del acusado, sin que se resienta Dios de verla en uso irrisorio siendo mas grande, mas santa y más benéfica que el *fiat* conque la luz fué hecha, comprendeis que, no solamente deja gravado con todo el peso que llevaba el pecador no arrepentido, si es que le imprime el sello de horriblemente sacrílego.

No hay sentimiento en el corazon de quien se acusa, por eso no se propone ser mejor. Porque ¿podeis concebir quebrantado de dolor un corazon por ofensa grave al Redentor sin concebir á la vez resolucion séria y formal de no volver á ultrajarle?

Reincidir en la misma culpa grave es no haber hecho penitencia; no haber sentitido dolor, porque á sentirlo tendria resolu-

cion, decíamos, y si tal resolucion hubiera hecho y arrepentimiento tal sentido, ¿conservaría la ocasion? La penitencia es necesaria, no hay penitencia sin dolor, dolor y resolucion no se pueden separar, y, resolucion de no reincidir y de dejar la ocasion, nunca fueron separadas. Habeis dejado la ocasion? habeis hecho penitencia, si la conservais estais juzgados. El mejor testimonio de compunccion, decía S. Bernardo, es haber dejado la ocasion.

En el dolor está el propósito como está todo, y hasta el cumplimiento mismo de la penitencia impuesta, satisfaccion ó medicina, ó juntas ambas á la vez, lo embebe esa condicion. Y no sabemos, lector, si es mas *insensato* ó más *osado* decirle «perdon!» á un Dios que examina con su mirada las entrañas, sin llevar quebrantado el corazon de ese dolor. Infundid, Señor, dádle ese sentimiento al infeliz pecador, y os dará cuanto querais: el dolor de la culpa de mas peso, por sí solo escudriñará solícito y acongojado los senos de la conciencia; ageno de ocultar ofensa alguna, esperimentará ansiedades de culpa que no existió: no presentará su injuria á Dios envolviendo en hábil velo el lado que, descubierto, mostraría su especial fisonomía, ó bien sus mayores proporciones, si es que al contrario, su imaginacion enferma, acaso, del dolor verá deformidad que tal vez no la invistió; y en lugar tampoco de presentar motivos que atenúen su culpabilidad, el mismo sentimiento mezclado de cierto amor, le hará grato agrandar su culpa que detesta, que no será agrandar pues es inmensa, si no abarcarla con ávida mirada de su alma en la estension á que alcanza de su verdadera magnitud. *Un rasgo de nobleza* es el dolor si él es perfecto, y la nobleza no se acuerda de sí misma para nada que le halague.

Dolor que llora la culpa, *resolverá* con la firmeza del amor; y cuanto por la ofensa se le imponga repugnante ó duro cumplirá, que pareciéndole leve, sabrá tomar sobre sí penitencia aun voluntaria: esto hariais con dolor; pero confesion sin él condena más el alma y la sepulta, en vez de levantarse airosa del sepulcro de la culpa. Y si esto pasa en el pecado de mera natural inclinacion, en

igual sepulcro yace el alma amortajada en el estado de pasion; pero nó hay que desmayar; cónstale á Dios el abismo que el pecho del hombre encierra.

§. I.

¡Corazon cristiano! Arpa sónora de dulces vibraciones! pudiendo ser el templo vivo de la armonía celestial, siendo el origen de la tiernas y vehementes emociones, eres la caverna del volcan donde se forman y estallan las tempestades ocultas del terremoto moral. Como por un crater abierto, mas nocivo al alma que del Etna, ó del Vesubio, vereis de cuando en cuando asomar por su boca, ó reflejar por sus ojos, la llamarada de la ira, oireis el estallido de venganza, el sordo rumor de la codicia que murmura descontenta, el rugir de la ambicion, el esterior de la envidia comprimida y las ráfagas del fuego impuro del impuro amor.

Tened entendido, pues, que miéntras el hombre vive, sintiendo en su pecho la tirantez de esas afecciones violentas que, *atrayendo* no atraen á Dios, ó por Dios al semejante; ó que, *repulsivas* no repelen sólo al enemigo de Dios, ó por Dios al enemigo de su semejante, es imposible que deje de vivir en su terrible enemistad que constituye el habitual pecado.

Vamos á despejarlo por completo; las pasiones, Dios las ha concedido con un fin; las buenas, y su energía y decision forman los héroes de la tierra y del Cielo si se proponen ese fin: si es otro el fin que se proponen, haciendo tiranos del mundo, del Estado, de familia y de sí mismos, forman los mónstruos de la tierra y del infierno.

Constituyen la pasion, no esa mera inclinacion al bien ó al mal, son esos grandes latidos del corazon humano, que imprimiendo á la voluntad una lozanía exuberante, con su fuerza y su pujanza vence y avasalla todo, como el aliento de Dios. Cuando el hom-

bre siente, pues, ese latido hácia un intento del género que quiera, pero que redunde en gloria de Dios, ó bien del semejante, *entónces* se propone el fin conque Dios la concedió; Dios se congratula entónces y alienta y toma de la mano esa pasion; más cuando la pasion no es ese amor y amor vehemente de Dios y bien del hombre, es solamente su amor propio concentrado, que aun sin desplegarlo con sus hechos todavia, es ya una actitud hóstil contra ese plan basado en esa honra y ese bien. Porque no solamente no es un instrumento dócil en la mano de su Autor, no solo no es el soldado decidido, es el soldado ó el caudillo que, si bien no ha hecho armas contra Dios, le ha negado ya en su *corazon* la *lealtad*, y para Dios que vé dentro del pecho eso basta, para retirarle su amistad y reputarle su enemigo.

Y ved que la pasion, aun sin acto que de la pasion proceda es un estado de culpa, y del que el penitente no saldrá sin revelarlo al ministro, y no lo hará sinó le impele á esplicarlo su verdadero dolor. Y que es urgente no consentirse vivir en ese estado lo inferireis además de las consecuencias funestas que abrazais y de que respondereis, viviendo en él.

§. II.

Comprendeis que no puede existir el pecho del hombre mucho tiempo en esa tension violenta, sin que tan pronto como se encuentre en ocasion se le vea desbordarse con la voracidad del mónstruo libre sobre el cebo de codicia, de ambicion, ó inmundos goces del inmundo irracional. ¡Y qué dardos tan envenenados y certeros vereis que lanzan las pasiones repulsivas con su lengua ó con su brazo!

Pero que la pasion rompa ó no rompa en estallido, en pugna oculta con Dios, si á Dios no se le desarma, presentándole abierto el corazon de ese rencor que devora, de esa soberbia que con-

sume, de ese impuro amor que abrasa, podrá el ministro, al parecer, absolveros, pero Dios no dirá «yo te perdono»; y la cándida paloma del Espíritu-Santo no bajará á sentar su planta pura, como á su nido, á un corazon hediondo, ó á un corazon calcinado.

Porqué, el perdon que Dios otorga al pecador no es ese perdon mentido, conque el hombre de estériles modales engaña á quien vá á engañarle, conservando enconado y fermentando el corazon y esperando coyuntura para hacerle gustar las heces de su saña concentrada, nó. Jesús perdona ó nó perdona, perdona de corazon, á quien perdona, es dogma que le ama, y Dios á quien ama le riega las entrañas con el rio de su gracia que se espande por su pecho renovado y puro. Más para que Dios que perdona así perdone, es necesario, lectores, es necesario que vea al hombre resuelto, decidido, suyo, entregado en sus manos sin reserva y pendiente de su lábio para hacer su voluntad que está en su ley.

Y para no sentir pasion oculta por lo ménos, que no escluya á Dios de nuestro pecho, necesitamos tener, que no tenemos, ó las cándidas entrañas de Gonzaga, y aun hizo inimitable penitencia, ó arder en la llama reverberante del corazon de Agustino que prendió precisamente en viva clispa de *dolor*. La penitencia es necesaria para *salir* del pecado.

CAPÍTULO VI.

La penitencia es necesaria para formar la virtud.

Cristianos: el hombre absuelto del pecado, sobre todo habiendo vivido en costumbre de pecar, es el enfermo de abuso que venció el peligro de su enfermedad mortal. Y no es comparacion, es la misma realidad. La ciencia casi sola le rescató la vida, sin poner apenas de su parte; pero sin ponerlo ahora casi todo de la suya, habrá perdido una existencia admirablemente rescatada.

Los pecados de que quedasteis absueltos, procedieron de seguro, ó de mera inclinacion natural propensa al vicio, ó de inclinacion vehemente á determinada culpa, que sin recelo, podeis calificar pasion. Pues bien: absuelto fué el pecado, y tambien y para eso, la mala inclinacion se suspendió, y la pasion tuvo un momento de regiro, soltando su presa del corazon ó de la mano, á la voz amenazánte y pavorosa de muerte... de juicio... de tormento eterno...

Pero la inclinacion, segun el conjunto de la ciencia exige, y el gran Pablo confiesa, para altos fines forma nuestra condicion. Y la pasion es muy difícil estinguirla, pues si es verdad que, en último análisis, la pasion no es otra cosa que la inclinacion natural sobrescitada por nuestra voluntad, y que la libre voluntad que la creó puede, con auxilio siempre disponible revocarla; hay que re-

flexionar, lector, que al formar pasion nos ocupamos en una obra lisongera; pero cuando nuestro intento es sofocarla, el trabajo consiste en ir clavando dolorosamente y como á golpe de martillo, con el temor de Dios, segun decia David, las tendencias excitadas de la carne que hacen latir, para su muerte si, pero con seduccion insinuante y poderosa, la masa del corazon.

Si la inclinacion subsiste pues, por que, si se amortigua, no se mata, y la pasion es tan doloroso sofocarla, y estando como está el pecado tan cerca de la inclinacion, que en la ocasion primera cederá, y siendo la mala pasion en sí misma, si es *consentida*, estado de inemistad con Dios, ¿quién no está ya persuadido de que el asunto capital de la virtud consiste en *resistir* la inclinacion y la pasion *estinguirla?*

La penitencia que intimamos es una penitencia lógica: la penitencia para salir del pecado, está cifrada en el arrepentimiento; y la necesaria para mantenerse en la amistad con el Cielo ha de consistir, por precision, en resoluciones prácticas de la vida, que arranquen de ese mismo sentimiento Salvador. Todo lo demás que el cristiano haga de edificante en el templo, en familia, en sociedad, podrán ser las formas, más no serán la virtud; y no serán, porque nada hareis consecuente al arrepentimiento primitivo.

Quereis hacer? Recorred vuestras inclinaciones malas; fijaos en una que de seguro descuella en cada hombre, sobre todas las demás; reputadla brecha abierta en vuestro corazon, y como haria esperto militar en fortaleza, sin descuidar por completo lado alguno, concentrad la resistencia allí en la inclinacion donde el peligro es inminente. Quién correrá su peligro por el lado del resentimiento y del rencor, y estará el mayor peligro en que se crea sin él, pues pensando que no ha de sorprenderle, le habrá sorprendido ya. ¿Rencoroso yo decís? Eso esperaba; sí, y ha de hacerte tanto daño más cuanto que, estando el mal dentro de tí, tus mismos ojos no lo vén.

Quien muestra en sólo su mirada que en su pecho yace herido el amor propio; quien lo muestra en su silencio cuando su deber

seria hablar, quien en sus espresas palabras cuando el silencio estaria más en su lugar; quien, avanzando un paso más, lo muestra con una espresion envenenada, como dardo perdido ó sin intento; quien con tramas directas ya, pero aún ocultas; quien patentes; y siendo raros y peculiares casi de determinadas clases, los enconos que arman el brazo del puñal, no son raros ciertamente los que hieren sin acero.

Ved que el encono existe pues, y ¡que habeis adelantado con hacer penitencia, *si la hicisteis*, para salir del primer pecado, sino haceis penitencia para no volver á él! No amortiguais la inclinacion y volvereis á su pecado; porque en toda inclinacion, como en la del resentimiento, habeis tenido sentimiento de la herida que un dia os causó en el alma con su diente el mónstruo de la concupiscencia, que, estando adormecido en vuestro pecho, despertó; más no advertís que os está lastimando cada vez que vé ó que piensa solamente en el objeto que el primer dia le alteró.

Fiera dormida es la mera inclinacion, la pasion es fiera ya enfurecida y desatada. Y quien que haya escuchado su feroz rugido ¿quién no pensará, ante todo, en echarle de pronto una cadena? Trabajar despues en amansarla es la obligacion primera.

Una resolucion firmísima de posponerlo todo antes que entregarse á la incitacion del corazon agitado, es la cadena inquebrantable que el hombre soberano de sí mismo en sus pasiones, como lo es del Leon de Nubia, debe ajustarle á su cuello. Y ese momento crítico de lucha en que la voluntad está amarrando á la pasion, al mismo tiempo en que la pasion le está despedazando las entrañas, es el momente sublime en que el hombre se hace *hombre*, ó queda juguete de la fiera. La resolucion sola no basta; no olvideis que es una fiera la pasion, y que el leon cerril junto á la argolla ha de hacer pedazos la cadena, ó no pudiendo, en la última convulsion de su furor sucumbirá en el incendio de la rabia. La pasion existe, ruge, es urgente desarmarla. Queremos daros el medio.

§. I.

Mostradnos el negado bien, dicha esclusiva de vuestra enferma fantasía. Riquezas son lo que delira vuestra pasion encendida? Qué sacan los que las poseen!: qué inquietudes no les cuestan!: cuanto tiempo las disfrutan! Y no hay quien las reparte en vida ó las renuncia? Vivid con el sudor de vuestro rostro, respetad al rico sus riquezas y respetaos á vosotros.

Son honores? Cuántos los han abandonado!; cuántos han arrimado á las gradas del trono el emblema de sus altas distinciones!; y hasta la misma corona, cuántos príncipes cristianos la colocaron á sus piés! Otros vereis que las poseen, y que tienen tanto y más vacío que llenar que los que no han principiado, y ellos os dirán que son, las situaciones brillantes que te atormentan á tí. Es una ilusion de amor? Si pudieras llamar tuya esa muger, sin culpa suya, querrias que no lo fuera.

No serán, pues, nó, bienes tan incomparables los que para alcanzarse cuestan poner tan desconcertado el corazon, y cuando tantos varones pudiendo poseerlos no lo aceptan, ó poseidos los pospergan á otro bien que satisface más, que dura más, que dá más honra.

Precisamente, lectores, lo grande y digno y duradero lo alcanza el hombre sin que le cueste esos trastornos, y sólo lo que ha de servirle para su torcedor temporal y eterno, es lo que Dios, en esa trama imperceptible de designios elevados, ha querido que el hombre no consiga sin rebajar ya su dignidad y desconcertar su paz.

Cristianos respetables! Muy bien que el niño se angustie inconsolable y gima, porque no puede alcanzar la piedrecilla pintada que le ilusiona en la ribera opuesta del arroyo, ó porque le han denegado á él la estampilla ó la medalla, ó porque, al tiempo de

acercarse al tallo en que posaba, ha escapado de su vista la esmaltada mariposa.

Más para quien sabe ya que arenas pintadas son los tesoros que el corazon iluso, y no la sensatez codicia; viendo solo en la riqueza el premio del buen trabajo, y el placer de hacer el bien que la codicia no vé: que la preeminencia y distincion organizadas, son el estímulo al mérito amalgamado en la virtud; pero no la virtud misma ni el mérito que pueden, y aun suelen, vivir sin ellas; y que las gracias que esmaltan la condicion de la muger, en vez de incentivos vergonzosos, son blando lazo de flores en que Dios oculta sabio el eslabon que estrechando una mano con la mano de una esposa, si no bastan los encantos del alma virtuosa que no se agostan jamás, aparecerá cual es de hierro tenaz é inquebranble cuando las flores sobrepuestas se hayan deshojado ó se marchiten...

Siendo todo así, ¡cuán nécio necesita ser un corazon para vivir zozobrante, y vivir muerto en la culpa, por conseguir por senda que Dios veda lo que, aún dignamente conseguido, dura y vale tan sólo lo que advertís que vale y dura! Vuestra fantasía está inflamada, y solamente os deja ver y os agranda y embellece, lo que en su triste realidad tiene poco de grande ni seductor ciertamente.

Y esto son, y no son más, los brillantes bienes que persigue tu pasion; y en vista de que son sombras lo que tu ilusion persigue, ¡qué te resta ya para quedar desengañado y romper el cristal que te engañó! Rasga! rasga! la ilusion, que rasgar esa ilusion es desarmar las pasiones, y desarmar la pasion es penitencia indispensable á la *sólida* virtud.

§. II.

Hombre engañado, engañando al dar satisfaccion de tus pecados!; preséntate franco á Dios, que á un Dios que espera en una

cruz, bien te puedes acercar y sin temor; y bien merece que le digas *con dolor* yo te insulté...! Al Salvador que hablaba con el corazon abierto, le cerrarás tú el tuyo para pedirle perdon! Para decir callando «ya estoy muerto por el hombre» consintió que abriese un acero su costado; le cerrarás tú el pecho en confesion?

¡Y por tanta ingratitud no habrá en el hombre dolor!

Porqué no resuelves hoy lo que harias al tiempo de morir! Sabes que entónces podrás?; pero aun pudiendo ¡qué indignidad!; regalar á la prostitucion la lozanía, y el esqueleto para Dios! Pero la muerte á qué? á qué el juicio? á qué el infierno? Inocente Salvador! Quién que te haya insultado en ese rostro divino, sabiendo despues quien eres, y quien has sido para él... no quedará cubierto de confusion y de ignominia! Ese sentimiento, pues, seria el mejor dolor, y perdonado el hombre y amigo ya de su Dios, siendo, como son, fantasmas lo que su concupiscencia y su pasion creian dicha, ¿cómo no quedarán amortiguada y estinguida, en vez de insistir siguiendo espectros que huyen sin más mérito ni más virtud que la de alejar de Dios, al hombre que las persigue?

Ni á las pasiones repulsivas temais ya, porque ni el encono ni la envidia se levantan, sinó cuando se nos disputan los bienes que perseguimos; pero si persiguen sombras!, de que sentireis envidia?

CONCLUSION.

Desarmadas y vencidas así, con constancia y valentía crecientes, la inclinacion y pasiones enemigas, despues de muchos años de combate, y amarradas al carro triunfal del alma que marcha de frente á su destino; el hombre se encuentra de improviso en el umbral del alcázar donde habita la virtud. En ese umbral sagrado ya, os dejamos.

La lucha no habrá acabado; pero al hombre que se presenta en

ese umbral, preguntando por su Dios con sinceridad de corazon, el Salvador sale á su encuentro, una vírgen pura se adelanta, y esa vírgen y ese Dios serán á la vez vuestro maestro, y el libro de la virtud.

De nuestra parte os dirémos solamente: que la virtud no mueve un pié sin mirarle el rostro á Dios, porque es su padre; que reputa á todos los hombres por hermanos; que tiene las entrañas abiertas para todos, y los lábios *sellados* para decir mal de ninguno, sinó ha de hacerle mejor! Y ángel ardiente para llevar el consuelo á donde la desgracia gime, se levanta despues y mira el mundo con esa apacible frialdad conque el astro de la noche lo contempla desde léjos, como envuelto ya en el sudario y el silencio de la muerte!

Y este es el término de la gran carrera del hombre, porque para él no hay más carrera!

Queridísimos lectores! En la virtud vivirémos; con nuestros conciudadanos, con nuestros pobres queridos, pasarémos dulcemente nuestra vida. Morirémos!; pero la muerte no será un cuadro de terror; la virtud se alfombra de blanco hasta la misma carrera del sepulcro: allí esperarémos la última órden de Dios, á la sombra de un ciprés!; y entretanto, en alma, más gozosos que el guerrero que, vencedor en cien combates, vuelve ceñido de laurel al seno de familia amada y de su pátria; vencedores de nosotros mismos, en esta guerra justa, decretada por el cielo, volverémos al seno de nuestro Criador radiantes de su eterna luz.

¿Es esto contrario á vuestra razon?, ¿es repugnante al corazon del hombre?; pues la Iglesia docente *enseña* esto.

§.

Cuando en su lugar correspondiente hemos estudiado la naturaleza humana, analizando si sus tendencias son regla de conducta,

ó si deben ser rectificadas por la moral cristiana, estábamos preparando en general y como en abstracto la base de lo que ahora debemos considerar en la persona.

Abarcando, pues, en cuanto abarcarse puede en cuatro pensamientos, lo más sustancial de la moral cristiana, aspiramos á presentar eslabonado y compacto un pequeño plan, pero completo, bastante para reglar en *detalle* la conducta de cristiano.

CAPÍTULO VII.

Perdonar al enemigo.

Cosas grandes entraña en su moral la religion del crucificado; pero acaso es la mas grande la máxima de perdonar al enemigo. Y quién ignora que con odio el corazon, cerrándolo con un candado, serian infructuosas las enseñanzas del divino Salvador! Bien será, bien, principiar por este asunto.

Lástima causa reflexionar cómo se encuentra el interior de los hombres; lástima y pena ver cual está ocultamente desgarrada esa infeliz sociedad, y sociedad de cristianos!

El hombre se indispone facilmente con su hermano: el orgullo, el amor, la codicia ó la ambicion, cualquiera de esos resortes del corazon humano que el hombre remueva *contrariando* en su semejante, aun sin querer, concita contra sí el encono, los celos,

la envidia, una tormenta de pasiones, y el rayo de la venganza de quien se creyó ofendido. Este, pues, odia al ofensor, los parientes del primero se entibian con los del segundo, y hasta los amigos, y aun los que son menos que amigos vereis que respectivamente van alejándose entre sí.

Porque como se exalta en el ardor de la pasion la fantasía, dá á la ofensa proporciones colosales, y el ofensor es para él el ser mas detestable de los hombres; y tal cual se le representa su imaginacion enferma de amor propio, le pinta á los demás en su calor febril, haciéndoles participar del mismo encono que á él le agita. El ofensor que maliciosamente lo fué, hace lo mismo con los suyos en contra del ofendido, y como esos dos bandos se forman y existen mas ó menos disimuladamente con *un* ofensor y *un* ofendido, con solo algunos mas tendreis, como teneis, la sociedad casi entera dividida en dos falanges enemigas colocadas frente á frente, aunque parezca que nó.

La ofensa es fácil, la ofensa no se perdona, la division de momento se hace division inveterada, se acechan los movimientos, espíanse las palabras, y en vista de signos, aun equívocos, se congratulan ó alarman. Y, en fin, el vivir mas pueril es el vivir de los adultos, y la lucha y agitacion mas indignas remplaza la santa paz del buen cristiano.

Lectores; con sensatez, hemos de perdonar, hemos de amar al enemigo, sin eso no hay salvacion.

Para prevenir escrúpulos en personas de verdadera piedad, y eludir pretextos en los de intencion no buena, si existen, que no creemos, vamos á hacer una advertencia. El Salvador no manda amar al enemigo con esa afeccion peculiar y manifestaciones especiales que se dispensan á la persona de particular afecto; de ese derecho han caido con la *verdadera* ofensa, y aunque eso seria en general más hermoso y más perfecto, Jesús que lo aconseja no lo manda.

Hablamos de precepto indeclinable, y, á qué quedamos obligados, vais á verlo. Quisiéramos daros un respiro; nosotros mis-

mos, lector, sin faltar un momento á la creencia, firmes en ella, hemos meditado en la estension de ese precepto para ver hasta qué punto queda obligado un corazon en órden al enemigo; y con vehemente deseo de intimarlo en el sentido más benigno, tomando en la mano la espresion del evangelio tenemos que decir al fin, ¿nos enseñais otro valor, otro sentido del que se entiende por amar? pues á eso estais obligados, con el enemigo que ensañe más vuestras entrañas. ¿Y eso manda el Salvador? Eso, sin eso no hay salvacion. No hay que desalentar, lector; Dios ha hecho la *ley* y el *corazon;* el amor que Dios manda al enemigo no es un amor natural, es un efecto de la caridad que lo hace fácil, que el soplo del Espíritu-Santo encenderá en el corazon, si el corazon es cristiano.

Al mundano, amar al enemigo, no es duro, no difícil, imposible. ¿Quién recibe injuria sin sublevarse el corazon, sin meditar la venganza? El Salvador, colocándose entre esa rebelion de sentimientos que no le son desconocidos, y la moral que se propone establecer, dice con solemne entonacion: Yo, apesar de lo que el mundo piensa; apesar de la falsa idea de la honra que canoniza como gloriosa la venganza y tacha de imbécil al hombre de corazon blando y humilde, yo que vengo á hacer del hombre mundano hombre de circuncision de espíritu, venciéndose á sí mismo en la gran batalla contra sus malos instintos; Yo os lo digo, perdonad.

¿No perdona el inocente Joséf á sus hermanos que le odian, que le venden? ¡quien no sabe desde niño esa historia de la candidez de de un corazon para enseñar nobleza en el agravio! Con mano armada Saul busca á David para matarle alevoso; trocada la suerte, cuando le prenda David ¿le matará? En las entrañas de David solo está bien perdonar, y cuando muera Saul, con verdad y sin ficcion llorar. Un súbdito del rey David le insulta y le apedrea en la angustiosa situacion de monarca fugitivo: repuesto David en su lugar, con cuantas vidas pagará Semei? Desligado entonces de razon de Estado que pudiera hacer inconveniente su perdon, David le

conserva la vida por piedad, y en el fondo de su corazon borra el ultrage y lo perdona. Una nube de piedras envuelven al inofensivo Esteban que, no pudiendo ya evitar la muerte, puesto de rodillas, ageno á él, atento solo al bien de sus verdugos, «no les tomeis en cuenta, dice, no les tomeis en cuenta, Señor, este pecado» y el noble Esteban espira.

Yo os lo digo perdonad, que no será tan imposible cuando perdonaron tantos cuyos nombres consigno yo, dice Dios, en la Escritura, que, documento autógrafo, escrito de mi puño, ni os deje en desconfianza, ni en caso de replicar.

Con la misma autoridad os dirán sus Apóstoles, como S. Pablo, que á quienes les maldecian vendecian; y si quereis saber cuantos mas son los que en nuestra misma flaca condicion han perdonado sin ser lícito dudar, entre otros miles, mostradnos la cifra de los mártires antiguos y modernos, porque la misma Iglesia no lo sabe, y cuantos nos presenteis, os los devolverémos como otros tantos ejemplares que han sabido perdonar, pero perdonar hasta la *injuria* de la muerte.

Y no solo perdonar, «perdonad si quereis ser perdonados,» tremendas palabras que además anuncia inflexible el Evangelio. Si el hombre está lleno de culpa que su conciencia propia le echa en rostro á cada instante y solo la clemencia divina podria absolverle noble, reo de tanta iniquidad, ¿querrá que le perdone Dios? De Dios que ha puesto por precisa condicion que él antes perdone, sin perdonar, ¿querrá obtener su perdon? Pero y mentir hablando á Dios y hablando en actitud de compunccion? perdonad, Señor, las ofensas que os hacemos, como nosotros perdonamos las que á nosotros nos hacen: esto decimos cada dia, y ¡qué decimos con esto ¡Santo Dios! Ah! si algo decimos, sin saberlo, nuestra propia sentencia pronunciamos; *no nos perdoneis*, decimos, que tampoco nosotros perdonamos.

Revoca, lector, revoca esa sentencia que tú mismo te pronuncias; mira que vale tanto como suena; que fallas tu suerte eterna, ¿y has de vivir sin esperanza como el habitante del infierno?

¿Imposible os parece perdonar la ofensa que os lacera el corazon? No os ofendais por lo que vamos á deciros; pero ¿y nos atreverémos á decir que hemos renegado de cristianos? que nuestra fé no es fé, ni virtud nuestra virtud? ¿qué es la virtud del gentil, la del varon de Atenas y de la muger romana? ¿hémos de decir nosotros que es vanidad, que es orgullo educado en urbanidad cortés ó descortés, pero nunca la virtud de un corazon desangrado con las espinas de Jesus! Lo que os decimos, sí, és, que perdonar al enemigo es vencer el amor propio por el amor al Redentor, que amamos al Redentor cuando al enemigo amamos.

Ah! está escondida entre ruinas la piedra fundamental de toda la moral cristiana que para muchos se hundió; y sin embargo jamás se ha borrado para nadie esta inscripcion: «amad á Dios por sí., al prójimo por Dios,» esencia de la caridad, de esa virtud *anticuada* que es imprescindible recibir entre nosotros sino hemos de ser gentiles en las costumbres, solo en el culto cristianos.

Si en el corazon no hay caridad, ninguna virtud guarda nuestra pecho; ni el hombre es casto, ni es humilde, ni benéficas sus manos, *ante Dios*, ni clemente, para perdonar, el corazon: ella y el rencor, se escluyen como la muerte y la vida: viva el alma, en bebiendo el ódio muere envenenada; porque esa participacion del Espíritu Santo que entraña en sí el amor al enemigo, es un principio de tan general, tan indeclinable ley para la vida del alma, como la savia á la planta, y la sangre al corozon; si la savia interceptais y dejais el corazon exangüe, quereis que viva la planta ó viva el hombre? ¿qué sin caridad el alma viva? Sin caridad no se perdona, sin perdonar no hay salvacion.

Ni digais que no es ódio al enemigo pues que os es indiferente como si ya no existiera, por que el Salvador no manda solo nó odiar, ni intima la indiferencia ¡indiferencia Jesús! lo que manda es... amar, hacerle el bien que podais y hacerlo con voluntad, y cuando nó desearlo y alegraros de su bien como sabe hacer quien ama, porque eso, y solo eso es tener limpio el corazon de las ponzoñas de enemistad, de rencor.

Pero si á mí se me amargó con vileza, precisamente por lo que obré con mas pureza de intencion, que el indigno ofensor no comprendió ni á comprender es capaz! Indigno nó, no le llameis, y es tan dulce perdonar, tan grande, tan elevado, ¡que aunque no tuviera otro valor, y lo tendrá, que el haberos puesto en ocasion de mostraros sobrehumanos, tendria mérito bastante para obtener vuestro perdon, vuestra amistad...

Y sabeis quien era, y á qué vino el Redentor del mundo? El mundo le escupió en su rostro; y Jesus perdonó á todos y Jesus perdonó siempre, ultrages mientras vivió, ludibrio en su misma muerte.

Grande fué perdonar al infeliz Fariseo que le llamaba, llamaba á Dios impostor: más grande fué enmudecer al bofeton del esclavo de un Señor que lo presencia y aplaude el bofeton á su Dios; pero que en la cumbre de un monte, que el mismo sol enlutó de negra sombra, grandioso pedestal de aquella cruz que fija la atencion del universo avergonzado, inclinando su frente divina en agonía, presente al cielo su vida para que no se condenen los que en apariencias legales le asesinan, eso, si el hombre lo llegára á comprender en toda su elevacion, pasados de un rayo de dolor tendríamos por toda dicha que nos escupieran en la cara, saciando así la sed de perdonar y vengando de algun modo tanta afrenta por nosotros soportada.

Hijos del Dios del calvario: y aún hay rencores en el mundo!, que ignominia para el hombre!: es que el mundo miéntras vive no es cristiano, lo espera para la muerte.

Una persona desaparece á cada paso de la escena de la vida: nuestro turno llegará, nuestro turno se aproxima. Desahuciada nuestra última dolencia, embozadamente se os hablará de sacramentos: una confesion harás, lector, no entera y precipitada, pronto escucharás desde tu estancia silenciosa el lánguido sonido de un metal cortando de tanto en tanto el fúnebre susurro de un Salmo penitencial: sentirás toda tu casa en *ordenada* confusion, luces y personas contristadas de rodillas llenarán tu morada

en silencio sepulcral: y en la cabidad mas oculta donde tu vida vá á acabar, el ministro de la religion, teniendo en sus manos la Hostia Consagrada que es la persona de Jesus, á nombre suyo os preguntará públicamente, á condicion de no entrar en vuestro pecho ni acompañaros á la eternidad, os preguntará si perdonais á vuestros enemigos; ¿y has de esperar á entonces que no sabrás lo que dices ni aun saber si lo dirás, has de esperar á pronunciar «si perdono!» Cuanto más noble hacerlo ahora; por ahora y por entonces, perdona, lector, á todos, á todos sin distincion. Y qué satisfancion la nuestra, poder decir en este lance que en nuestro corazon no hay agravio de ninguno y que desde siempre, siempre, hemos aspirado á amar á todos sin decirlo!

Quereis más? pues para no ofender á nadie, aun sin querer, prometemos acabar de tal modo lo que nos resta de vida, que por ningun concepto, ni á ninguno, pueda causarle aun en su pecho, en *aprension* solamente la más mínima inquietud. Otra cosa que ofreceros no tenemos. Lectores de mi alma amaos: qué *dignamente* vivireis! qué *tranquila* vuestra muerte!

CAPÍTULO VIII.

El hombre no es formal en lo que mas debe serlo.

Lectores: si se os preguntáse en particular á cada uno si queríais vuestra salvacion, tendrias por insensato al que os dirijiera la pregunta; eso no obstante, nosotros somos en verdad los insen-

satos. El hombre decía, S. Bernardo, sabe que tuvo principio, pero que no tendrá fin; sabemos que la tierra es una peregrinacion, que nuestra vida en este mundo es solamente de paso: lo decimos así á cada momento, lo siente así nuestra conciencia y sin embargo en nuestra salvacion eterna no pensamos: no pensamos de presente, y asunto es que no podemos aplazar, si no queremos perder.

Pensar en la salvacion es ajustar el hombre su conducta á lo que prescribe el Salvador: para el intento de ahora, es menos lo que pedimos: pensar en la salvacion eterna *es romper con el vicio dominante*; de todo lo demás, á nombre del Salvador, nosotros os respondemos.

El cristiano cree y sabe y tiene á su disposicion, cuanto se necesita creer y saber y tener á disposicion para salvarse. Se trata de siempre cielo ó siempre infierno; es un asunto personal, de nadie puede esperarlo, él tiene que alcanzarlo solo; hace mucho, piensa hacerlo todo y no hace nada. Consiste la salvacion en ser admitido y poseer el reino de los cielos, y el Salvador, apesar de su bondad y su dulzura, dice en acento severo que ese reino lo alcanzan solo los que se hacen violencia. Está en que su ley es el camino del cielo, y esa ley no se cumple por completo, y de ese camino se desvia sin *resistir* el hombre al mal instinto, sin hacerse *violencia*.

Entre tanto, y á su vez, el mundo *dice* que marcha á su fin, marchando precisamente á impulso de inclinaciones que quebrantando esa ley, sacándole de la senda le alejan de su destino. Qué pide Dios os lo hemos dicho, qué opina el mundo tambien, á quien de los dos seguimos lo sabeis: ó el mundo yerra ó el Salvador se equivocó ¿cual de ambos votos merece vuestra adhesion?

Pero siendo la contestacion tan clara ¿en qué consistirá, pues, que los mas dejan su fin? está el misterio en que existe en la gran masa de los hombres un afecto, un afecto á lo menos, desarreglado en cada uno; y el *objeto* en que la respectiva inclinacion se fija, y que para el corazon reglado será indiferente ó despreciable, para el afecto en desorden es... un ídolo.

No habeis oido, hasta de sangrientas luchas, por lo que á vosotros no os hubiera merecido la atencion de una mirada? Desde la discordia doméstica entre consortes que visten, aunque digais pobres harapos, hasta la formidable guerra entre continente y continente, recorred toda la escala, un *idolillo* la provoca ó la sostiene.

Por que esa inclinacion que *asoma* á cebarse en lo vedado, facil de reprimir al principio, cuando se vá inveterando y haciéndose ya inflexible, al hermoso corazon del hombre lo constituye en esa pertinacia en el afecto réprobo, en esa *heregia del querer*, en esa disposicion fatal en que, con inconcebible frialdad, decimos estar un corazon *viciado*. Los vicios los conoceis, sabeis el nombre de todos, no hagais que los nombremos nosotros: tentad vuestro corazon, ved si alguno de entre ellos os responde, y ese que os responde ya, os robó la libertad, os robó la independencia; y esclavos y adoradores del objeto de ese vicio, por repugnante que en sí sea, inerte, ó bien animado, goce del alma ó del cuerpo, para vuestro corazon es ya ese objeto... *Dios*.

El mismo imperio egerce en él, que en el corazon sencillo el autor del firmamento: más; porque siendo cuál es su rival, os hace renunciar á lo más bello de la vida, apostatar de lo más santo, y, para complacerle en todo, hacer la entrega de Dios.

Y está el gran mal en qué no lo conoceis: hállase vuestra razon enferma, en el alma el resplandor de la fé vá agonizando, la eternidad que no se palpa no se vé, la conciencia en tinieblas no remuerde, y, en falsa paz, os hallareis bien y contentos en esa dicha fugaz, en esa dicha mentida, en esa dicha desgraciada..... ah! la dicha del sentenciado á muerte que entregado á un momento de reposo, sueña espansion y libertad, y despierta ¡infeliz! en la prision para presentarse pronto en el cadalso! Lectores, el mundo sueña!: Dios terrible! cuando despierte á dónde irá!

Mundo dormido, el Salvador no se desdeña de enviaros un nuevo recado de atencion diciendoos ¡despertad!; qué le contestas dí, qué le contestas. «Decidle que pienso en Él, la última noche de mi vida le veré, flaquezas le contaré sí, no me negará su

absolucion; viviendo entre tanto como creo yo que puedo y viven muchos, sin aprension moriré.»

¡Dios eterno que conoceis lo escondido!: esa alma esparcida por toda la sociedad, pegada con afecciones, despedazada por resentimientos, envuelta en red de deudas á la fortuna y al honor, piensa infeliz que en una hora, en un momento, y momento de sorpresa y de congoja romperá lazos inícuos, curará las llagas del corazon y dejará en su *lugar* fortuna y honor de tantos, que de tantos modos despojó!

Es una verdad católica, que en cualquiera hora de la vida puede el hombre convertirse á Dios; pero tambien lo es igualmente que el poder no basta, sinó el hacerlo en hecho de realidad, y como es evidentemente tan difícil realizarlo, es evidentemente temerario, es locura el aplazarlo á ese trance. Dios que te crió sin tí, sin tí no te salvará, decia San Agustin: de parte de Dios se necesita la gracia, de tu parte voluntad: si *quiere* el hombre se salva; pero el hombre que hoy no quiere, sabe qué entónces querrá? Y aun queriendo, ¿quién responde de que será vuestro querer perfecto y eficaz? Antioco quiso salvarse, quiso Saul, quiso Acab; las divinas Escrituras les niegan su salvacion.

Para aplazarlo, solo un recurso teneis, tener ninguno: en una hora borró toda su vida el buen ladron; ese ejemplo es *uno* para que no desesperemos; es *solo* para que no seamos temerarios; os habla San Agustin.

Pero y no es insensato, por no decir que es insulto, presumir que ha de venir Dios á acariciar nuestra alma con finezas especiales en aquel momento de tiempo desperdiciado que dejamos para Él, cuando entre tanto seguimos haciendo de nuestra vida entera una *infidelidad* no interrumpida? Ni ofrecimos á Dios juventud ni ancianidad, ni enfermedad ni salud, ni ayuno ni castidad, ni represion de ira ni venganza, nada, ni una sola privacion, ni un sacrificio voluntario, ni aún un precepto cumplido en condicion de merecer, ha visto Dios de nosotros; y esperamos *distinciones* sobre lo prometido en general á los hombres! Un

santo era David y al pensar en los juicios de Dios en órden á su muerte, el siervo de Dios temblaba: un santo era Job, pero qué santo! su memoria le dejaba ver la pasada vida toda limpia como una senda de cristal, y meditando en la justicia divina, se le concentraba tal pavor en las antrañas, que ni sus mismas grandes obras bastaban á darle aliento, recelando, desconfiando de que fuesen meritorias ante Dios. «De todo cuanto yo hice, de todo temblaba yo.»

Y siendo nosotros lo que somos, que nada hicimos jamás sinó agravar nuestra conciencia, en vez de resolver «hoy principiamos,» con la mayor sangre fria lo aplazamos para el tiempo de morir! Pero y hay rubor, *rubor* siquiera, en quien espera ese momento! en quién lo dice, en quién lo piensa? Para el último momento! como si el pasará la otra vida consistiera en llegar en el momento crítico á la estacion de un carril, poner un pié en el estrivo y salvar una frontera!

Para esto Dios eterno; para esto bajasteis vos de los Cielos! Pensabais formar nuestras delicias, y que nosotros formaríamos las tuyas, solo con recibir de vuestras manos la dicha, como tiernos hijos de familia que se apiñan en torno de su padre, se amparan en sus rodillas, beben amor en su semblante, y él bebe gozo en sus caricias! Así pensaba vivir el Salvador en medio de los cristianos, y el cristiano se le aparta á gozar del bien vedado: le llama y no le responde; le llama y se aleja más; le llama y al fin contesta «para el último momento.»

¡Gran Dios! Habeis venido á salvar, ó á que los hombres *os salven!* ¿Qué le resta á Dios qué hacer? Dejarnos! ¡Y cuán terrible es la bondad cuando se plega de brazos...!

CAPÍTULO IX.

Lo que Dios le pide al hombre.

Al comprender la desabrida impresion y aun el temor que algunos cristianos esperimentan, oyendo hablar de religion ó de virtud, creeríase que la religion cristiana y la virtud son un suplicio. El suplicio, el Salvador lo ha querido para sí: fácil, sencilla, dulce y elevada ha dejado para nosotros la práctica de la virtud; y tan en consonancia con nuestra condicion, que la vida del hombre en este mundo es indigna de él, cuanto mas sin los encantos y grandeza á que su alma aspira, en saliendo un punto del plan de vida trazado por el Salvador; será cruento el arrancar el vicio; la virtud, en sí misma, es blanda y apacible.

Dios nos manda perdonar al enemigo, marchamos á la eternidad, hijos del Salvador tenemos que marchar juntos en familia y estamos ya en armonía *fraternal*; Dios nos manda romper con el vicio dominante, marchamos hácia nuestro Redentor que nos espera, tenemos que arrojarnos en sus brazos, y hemos *arrancado* de nuestro pecho el secreto vergonzoso que nos impediría levantar nuestros párpados en su presencia.

Qué mas pide el Salvador de nosotros? Pide nuestras *buenas obras*, sin ellas, la bienaventuranza no es posible.

Dios es muy considerado con el hombre, es muy parco en el pedir, por eso mismo lo que pide, siempre es cuestion de vida ó muerte. No creais que las obras para alcanzar el cielo tienen que

ser esfuerzos de gigante; ni penseis en dejar vuestra conducta sin norma y al caso, imaginando que solo un vivir muy semejante al de la vida en un claustro, en el ántro de caverna, ó junto al tronco de solitaria palmera, es el único vivir capaz de merecer la vida eterna, nó.

Dios nos llama á todos, á todos ofrece el mismo fin y nos prescribe idénticos los medios.

«Mortales, nos dice Dios sin escepcion, la bienaventuranza es un bien sobrenatural. Yo mismo soy la bienaventuranza: sabiais que sobre la última bóveda del firmamento está sentado su Autor: ahora, entre-abierta la mansion brillante de mi gloria estoy articulando estas palabras; yo soy Dios cual habeis de gozarle en su inmensidad eternamente, Dios que me presento á la mirada de los hombres: sé que el hombre no me oye, ni sus ojos ni su razon me ven: mortal, esa ráfaga de luz te envio para que, sin verme aun, conozcas al Dios que te está hablando; y ese soplo de fuego enciendo en tu corazon, para que ámes al mismo Dios que te espera: así conocido y así amado, tú cumplirás mi voluntad, yo te daré la vida eterna.»

Solo con esa luz sabreis que es verdadero Dios y Hombre el Verbo encarnado que entre nosotros estuvo; y haciéndonos cristianos esa fé, recibidos en la Iglesia, nos coloca entre el gentil y el bienaventurado.

Tres elementos sobrenaturales han de hacer sobrenatural la obra; la obra en sí misma no es mas que el cumplimiento de la ley.

Hombre en *fé*: por lánguida á que esté reducida ya la claridad de nuestra fé, por el abandono en bien obrar que la conserva y vigoriza, nos abstenemos de afirmar que en ningun cristiano esté estinguida; queremos, pues, que el nombre solo de cristianos, os mantenga en *posesion* de vuestra fé.

En cuanto al *estado de gracia* ¿qué os diremos? Os amamos con demasiada sinceridad para no advertiros seriamente que en esta condicion fracasan las buenas obras, fracasa la salvacion. Pero si hay remedio ¿qué?

Tomad en la mano el Decálogo, que en *diez* palabras es mucho lo que veda; y lo que positivamente manda muy hermoso: unid cuatro preceptos de la Iglesia, que son todos en vuestro bien, que son con autoridad de Dios, que no son ley muerta sinó viva y no está en nuestra mano dispensaros; el quinto vive en su *fondo*, basta á nuestro intento ahora que no os ocupe la atencion: meditad si alguno de los que, en la infancia, ya llamabais pecados *capitales*, ántes de espesimentar el vicio de donde nacen, emponzoña vuestro corazon. Tenedlo todo delante de los ojos; preguntad á la conciencia sin intencion de engañaros, preguntadle con sinceridad, oidla con sumision, y, no dudamos que lo hará, si reos os declara de pena de la vida eterna, el rey de la bienaventuranza tiene advertido á sus ministros, «si vienen por el indulto, llenadles el alma de alegría, á todos indulto yo:» un corazon puro creará Dios en nosotros, y ese corazon entónces tendrá la mágica virtud de convertir el cumplimiento de cada precepto en singular en *precio* de vida eterna.

Pero y esa tercera calidad de haber de ser sobrenatural la *intencion* de nuestras obras?

No os arredre: ¿nó es sobrenatural conocer al Redentor por la fé?: ¿no lo es amarle con la gracia?; pues la intencion de complacerle al obrar en ese estado, diciendo en el corazon «esto por vos» es tan sobrenatural como el *asenso* de la fé, como la afeccion *amor;* y no ha de costaros más esfuerzo que el que la fé y la gracia os han costado, que no os costaron ninguno; no hay más misterio en este estremo. Decid, si amais á un superior y sabeis que manda él y os levantais á obedecerle. ¿os falta intencion de obrar por él?: Que el súbdito conozca al gefe, que le ame, por la intencion no pregunteis. ¡Qué sencillez! ¿y hay hombre que no se salva?

Existe un desvio muy general y muy funesto que nos parte el corazon. Cada cristiano, de ordinario, se reserva un precepto para él, precepto respectivo que será siempre aquel que á su corazon más se resista.

No son obras buenas las que resultan de cumplir todos los de-

más preceptos, dejando uno sólo sin cumplir: la ley del cristiano es un todo indivisible, ó se cumple todo, ó absolutamente nada se ha cumplido: el cristiano que se reserva un precepto para él es, no os ofendais, es un traidor á su Dios; la traicion Dios la vé, y traidor reconocido, se entiende bien que es estar en su *desgracia;* y sólo lo que el hombre obra en su amistad, son obras de vida eterna. Podrán otras obras no ser malas, pero meritorias no serán: el corazon sin la gracia no tiene la virtud de engendrar obras sobrenaturales; la gracia allí las *anima,* su *alma és* que se une á ellas, ¡ah! y solo con alma sobrenatural se comprende que las obras tengan sobrenatural su vida: sin la gracia son *sin alma,* fundado será llamarlas *muertas.*

¡Y con obras todas muertas, con moneda toda falsa, con méritos todos fingidos pensamos sorprender á Dios!

Un nuevo estímulo os presentamos aún, para que obreis en su amistad; las obras que en gracia recojais, aunque por un solo pecado, quedan todas sin valor, si la muerte nos sorprende en ese estado, si á la gracia se levanta el pecador, levántanse con él todas sus obras como una resurreccion : solo las obras que hace muertas, muertas quedarán eternamente.

Con la conciencia manchada, que el hombre distribuya entre los pobres los intereses de Creso; que renuncie todas las honras de un César ; que se someta por un siglo á las austeridades de Eliseo, ni un solo acto ni obra buena ha recogido para merecer el cielo. Al mismo tiempo que con solo hacer el hombre lo que no es si no el sencillísimo deber estricto del cristiano y obligacion de su estado, está haciendo sobrenatural su obra tan de ley, que ella le coloca al nivel de la Bienaventuranza; sus puertas se abrirán á su presencia, y Dios que tenia sus méritos escritos en el libro de la vida, tomándole la mano, entra siervo fiel, dirá, entra á engolfarte en el gozo de tu Dios; cumpliste tú mi condicion, cumplo yo así mi palabra.

§. I.

Grandiosa seria la marcha de la cristiandad hácia su fin, atentos todos y fijos los ojos en el puesto del deber; aun podria, sin embargo, parecerse en algun modo á esa uniformidad de los ejércitos, desfilando delante de su príncipe en magestuosa monotonía imponente, pero al fin monotonía.

Y, sabiendo Dios, que el corazon del hombre en gracia es muy fecundo, os ha abierto una nueva carrera, tan ancha que sus márgenes no se perciben; su término no se vé; id al confin de un horizonte y allí se despliega delante otro mayor.

Dádnos un hombre en gracia, y, queriendo él, ya no hay en su alma un pensamiento, ni afecto en su corazon, que no pueda convertirlo en hoja de laurel á la corona inmortal que el Salvador con su mano ha de ceñir en vuestra frente.

Con eso, entonces se afianza en el deber, y entregándose á su inspiracion, ¡qué bellos resultados, qué variedad tan prodigiosa y en bien todo de la inmensa humanidad!

¡Un hombre con un breviario y una cruz, llevando el Evangelio á los bosques de la India: el opulento, levantando un asilo de benficencia: una sencilla muger, en la austeridad de angosta celda, ofreciendo á Dios un corazon no manchado en desagravio de liviandades que en el siglo vé y tolera; y hasta el ínfimo artesano, en el rincon de su desapercibido albergue, diciendo á solas con su corazon: «Señor, esta labor hago por tí;» sí, hijo mio, yo te la acepto y la devuelvo, sustenta á tu esposa y á tus hijos, y sepas que ese presente que con el corazon me envias no te quedará sin recompensa. Yo tiendo mi mirada por toda la sociedad, todos los estados de la vida santifico; toda profesion, y ocupacion sin pecar, yo la bendigo; trabajad, con el alma *santificada*, vuestro *trabajo*

es oracion, y es *ofrenda* si quereis; y ese trabajo conque atendeis á vuestra vida temporal, es un acerbo, un depósito que estais allegando de obras buenas que, en justa proporcion, hará más deliciosa, más brillante vuestra gloria, que si en el firmamento una estrella se diferencia de otra estrella en claridad, resultando de variedad sin límite, su sorprendente armonía, así, dice Dios por el gran Pablo, se diferenciará la gloria de los resucitados.

Sean vuestras obras con gracia en el corazon; sean por agradar á vuestro Dios, que no se las dispute el amor propio en vanidad, y así hareis bien á los hombres, á más de hacer vuestro bien: cuanto obreis por ellos solos, ellos deberán pagarlo y con el cielo no lo harán.

Tenemos una gracia que pediros: «dichoso el hombre que muere en el Señor, porque sus obras le acompañan;» solo sus obras, ha dicho el Espíritu Santo, *acompañan* al hombre cuando ha muerto; si olvidais cuanto os hemos dicho, estas palabras guardadlas en el corazon.

CAPÍTULO X.

Lo que al hombre le resta que hacer para ser digno de su Salvador.

Poderosa causa habrá dentro del hombre, aun despues de ser cristiano, volvemos á lamentar como lo hicimos al comenzar el estudio de su condicion puramente natural; poderosa causa existirá en el pecho del cristiano que le deshace sus planes, cuando

sabiendo á ciencia cierta que poniéndose en la amistad del Salvador, los dias de su peregrinacion serán felices: y que presentándose en su término, en las manos la urna de sus buenas obras, fruto recogido en el camino en esa dulce amistad, se verá en occeano sin márgenes de gozo y de reposo que le anegue el alma y le derrita el corazon, y sin embargo, con tanta repugnancia nos levantamos hácia él, y aun entonces tan facilmente hacemos alto, vacilamos, y, volviendo la espalda á nuestro término, deshacemos el camino, renunciando con el hecho de triste realidad á lo mismo que continuamos anhelando aun, por tendencia *innata* y *conviccion* cristiana.

Dos fuentes envenenadas y perenes de todo lo que es pecado, eso es lo que hay dentro del hombre. El mal debe atajarse ensu raiz, sin ese empeño constante, tan constante como el mal, el hombre que hoy pensó tener purificada el alma, antes de mañana encontrará que está manchada: por vuestro bien, sin ese empeño, tendreis el nombre de cristianos, el corazon no tendreis.

¿Nunca habeis esperimentado esos estímulos que causan como rubor al alma misma y ofenden al buen sentido? Esa contradiccion ó lucha que las sensaciones declaran á la razon, esa es la concupiscenciade la carne. En ocasion de escuchar una palabra que, aun sin serlo, juzgaseis intempestiva, ¿no esperimentasteis nunca repentina vibracion de enojo, y aun algo mas, sin esperar la reflexion? Pues esa insubordinacion de una parte súbdita, á otra parte de la misma alma puesta allí para Señora, que, sin pedir su *permiso* la hace sentir lo que deplora amargamente, esa es la concupiscencia del espíritu, y en sus fases, la soberbia de la vida, como la llama S. Juan.

La doble concupiscencia sí, no lo negamos; ¿pero y sus pecados no teneis? Este es nuestro intento ahora.

Ved si por vuestra impureza dominante repugnais asociaros con la persona virtuosa: vea la juventud si conserva ó nó aquel sentimiento delicado, hermosura del alma que se refleja ó derrama en sus facciones: vea el cónyuge si la palabra de fidelidad empe-

ñada en los altares la ha rasgado la licencia; veamos todos si el fuego de la lascivia nos arrastra ó nó á sus vergonzosas liviandades. Cada uno es *tentado* á lo menos por su concupiscencia, dice el Apóstol Santiago; y ¡quien resiste siempre con diligencia y con teson! Registrad sí, registrad los horrores de esa concupiscencia irracional, que así la llama S. Pablo.

¿Y de la soberbia de la vida ningun pecado teneis?

Deseo ardiente sentís de grande elevacion social? meditad si solo el deseo, que es algo más que el instinto que no peca, meditad si ya os condena; si los medios son los que de hecho se emplean ó los que deben emplearse, si el fin que os proponeis es solo el temporal interés, ó vanidad, ó todo junto, ó es caminar al cielo siendo resignada víctima que en bien de los demas Dios sacrifica; ved, cada uno en su escala, si piensa ser el amigo, la providencia visible de los hombres, ó, en pequeño, intolerable sultan. La soberbia de la vida se revela en el deseo egoista, no de vivir para todos, sino de hacer, de todos, su pedestal.

Cristianos en todas condiciones! ¿Nunca habeis *cercenado* á lo menos el buen concepto á una persona?; ni emponzoñado su mérito; ni hecho, de leve falta, en vuestra conversacion manjar sabroso?; ni alzado el velo de oculta mancha, en infeliz criatura, lavada con sus lágrimas amargas?; meditad si esas palabras bajo un semblante, tranquilo las inspiró solamente vuestra insensatez que ya os honrára muy poco, ó las inspiró un corazon envenenado; que donde no hay caridad hay amor propio, y nunca mira ese infeliz *asesor* del hombre, el bien ageno, con alegría en los ojos, y en deshacerlo con la lengua encuentra alivio su alma que se consume.

¡Creereis cristianos que nos ofende y causa pena aun haber de hablar así!: la soberbia de la vida, pues, nos hace ser, unas veces fiera egoista que auyenta ó despedaza á cuantos piensa que le disputan su presa; y otras nos hace ser la víbora que clava en silencio su aguijón á quien sin verla... la pisaba. ¡Ay! si se descorrieran otros velos!

Pero teneis ó nó de que acusaros en esto, ¿que decis? Procurarémos adivinarlo nosotros.

«Siento el triste estado de mi alma; me acusa mi conciencia, ella me anubla, ella me reprende sordamente; ahora mismo me representa mis pecados en confusion... y en claridad; me dá en rostro con la historia de mi vida, impulsos me hace sentir de arrojarme á los pies de un confesor... voy... pero no nó, nó tengo ningun pecado, viviré como he vivido, si me los descubriera como á la Samaritana el Salvador! El Salvador soy yo que hablo contigo en la conciencia, mi voz, mi misma voz es ese eco interior que os estremeze; ¿el Salvador es esa voz?; el Salvador: ¿nó estás interesado tú en negarte á tí mismo que has pecado? ¿nó dices á tu corazon no me atormentes que no hay nada contra mi? ¿Cómo pues dentro de tí hay una cosa que no eres tú, oyes un acento que no es tuyo, y que además te dá en rostro con aquello que á tí mismo, á tí te niegas? esa *cosa*, ese *ser*, ese es tu Salvador; esa voz que no es la tuya esa es su voz; si solo tu sabes tu culpa y á tu alma misma se la niegas ¿quién sino Dios podía decirte mientes? *mientes* te dice tu conciencia, niegas en vano «soy yo.»

Te reconozco, Salvador, ríndote al fin mi corazon; mi corazon te rindo sí, y mis pecados los confieso: los confieso porque con el corazon te los presento, los detesto; y mañana, esta noche declararé mi historia cual teneis establecido. En el ministro os veré á Vos, todo ¡Dios mio! todo os lo declararé con lealtad y confianza, y no sé si con rubor será ó será con gozo el abriros mi corazon de par en par, porque ¡cómo no sentiré yo goco en abrir mi conciencia al Salvador, viendo en su semblante, que está esperando solo la última palabra de hijo humilde que le dá satistaccion llorando, para estrecharle en sus brazos, para *inundarle* en su amor!

Vergonzosa concupiscencia de la carne; amarga soberbia de la vida! yo os detesto para siempre; el don de Dios me ha perdonado tus pecados; ¡gran Dios! yo os bendigo y os alabo y eternamente lo haré.

Pero queda en mi interior una ascua viva: en mi alma y en mi

cuerpo siento aun la misma mala inclinacion; «veo en mi carne una ley que pone en cautiverio la ley de mi razon, decia Pablo ya santo! Infeliz hombre de mí, añadia. ¿Quién me libertará de la muerte de este cuerpo?» En llamas feroces de ambicion, de iracunda y de lascivia murió el alma, el alma resucitó, con la lluvia de la gracia el incendio está apagado; pero el foco, fuego vivo, en el pecho queda oculto: ese horno de Babilonia, espresion de S. Cipriano, ese fuego que incesantemente arde dentro de nuestro ser, vivirá mientras vivamos: que un dia nos digais ese fuego no lo *siento*, lo concedemos; ese fuego en mi no *existe*, no espereis eso jamás. La conciencia, fiel amigo, os advertirá lo que lo enciende, y la esperiencia, lo que un dia lo encendió; y quién será tan imprudente que se acerque á esa ocasion?; no será mucho nó, que en el peligro perezca quien el peligro buscó.

Pero y pudiendo amortiguar ese fuego, por lo mismo que estinguirlo es imposible ¿quién no aspira? Si no es ocasion próxima el mundo, es ocasion no interrumpida y tristemente variada; ¿quién no se encuentra de improviso con ocasion de los sentidos, escollo de su rubor? ¿quién nó, con espresion irritante, donde la calma se estrelle?: amortiguar, por virtud, la suceptibilidad en el cuerpo y en el alma, lo advertis es imperioso; solo así se preserva de recaer quien cayó, y lastimarse la inocencia.

Y el remedio?; lo sabreis.

Haced del cuerpo un servidor, dadle un señor que le mande, pero un señor que mande á la vez en él: sea humilde nuestra alma y habeis encontrado ese Señor. Oh! santa contradiccion, solo la humildad domina! El alma humilde, ni se busca á sí, porque se tiene por nada, ni busca mundo, porque es humo: no encontrando ni dentro de sí cosa que le engria, ni en el mundo cosa que la deje satisfecha, fuera de sí y fuera del mundo, águila que se levanta en espiral indefinida... dejando la tierra á inmensa distancia de su planta, nada *desprecia* del mundo ni *apetece*.

Grande el alma y soberana en su humildad, el cuerpo, siervo adoptado, á su dominio sugeto, severo y dulce á la vez, siervo só-

brio siempre y frugal para ser atento al alma, la sirve dulce y fiel. ¿Vibraría aún en su pecho la llama moribunda, al parecer, consintiendo á los sentidos sospechosa libertad?: un pacto eterno con ellos dejará la concupiscencia desahuciada; y el más ínfimo cristiano colocado en ese pedestal dominaria al mundo; los Alejandros serian pigmeos á sus piés.

Vigilancia y oracion toda la vida, que el Salvador nos lo manda!; temor santo y temblor hasta la muerte, que por su Apóstol San Pablo nos lo intima! Que así lo hareis, lo esperamos; porque, que el hombre yerre se entiende, que su flaqueza le fascine se comprende; pero que sin alegar ya error ni duda siga en alianza meditada con abyectos instintos de su cuerpo y de su alma para hacer guerra de frente á Dios, que en eso está el pecar con osadía, en vez de ponerse sobre aviso y hacerles la guerra á ellos, seria estar cometiendo la bajeza más indigna, la más infame vileza.

Que el mortal en cuya frente brilla siempre una centella de dignidad y pundonor, viendo al Salvador delante, que con su túnica humilde y sus sandalias, y con su rostro de Dios sale á su encuentro diciendo «*obta ya entre tu goce y entre darme un bofeton,*» se encare el cristiano y diga «mi goce es *ántes* que *tú*» dejando así sentir su mano en el rostro de su Dios, en nuestra vida, creerlo de nadie, no podemos: podremos creer que ya no es hombre, pero siéndolo, jamás. Y entónces ¡qué le diríamos!; que le espera indigna vida?, triste muerte?, la eternidad del condenado? Nunca, á vosotros no lo haremos.

¡Dominar el hombre *en sí!* Cristianos y en pundonor sabemos nuestra carrera, nuestra noble ocupacion, que no embaraza para nada bueno, que agranda el alma para todo, la ocupacion de los santos, del verdadero saber, que haciendo la vida placentera, en el sepulcro principia á hacerle *inmortal.*

De cuanto llevais leido, habeis encontrado algo que la *razon* lo rechace?, qué lo repugne el *corazon*?

Pues és la Iglesia Docente quien enseña todo eso.

SECCION TERCERA.

La humanidad que físicamente vive, se mueve y és dentro de Dios, tiene que marchar hácia su fin unida en su voluntad, y hasta en interior union tambien *física* con Dios.

PARTE PRIMERA.

El cristianismo no es abtracion.

CAPÍTULO I.

El cristianismo es UNION REAL É ÍNTIMA del hombre con Dios, en su justificacion.

Cuando el Salvador llama al seno de su Iglesia al hombre de la selva, enviándole el don de la divina palabra con la invisible gracia de la fé á los bosques de la Nueva Zeelandia, ó á los arenales abrasados de Abisinia por medio de un misionero, no le llama

ciertamente para que en mero llamamiento quede tan señalada fineza. Es la formal invitacion á la gran fiesta de la gloria eterna y siendo condicion de rigor no entrar allí sin el determinado trage ó vestitura del alma justificada, porque Dios, dice su apóstol S. Pablo, al que llama justifica, al que justifica dá la gloria, resulta que aceptar la invitacion, es resolver hacerse justo.

El hombre que habiendo tenido la dicha de nacer de padres ya cristianos está ya dentro de la Iglesia, es que sin saberlo él fué incluido en la invitacion como formando el grupo de familia al ser invitado su cabeza ó sus primeros ascendientes. El gran favor lo han recibido; pero el cristiano en pecado...

Lectores: el cristiano en pecado, salva su fé si la conserva, se encuentra en idéntico caso que el gentil ó que el judío; y para llegar del estado de enemistad de Dios al de amistad, su alma tiene que pasar por los mismos grados que ellos de evolucion hácia Dios. Oid; «el tránsito del estado en que el hombre nace hijo del primer Adan (es enemigo de Dios), al estado de gracia y adopcion de los hijos de Dios por el segundo Adan Jesucristo Salvador» esa es la justificacion.

La santidad del bautismo, ó la justificacion que sacamos del sacramento penitencia, el pecado mortal la arranca de nuestra alma, y siendo ese pecado *voluntad* contra el mandato de Dios, ¿creeis que sin voluntad hemos de ser justificados? Queriendo la perdimos, y sin querer... ¿es qué se impone la amistad?

No esperais suponemos para vosotros la conversion de Saulo: en el órden de la gracia su conversion fué un milagro; ¿esperarémos un milagro cada uno? Y por si imaginais que esos milagros los prodiga Dios, os advertimos que ese es, en su género, el único. Él volvió á Dios su alma sin querer, sin disposicion alguna; pero cuán sobradamente compensó su inflamado corazon la falta de voluntad! Nó, ni lo que Dios hizo con Pablo, ni lo que Pablo hizo con Dios podemos nosotros esperarlo sin irrisoria presuncion.

El exordio de la justificacion del hombre adulto consiste en la vocacion. Llámanos el Salvador con el maravilloso lenguage de

una gracia que, llevando cierta claridad al alma oscura, y haciendo sentir peculiar, dulce atractivo al corazon insensible y muerto á lo divino, se anticipa á toda disposicion de parte nuestra denominándose por esto, llamamiento, *vocacion*.

El hombre al sentir esa dulce voz oculta que le llama, contesta diciendo voy? Acepta la vocacion: si mostrándose sordo dice nó, su vocacion la rechaza. Rechazarla, está en tu mano; pero sin ella no se moverá su corazon, ni pensar en justificarse hará el hombre por sí sólo, sin ese soplo divino.

Si la acepta, si asiente á ella y coopera, desde ese momento se *dispone*. Dios lo hizo todo; el hombre comienza aquí. Y fieles ya, cristianos, sino sentimos además *temor*, y *esperanza* de perdon, y ese consiguiente *asomo* de amor al Salvador, y *disgusto* hácia el pecado y cierto *deseo* de hacer su voluntad que es su precepto; como que á quien llama no es con el intento de pararse en vocacion, si es que para traerle á su amistad, es que en lugar de *asentir*, contestando así á esa voz que interiormente nos llama, hacemos uso del único bien que tenemos al tiempo de ser llamados; uso hacemos, sí, del don de decirle, no aceptamos, queremos perdernos, la justificacion la *rechazamos*.

Y en este caso ya, el porte del pecador á la inspiracion de oculta gracia, el mismo es que el del *judío* con Jesús que se presenta y llama. «No queremos que reine sobre nosotros.» ¡Ah! no es bastante grande para tí ese Rey, pueblo infeliz, porque no eres bastante santo para Él.

Así nosotros, el nombre sí y hasta la vocacion, si allí se hiciera alto aceptaríamos sin duda; pero tocar el corazon! No son esas nuestras miras nó.

En primer lugar, lectores, quién se reconoce á sí mismo pecador? Ah!, un alma enamorada de su Redentor pensará que le disgusta en todo, que infringe su santa ley á cada paso; el santo sí, el hombre mundano no quebranta la ley de Dios jamás. Sin conocerse pecador, ¿qué temor asaltará su corazon de piedra? Sin temor á la justicia eterna, ¿de dónde meditar él en la clemencia di-

vina? Sin revolvér en su alma la idea de la clemencia, ¿de dónde el fundamento de esperanza que le detenga de caer, suspendido como está, sobre la boca del abismo que presiente? Y si esperanza no tiene en que ha de serle Dios propicio, por mediacion del Salvador, ¿de dónde nacerá en él esa aurora de amor hácia Jesús como á fuente de su justificacion? Restábale aún revolverse contra su obra de pecado y detestarla...; pero detestar, dolerse de accion fea, ¿cómo si jamás él se manchó? ¿Y cómo cambiar de vida, si ni la anterior fué mala ni piensa en otra mejor?

No hay que engañarse: todo es dogma, estos son *todos* y *solos* los trámites internos, porque tiene que pasar el alma, sabiéndolo ó sin saberlo, para quedar justificado un hombre, para quedar renovado el corazon ¿Conqué en vuestra conciencia no hay pecado? Pero aun el que conservando menos estragado el corazon, menos lleno de mundanal orgullo, se reconoce á si mismo pecador, ¿pensais que su reconciliacion con Jesus la hace consistir en lo que la justificacion consiste? Es un error. Renovacion interior! confesion del corazon! Ah! todo es esterno. Qué lástima! qué contradiccion!

No conservais alguna fé para creer que es de Dios la ley de Dios?; que es á la vez ley natural?, esa ley que llevais esculpida, encarnada en vuestras mismas entrañas?, que aun sin memoria, el corazon os presenta siempre vivos sus preceptos, y de su trasngreso remuerde, guste ó no guste al transgresor? Y cristiano ya desde la infancia, negarás que desde entonces tienes deslindados y aprendidos tus deberes como tal, y conservados tambien? En todos los periodos de tu vida viste, sí, que pasa por general su cumplimiento, y junto todo resulta, apesar tuyo, que cuando faltas á ellos no dejas nó de reputarte pecador.

Pero pensais que, aun pecador reconocido, tiene el cristiano el intento de entregarse á la vocacion del Salvador? Que nó mil veces, que nó. Oh! Llama el Redentor á renovar el corazon, llama á arrancar los idolos infames que tengan allí su altar, llama á romper con la pasion dominante, llama á renunciar para siempre

esa ocasion que la enciende y la retiene hasta estrellarse en la tragedia de la muerte; si el corazon os reservais, lo escondeis, se lo robais; si se lo presentais lleno de lo que á Dios le irrita, al mismo tiempo que hincais en su presencia la rodilla ¿es eso adorar al Salvador? Y callará su ministro lo que su amor, gran Dios, pone en su lengua! El judío estuvo en casa, no fué al portal de Belen, no adoró ¿qué decis de ese judío? Soltad la piedra de la mano, no la arrogeis contra el judio.

Señor, si en el Pretorio un hombre desalmado y ciego, cuando esteis para salir al suplicio dobla finjido en tu presencia la rodilla, él sabrá arrostrar la execracion general y de los siglos que atraerá sobre su frente; nosotros nos engreimos en deprimir al infeliz judio, rindiendo homenage á ese Dios en cuya presencia cometemos la bajeza de patente traicion sin que los hombres lo sepan.

De intento hemos dicho bajeza y no ludibrio ni escarnio: en ese estremo de degradacion no suponemos á nadie; es imposible, sois cristianos; pero bajeza lo es, el ser cristiano la aumenta. ¡Pues no es bajeza, Señor, decirte con la lengua te adorámos, postrarnos á vuestros pies, ser Magos en la lengua y la rodilla y en corazon peor aún que judios! Desgraciada la situacion de ese cristiano! Sentirá la invitacion, á justificacion no llegará; será un fiel falso de Jesus, no será un fiel de corazon: un convidado que aceptó por etiqueta, no un adicto nó, que espere y ceda y agradezca su soberana inspiracion.

Pero y se tendrá por pecador? Pecador se llamará: hará más; en el tribunal de penitencia le vereis; ¿Pues no ha de hacer lo que vé que todos hacen? Oh! la sima donde su alma se hunde y se condena está en el tristísimo error de que la justificacion es una cosa *esterna* puramente; y qué mucho que la penitencia donde la justificacion se adquiere, porque allí está *vinculada*, sea una imponente ceremonia y nada más? Ser justo, no lo olvideis en vuestra vida, ser justo es haber pasado de enemigo de Dios á ser su amigo en las entrañas, por gracia del Redentor que hace sentir allí en su seno su renovadora accion.

El perdon de Dios no es el perdon de los hombres: por rasgo de nobleza natural, ó por la sublime del amor al Salvador, concedido ese perdon, puede bien el perdonado en alma miserable, midiendo por su rastrero vuelo el vuelo levantado de quien olvidó la ofensa, puede sí conservar su corazon en ese mezquino encogimiento de quien se siente ofensor y no *sabe sentirse perdonado*, ni amar, aunque lo finja, á quien de veras perdonó.

Y si á un hombre de mirada penetrante jamás logró engañarle el más sagaz, hasta el punto de que si le entrega su amistad sea en cambio de la que vé fingida, decid, aunque así sólo perdonase Dios al hombre, ¿engañaria el hombre á Dios? Pero la diferencia aún no está en eso. La amistad más franca, más verdadera, más íntima, siendo amistad natural, nunca pasa de un movimiento de la voluntad que en nada cambia el estado de esa alma que se abre y ama.

La amistad de Dios es imposible sin que la gracia del Espíritu Santo haya penetrado el alma; esa aura invisible que orea al alma como la brisa á la marchitada flor, es el casto abrazo de amor con que se le presenta Dios, y el alma entónces, por un cambio íntimo que esperimenta sin saber cómo se obró, le ama, y, que lo sienta ó sin sentirlo, cónstale y es de fé que se encuentra en su amistad, en su amor.

El amor de Dios lleva el amor al alma amada; así, Dios no puede amar sin que sea amado de quien ama, ¿y cómo si al mismo tiempo dá el amor? El Espíritu Santo baña el alma, la baña en contacto real, ¿no baña el sol la nubecilla y la penetra y hermosea? Si las hebras de impalpable luz están en físico contacto con la nube que transpasan, ¿por qué la virtud de Dios no ha de estarlo con el alma que clarea? Bañada, sí, penetrada el alma de la luz y del calor que el Espíritu Santo le difunde, se ha desprendido, en su voluntad ya ennoblecida, de cuanto indigno y feo no podia estar con ese amor. Es la esponja que arrastrando por la tierra ó por el lodo, en onda cristalina que la *alcanza*, descargada de los granos de la arena, y limpia, la *penetra*, la *levanta* y la vá llevando en su corriente apacible.

Y en ese estado ya el alma, íntimamente unida y empapada en ese don divino y sobrenatural, amable y grata á Dios, Dios la ama y ella á Dios. Y entónces es ya *capaz de obras que merecen vida eterna*, y entónces *está en derecho actual á ella; legítimo heredero es de la bienaventuranza sí;* y despidiéndose de este destierro en ese estado, Dios lo ha dicho, *entrará en la posesion del Cielo*.

El hombre en ese estado *y solo en ese* es hombre justo: en todo y *solo eso* pende la amistad de Dios. Y, á esa amistad, lector del alma!, á ese estado interior, cristianos de estos tiempos de apariencias! ¡no es bien triste que lo tengamos que decir! á ese estado son muy contados los que llegan, porque rarísimos son los que á él aspiran.

¡Si para los más de los cristianos es solo esterna, más bien humana la fé! Y una fé que apenas en el premio del otro lado del sepulcro, ni en el castigo eterno cree, siendo verdades que ni á la *razon sola* se ocultan, teniendo que romper con todo lo mundano, ídolo de sus entrañas que les tiene oscurecida así su fé y embotada su razon, ¿será fundado creer que aspiran á esa amistad, á esa union íntima de sus entrañas con Dios?

Pero ¡oh! colmo de dolor! No consiste aún el quebranto en que no se justifiquen, lo desgarrador está en que crean estar justificados. Nó, mil veces nó. Decid, para obrar en las entrañas, bastará adoptar esteriormente un medio que Jesús instituyó fundado en actos internos del alma y del corazon?

Como vuestra fé no es fé, vuestra confesion no es confesion; ese tribunal, lector, es, en lo más capital, opuesto diametralmente al foro esterno legal. Allí acusarse es defenderse, el que tan francamente como sabe declara sus horrores de conciencia sentido contra sí mismo, ese queda en libertad! Y esa sinceridad precisamente conque el hombre se revuelve contra sí, como si su alma fueran dos, acusando la una con el interés de cosa propia para que la otra no perezca, recriminándose á sí mismo hasta dejarse á sí propio constituido en reo confundido de vergüenza allí á los piés del Salvador que no se vé pero está... dejándole enternecido; le

excita su compasion, su amor, y se lo infunde á él en sus entrañas dejándole así á su vez justificado.

Ah! nó! nó! esa sinceridad, ese interés no se verá en su confesion, ni por tanto, alcanzará su amistad. Su confesion es ya un rito, una *infrecuente ceremonia;* se conserva lo esterior; lo interno, lo íntimo, lo que siendo su esencia no se vé, y es precisamente lo que renueva el corazon, eso para los más no existe.

Lo pronunciamos con el corazon partido, son incalculablemente menos de lo que se piensa de ordinario, las confesiones que dejan justificado al penitente, porque penitente no lo es. Y hay que temer mucho que solo la confesion en la hora de la muerte es la que el *católico* tiene intencion de hacer con sinceridad, ¡Gran Dios! Y la vida entera de cristiano en obstinado divorcio con quien le crió y le redimió! Con menos que esa vil obstinacion bastaba para que Dios desprecie esa intencion y no permita que se cumpla. Ah! ¡Conque piensas dejarle á Dios en legado el minuto de amistad que precederá á tu muerte! Dios te *devuelve* desde ahora ese *legado.*

El paso mas afectuoso, el acto más real, más intimo que entre el cristiano y su Dios puede tener lugar en esta vida, y donde la la Religion entera se refunde, es la verdadera confesion, paso esclusivo para quedar justificado; y siendo, como para tantos es, ceremonial solamente ¿cómo no ser para ellos *hueco* armazon y carcomido la *religion* entera?

Ah! Cristianos! Cristianos! Nosotros diremos al Mahometano, al Indio salvage si viniera, allá en Belen nació, en este templo le tenemos, en el Tabernáculo está vivo, pero nosotros nó, nó le queremos: á la vocacion vinimos, eso de justificacion no lo entendemos: hasta la Iglesia llegamos, prácticas esternas sí; pero inquietar el interior!

Habia de quitarle á un corazon su lucro que, aunque le costára morir réprobo, es su Dios en esta vida: su vanidad que siendo la *nada* con un nombre, es su alimento y su dicha: su amor á una muger con quien vive feliz hoy, aunque descienda con ella á los infiernos! su soberbia que, tajando con la espada de la ira cuan-

tas reputaciones ó estorbos alcance debajo de su cortante filo, le levanta á la condicion de gran figura, aunque sus víctimas sean el proceso abierto en el dia tremendo del juicio! «Nó, si esas satisfacciones he de posponer yo á la amistad del Salvador, el Salvador dipensará, yo renuncio á ser su amigo.» Que hables así nos alegra, eso es hablar la verdad. Concedednos una gracia; no os confeseis ya jamás.

Y recriminamos al judío!; el judío, en el adorado de Belen no vió un rey á su gusto y no adoró: el judío, ántes de posponer su pasion de orgullo que acariciaba la idea de un rey potente y fastuoso para él y para ellos, con ménos culpa que nosotros, ménos cobarde y ménos pérfido supo decir «no es nuestro rey.» Pasion y error vemos en ellos, en nosotros existe *sola* la pasion: hemos aprendido la farsa de adorarle, de apellidarnos con énfasis sus fieles, de tributarle en el templo esterno culto con la lengua y las rodillas como el mejor esclavo delante de su amo, eso sabemos; pero guardar para en ausencia, para tu *ausencia*... ¡gran Dios!, toda la liviandad, los devaneos, intrigas, sórdidos manejos, inveterados rencores, las más agudas envidias, taimada venganza cruel, las urdidumbres más satánicamente tramadas, las calumnias con antifaz más bien dispuesto, en fin, lo más lascivo y más soberbio que el corazon del gentil pudo encerrar, pero con todo el refinamiento y el bruñido que una cultura *cristiana* sin *corazon* tiene esmaltado con arte, prostituyéndose al oficio de *dorar* sobre el pecado, eso es ¡eso! lo que en el corazon nos reservamos.

Ni oficial, ni aún particular públicamente nó; hasta los frontispicios son cristianos; el ambiente embalsamado por el aliento del divino Salvador no se ha alterado todavía por completo, y la conciencia pública reprobaria lo que aplaudaria la gentil, eso salvo, gentil es nuestro interior. Sobre nosotros, dentro de nosotros, no reina el Salvador, y que reine no queremos.

Ni quereis ni es necesaria la amistad, la union con Dios: ¿qué precepto cristiano cumplireis si pueden ser todos infringidos en retiro, y se quebrantan? Eso sí á misa ireis; réstanos otra gracia

que pediros: no vayais jamás á misa. Si jamás os confesais y jamás volveis á misa, dejando por muchos años esa farsa dentro de la cual vuestro cristianismo vive oculto, en premio de haber rompido con un temor de lo humano, de haber sabido arrancar ese antifaz de vuestro rostro, con vuestra mano y en *presencia* de una sociedad cristiana, creemos firmemente que un dia, heridos de intrínseco dolor, arrojados á sus piés de corazon, quedareis justificados, sus amigos.

Dios á quien peca y se lo dice contrito, le ama más; pero á quien del mismo medio de volver al abrazo de su amor hace el tráfico vil de aparentar lo que no es, lo que ha resuelto no ser, no lo tolera. Si el cielo se consiguiera de otro modo que por esa amistad íntima con Dios ¡con qué placer no os mostraríamos el nuevo medio! Decimos mal, muy mal; placer más grande cabe acaso, más grande que decir á los mortales «se llega al cielo marchando de la mano con el Salvador que nos conduce?» Oh! qué feliz mueve sus pasos en romería el niño que en esa misma actitud con su padre torna á casa!

¡Qué avidez, qué indignidades para llegar á la amistad de un hombre de corazon ignoble acaso; de una mujer acaso infame! Y se rehusa y desprecia la intimidad con todo un Dios!! ¿Es un fantasma el Redentor? A fuerza nada; insistimos en que suspendais hipócritas demostraciones, no retrocedemos ni un compás. Hablamos con vuestra alma, cara á cara; es el intento esclusivo presentarnos á llamar en vuestra conciencia, á descorrer sus velos, á registrar sus secretos, sin temer á nadie, á nada; libres, independientes, decididos, con un valor que á Dios debemos, que hará temblar... no temais ¿os hemos faltado nunca? Oh! el ministro de Jesús no falta á nadie jamás; con las entrañas empapadas en su amor, ¿qué podeis temer de ese ministro? Tema el pecado, tema la ocasion, el ídolo, la ingratitud, la hipocresía, la perfidia; el vicio y el pecado teman, tiemblen, mueran; pero el pecador respire con espansion, suelte de su voluntad la mala presa, abrace en su pecho á Dios, y con verdad y sin *mentira unido*, marche tranquilo hácia el Cielo.

CAPÍTULO II.

El cristianismo es el último grado de intimidad del hombre con su Dios en el prodigio de la Eucaristía.

Quién hubiera vivido cuando pasó por el mundo el Salvador! quién hubiera podido salir á su encuentro en las calles de Jerusalen, en un camino, tomar con la mano y aplicar á los lábios la orla de su túnica! Murió, levantóse en verdad de su sepulcro, cierto número de dias se detuvo, dejándose ver para consuelo algunas veces: pero se restituyó á los Cielos, y, á lo menos en el mundo, nosotros no disfrutarémos ya la dicha de su presencia.

Esto que el cristiano, aun piadoso, dice, en cuanto espresion de sentimiento afectuoso al Salvador, puede ser hasta plausible en lugar de merecer censura; pero una sensacion profunda de tristeza se apodera del corazon al meditar, cuan poco penetrado, cuan ageno y hasta desapercibido se revela el cristiano de todo lo qué encierra en sí el velo de la Eucaristía.

¡Que no pudimos ver al Salvador cuando estuvo entre los hombres! Y no sabeis que desde entonces no ha dejado ni dejará yá de estar, y estar corporalmente con nosotros?

Habitó sí con los hombres; solo vieron de Él paz y nobleza; para pagarle agradecidos, iban á crucificarle. Jerusalen se encuentra en disimulada conmocion; tiempo há que se medita y maquina

contra el dulce Salvador; su muerte está concertada; en elevadas regiones, clandestinamente por supuesto, se encuentra todo preparado. Jesús lo sabe, ¡no lo ha de saber Jesus!; la ingratitud no le resfria ni la perfidia revoca las resoluciones de su amor; que el grande incendio no lo apaga, lo enciende más el huracan de la tormenta que lo azota.

Tiene resuelto en sus entrañas de Dios habitar, de ingeniosa manera, entre los hombres por siempre y para todos, y lo hará. Dentro de pocas horas vá á morir en una cruz, el precio de su sangre lo regala á todos, á los mismos que le abofeteen en el átrio, y le escarnezcan en la agonía del suplicio, lo hará con igual cariño.

Para su amor eso no basta. Mientras que existan habitantes en la Tierra quiere Jesús estar con todos; consigo mismo vá á pactar obligacion solemne; la obligacion no está hecha, un pensamiento le asalta de improviso y un momento la suspende.

Tiende una mirada á lo futuro, y como en el fondo cristalino del estanque se dibujan las estrellas de diferentes distancias, así todos los siglos condensados le presentan á su mente como en vasto espejo las escenas vivas de atropello, de irrision, de profanacion sacrílega que los frenéticos mortales, descaminados de su ley, presentarán en todos tiempos contra su divinidad oculta bajo el velo de la Hostia, porque las vé ya dibujadas y patentes, del mismo modo que las que vá á sufrir dentro de un dia bajo el velo más tupido de la humanidad ó de la carne.

¡Qué futuro! allí en la mesa donde se ha inclinado para obrar ese prodigio de amor, digno solo de las entrañas de un Dios, allí mismo tiene ya el primer verdugo de su nueva vida que le atormenta osado, profanándole sacrílego.

«Padre mio! cuando en la cruz muera mañana, se habrá concluido mi ludibrio; pero si siempre, siempre quedo entre los hombres cual intento, sufrido y entregado á sus insultos y osadias ¿qué direis? Tanto amor no conocido, tanta familiaridad y con ingratos y aun soeces ¡qué será, Señor, de vuestro hijo! Los mismos fieles amantes que en cada siglo me adoren de corazon, y los Ángeles

de los hombres desalmados ¡qué juicio formarán cuando me vean en el desprecio de unos, de otros escarnecido, arrebatado en rapaz mano, por la vil suma de plata de la urna en que moraba, y la majestad divina arrojada por los piés!

Sobre todo, cuando en vez de ser recibido en el pecho del hombre, digno al parecer del mundo, me vea en el pecho que me odia! encerrado donde Satanás habita; repetido mil veces el sacrílego, insufrible abrazo con que voy esta noche á ser vendido, qué podré decir yo mismo de este amor casi imprudente! No dirán que no lo sé; lo tengo todo á la vista, ni me detiene, ni me doy por ofendido; morir yo solo por todos, he de hacerlo; puedo más, mi amor me arrastra á cuanto puedo, solamente cuando no tenga mas que dar, ni hacer, me daré por satisfecho.

Apóstoles queridos!: ¿veis este poco de pan? aprended esta palabra que lo que *espresa* lo *causa*: oid: *este es mi cuerpo*, quiero... que me comais. Tambien tú discípulo de mis entrañas tambien, toma,..» ¿y no te dá un vuelco el corazon? ¿Ni así me amas? ¿No soy yo el vendido y no me acuerdo? Cuanto tengo, cuanto soy «toma»; Y no se derrite un corazon!

Mirad: en todos los ángulos del Orbe, en todos los dias que preceda al sol la aurora, cuantas veces hagais lo que acabeis de ver, allí me tendreis cual soy. En manera superior á la razon, porque os conviene, pero tan *real* como mi palabra os lo asegura, mi cuerpo con su sangre, mi alma con la divinidad, vuestro Maestro en persona descenderá á vuestras manos, se hospedará en vuestro pecho.

§. I.

Hoy que la sociedad cristiana se emancipa de su Redentor; hoy que ser cristiano ó redimido es un distintivo social, un nombre para la estadística de las naciones, y no más, debe saber, si lo ha

ignorado el cristiano, hasta qué punto de intimidad se encuentra unido por ese título á su Salvador, para que comprenda así la trascendencia de su emancipacion. La religion cristiana no es otra cosa que una intima union del corazon del redimido con el corazon del Redentor.

Por un momento ni sois justos ni cristianos: una cosa teneis dentro de vosotros tan íntimamente unida á vuestra condicion, que ni sabeis decir si está en el alma que piensa, y que pensando os la presenta, ó es que está de tal manera amalgamada entre las fibras del mismo corazon que, aun sin pensar, y aun sin quererla ver, eso no obstante la estais viendo, ó, más exacto y espresivo, la *sentís*.

Esa sensacion gratísima que en vuestro pecho se espande al depositar una moneda en la descarnada mano del anciano en triste asilo, ¿os toma á vosotros parecer para dejarse sentir? Y si vuestros ojos ven un brazo asesino, hundiendo en el pecho del indefenso un puñal, el pavor que os sobrecoge, está en vuestra voluntad sustituirlo con la risa? No está en vuestra mano nó: eso es una voluntad santa y eterna que os hace querer lo que ella quiere, y repugnar lo que repugna; es que en vosotros ya está Dios por propia condicion estampada en vuestra frente, y no como la inicial del autor en la fachada de su obra, si nó, salva la creacion, como la sangre que corre por las venas del padre, en la del hijo. Así su voluntad eterna, justa y santa que es el carácter, la índole de Dios, está *dentro* de vosotros, forma vuestra voluntad, esa voluntad que la razon preside, que constituye vuestra inalterable condicion. Meditad, mortales, meditad cuán íntimamente unido está Dios dentro de vuestra alma y corazon, sólo con llamaros *hombres*.

Y esto que el sentido íntimo os persuade á cada uno hoy, y el sentido comun persuade á todos, no creais que lo desmienten las generaciones que han pasado. De muy antiguo se ha desviado el hombre, al aplicar determinadas deduciones de esa voluntad *participada* del querer justo de Dios; pero en las verdades que por

brotar de ese querer eterno muy de cerca, llámanse principios ó raiz de la moral, en eso no se desvió jamás. Porque erró y errára siempre, y aun eso ya no sin culpa, Dios explicó esa voluntad de palabra y por escrito; y á su nombre, el sacerdocio antiguo ya, como de la nueva ley el nuevo, conserva, intima y allana la aplicacion. Pero el principio siempre el mismo; solo el dia en que veais que los hombres unánimemente todos, llaman á lo malo bueno, podreis decir que la condicion del hombre no es la condicion participada de la índole de Dios.

Tener grabada en el pecho la voluntad del Criador, estar unidos es, sin duda alguna, con él. Palabras suyas escritas que fijan su aplicacion, que enseña un ministro responsable en su conciencia, que el mismo Dios crea, y envia con ese objeto, todo esto, no direis que no es un lazo más de esa union. Pero todo eso tiene por fin directo y esclusivo nuestra justificacion; y la justificacion del hombre, hed ahí un nuevo paso de intimidad, un nuevo grado de union.

§. II.

Ser justo el hombre, es haberle perdonado Dios: perdonar, en Dios, no consiste en desistir de hacer justicia á la ofensa, como á lo más hace el hombre, quedando sin cambiar el interior del que ofendió, aunque en el ofendido que perdona *cambie*, por raro rasgo de nobleza, nó. Ni consiste en que Dios no quiera ver las ofensas, las olvide; pero dejando el interior del perdonado en igual antipatía que al ofender á su Dios, sin renovarse el corazon: ya hubo ya quien lo enseñara así; ya hay ya quien lo dogmatiza todavía, para emancipar del Redentor al redimido, desatando el lazo que para su honra y su dicha le une más íntimamente con su Dios.

En Dios, perdonar al hombre, no lo olvideis jamás lectores, es convertirle en un amigo cordial; y ser amigo es hallarse en su

gracia, es estar el alma, bañada nó, empapada en ese rocío divino que la naturaleza no produce, llamándose así sobrenatural, celestial favor ó gracia.

No es una afeccion del alma como el amor natural que ama á distancia; es el *contacto* del alma con su Dios; la gracia la une á ese gran centro como la gota de oro engarza la chispa ó diamante en la estension de la gran joya reverberante mas que el sol, dónde, en singular, todas son nada, donde cada una, sin embargo, forma su parte preciada de un todo deslumbrador.

Ved si la justificacion del hombre es en verdad union con Dios: los justos que hay en el cielo lo fueron por esta union.

Y venir Dios en persona á visitar al hombre en su destierro, y en la forma que lo hizo ¿no es union?

Sabe el hombre su llegada, se adelanta, y la primera vez que se presenta encuentra á Dios, vestido de su mismo trage. Los mismos lienzos con que los Pastores y los Magos han dejado á sus hijos en la cuna, ménos delicados solamente, ven que los adopta y honra Dios recien nacido. Pero union por trage solo? Ah! Vestir lo que el hombre viste, es que la condicion del hombre es la condicion de Dios. Ningun buril, Ser eterno y Sumo, ningun buril ni cincel podia hacer vuestro busto, ese busto que adorna ya los altares, que forma el alma del templo, y es la honra del mortal y al mismo tiempo el consuelo.

Poder decir en alta voz que el alma humana ha sido y és alma de Dios! que esta misma carne ha sido y es hoy, resucitada, carne del divino Salvador! puede haber union más íntima ni tampoco más honrosa? Oh! si lo tuviéramos presente así, qué santo respeto nos tendríamos á nosotros mismos! alma como la de Dios, detente, no te empañes ni pensando en lo que fué indigno de aquella, y en lo que aquella no pensó: manos de condicion de Dios, ¡cuánto mas sois de lo que imaginaba yó! trabajad para el sustento, obrad el bien como en Jesús; manos mias, manos cristianas yo os respeto. Entera mi condicion, en todos sus elementos me presenta unido con el Hombre-Dios; tanto es verdad que *union* con Dios es todo el

fuerte de la cristiana religion. Réstaos sin embargo el mejor lazo, esto nos advierte todavía su divino Fundador.

Tres años, diria el mundo futuro, conocieron los hombres á Jesús; tres le trataron y no más, y solo en aquel rincon de Palestina avaro de las escenas con el cielo. Yo quise dar el ser á todos, por todos he visitado las márgenes del Jordan, mi amor no queda satisfecho, sí, por lo que de mí pende, un solo hombre existiera para quien hubiese dejado de mostrarme y ser el mismo. Con todos estaré yo. No hay pais en el globo, ni generacion llevada en ese manso curso de los siglos, que no pueda decir al engolfarse absorbida en el mar de eternidad «dejo á mis hijos, á mis padres, á las prendas mas queridas de mi alma, no en inclemente destierro, si no en compañia, en torno de Dios en persona, ni más ni ménos que en derredor de sus padres viven felices los niños.»

Tener vivo y en persona al Salvador! Habeis pensado bien lo que teneis? Presentarse el hombre ante Dios vivo y tantas veces como quiere ¿cuándo lo consiguió Moyses? Poder arrimarnos á las gradas de su modesto pero imponente trono, lo mismo y tan de cerca que los ángeles se le llegan en el Cielo! Presentarle cada uno, el pastorcillo como el rey, las cuitas del corazon y los quebrantos que le aquejan, ¡qué honra, lector qué honra! Lo habeis meditado bien? fraternidad tan *intima* ¿no os parece como que raya casi en demasia? Pues Jesus aspira á estrecharnos aun en más union.

§. III.

Dió á su cuerpo sacrosanto aptitud tal, modificacion tan asombrosa obró, dispuso sus propiedades de tal modo, que, pasando la sustancia pan, por el valor de un *fiat*, á ser su cuerpo así dispuesto, á la vez quedó su cuerpo apta materia para presentarlo al hombre por manjar... pero manjar del cielo ¡qué manjar! En el mismo pecho sí; no solamente ya para que en su presencia caiga el

hombre de rodillas; para servirle de gratísimo alimento identificándose con su cuerpo y con su alma á la vez, queda Dios entre nosotros: «tomad y comed, este es mi cuerpo.»

Pero es posible! Siendo así, no solo union, verdaderamente identificacion sería; pero que, oculta bajo el blanco, ténue velo que no desaparece de la Hostia consagrada, exista allí la persona del Savador del mundo, eso el hombre no lo acepta, porque lo llama imposible.

Perdonad, gran Dios, la audacia; ¡cómo el mendigo os toma residencia, aun para *aceptar* los dones que le alargas con tu mano! No intentamos vindicarlo nó, sería empresa desabrida: cuando Dios habla, al hombre toca solo inclinar su frente, y, de profundo respeto, quedar *mudo*.

Autor de tantos secretos para la vida comun, y en bien solamente de nuestra parte ménos digna; en la ocasion más solemne en que ese autor se constituyó jamás ¿direis que no está en su mano ese último prodigio que su amor *á tí*, á tí mismo que lo niegas, le hizo concebir y ejecutar? ¿Quién *enseñó* á la rama, de materia acerba, á presentarte dulce fruto? ¿Quién á la abeja á elaborar y para tí, de amargo jugo de flor silvestre, el almívar del panal? ¿Quién al más estúpido gusano, á convertir el follage de un arbusto en las hebras que forman la púrpura de los Monarcas? Y al Génio que les descubrió el invento, y lo hizo ejecutar con tan pasmosa maestría, aunque nosotros no sepamos ni *admirarlo* á ese Génio le declarais incapaz. ¡Hombre sin corazon y sin talento! De un *amor omnipotente*, no hables nunca de imposibles!

Cómo un poco de pan se convierte en el cuerpo de Jesús no os lo dirémos, lo ignoramos, y, gran Dios! nos alegramos de ignorarlo; ¿pero por eso, decir que es imposible? ¿Sabeis cómo el leño del bosque, que en el risco encontrareis petrificado, sabeis cómo se hizo piedra?; el modo lo ignoramos, la petrificacion tenemos que admitirla: sabemos que la sustancia leño se hizo piedra, y si de eso estamos seguros, sin que nos lo afirme Dios, cuando al tomar un poco de pan en sus divinas manos nos dice «esto es mi

cuerpo» dudareis? Sino os detiene que renegais del Salvador, diciéndole claro que *miente*, detengaos que os atraeis la irrision del mundo entero cristiano, y aún de todo hombre formal.

Nosotros, Señor, convocaremos todos los sentidos y todas las potencias para que vengan á adoraros en nuestras manos y en el pecho, por lo mismo que comprender no sabemos el modo conque estais allí.

La transustanciacion en fin, esplicarla en buena ciencia como fenómeno de la naturaleza nadie puede, y en ese *veto* está el misterio; pero se demuestra sí, y esto cierra la puerta á todo efugio, que contradiccion no envuelve; entónces en lugar de *misterio* se llamaria *quimera* y eso sí que el mismo Dios no lo puede. Y como nadie hasta hoy ha demostrado que la presencia real de Jesús en la Eucaristía entrañe contradiccion alguna, estando la verdad en posesion, y posesion amparada en la palabra de Dios, seria de todo punto improcedente, por no decir injurioso á su santa causa, detenerse á demostrar que no existe esa tal contradiccion, que al adversario toca, en caso, demostrar y que jamás demostró.

Venid almas justas, venid á patentizar que es Dios ese Dios que la fé dice que quiere unirse al mortal en su mismo pecho en alimento. Vosotros niños sencillos que hablais sin meditar, venid que vais á hablar por nosotros. Cándida infancia que vestida de blanco hasta en el cuerpo te llegaste por primera vez á recibir en tu inocente seno á tu Redentor transfigurado, dí lo que esperimentó tu alma dí. Pero ¡ah! que ni tú hablarás por nosotros, y nosotros tampoco sabremos hablar por tí! Cosas son que, pues no son naturales, dificilmente se encuentra la manera de espresarlas; pero se sienten, y las sienten todos, y todos unánimemente lo confiesan, y si eso no es criterio suficiente y no constituye prueba, nada hay probado en el mundo.

Decid á lo ménos inocentes criaturas; al acercaros á esa mesa que los ángeles rodean, é invisiblemente velan con sus alas puras, esa santa turbacion, esa rápida mirada penetrante conque el alma recorre, cual chispa eléctrica, todo el hilo de la vida, y sondea

recelosa el corazon en el instante que la mano del ministro deposita la hostia en su temblorosa lengua; ese sabor sin igual, esa gozosa embriaguez, esa alegría del alma que se transparenta en el semblante, aquella tranquilidad que se espande en su conciencia, ese testimonio íntimo que en situacion próspera y adversa le deja á su interior imperturbable, fiando en lo que *no vé*, pero que *siente* en el fondo de sus entrañas; el cambio de afecciones, esa repugnancia natural entónces á lo impuro, como el armiño á pisar lodo, por no manchar su blanca piel; y en afeccion repulsiva, esa lenidad de corazon *dulcificando* hasta su carácter habitualmente desabrido, ó mucho más; decid, todo eso y otras cosas, decid á vuestros hermanos si conocen acaso algun *manjar* que produzca esos efectos. Sólo Dios obra en el alma y la traspasa; sólo Dios crea un corazon limpio y puro, y tiene el don de renovar un espíritu de rectitud en las entrañas. Con esto sí que comprendemos que es *íntima* en el hombre, y no se detiene en su esterior en meras formas, la religion del Salvador.

§. IV.

La prueba mas evidente vais á oir. El último fin de la religion es, en la tierra, la virtud; el grado máximo de la virtud y de la bienaventuranza se parecen. La gloria del cielo no consiste en que el alma del mortal se presente á vivir en un estado esento solo de penalidades de este mundo, y que además, como en estancia inmensa grandiosamente decorada, se desplaye y se difunda en toda suerte de perspectivas gratísimas, nó: esa es la ingeniosa idea, pero estéril, de la desventurada antigüedad gentilica, y tambien el cielo risueño humanamente del Corán.

La bienaventuranza pende de estar bebiendo el alma en el seno del mismo Dios, y allí embriagada, y penetrada en aquel océano

de gozo como esponja que fluctúa, rebosando en dicha sin dejar que desear, sin zozobra de acabarse, sin mezcla de ningun mal, olvidado de todo, transformado el corazon, deshecho en llamas de amor, ardiendo solo en voraz deseo de que vayan los que aquí dejó á gozar de lo que él goza, (nobleza desconocida en este suelo), amando á todos con tan vehemente amor que, por lo mismo que el bien que goza le inunda de placer y de deliquio el corazon, ansía que gocen todos de su dicha, porque el ser todos felices como él aumenta su fruicion. Oh! sublime término de la virtud: el último grado de la union mas íntima con Dios, ese es, lectores, el último término del hombre, el cielo de los cristianos.

¿Dudais? no nos llamemos ya fieles. Y qué, aun hablando á descreidos hablára de otra manera? Afortunadamente fieles sois, solo esperais confirmacion, queremos satisfaceros.

La virtud en la tierra y la bienaventuranza, hay que convenir irresistiblemente en que son dos términos ó estremos que enlaza una sola cadena y de eslabones *idénticos* en *toda* su longitud.

El carácter distintivo del corazon virtuoso, esperiencia humana es, sobre ser verdad de fé, que está en la intima, habitual union con Dios, y el colmo de la virtud, en el colmo de la intimidad; y como este lazo se encuentra en su grado máximo recibiendo á Dios vivo en el pecho del mortal, la intimidad que se establece recibiéndole sin ficcion asi, tiene que ser y lo es de hecho, el colmo de la virtud.

Porque la contraseña práctica y visible de la sólida virtud, lo advertireis, está siempre en el desprendimiento del *mundo* y de *sí mismo*; á medida que un corazon vive mas estrechamente unido á Dios, le es todo mas indiferente en el teatro de la vida, y á proporcion que le es indiferente se enseñorea de si mismo ó se domina, en vez de *servirse* solo asi; porque ni el mundo ni su egoismo imperan ya en su corazon ni le disputan su dominio en él. Entónces solo una noble afeccion, el santo amor á Jesús arde vibrando con pujanza en ese pecho deszarzado y limpio de maleza, de multitud de afecciones estériles ó malas y de inveterados vicios

consumidos y abrasados á la llama misma de ese amor que se aumenta devorando lo que redujo á cenizas.

En todo estado y condicion advertireis personas que en la virtud ó santidad imperfecta de la tierra, presentan cierto bosquejo que lleva ya sus semejanzas con el bienaventurado que la creencia diseña; pero que se resiste descubrir, porque los ojos no lo ven. Personas vereis, y ¡lástima que apenas suelen ponerse á nuestra vista!, personas á quienes el mundo diríase que es cosa distinta de lo que para nosotros és.

Podrian sentir su afan por allegar bienes de fortuna; una vez poseyeron en su pecho tesoros ricos de Dios, y les pareció la tierra, tierra...; y si de hecho no lo abandonan todo por completo, que lo digan, porque, quedando en el mundo de los hombres, podria ser prudente lo contrario: la posesion natural y civil, el título legal conservarán, con el corazon no lo poseen, discordias no les vereis.

El sabor mas delicado de alimento corporal, en otros, comparado ya con la dulzura de ese manjar de los ángeles convertido en habitual, dejó de ser lo que antes era sin conocer cosa mejor.

Su ilusion la hacian antes las distinciones sociales, que al alma mas serena, como al cielo, la ofusca la nube del incienso; sintió un dia la dicha real dentro de su propio pecho, independiente de lo que los hombres dicen y hacen en su bien, que, aun sin mezcla de amargura, quedaba siempre *esterior* sin llegar á sus entrañas; y si aún la situacion en que se encuentra no depone, porque sociedad ha de existir y no han de retirarse todos, á lo menos ni le inquietará lo que le falte, rival de nadie no será, ni, aun perdido lo que tiene, le vereis atribularse. Solo perdiendo la paz, esa paz que Dios le dá, que el mundo no supo darle, le encontrareis desolado, á recelar llegareis que para él se perdió todo en esta vida; y no encontrará reposo y será todo su afan volver á buscar á Dios cuyo sabor convertia, así como lo lisongero del mundo en desabrido, el cáliz mas amargo de los males necesarios de la vida no en tolerable aún, sino en *sabroso*.

§. V.

Y ved, lectores, que los efectos de recibir á Jesús bajo la Hostia en un corazon que sin reserva se le entrega, son un remedo, íbamos á decir aun algo mas, nos abstenemos, un parecido si bien pálido y débil, pero que el alma esperimenta, de esa *fuicion* del cielo que la fé le dice en qué consiste. Y de esto ¿qué inferimos? nos decís:

Sabeis la distancia que separa la Europa ó el Asia de la América, si se os dijera, como és, que los habitantes de la América septentrional y los de entre norte y oriente del Asia, tienen en los lineamentos de su rostro ese parecido indefinible peculiar de una comarca; que sus vestidos ó traje tienen una misma hechura y sus adornos idénticos; que se tiñen la piel con el jugo de un mismo vegetal, y sus viviendas ó cabañas suspendidas en alto como en las del otro lado; idénticos en todo en esa proximidad en los estremos de ambos mundos que parece no exceder de algunas millas su distancia ¿no diriais que esos dos continentes estuvieron un tiempo unidos, formando un solo continente, y que los habitantes de ambos lados formaron *un solo pueblo*? Los detalles de semejanza que acabais de oir, pasan por argumento de valía para convenir en que así fué. Y en vista de la afinidad ó *parecido* entre el alma virtuosa y el bienaventurado que nos describe la fé, aunque habitantes de *dos riberas* separadas, tierra y cielo, tenemos que convenir en que su lazo, su vida íntima, su dicha está en la posesion, en la *misma* union con Dios.

Union es el término del hombre al otro lado del sepulcro, union con Dios; Dios y la esperiencia dicen que la virtud, por donde se llega á ese término, es union, y así recíprocamente probado lo que el vivir cristiano es desde su punto de *partida* hasta su *fin*, se patentiza que solo unjon del corazon con su Dios, constituye el *alma* de la religion del Salvador.

§. VI.

Lector: desde que tu alma es, desde que existe, ¿no lleva ya el busto impreso de su Dios que la constituye racional como el del rey constituye la moneda? Desde entonces en tu naturaleza ya está Dios. ¿No está en su gracia divina que íntimamente unida al alma la transfigura en cierto modo y la hace santa? Alma y cuerpo de nuestra misma especie tuvo y tiene Dios y tendrá siempre; y no honró así y unió tambien con la suya nuestra propia condicion? ¿Y en ese estupendo misterio en que se adapta con milagro á darse en manjar á cuerpo y alma, ¿consiente en la tierra ya mayor union? Y en ese fin último que nos espera, rodeados de luz mas clara que la del sol; y de la gracia vestidos, con la luz de gloria ver la divinidad cual es en sí, gozándola en las entrañas que con Dios están mezcladas, como la llama en la llama, ¿no es union?

Ah!, y que bien se comprende ya que sea union de corazon con Dios la verdadera virtud! El Redentor se ha colocado entre el tiempo y la eternidad: «mortales entretenidos en la senda..... vuestro destino es ir allá; vosotros sois para mí, he dicho mal, yo soy para vosotros; aquí, cuál sois vosotros, me presento yo; cristianos de todo el mundo... disfrutad ya de vuestro Dios; en ese cáliz la sangre, en esa hostia mi carne transfigurada os dejo, y en esa carne y esa sangre mi alma, mi divinidad. Esa márgen pasareis dentro de poco; rasgado de golpe un velo que no se vé, abismo de luz nueva y de gozo que os anegue y os inunde, «esto es la gloria» direis.

¿Cómo quiere pues el mundo componer su conducta emancipada con esa imprescindible union interna del alma á Dios? Cristianos sin corazon! ah! y no ignoras ya nó qué ó tu religion es nada, ó es toda del interior. Si podíamos vivir como en el *umbral* del cielo, ¿en qué consiste que no solamente no es grato si es que agobia sólo el nombre de recibir al Señor? Sabemos demasiado

el respeto que merece la persona de Jesús; sabemos lo implicado de nuestra conciencia..., no podemos; romper con todo, es tan difícil!; ponernos delante nos impone, recibirlo en el pecho nos desconcierta, nos aterra, no lo haremos.

Hombre atento os alabamos; compasion nos causais sí; pero nos llenais de gozo y queremos dirigirnos á tí, á tí precisamente á tí. ¿Qué te contiene dí, qué te contiene?; si consistiera en sacrificios esternos, seguros estamos que triufarias de todo; á tu noble corazon ¿qué detendria?; si vestido de su túnica el Salvador se presentase en tu estancia y te digera «la mitad de tus caudales me hace falta,» de donde á mí, dirias, tanta dicha y tanto honor?: tomadlos todos, Señor, que pedirme vos á mí me colma más de opulencia que si fuera mio el mundo entero; ¿tengo yo algo más que pueda daros?; ¿quereis que cuanto poseo y valgo y soy lo deje, lo abandone, lo deposite á vuestros piés? Si todo es vuestro, Señor, como yo mismo lo soy ¿qué puedo reservarme yo?: si yo lo *guardo*, y no más, ¿por qué me dejais la honra de entregarlo como dueño cuando el dueño lo sois vos?

¿Qué no dirías esto y mucho más? y el Salvador lo agradece, sépaslo, y le complaces con eso; pero rompe, *rompe* esa mala pasion que sabes, y que sabe tambien tu Salvador; esa pasion que te tiene atravesada la conciencia, aunque lo niegues infeliz! eso te pide, te ruega, te suplica, mas que de rodillas, en la cruz, y *para ti*. Si por tu bien no lo haces, si te crees mas grande renunciando, antes que no á la pasion, ocasion brillante tienes de acreditar tu grandeza; hazlo solo por el Salvador que te lo pide. ¿No rompe el buen hijo con inocente ilusion, porque su padre significó descontento? ¿cómo nó con criminal pasion, y que en persona Dios te pide?

¡Es tan sensible cortar en el corazon! No lo ignoramos, romper con la pasion, cual fuere, es siempre romper con un amor; sin compensacion, si, duro será, será cruel...; pero reemplazado en el momento por dulce y elevada sensacion ¿temeis que el corazon se rasgue de dolor? embalsamado lo hallareis; dicha que jamás

sintierais, que ni existia sabeis, esperimentarán vuestras entrañas. ¿O será Jesus el envidioso intempestivo que venga solo á acibarar vuestras delicias humanas?

Lector querido: graba en tu alma esta verdad: por implicado que te halles ¿lo estás tanto como un gentil ó un judio? ¿No eran judios y gentiles los primitivos cristianos? conciencia tenian de gentil ó de judio, cuando, oyendo de la boca de un apóstol que el mismo Jesus á quien han crucificado se encuentra vivo como en el cielo entre nosotros, con tal franqueza *entregan* su corazon y lo renuevan, que reciben á Jesús en su pecho y dignamente *cada dia*. Oh!, el mundo se afrentó de su catástrofe inicua, y cuando supo que la fuente de la vida estaba abierta, el mundo se arrojó sobre la fuente y la bebió.

Ellos rompieron con todo, creencias, errores, vicios con honda raíz, pasiones furibundas y lascivas, rompieron de vez con todo, tomáronlo con sus mano, lo arrojaron... y el corazon, en *presente*, se lo dieron. Y el regalo de sacrificarle una pasion, no lo harás tú? En eso pararán tantas ofertas? y desmentida tu nobleza! y el mundo entero ha de ver que tus promesas fueron falsas? promesas falsas y á quien? A tí Salvador vivo, á tí en persona como en los cielos estás, te ofrece el hombre con los labios y al cumplirlo se desdice: á tí te alarga la mano, y cuando vé que aceptas la retira; á ti te dice el hombre todo es tuyo; pero esto que me pides te lo niego. Lectores! asi se juega con Dios! á Dios se escarnece así! al Salvador irrision! Maestro...! honda vergüenza sentimos, congoja, de veros otra vez vendido; pero vendido y por quién? No os estrañe Jesús dulce, ningun gentil os vendió; os vendieron vuestros hijos, y ellos son que os venden hoy.

Volved Señor, volved al cielo, tu presencia está demás; vinisteis al mundo á qué? ¿á qué quedasteis? ¿estais aqui para pedirnos limosna? No dirian sino que sois el mendigo que, en frenético concurso ve un bochorno á cada paso: dejadles, Jesús, dejadles; que prefieran su pasion; marchad Señor; el Salvador os dice «adios, hijos ingratos, adios!!» He visto de vosotros cuanto se podia ver;

verme ultrajado no me importa; pero ver á mis hijos, á mis hijos en quienes hay una parte de mi ser, verlos marchar sin esperanza de indulto por la enlutada carrera del suplicio eterno; faltaba este colmo de amargura á mi pasion, y aplico resignado el último caliz á mis lábios! Hijos desahuciados id, aun valeis para proporcionarme otra alegría: referid á los habitantes del infierno que á vuestro amante Redentor lo habeis colmado... de *ultrajes*.

Siervos leales; que Dios no esté en vano entre nosotros; ¡que dulce será el destierro teniendo junto así al Rey de la patria á donde se ha de regresar! Con un Dios dulce entre todos los mortales, padre y hermano y amigo, el mundo ya no es destierro, llamadle solo frontera de la risueña eternidad. Que si el destierro has quitado, Señor, sin escusarnos la muerte, llevando á Dios en nuestro pecho en el trance de morir, ¿qué horror le queda á ese trance? Dulce Dios sacramentado *ya no hay muerte!;* porque vivo estareis en las entrañas, y no hay muerte donde hay Dios. Rasga tu luto infeliz muerte y vístete de blanco y ven, que el cadáver del cristiano, tabernáculo de ese Jesús, como á Jesús radiante sobre la losa del sepulcro, lo has de ver *glorificado*.

PARTE SEGUNDA.

La humanidad marcha á su fin protegida, aun sin saberlo. por la accion divina contra las adversidades que esperimenta en el camino, convirtiéndolas en motivos de desprenderla de la Tierra.

CAPÍTULO I.

Existe una providencia que, cuando el hombre, abusando de su libertad, trastorna el plan de Dios, de su mismo trastorno hace aparecer otro mejor.

La Divina providencia, esa voluntad oculta que todo lo encamina á un fin, en lo que ciegamente le obedece, esa sí, se vé cumplida.

Existe solo Dios, desliza de su labio una palabra que, viváz centella, rasga el caos, lo turba, lo replega... y en su estension... queda fabricado el universo.

La Tierra marcha, el Sol la alumbra, adórnanla las esferas de la bóveda celeste. ¡Qué sumision en lo grande y lo pequeño! Con un grano de la piña del árbol que destinó á la selva, presenta Dios apaciblemente y sin ser visto el frondoso bosque que embellece la inmensa vega y la colina, consiguiendo que ni las grandes vertientes se descarnen, ni el enorme peñasco se derrumbe, que, á su sombra, conserve su tapiz el suelo, que la fuente y el arroyo corran cristalinos por su cesped, que el ave solitaria encuentre asilo, y alimento el bruto montaraz, porque és de Dios.

Y si la segur del leñador que resuena imponente en hondo valle contra el tronco del cedro lo derriba, encuentra la mecánica su mágica palanca, apta materia á las molduras el hábil escultor, el arquitecto recursos con que amparar sus arranques atrevidos, y el arsenal verá con regocijo de donde formar la quilla y el árbol de la fragata y del navío.

Y aun despues, qué eslabonamiento de designios tan variados verá el Criador cumplidos! Preguntadlo á las riberas de todos los continentes que ven saltar sobre su limpia arena al militar, al traficante, al misionero. Manda Dios y queda hecho, es que todo le obedece sin poder decir «no te obedezco.»

Pero cuando manda al hombre, y, en el órden moral de la razon, y en el que está sobre ese órden, le contesta «te resisto y contrario, porque puedo» cómo, gran Dios, hacer vos lo que quereis acá en la tierra sin otros agentes que los hombres, que hacen solo lo que quieren y quieren lo que trastorna vuestros más santos designios?

Dios tiene poder para que precisamente, cuando es rebelde el hombre contra su plan, no solo no trastorne, si es que, resistiendo, haga más profunda su divina providencia. Esto hace sí, lastimando su plan, tiene que confesar él mismo, que el segundo, segundo ó nuevo á su ver, es mas completo que el primero que en su rebeldía trastornó: Y que esto tiene que confesar el mortal, és lo que nos proponemos, en su bien, dejar delante de sus ojos como *inconcusa* verdad.

Queremos vincular la teoría á un importante suceso de donde ella misma reconoce su natural fundamento.

Del abuso de la libertad del hombre en no reconocer al Redentor en el dia que escogió para su manifestacion *solemne* á toda la humanidad, sacó Dios el complemento del plan de su redencion.

La idea clara acerca de este complicado dogma, es la solucion de toda la religion práctica, y la tranquilidad del mundo en toda situacion difícil de la vida. Por eso la abarcamos así, y gran satisfaccion fuera la nuestra en poder desentrañarla con el órden y fijeza que intentamos.

El Pontífice de la Sinagoga, los setenta varones, y aun Jerusalen entera son la representacion de todo el pueblo judío. Un hombre solo, el Emperador de Roma, es, á lo humano, la personificacion de todo el pueblo gentil.

Lectores: los hombres entregados á la justicia divina merecen siempre respeto, y si la desgracia ha merecido siempre compasion, la de no ver á Dios, que es la primera, la merece mas que todas. Esto advertido diremos ya sin temor, no aún sin pena, lo que tenemos que evocar en cumplimiento de un deber con la verdad.

Cosa mas natural podia haber, ni tampoco mas debida que tener la Sinagoga esclarecido y anunciado el tiempo y el lugar del nacimiento de Dios? No eran su estudio las sagradas escrituras? Enseñar la virtud en la verdad á los Judíos ¿no era su principal y aun su esclusiva mision? Porque, el implicado culto público á cuyo frente se hallaban, aparte de ser debido, tenia por ventura otro objeto que conservar vivas por los ojos las creencias, y viva, como el fuego perpétuo que simbólicamente conservaban, la piedad del corazon? Ó dirán que el culto de la lengua Dios lo acepta estinguidas las creencias y muerta toda afeccion? Podrian, pues, anunciar verdad de una importancia mayor, ni mas deseada ni mas grata que la próxima, la actual llegada del suspirado Mesías? Y sin embargo, cuando el Redentor se encuentra ya en Belen, el sacerdocio, ageno á todo, parece sacerdocio de otro Dios. El templo de Salomon parece que no es su templo. El Pontífice lo

ignora, y el infeliz pueblo judío que tiene á algunas millas de los muros de Jerusalen á su Mesías, á su Rey que le alzará el yugo estrangero, á su Dios que, sobre todo, rasgará de su alma la nube oscura de la culpa, ese pueblo que bajo el peso de tradiciones farisáicas es ya mas infeliz que el mismo pueblo gentil; soñando siempre febril y delirante en su Libertador, encontrándose entre ellos y esperando solo ser reconocido, no lo sabe.

Tres estrangeros, tres reyes, sin importancia política sí, pero bastantes á que un niño sea aclamado Rey y Dios, bastantes á condenar con su conducta la de Jerusalen y del Imperio, se presentan en el átrio del derruido alcázar de David, preguntando donde está el Rey de los judíos que ha nacido: piensan ellos encontrarle entre frenéticas demostraciones de su pueblo, y nadie les dá razon. Pero la voz de la pregunta corre, llega á Herodes y el Rey se dirige solícito al Pontífice, esperando le cerciore de si debe ya nacer y donde nacerá el Mesías. ¡Qué enseñanza desgraciada Sinagoga, qué enseñanza recibes de Herodes tan amarga! Tarde y sin iniciativa preguntas al fin á las sagradas Escrituras si ha nacido ya el Mesías y te contestan que sí..., sábelo Herodes y se turba; ¿tú qué haces? Que Herodes se turbe no sorprende, Herodes es un rey intruso y la intrusion en presencia de la legitimidad, siempre ha sido, se *estremece*.

Pero aún entónces ¿por qué no persuadir á Herodes la inofensiva mision del Salvador? Cuántos Reyes legítimos encontró en la Tierra? y á cuántos quitó el cetro de la mano?

Pero y al pueblo, al pueblo, por qué no le aprestas al deber? Jerusalen entera, vestida de gala, con regocijo más fundado que para celebrar la libertad del Egipto, infinitamente más que para esperar á David triunfante del campo de batalla en que quedó el gigante derribado, dada la señal al eco penetrante del clarin, Jerusalen debe partir hácia Belen esparciendo en conmovedor acento de diez mil voces humanas el «Bendito seais Dios de Israel... que habeis visitado al fin tu pueblo y obrado su redencion» y despues que el inmenso pueblo llega, y retrocediendo un paso

como las ondas del mar que se retira, cae á su presencia y calla, ¿por qué no le conducen en transportes de alegría á la capital del Reino, ondeando en sus almenas blanco pendon en señal de regocijo, y esperando al fin de la carrera en bulliciosa turba la infancia toda del pueblo con sus inocentes manecitas levantadas, aclamando al Dios infante y á la Reina del candor?

Por qué no se le pone en posesion del templo que Salomon levantó, embalsamado con los aromas de la Arabia? y sepa el mundo de este modo que el mismo Dios que creó á Arón gran sacerdote y dió la vara, y en el Sinaí las tablas de la Ley y al pueblo alimentó con prodigiosa lluvia de maná, se encuentra allí, no en esos tres efectos de su divina virtud que el Arca del Testamento conservara nó, si es que en persona... que reconocida por el templo llenó al templo de su gloria, de su honor.

Y el alcázar de David oportunamente restaurado con el mármol de Siam, el cedro del Líbano, el bronce de Corinto y el oro rico de Tarso, debe ser ya la techumbre que oculte la cuna del gran Rey que será mecida por la Reina de Israel y de los Cielos. ¡Desgraciada Sinagoga! Esto esperaba hoy Dios de tí, y ¿fué esta tu conducta fué? ¡Tuviste envidia de tu mismo Dios, y no te mueres de vergüenza!

Y Herodes qué medita? Aunque la Sinagoga no le ha dicho que el rey que ha nacido de los judíos no viene á quitarle la corona, porque no arrebata reinos que perecen el que los regala eternos; ¿no dice él mismo que debe y quiere adorarle tambien él, pues encarga á los Magos que le avisen dónde le adoraron ellos? Por qué Herodes, por qué no avisas á César del acontecimiento sin igual que tú presencias? Sabeis que Roma y Jerusalen no son en el globo antípodas, ni creais que Herodes no está en contacto ni en circunstancias de podérselo avisar. ¿No sabe Herodes ir á Roma y, por intrigas con Marco Antonio, comprar el mismo trono que ocupa? Y vencedor de Antonio, Augusto en la competencia del Imperio, no sabe Herodes, doblándose hasta la bajeza, obtener que le ampare el vencedor en el trono que ántes comprara al ven-

cido? Pero bien haces Herodes, haces bien en no adorarle ni en avisárselo á César. Que el nacido es Dios lo sabes; pues, que es más que primogénito de rey no te concedemos que lo ignores: al príncipe en mantillas le hace un rey una caricia como el pastor al hijo del pastor, pero no hinca sus rodillas, ni ménos le ofrece incienso, ni le *adora* como digiste á los Magos que tú harias.

¿Qué hará César? El lamento de las madres y los niños inocentes cuya matanza ordena Herodes es tan penetrante y vivo, que ha llegado hasta el mismo Capitolio. César murmura con irrision la crueldad de Herodes, porque no ha perdonado á su mismo hijo Antipatro, por si lo trocaban por Jesús para eludir la espada. César que sabe el efecto de tan desatentada crueldad debe tambien saber la causa: sin su aviso sabe César lo que pasa. Además: el mundo por entónces esperaba un acontecimiento nunca visto, por que el anuncio anticipado del nacimiento de Dios lo habia convertido en un *presentimiento* general, y el indicio más mínimo bastaba para suponerlo realizado; ¿y mínimo indicio es una estrella? César no ignora que está en la tierra el Dios *de todos*.

Que actitud tomará César? No es el árbitro de un hemisferio? Europa, el Africa, el Asia; nada, nada vale lo que á Adriano que llevará el Imperio, en estension, hasta su término máximo le resta ya que abrazar, para no poder decir que al mundo entero lo personifica Augusto. Qué ocasion ¡cielo santo! para un hombre. Tantos reyes!., hoy uno. Guerra sin trégua en todo el orbe, hoy la paz en todo él. Tantas escuelas procedentes de Pitágoras; de Alejandría y Atenas se encuentran ya, como en su vértice, en Roma. Todos los dioses de la tierra convocados allí ocupan en el Panteon su respectivo lugar, Júpiter Capitolino los preside, todo, todo está reunido en Roma de una vez como en *esposicion universal*. El centro del mundo es Roma, el centro de Roma es César: César manda solo y manda en *paz*; que el templo de Jano está cerrado es su señal. Si César es gentil, César es *hombre:* la púrpura no es César, César es un puñado de tierra organizada con un alma que Dios le dió, que Dios le pedirá; y como con el vuelo del pensamiento,

que es el paso del alma, busca á Dios en los lances de alegría ó de dolor, sabiendo que Dios está en la tierra ¿cómo no presentarse al Criador? Parte César que eres hombre, parte que representas al mundo, hinca tu rodilla ante la cuna, tiende tu púrpura, arrima tu corona y ¡que enagenamiento ¡santo Dios! para un mortal poder presentar *solo* y *una* de vez, en comision del mundo, la adoracion y la ofrenda de cuanto el mundo contiene!

Adorado por César á nombre de la tierra, César que por imperial decreto ampara en el Panteon todos los dioses visibles de que ya en su tiempo los mas pensadores poetas hacen mofa, lo cambiára en Edicto imperial *proscribiendo* el incienso en el altar de la mentira, y declarando que él mismo acaba de adorar al Dios vivo en Palestina, ante quien se doblará la rodilla en sus dominios. Y el mismo César, de regreso á Roma, hará que caigan de sus pedestales, á presencia suya, el Dios de la embriaguez, de la lascivia ¡qué! si los hay del incesto y del mismo parricidio!: caigan sí, caigan Baco y Venus y todos, y Júpiter y Juno.

Si César sí, sé instrumento del Dios niño; santificados tus labios al contacto del tierno pié sagrado que adoraste, vive santo, muestra ejemplo, prepara la restauracion general en tus Estados; y haz que vayan sucesivamente tus guerreros, tus cónsules, tus Ediles, tus poetas que aun los tienes, aunque alguno desterrado en el Euxino, tus filósofos, tus oradores, tus vestales..., haz que vayan á adorar, á conocer, á tratar al Príncipe divino que se forma hombre en el alcazar de David: una mirada de sus ojos revolverá su corazon, los hará *santos*.

Y cuando, atento á la ley de los judíos á que se quiso sujetar, llegue el tiempo de presentarse investido de su singular mision públicamente, el Pontífice con Augusto ó con Tiberio recibirán de sus lábios un oráculo que cincelarán en bronce. «Mi Padre Eterno, dirá, está ya reconciliado con los hombres desde el momento de mi concepcion: la ley escrita en la frente del mortal, y en el Sinaí en mármol, para mayor claridad, será siempre ley eterna: lo demás caducó todo, doctrina os queda de consejo, com-

plemento de esa ley, senda de la perfeccion; la cisterna de la gracia abierta está ya en la tierra; su distribucion el sacerdocio la sabrá; dirá esto, y el sacerdote de la Sinagoga que es sin órden recibirá una señal indeleble en el fondo de su alma; una mirada escrutadora escogerá los apóstoles de paz con la plenitud del sacerdocio, y el Pontífice judío, así investido, recibirá en sus manos, de manos del Salvador, las llaves de abrir el Cielo. En un momento de calma se atraerá las miradas de todos y tambien los corazones; deshaciéndose su opacidad vístele una túnica de fuego, y, aereamente reclinado sobre las nubes que se agrupan á sus pies, hace su entrada en el Cielo.

Porque Príncipe tierno de mérito infinito, al primer bagido de tu infancia ¿serían de bronce las bóbedas del firmamento? Tu amoroso padre eterno, al escuchar el quejido lastimero que saliendo de una gruta de Belen á las altas horas de la noche rompe el cielo, ¿dejaría de sentir derretido el corazon y darse ya por *satisfecho*? Vuelva, vuelva al cielo el Redentor sin esperar la amargura, que en el punto culminante del Iris que simbólicamente descarga la tempestad del trueno, del relámpago y del rayo, ondea ya el blanco pendon de la *amnistía* concedida al infeliz despatriado en este suelo.

Y así, ó como á Dios pluguiera, hed ahí la redencion obrada y la iglesia, para aplicarla al mortal, establecida, pacífica en el modo, en tiempo breve, en estension universal.

§. I.

Esto es en rudo bosquejo lo que Dios esperaba de este dia. Pero cuando los Magos y la estrella lo declaran Dios y Rey le niegan su adoracion el Pontífice y el César: la obstinacion es consiguiente; hombre al esterior será confundido con los hombres, si obra prodigios lo llamarán Profeta, lo llamarán seductor; si, preguntado,

contesta que efectivamente es Dios, un hombre hipócrita rasgará sus vestiduras en señal de santa indignacion que será inicua: la inocencia callará, la envidia aprovechará ese silencio que no entiende, que á entenderlo *moriría* de pesar, y á la inocencia en persona sentenciará la perfidia, y sentenciada callará, y callará en el suplicio; y si sus fauces lánguidas y resecadas articulan trémula una voz, no será no para decir que es Dios; para decir os perdono... y aunque con eso *sólo* lo *probára*, inclinando su cabeza espirará. Espirará, y muerto, no muerto nó, vivo... conseguirá en todo el orbe y *contra* todo, ¡pero con cuantas ventajas! el designio que traía.

Tan breve como por edicto de Tiberio no será: mas para el desarrollo de un plan que viene ocupando la mente divina desde el principio del mundo y que no se ha de acabar hasta que el cielo se caiga en el cataclismo final ¿qué son algunos años? Pero ¿es ménos que la palabra ó el escrito de Augusto ó de Tiberio, la palabra de un Soberano y Redentor? Porque la palabra que lleva en sí la vida, la salvacion de cuantos la recogen con aprecio, no merece correr de boca en boca como la chispa eléctrica de eslabon en eslabon? Si en vida del Salvador no se estiende ya con la rapidez apetecida, cúlpense los hombres á Dios nó; ellos detienen la luz del Evangelio vivo como las nubes la del sol.

Mejor que no le adore el Pontífice Judio, ni el sacerdocio ni el pueblo. Mejor que no venga á adorarle César, haciendo con su valimiento su persona inviolable y su religion la del Estado. Mejor que todo el mundo le deje, le abandone y que Herodes le persiga á muerte desde hoy. ¿Quieren matarle? Lo harán: su hora llegará, le matarán, le matarán... y precisamente así le pondrán en ocasion de acreditar que su religion no necesita de los hombres, que se basta sola, *sin* ellos, *contra* ellos. Espirará Jesus en un suplicio que aceptará de los hombres, no quedándole así que hacer para confirmar con *obras* lo que sus divinos lábios enseñaron. Los varones que le trataron de cerca presentarán su cabeza, antes que detener en su garganta la palabra de Jesús; y gentiles y judíos se ofre-

cerán *testigos* espontáneos y entusiastas diciendo «Jesús es Dios» y entregando su cerviz á la cuchilla.

Y cuando de los que á turbas se arrojen á las llamas ó al suplicio, no como los habitantes de Numancia por no caer de un falso honor, si es que pudiendo quedar más bien quistos en el mundo sobre eludir el suplicio, no pueda recelarse nunca ni decir que al mártir le arrojó á las llamas el fanatismo religioso, por que en singular han existido si, pero en *masa*, y masa de *rudos* y de *cultos*, y de toda *condicion* y sin distincion de *climas*, eso jamás.

Y cuando arreciando el furor, el entusiasmo arrecie; y falten fuerzas al membrudo brazo del verdugo para levantar el hacha y no falten confesores que, presentando su cabeza, radiantes de alegría digan creo en el Dios que perseguís; y en la carcel los custodios, y el mismo verdugo en el Circo, se afrenten, se asombren, se estremezcan... y suelten el hacha huyendo, ó cayendo de rodillas se conviertan; aún entónces que la religion habrá triunfado por sí sola, y á cuyo paso el mundo se pondrá en pié descubriendo su cabeza, al ver que lleva en la frente la señal inequívoca de Dios, aún entónces no se dará por satisfecha, queriendo presentar un nuevo testimonio siempre vivo que el mundo no recursará jamás, de que ella se basta sola.

En lo mas pujante de su vida un Filósofo gentil se avergüenza de su ciencia, y arrojando la falsa con desprecio queda valuarte de la ciencia verdadera, Doctor y martir por Jesús con el nombre de Justino. Un hombre consumado en bellas letras, y en el saber de Platon, por convencimiento propio se pasa á la escuela de Jesús, y Padre y Doctor esclarecido S. Clemente de Alejandría es ese hombre. Un genio violento que no conoce al verdadero Dios y busca en el Anfiteatro de Roma fijar su indómita atencion, escarneciendo las máximas cristianas, se vuelve con horror á su pasado gentil, y vehemente apologista de la religion por él mofada cuando no la conocía, se llama ya Tertuliano. Un Retórico de la gran Cártago rompe y soporta el escarnio que á su conver-

sion, por lo que con ella pierde, le hace el gentilismo despechado; cuanto tiene, y tiene mucho, lo dá al pobre, á Dios le dá al fin su misma vida, y Pastor santo de la grey del Salvador, le llamamos S. Cipriano. Un sabio que ha doblado su rodilla ante los ídolos de sus gentiles padres, toma la Biblia en la mano, bebe su alma una verdad que no bebiera jamás, la piensa, la medita, es San Hilario.

Y de los educados ya en piedad? Treinta años tiene Jerónimo, treinta Agustino; con el saber de Grecia en la cabeza y el mundo gentil debajo de los piés, reciben ámbos el bautismo. Defensores del gentilismo agonizante!; con esos dos hombres frente á frente de vosotros, podeis retiraros á celebrar sus funerales.

¿Qué os queda una esperanza? La adivinamos: Crisóstomo pronuncia discursos en honra de tus Emperadores, y su maestro Libanio los aplaude y los admira. Gentilismo que sucumbes! debes saberlo, Crisóstomo te ha abandonado. Ningun otro, decia el infeliz Libanio al espirar, ningun otro que Crisóstomo me hubiera sucedido en la enseñanza si no me lo hubieran *quitado* los cristianos. ¡Infeliz! Alejandro Magno sobornará á Demóstenes con una copa de oro, para que deje de defender la causa de su patria contra él; pero Crisóstomo! Él él te ha abandonado por convencimiento propio como los que le habian precedido. ¿Y sabeis por qué ¿sabeis? Por que las almas grandes, sobre todo, no se alimentan de mentira y la detestan, por indigna de su elevada condicion desde el momento de tratar á la verdad, que á la inteligencia la satisface con su fondo y al corazon con su bondad. Así, de almas ardientes se ha formado la gran galería de los Mártires; y de grandes filósofos gentiles el imponente museo de los Padres de la Iglesia.

Y bien; la muchedumbre iliterata dice al mundo ¿quereis que pruebe que creo? Oid, «creo y muero.» El sabio dijo «yo convenzo, y al obstinado, á lo menos le enmudezco; y si un tirano me envia á mi su verdugo, tambien muero.»

Así no hay corazon, ni inteligencia hay ya donde la verdad no se abrió paso. El mundo cree, por que ha visto creer *muriendo*.

Filósofos que, depositarios de la ciencia antigua, pueda suponerse que la verdad está en ella no le quedan, ni le quedan oradores, aún pagados, que en palenque sostengan ya una causa moribunda, muerta. Muerta hemos dicho? Sepultada. La religion ha triunfado como *hecho*, como *ciencia*, la religion sola se *basta*.

§. II.

Cuánto mas glorioso, Redentor crucificado! cuánto mas glorioso que no haberla establecido de Real orden! Sola!, enlutada,! perseguida! ponerse delante de la sociedad antigua, y el pueblo quedar cristiano y solo el templo gentil! Penetrar en las escuelas, dejar su silla los maestros y ofreciendo su ciencia y su palabra ponerse atentos á sus pies! Presentarse en el templo de las Musas y ya desde el umbral, desde el umbral, tender sobre el genio el impalpable velo de lo fúnebre y lo casto!, prenderle alas de la inspiracion del cielo, y ángel de aliento embalsamado que purifica cuanto toca, si plegando el vuelo tiene que pasar rozando alguna vez contra la tierra, abeja sugiendo aún en acerba flor, vereis que forma, no veneno, almivar.

Mejor, mejor que quien fabricó el firmamento con sus manos quede bajo la arquitectura del Establo, y, mil veces mejor que de este modo no piense César en Él y que ni su religion ni su persona se amparen en la proteccion de César. Hoy que la ignorancia sin poder echar la sonda hasta el fondo de la religion sublime, con frente osada pronuncia lo que sabeis que pronuncia ¿qué diria si en los anales de los siglos la encontrase como un acomodamiento de Derecho de gentes entre César y un Príncipe mimado?

Hoy que la insensatez encuentra risa en sus lábios aun en presencia de ese *leño* mas sério, mas augusto que los cielos ¿qué haria si lo conociera solo el mundo como el suplicio desusado del bandido?

En fin, Señor, tu adorado, viviendo hasta el término de tu pa-

cífica mision en el alcázar de tus accendientes, podrian aprender dignidad de tí los reyes, pero no los reyes insultados: los sacerdotes Sumos podrian aprender sí tu mansedumbre, pero nó en sacrílego atropello: y todo hombre, hombre tú y ejemplo vivo, podria de ti aprender á ser humilde, á ser grave y ser sencillo, en su vida normal sí; pero humilde en el insulto, enmudecer en el escarnio, dulce sin ficcion con el Sayon que le hiere, cándido intercesor con el verdugo que le mata... esa perfeccion de plan, esa escuela de hacer hombres inmortales solo la providencia de Dios sabe sacarla muriendo, cuando, precisamente para *romper* su plan, le matan.

Pues suponemos no creeis que al nacido de Belen le mata el cielo, porque David que bebe en los secretos eternos le canta siglos antes en su sagrada lira perseguido y ultrajado; porque el pincel de Isaias pinta su pasion tan viva como el Evangelista que la vió. ¡Qué profetas...! si el antiguo testamento entero respira el trágico fin! Solo llamarse testamento, si ha de tener algun valor, algun efecto, supone que ha de morir Dios, el Testador. Dios esa muerte la vé cierta, por eso inspira así sus Libros y se llaman testamento; pero decir por eso que la muerte de Jesús el cielo la decretó? Eso es estúpido, es impío.

Dios, con una pluma en la mano para decretar la Redencion en sus consejos eternos vé que á su hijo entre los hombres le preparan una cruz: Dios que manda se la muestra, la abraza Dios que obedece, y esa cruz que efectivamente le tenian los hombres preparada no transtorna su plan nó, la convierte, lo confesais, en su profundo, su grandioso *complemento*.

¡Y el hombre mató á su Dios! El ha puesto en evidencia su perfidia, Dios ha puesto en evidencia su poder. Y su perfidia, Señor, ha sido tanta que, Dios sois, poder sin límite teneis y sin embargo no os queda ya que hacer por él; pero él ha agotado su perfidia, y despues que él, y antes no, habeis agotado Vos en su bien vuestro poder: que nunca os faltó nobleza para mejorar vuestro plan en su favor, mientras él tuvo malicia para atentar contra él.

Y venga de los hombres lo que el hombre libre *quiera*, que si el atentado directo contra tí lo habeis convertido en nuestro bien, ¿cómo nó lo que le *consintais* contra nosotros? ¡Quién insulta al hijo sin insultar á su padre! Qué no es Dios el padre nuestro?; y que hermano descarga el bofeton contra su hermano en presencia de su padre sin que sus entrañas se conmuevan en favor del ultrajado! No será cristianos, lo presumimos; pero que el hombre os despoje de fortuna, y la salud os la quebrante su malicia, y atente alevoso aún vuestra vida: que la paz del alma os la perturbe y el buen nombre, sobre todo, os lo arrebate y quiera ceñiros la frente de ignominia; en brazos de la providencia que sabeis, sereis mas grandes perseguidos ó ultrajados que no en la vida normal. Cuando arrojan en la Cisterna á Josef, preparan su elevacion: á David le persigue el Rey Saul quien perdiendo su corona la ciñe su perseguido: un suplicio levanta Amán al honrado Mardoqueo, y Mardoqueo es el Ministro y al suplicio sube... Amán.

Sobre todo: no olvideis que la elevacion es la virtud; que si vuestro corazon no está santificado, vuestra conversion os dará así; si justos sois, sereis perfectos, que en ocasion os coloca de los rasgos mas sublimes que pueden honrar á un corazon, olvidando, perdonando, devolviendo la copa del bálsamo por el caliz de la hiel; pero no en noble venganza, que al fin venganza seria, si no en fruto de ese amor que á Dios hace nuestro padre, y á todos, nuestros hermanos. Y hay situacion mas elevada para un infeliz mortal que la de sufrir callando como Dios sufrió y callo? Así sufrió Jacob en el desierto, y Josef en la prision, en pueblo ingrato Moysés, David bajando del trono y el Varon de la paciencia en su proverbial desolacion.

Y si tanto se elevaron, viendo el ejemplar del Calvario en profecia ¿qué hará el hombre hincando hoy su rodilla en presencia de esa cruz? Que al hombre le abandone todo, con la cruz sola le basta. Símbolo de redencion, historia de Dios con el hombre y del hombre con su Dios, Escala santa del cielo! el mundo te posee porque un Pontífice y un Rey *no quisieron* adorar á su

Dios en el Portal de Belen. ¡Cuánto mas grande nos pareceis en la cruz que bajo el artesonado de un palacio! Solo la humildad es grande! Ya solo es grande... la Cruz!

El plan mas sublimemente noble para Dios y para el hombre, precisamente salió del último grado de su perfia y su bajeza con Él.

CAPÍTULO II.

Existe una providencia que, aprovechando todo abuso de la libertad humana, los dispone todos y encamina á la salvacion de cada hombre en singular.

El vicio exaltado, vestido de gala, ceñida su frente con laureles: la virtud vituperada, pálido su rostro, herido el pecho de afliccion mortal, postrada en tierra en agonía cubierto, su cadáver con un manto funeral.

En el escenario del mundo se presentan frecuentemente la licencia y el crimen con frente lozana embriagados de placer bajo un sólio brillante que deslumbra, apareciendo al mismo tiempo la virtud en un rincon pobre y solitario que enternece. La vida del licencioso y criminal es una senda alfombrada de flores; la del virtuoso está erizada de espinas, cubierta de luto, mezclada de llanto. Demócritos riendo, Heráclitos llorando. Lectores: no hay Dios, no hay providencia: eso dice el necio en su corazon segun David.

Qué és la providencia? Es la ordenacion de todas las cosas á un fin, segun el Angélico Doctor. Queremos que quede consignado: la providencia abarca el mundo físico como el moral, lo inerte como lo sensible; lo irracional como lo inteligente y libre; están encarnados entre sí el mundo físico con el moral y en ambos se encuentra todo dirigido á un mismo fin. En eso está la providencia. Mostradnos un solo grano de arena sin intento, y nosotros los primeros os habremos negado su existencia; pero no la negaremos nó; ella está velando sobre todo; la Magestad de Dios no se desdeña en inclinarse para arrimar hacia un intento con su mano el grano de arena, y tambien la hormiga, y tambien la débil yerba.

Mirad: es Dios *sábio*, y todo el plan del Universo á la par que de proporciones gigantescas é indefinidamente variado, lo dispuso en armonía y dió unidad: es Dios *bueno*, y pues que en todo el plan preside un pensamiento único, ese pensamiento que es su fin, es moralmente bueno: es Dios *omnipotente*, y cuanto su inteligencia tenia ya trazado en los pergaminos eternos dijo *Fiat* y el plan quedó ejecutado. Hed ahí la providencia que crea, esto es cómo está todo arreglado; hed ahora la providencia que continúa creando, esto es como vela por el plan ya ejecutado. Dios con su inteligencia descubre las necesidades de su obra, con su bondad quiere satisfacerlas, con su poder las satisface: hed ahí la providencia: ella no es un atributo nuevo, es el complejo de los atributos enunciados; y no es esto nó escogitar una hipotesis para esplicar un gran fenómeno; es una de esas cosas que no pueden ser de otra manera: lo vereis.

Lo inerte no encierra la razon de existir dispuesta en armonía, y si la máquina del Universo no pierde su estupenda simetría reducido á un promontorio de ruinas terriblemente grande, es porque una *inteligencia* está conservando proporcion entre las distancias y las magnitudes. El mundo no encierra la razon de estar dirigido y caminando á un fin bueno, si además de formado por cabeza sabia, no estuviera fluyendo como preciosa tinta de la

pluma que trazó esos rasgos, el bálsamo de un corazon esencialmente bondadoso. La materia como el espíritu no tienen por condicion el existir, sino el volver al origen de que han salido, que es la nada; y si el globo en que habitamos no se aniquila de repente en el espacio como burbuja de agua reventada, y el sol y las estrellas no apagan sus luces y se estinguen en la inmensidad como súbito relámpago apagado, quedando el silencio y el terror velando al Universo en la mortaja, es porque el Ser de la existencia tiene echada desde su sólio una cadena de la que sosteniendo el primer eslabon con su omnipotente brazo, está pendiendo el Universo entero y ondulando magestuosamente y sin recelo sobre los bordes del horrendo abismo de la nada que amenaza tragarla á cada instante.

Pero lectores, aunque la providencia sobre el mundo físico, está íntimamente enlazada con la suerte del hombre en esta vida, sin descubrirla tambien en el órden moral, seria detenerse en el cascaron esterior de ese gran reloj, sin fijar la vista en el oculto cabello de resorte que imprime vida y movimiento á toda entera su complicadísima máquina.

Es ciertamente mas difícil comprender que el mundo de los hombres está regido por la divina providencia; porque si el orden físico se cumple con leyes que obedecen en silencio, sin murmurar y que nunca se quebrantan, el órden moral se cumple por seres que con frente audaz pueden decir á Dios, no quiero.

Tambien es verdad que el hombre puede perturbar al inocente, y aun como fiera desprendida de la cadena que le amarra, devorrarle, pero no se diga, sin embargo, que estremece vivir en su compañía, porque con el brazo levantado amenaza aplastarnos de contínuo, respetando en caso nuestros derechos por que quiere solamente: al hombre, la providencia no le tiene preso, pero sí arrestado.

Mirad: le ha comunicado una condicion noble, y al tiempo de pisar la raya que le ha señalado, él se afrenta, y aun que pueda, por ese respeto delicado se contiene. Ha inspirado en su corazon

un fuerte instinto de felicidad sólida y eterna vinculada precisamente á la obediencia, y al tiempo de desbarrar, avisado por el fiel amigo de su conciencia, hace alto y retrocede. Ha esculpido en letras de relieve en cada objeto vedado una inscripcion de pena eterna, y cuando siente impulso de lanzarse airado sobre el débil semejante, viendo sobre su cabeza un brazo vengador armado, leon doméstico de que en presencia de su amo se recuesta junto á la cadena disimulando su furor, queda aquietado. Sí: con *respeto*, con *amor* y con *temor* tiene Dios este órden arreglado y vela por su cumplimiento: ¿quien hace, si no, que los hombres, con mil aspiraciones cada uno, no se devoren como fieras hambrientas en presencia de la presa? La providencia que con rubor contiene. ?Quién hace que todos, varios en todo, marchen á un mismo fin sin dejar uno y que siendo apetecido de tantos á la vez marchen sin envidia ni rivalidad? La providencia que con amor lo tiene establecido ¿Quién hace que la humanidad versátil que en todo se ha mudado, continúe constante seis mil años precisamente en fijar sus ojos con horror en el ceñudo semblante criminal? La providencia que horripila.

Pero ese vasallador mil veces se rompe y se quebranta y el hombre osado se desencadena contra el inocente y Dios le vé y no le contiene, y el mismo Dios descarga nuevos golpes con su propio brazo y postrado en la afliccion lo deja agonizar abandonado..! Un virtuoso varon que ayer se encontraba rodeado de opulencia, hoy se vé reducido á la mendicidad; hijos le quedan queridos que llenan su alma de consuelo; pero de repente un golpe del aquilon que bambolea y descoyunta el edificio, los deja inconsolablemente sepultados en ruinas; le queda el bien de la salud, y una lepra inmunda se corre por su piel y hecho un objeto asqueroso queda tendido en un establo abandonado... Una esposa que le puede consolar, por lastimosa excepcion lo insulta, y de entre todos sus amigos los tres mas fieles, para dejarle tambien solo en tiempo aciago, le llaman criminal. Pobre Job! Y hay Dios que vela por el justo acongojado! En dónde está aquí la Providencia? Si lectores

está, sobre este punto vamos á hablaros precisamente: y para rectificar juicios en unos, confirmar los rectos en otros, para satisfaccion de todos, intentarémos poner de manifiesto el aserto del capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

En la afliccion del justo está presente la divina Providencia.

Allí en la afliccion está la providencia si se descubre encaminada á un fin bueno; pues ese fin es nada ménos el de que el justo no pierda el bien más grande que posee: la justificacion: Dios para conservarle justo le aflige, primero: recordándole el Calvario, segundo: quitándole la ocasion de su caida, tercero: desprendiéndole de la tierra para que consume su carrera en la Cruz... Lectores: la providencia no puede ser descubierta en todo su fondo y amplitud sino se la considera ligada en fuerte lazo con la predestinacion, y esta parte de providencia especial está asegurada en sus efectos de otro modo: este nuevo mundo Dios no lo sostiene como el orbe de la materia con la gravitacion universal, ni tampoco como el órden de la honestidad moral con la sancion de la Ley natural desnuda, simbolizada en una *corona* y una *espada*. La naturaleza del hombre sola es un brusco pedestal, la estátua del predestinado está toda tallada en el filon de la gracia.

Dios al predestinado le llama, llamado le justifica, justificado le dá entrada en el cielo; estos son segun San Pablo los efectos de la predestinacion, y todos tres se consiguen con la gracia; como este maná lo destila esclusivamente el árbol de la Cruz, y como la causa meritoria que se dice estrínseca de la predestinacion es el crucificado, es muy natural que tambien el justo lleve la cruz *algunos* pasos, á lo ménos, en su vida.

Ay! del hijo que recordando la muerte en su padre no deja correr por su semblante una sombra de melancolía...! Nosotros, lectores, de bronce ó peña no pensamos en el Redentor y ménos en levantar la Cruz de sus divinos hombros; y es muy de agradecer que distraidos en lo mundanal, se nos haga salir al encuentro de Jesús abrumado bajo el madero de la redencion. Ah! No és la casualidad, nó; es la divina providencia la que os dá *cruces* y os *aflige*, con el santo fin de afianzaros en la justificacion, *poniéndoos delante de los ojos una cruz que acaso no buscabais*. Ser justos sin ser entristecidos! Eso seria desmentir la condicion de la virtud. Habraham sufrió de peregrino, sufrió de errante, y tú no habias de esperimentar zozobras y pesares? Tú justo... Tú rompes en llanto de queja cuando presencias la muerte de tu hijo! A Habraham se le mandó que él mismo le mate: no eres más justo que Habraham! Al cándido Isaac se le intima de improviso mostrándole un acero cruel y en amargasoledad, «Tú eres la víctima» y tú murmuras cuando se te anuncia la muerte en cama de flores rodeado de consuelos!

Y si Jacob fué perseguido de Esaú y sufrió amargas infidelidades de Labán, porque estraña en el justo la infidelidad y la perfidia! Si José fué encarcelado, por qué estraña ver al justo confundido con el criminal? Moysés fué insultado; no será mucho si al hombre noble la ingratitud le corresponde con vilezas que arrugan la fresca tez de su frente generosa... David fué destronado; no será mucho si el ejemplar ciudadano cáe de sus derechos adquiridos; y si el pacífico Tobias fué desterrado, y el santo Job reducido á situacion desgarradora, varones agobiados, no tengais

por imprévidos los golpes que acongojan vuestro pecho; y si la Madre de Jesús al pié de la cruz fué un mar de pena y de amargura; madres de hijos queridos no os desconsoleis cuando los veais espirar en vuestros brazos; ni os quejeis tampoco vosotros todos si sois justos por veros afligidos; es Jesús quien os llama, hacedle compañía en el Calvario, y allí junto á la cruz llorad!

El que ha vivido siempre embriagado de placer, y no ha gustado un grano del acibar, ni bebido una gota de la hiel, ni sentido el dolor amargo de una espina, cómo ha de conservar la justificacion! Cómo no ha de morir el justo sin aspirar el aliento del divino Redentor! Y aunque así no fuera, Jesús agonizando y nosotros mezclados en locos devaneos! Qué afrenta lectores, qué baldon para nosotros! Señor quebrantadnos, porque los peñascos del Calvario se conservan quebrantados, y solo nuestro corazon más duro que de peña no está partido de consternacion.

§. I.

Dios aflige al justo quitándole la ocasion de su caida.

Conoceis bien, lectores, que delante de Dios no existen las distinciones que en presencia de los hombres: que es indiferente haber sido mecido en lujosa cuna, ó envuelto en pobres pañales: vivir en la opulencia ó en la mendicidad, estar dotados de talento, ó privados de ese dón, y tambien el tener barnizado el barro del semblante, ó ser de aspecto poco grato á los sentidos; pero en la prosperidad estos juicios se cambian, y, trocados los frenos, de motivos de reconocimiento al bienhechor se convierten en ocasion de agraviarle hondamente, perdiendo la justificacion.

Así no es estraño ver en el mundo entronques pomposos ajados, fortunas colosales que como montes de arena el viento ha

disipado, talentos abatidos y estrellados, y hermosuras prematuramente marchitadas. Esos adornos que la mano de Dios deja prendidos en la condicion de algunas personas como la verde hoja para hacer más gracioso el fruto de la virtud han formado un envanecimiento insufrible, y á fin de que esos árboles convertidos en frondosidad estéril y aún nociva no quedan sin frutos, en vez de aplicar la segur á la raiz, Dios ha cortado el tronco nó, su lozanía. El nacimiento iba formando un orgullo incompatible con la modestia del nacido en el pesebre, y Dios ha dejado caer una mancha en esos pergaminos; la opulencia iba desplegando un tren, que la desnudez de la cruz y de los pobres reprendian en silencio, y el soplo de Dios la ha disipado: el talento iba convirtiéndose en arma suicida, y Dios esa arma de un golpe la ha inutilizado: la hermosura era una red tendida en donde su propia alma y muchas más como aves incautas iban á morir encarceladas, y Dios á esa red aplicando la ardiente llama de una fiebre que devora la ha carbonizado.

Lectores: cuando la fortuna nos sonrie, con mengua nuestra, dejamos de orar con fervor, de gemir y de llorar nuestros pecados; como siempre hay penas que espiar, defectos que correjir y culpas que perdonar, desatendidos los tres intentos á la vez, la conciencia va perdiendo su sensibilidad, y sin comercio con el cielo, sin dolor y sin lágrimas, el mundo ó la carne nos tienen preparada una caida mortal.

Miéntras el gran David sufrió tan cruda persecucion de Saul en poblado y en desierto, el corazon del ilustre perseguido era una lámpara encendida en presencia del Señor: más cuando habia cesado la pesadumbre, sin contradiccion humana ni divina, el hombre justo por excelencia, pero justo con manto real y con corona, de la elevacion de su santidad y la del trono cayó con estrépito en el polvo de la tierra.

¿Y quién habia de decir que el sapientísimo Salomon llegaria á embotarse en el denso aroma de la prosperidad mundana hasta descubrir sin rubor su real cabeza ante un Dios de barro, porque

una concubina se lo manda? Ah! lectores, la virtud en la prosperidad pierde su lozanía y desfallece! Por eso ajando Dios nuestra prosperidad, la virtud que en tiempo próspero viviendo sin golpes se enmohece como el yelmo desusado del guerrero, queda rutilante como vaso de oro sacado de las ascuas. Esos golpes con que á la prosperidad se la quebranta la frente y se la humilla, no los descarga el acaso, nó: el acaso es una voz gramatical, no tiene brazo. Al justo Dios le aflige para fines elevados.

Para que la afliccion del justo no tuviera un fin providencial era necesario decirle á Dios que miente, porque tiene declarado que á quien ama le arguye y contradice segun el Apocalipsis; que Dios mortifica y vivifica segun el libro primero de los Reyes; que al justo la mano de Dios le disciplina segun S. Pablo y que segun el mismo Apóstol de la afliccion del justo saca su aprovechamiento. Era necesario, en fin, no haber aprendido en la escuela de la esperiencia, que durante la prosperidad, entretenidos con la fortuna y los honores, embebidos con esos juguetes de adultos, como niños con granos de arena pintados, y mariposas de colores, haciendo violencia á la sensata virtud que los desdeña, no se piensa sériamente en el trance de la muerte único blanco de la virtud sólida, porque solamente allí vé consumada su carrera.

Por eso Dios con la afliccion aleja los estorbos que detienen la virtud, y abriéndola paso, va caminando hácia su término. Así á la virtud la encontrareis mas espansiva en la casa del difunto que en el banquete de las bodas; mejor enjugando lágrimas, que derramada en el zumbido de los espectáculos profanos y más tranquila que espuesta á la admiracion de medio mundo en situacion brillante, la encontrareis escondida y callada en un rincon ni envidiosa, ni envidiada. Reconoced justos en vuestra afliccion la providencia y vengan golpes, por que sin ser afligidos jamás pasará nuestra virtud de *urbanidad* y estamos temiendo que con una virtud de modales vamos caminando á nuestra condenacion inevitable.

§. II.

Dios aflige al justo desprendiéndole de la tierra para que consume su carrera en la Cruz.

Que al justo en ocasion de caer por culpa suya y lastimarse, la mano de Dios lo aflija en el tiempo para que no sea desgraciado en la eternidad, es adorable providencia; pero existen séres desgraciados por propia condicion...! Esas personas angustiadas que no comen por pan sino dolor, y no beben sino lágrimas amargas, que con paso vacilante pueden arrastrar apenas un cuerpo casi yerto; esos rostros escuálidos á quienes en la calle nadie vuelve su semblante, y que devoran un desprecio á cada paso; cuando se recojen á su estancia pobre y solitaria, viéndose lánguidos, en público despreciados, y en soledad abandonados! Quién dá lágrimas á sus ojos para desahogar un pecho acongojado! Tambien tú, Señor, los has abandonado? Nó lectores nó; allí está su providencia permitiendo que ese mundo sin entrañas les barra despechados á su rincon para que conociendo su versatilidad y su mentira busquen con ánsia únicamente la cruz que á nadie engaña y no se muda. Y desprenderos de la tierra intenta Dios con todos, justos, cuando os trata con más recrudescencia. Por eso os hace traicion la naturaleza, para que no se os busque para víctimas engalanadas que se sacrifican en la fiesta sacrílega del mundo! Por eso os hace traicion la fortuna, para que no os compreis con ella vosotros mismos el veneno de matar las almas, y para que tampoco nadie os haga soberbios con lisonja, porque tambien al oro se le queman sus inciensos! Por eso os acibara este vivir una lengua intempestiva! Por eso, esposa de virtudes, abrigas en el seno de familia una persona que como Agar á Sara te hace devorar disgustos y pesa-

res; y por eso varones postergados, estais rodeados de algun inesperto fascinado, como arrogante Absalon, que sino os arrebatan un cetro, os despojan de consideraciones que á vuestra caida ancianidad servirian de sostén, y os dejan como muebles de deshecho arrimados á un rincon!

Y por si todo es poco, y por si alguno no esperimenta esos disgustos, los lazos mas dulces que os unian con la tierra, la feroz guadaña de la muerte los siega sin compasion. Dulce esposa, hermanos entrañables, hijos queridos y de prendas en quienes descubriais un mundo de esperanzas, de uno en uno se os los han llevado tendidos en la mortaja! Y hasta el infante gracioso que os quedaba, ángel vestido de luces que el candor de su inocencia os tenia embelesados, el envidioso esqueleto de la muerte oprimiéndolo entre sus helados brazos, en presencia vuestra, os lo ha matado.

§. III.

Conoce justo, conoce, que la mano de Dios está esparciendo acibar en los frutos que apeteces, erizando de espinas la senda porque sueles caminar, y dándote por compañía pesadumbres hasta en el lecho donde reclinas tu cabeza, para que desprendiéndote de los lazos de la tierra, desengañado del mundo te dejes caer con confianza en los brazos de la Cruz!

Estamos convencidos, nada tenemos que alegar; nada justo, han sido los efectos de la predestinacion merecida en el Calvario, y en los golpes infaustos que recibes, es necesario reconocer la divina providencia. Es conforme que padezcas, porque si eres justo, lo mereció Jesucristo padeciendo, y porque habiendo sido afligidos los Patriarcas, y varones Santos que la Biblia encierra, y la augusta Madre de Jesús, no pretendes, creemos, ser tratados de Dios como aún esa criatura angelical no fué tratada. Con-

forme, porque las mismas joyas que Dios te regaló, ibas á emplearlas en agradar al mundo y no por envidia, sino por compasion te las quitó. Conforme, en fin, porque sufriendo desprecios y desengaños amargos, alejado de ese mundo que te presenta flores y te daría espinas, consumarás felizmente tu carrera unido con la cruz. ¡Dejar el mundo con el corazon! En esto insiste como en su último esfuerzo la divina providencia; por eso en todo te anuncia que este mundo es pequeño, y el plazo de la vida es corto para tí: tú quieres ser eterno, y aquí lo que mas dura, pasa de repente.

Del Imperio de los Faraones ha quedado allá dentro de inmensos arenales una pirámide descarnada en abandono. Del imperio Asirio y Babilónico, hasta sus soberbias murallas, robando el viento de grano en grano sus arenas, se han borrado de la tierra; el templo de Belo no se encuentra, y el viagero descubre solamente promontorios de ruinas con pirámides truncadas. De la pomposa Atenas queda un pueblo pobre en frente de escombros solitarios, y del gigante Imperio Romano no se conserva sino un nombre de terror.

Y de presente, el hijo ocupa ya el asiento de su padre y apenas le conoció: en el templo de Minerva no se encuentra ya en su silla el Maestro que la instruyó: vereis que en el salon de la Audiencia las Magistraturas se reemplazan y en el templo del Crucificado las dignidades se turnan. Todo pasa como una sombra veloz: á pasos de gigante vamos caminando para bajar al sepulcro: una sola Ciudad que nos presenta la carrera un cementerio que nos traga.

Lectores, es que somos transeuntes, estamos despatriados y además nuestro Padre ha fallecido! Suframos nuestra condena con melancólica resignacion; y si hay ilusos que visten de blanco y baten palmas, tenedles compasion. Ilustres confinados á vosotros toca vestir el fúnebre trage del huérfano desterrado!

Pisad la tierra solamente con la planta, llevad la frente en el Cielo.

CAPÍTULO IV.

Intenta la providencia desprender al hombre hasta dejarle persuadido de que: solo el humilde puede vivir con dignidad en la tierra: solo el humilde puede conseguir el Cielo.

Qué es la humildad? Una virtud, dice San Bernardo, por la que el hombre, conociéndose á fondo, se reputa nada.

La ira, la soberbia y la ambicion, que son las pasiones que hacen al hombre juguete de sí mismo, robándole su dignidad de racional, entronean todas tres en el orgullo; y solo la mano del humilde puede cortar de un golge y derribar en tierra ese árbol de los vicios.

La morada del orgullo es nuestro propio corazon; ese leon de ordinario está recostado y duerme; pero cuando un ligero ruido, cuando una espresion que hiere levemente el amor propio le despierta, comienza á removerse, se levanta, se enfurece, ruge... y la víctima que coge de quien se creyó ofendido, culpable ó inocente, la devora. Esto, los que han domado ya el orgullo, lo saben por esperiencia; los que lo conservan aun en toda su fiereza, lo están esperimentando. Y así es el hombre! qué es esto! Qué ha de ser!

Nuestra naturaleza está enferma, todos los sabemos; mas no

todos ni siempre tenemos presente que lo estamos; y es tan indispensable, que de conocerlo ó nó media la diferencia que hay entre la vida del alma, ó su muerte.

Enfermos somos: abrasados de la fiebre del orgullo, entre otros males, nos está impedido saciar la sed de la venganza, por que si bien es un instinto natural, es el instinto viciado, el instinto de un enfermo; y no ovideis jamás que la índole del hombre hoy, no es la misma que cuando salió de las manos de su Autor. Perdióle el respeto, faltando á su obediencia, quiso reputarse por igual ó por mayor, y cuando, entónces, la mano del Criador arrancó del corazon humano la planta de la justicia llamada original, éste quedó no solamente vacio, si es que tambien quebrantado, como tierra removida al arrancar el árbol que encarnaba en ella sus raices: ese destrozo, esa brusca herida rompió las cuerdas que formaban la armonía en el harpa del corazon. Las pasiones nobles se ocultaron y perdió su soberanía la razon: una chusma soez de apetitos vergonzosos se declaró en rebelion, y desde entónces recogieron el cetro los esclavos, y ciñeron la corona de su misma soberana; al amor casto sucedió el amor impuro, á la sobriedad la intemperancia, la cólera levantó feroz su rostro, y su frente imperiosa, la ambicion; instintos de la carne le avergüenzan, y el orgullo le entumece, la intemperancia le abate, y la ira le exalta, le enloquece; la envidia le muerde taimada sus entrañas y le postra, la soberbia le levanta, le enfurece; y, lucha incesante de exaltacion y abatimiento, es un risible juguete de sí mismo. Pobre hombre! Y no hay un remedio para él en tan lamentable situacion!

Sí, la humildad: ella le hace conocer como es en sí y le avisa de la pequeñez á que se encuentra reducido. En el silencio de la noche, en apacible soledad, le hace entender, además, que esa lucha que soporta dentro de sí mismo, y le reduce á tan miserable condicion, sobre ser efecto de un pecado, es *mas* triste por culpa de *presente* suya que aumentó su abatimiento, y aumentó su exaltacion. Entónces el hombre se avergüenza de su insufrible altivez como

Agustino, su entumecimiento, entónces, se desangra, se templa su ira, su orgullo se troncha como el cedro á viento opuesto, se abate hasta el suelo el pendon de la soberbia, lo suelta de las manos y huye á esconder su rostro en un rincon, porque no encuentra cosa sólida en el mundo, sino tenerse en poco y aun por nada. En eso consiste la humildad; ella le lleva la paz al corazon, ella embalsama suavemente las heridas que abrió la ira en sus entrañas, ella dulcifica los resabios de las heces que allí en su fondo fermentaban los rencores; y tranquilo el hombre, y señor ya de sí mismo, principia á vivir con decoro y dignidad.

Otro de los motivos que impiden al hombre vivir con la dignidad de buen cristiano es la ambicion. Ese viciado instinto de ser tenido por el primero entre los muchos, y de atraer hácia sí y arrebatar la admiracion de todos, es el segundo motivo que hace perder al hombre su propia dignidad. Atenta y fija su mirada en el objeto de ambicion que se ha propuesto conseguir, vereis que se exalta, ó se deprime, más de lo que al cristiano le consiente su elevada condicion. Concibió ayer una esperanza, y sus ojos centellean de alborozo; ha recibido hoy un desden, y, pálido su semblante, vive triste y abatido, en su corazon se revuelven mil pasiones, y en su pecho hay una riña de serpientes enconadas. Y es esto vivir con dignidad? ¡Hombre! conoce quien eres, y cuanto se rebaja con tu porte tu grandeza.

En un tiempo fuiste otra cosa, no eres hoy, á la verdad, sino un triste desterrado; pero aun así, aun vestido de harapos, en tu semblante escuálido y desencajado, se conservan rasgos de tu antigua gerarquía. Si en el paraiso dejó tu alma de ser *semejante* á Dios, no perdiste el ser su *imágen:* su busto queda en tu pecho, y en el portal de tu palacio que dejaste ruinoso al partir al ostracismo, se conservan restos borrados de tus timbres y blasones. Y un mendigo que tan opulento fué, no está bien que se abata hasta el envilecimiento; y un desterrado que tan encumbrado fué y tan distinguido, no es conforme tampoco que se deje ilusionar de frívolos objetos que encuentra en la tosca choza donde habita en el destierro.

El confinado de Santa Elena, atento siempre á su antigua elevacion, real ó aparente y solo humana, desdeñaba inclinarse á recoger como el niño las conchas y piedras pintadas de la arena que pisaba. Lo que él hacía por orgullo, despreciando el inocente recreo por la gradeza mentida, hacedlo por destruir esta misma inclinacion vosotros, teniendo en poco los efímeros, juguetes de los hombres, por no poder olvidar la *verdadera* elevacion de que caimos, por que tenidos en poco y no buscados, queda moribunda la ambicion, y revive tranquila la humildad; ella nos hace conservar el lustre antiguo, y marchar á rescatarlo por completo, terminada la condena, diciéndonos sin cesar que nuestro destino es gemir en el destierro, aunque sin desesperar.

Si de esta máxima se hiciera una inscripcion en carácteres de bulto, y en estenso targeton se leyera sobre los pórticos del Parlamento, de las Audiencias y de tantos otros sitios que son como el alcázar de la gloria humana, no perderia el hombre nó su dignidad por penetrar en ellos. No buscaria aplausos de los hombres, porque sería humilde y al humilde los aplausos le fatigan, y esta impresion se la causan, por que conoce que son unos ilusos los mismos que le tributan homenages; que no han descubierto como él esa gasa imperceptible de la ilusion mundana, que, interpuesta entre los ojos del espectador y los obgetos de ambicion, las togas, las fajas, las coronas, colocadas allá dentro, como en el interior de un escenario, dispuestos en óptica ilusoria, les hace aparecer imagen seductora de la felicidad, cuando él sabe que bien mirados de cerca, no son sino bruscos mascarones de tintas pálidas y sombras. Así, el humilde, en los lujosos entorchados del general, no descubre sino un haz de hilos dorados, que brillan solamente mirados á cierta luz: en la mitra del prelado, no vé si no el hermoso símbolo de un peso insoportable que al mas atleta le quebranta la cabeza; y en la toga del magistrado, una túnica de seda con que acompaña sentenciados al suplicio.

Otra clase de hombres hay, aunque mas pocos, á quienes ha-

ce perder su dignidad una ambicion, al parecer mas delicada; pero que por mas que parezca propia de almas grandes, no puede sin embargo sancionarse, no pudiendo prescribir en bueno, lo que por naturaleza es malo.

No faltan jóvenes y tambien hombres formados, que emplean los años de su vida en cultivarse, y levantar monumentos literarios sin otro objeto, es verdad, pero tambien sin otro fin, que el de hacer correr su nombre iluminado de una aureola de gloria esclusivamente humana: acaso con el de grabarle un dia sobre el mármol que eternice su epitafio. ¡Pobres hombres!

Ah! si de los escombros de la antigua Roma, y aun de los restos de Atenas, se pudieran levantar por un momento Ciceron y Hortensio, Horacio y Virgilio, Pitágoras y Platon, con voz profética y sentimental, dos palabras os dirian que valen por un sermon. «Nosotros trabajamos siempre por los hombres, de ellos debiamos esperar la recompensa..., ellos debian pagarnos y lo hicieron: el dia de nuestro fallecimiento, algunos amigos leales dejaron caer sus lágrimas al pié de nuestro catafalco: al tiempo de caer en el sepulcro, lanzaron algunos sentidos ayes en torno de nuestro escaño, luego se interpuso una losa entre ellos y nosotros, y este muro impenetrable nos dejó por siempre separados en la mansion del olvido.» Esto os dirian, y dejarian caer otra vez su frente cenicienta en el sepulcro.

Y no es que merezcan condenarse sacrificios que el hombre sabe hacer, y que le elevan, casi, á la altura de los ángeles: esa pasion ha formado los Alejandros y Dários para el campo de batalla: para el gabinete los Licurgos y Solones, y para la tribuna los Cicerones y Demóstones; lo que merece, sí, ser condenado es, el hacer sacrificios tales por los hombres, sin hacerlo al mismo tiempo y primariamente por Dios, que hasta los manda, y, así, bien dirigidos, los corona de laurel. Por eso ¡ah! una filosofía más sábia enseña al hombre la humildad: las inscripciones se borran, los obeliscos se derruyen, las pirámides se truncan; un dia llegará, sino, en que postrada en tierra de una vez la humanidad entera,

no habrá quien se sostenga en pié para poder leer en aquellos momentos la gloria que os habia hecho vivir sin dignidad ó zozobrantes.

Y el iluso quedará en olvido, no temporal sino eterno, eterno, sin haber merecido recompensa aun siempre estéril para él, ni aún duradera; al paso que el humilde que, habiendo mirado esas glorias pasageras con un santo desden, vivió en paz y en decoro con ellas y sin ellas en el tiempo; el dia precisamente de vuestro *terrible* olvido, verá abrirse delante de sus ojos el bello panorama de apacible eternidad. Porque, hecho patente, que solo el humilde vive con dignidad en la tierra, vereis patente tambien que solo el humilde puede, en efecto, conseguir el Cielo.

CAPITULO V.

Por dos medios, ámbos inequívocos y eficaces ámbos, tiene Dios manifestada abiertamente su voluntad sobre este asunto. Dos épocas ha conocido la humildad: Dios la ha intimado, en la primera, descargando golpes sobre la frente del soberbio; en la segunda, con su propio ejemplo y su palabra.

Un ángel que acaba de salir de las manos del Criador, quiere competir audaz con el autor de su existencia, escalar su trono y sentarse junto á su augusta Magestad; Dios le mira... el Cielo tiembla, levanta su brazo y le derriba.

Una criatura recientemente amasada de vil barro, escucha complacida una inspiracion de la soberbia; Dios lo sabe, y al ins-

tante, con ignominia, es echada de su estancia á vestir de luto y llorar anticipados los funerales de sus hijos, con él sentenciados á la misma muerte. Un rey ya penitente, concibe el pensamiento vano de reunir en censo los súbditos de sus inmensas tribus, más bien que para saber, á fin de mando, el ejército á sus órdenes, para representarse un pavimento de frentes inclinadas; y Dios que penetra aun la intencion, dándole á escoger, de tres, la pena de su altivez, envia un aliento abrasador y en horas le quedan borrados del catálogo sesenta mil subordinados.

Podríase presentar de entre los pueblos gentiles á un Emperador intimando adoracion para su estátua, y al momento mostraros á la primera figura del imperio asirio, arrastrando por la selva reducida á condicion de irracional, Licántropo, en pena de su soberbia; y del pueblo escogido, un rey veriais, además, que, haciendo un alarde jactancioso de sus arcas y tesoros y del tren deslumbrador de su palacio, con los embajadores que hospeda de Babilonia, Dios en pena, le arranca sin compasion cuanto le habia envanecido; y arrebatado con sus grandezas su cetro, veriais á sus mismos hijos que amarrados al carro triunfal cargado de sus blasones, con paso lento caminan, arrastrando la cadena de cautivos, en direccion á Babilonia. Pero basta un Lucifer derribado, un Adan vestido de funeral, un David angustiado, un Nabucodonosor embrutecido y un Ecequias coronado y opulento, reducido á la ignominia, sin riquezas y sin hijos, para poder comprender, cómo Dios ha intimado, en efecto, la humildad, *descargando golpes* con su brazo sobre la frente del soberbio.

§. 1.

Tambien la ha intimado con su propio ejemplo y su palabra.

Ya que el Hijo de Dios determinó bajar al mundo para ser su Salvador; ese augusto personage que por alfombra de sus piés

tiene esa inmensa gasa azul, salpicada con todas las estrellas, ¿por qué habia de nacer, ó ser hospedado á su llegada, en un portal desplomado por el tiempo, y de habitar, su vida entera casi, en el taller de pobrísimo artesano? No era rigorosamente natural haber nacido en el palacio más suntuoso de la tierra, bajo pabellones de damasco, mecido en cuna de marfil, y envuelto en holandas orladas de diamantes y de perlas escogidas? No era tambien más conforme, haber sido educado á la sombra de un monarca el más esclarecido, que nó junto al infeliz José? Y por qué no se pusieron en movimiento las armadas, como las que Salomon enviaba periódicamente de tres á tres años al Ofir, y se cargaron de granos de oro puro y riquísimos presentes para sostener los obsequios á este príncipe con alguna dignidad?

Por qué no se le rindieron homenages, como á Rey, y como á Dios, aunque Dios niño? porqué no se doblaba siempre á su presencia la rodilla, y se hacian aspirar los perfumes embalsamados del Oriente? Llegado el tiempo de su pública mision, por qué no subió sobre triunfal carroza, precedido de cien carrozas mas, arrastradas velozmente por aldeas y ciudades, entre aclamaciones y frenéticos aplausos, ondeando magestuosamente el pendon de la amnistía universal? Cómo las ciudades de Palatina no se pusieron en respetuosa conmocion, al estruendo del gran carro y de su tren, haciendo retemblar su gran carrera, y salieron á descubrir su cabeza los magnates? Y por qué en Europa, no se cubrieron las calles con alfombras y con flores, por sí llegaba su monarca á pasar por sus portales? Y las legiones romanas, ¿porqué no ponerse en pié para ir á su encuentro, y abatir en su presencia sus pendones? Y cómo el emperador no fué el primero á descubrir su gran cabeza y puesto de rodillas, no agrupó allí á sus plantas sus timbres y su púrpura, y su cetro y su corona? ¿Porqué?

¡Oh! Dejad que ahora contestemos *ya* de otra manera. Porque és mas grande ver á Jesús reclinado en el pesebre de Belen, que hundido en nube de blondas en la cuna del palacio; es mas

grande que verle á la sombra de la grandeza del mundo, ver á un Dios infante, en el hogar de solitaria Nazaret junto á Maria y á José y más grande que verle sentado y deslizando, como una constelacion en la carrera, en el estrépito de manifestaciones populares, es ver al desatendido Salvador del mundo, caminando solo y en silencio por solitarias sendas de la aislada Palestina, seguido de algunos infelices pescadores!

¡Oh! santa humildad! El Libertador de todos los pueblos ha entrado ya en sus dominios y de entre tantas capitales y naciones han salido ha recibirle, y forman su acompañamiento cuatro... infelices galileos. ¡Que abnegacion! Y nosotros viles gusanos de la tierra, como nos llama San Pablo, queremos ser considerados de todos, lisongeados por todos y aun adulados. ¡Que miseria! Por eso tambien con su palabra, «aprended de mi decia, como el consejo mas edificante y adecuado á su mision, aprended de mi que soy humilde y manso de corazon.» No manda que aprendamos á sanar enfermos, como Jesús los sanaba, ni á resucitar muertos, advierte San Agustin, sino solamente á ser humildes. Entre todas las virtudes que en aquel pecho tenian su morada, entre todos los suavísimos aromas que se exalaban de aquel amenísimo jardin, quiso señaladamente que aspirásemos el de la embalsamada flor de la humildad. Por eso, tan penetrado estaba el gran doctor San Agustin de la excelencia de la humildad, que, preguntado por su amigo Dióscoro acerca de cual era la virtud ó el camino que más seguramente lleva al Cielo, contestó que la humildad.» «A esta virtud quisiera, Dióscoro querido, que te entregases con voluntad decidida: el primer camino es la humildad, el segundo la humildad, el tercero la humildad.»

Si las márgenes del Jordan supieran esplicarse, y las sendas de Samaria y el pozo de Jacob tuvieran lengua, qué lecciones tan sublimes nos darian de humildad! Bástenos recordar solo el pasage, cuando los discipulos aun mundanos, disputando altivos en presencia de su humildísimo Maestro, sobre quien de entre ellos habia de obtener la primacia, dirimió severamente la cuestion en

estos términos: «os digo en verdad, que sino aplacais ese entumecimiento, y os haceis humildes como niños, no entrareis en el reino de los Cielos.» Rotundamente, solo el humilde entra en la gloria. Ni hay razon para estrañarse, porque si es verdad que con una virtud sola el Cielo no se alcanza, tambien lo es que las comprende todas la humildad. «Para que se nos concedan las merece, concedidas las conserva, conservadas las sublima.» No disputeis con San Bernardo.

§. II.

Si solo el humilde vive señor en la tierra, porque él sólo domina la soberbia tirano de los demás; y sólo él desdeña los atractivos de ambicion que hacen vivir sin dignidad. Si el humilde solamente entra en el Cielo, porque Dios ha condenado la soberbia, haciendo de un ángel, Lucifer, y tirado con su mano la corona á tantos reyes, y ha intimado la humildad con el elocuente precepto del ejemplo y su palabra; hasta cuándo ha de ser soberbio el hombre y ser nécio y ser mundano?

Lectores: No alegueis vuestra opulencia, que las riquezas son un puñado de tierra de distintos modos combinada y no más. No alegueis el nacimiento, porque os enseña Job que somos todos hijos de la nada; no el talento, porque ¿cuánto os ha costado?; y el talento os enseña á ser soberbios ó la profunda humildad? Ni alegueis tampoco, criaturas ilusas, para ser altivas vuestras prendas y atractivos, porque tampoco son vuestros, y además os abandonarán sin falta y pronto, por que es un poco de espuma que cuando pensais que está creciendo la vereis desecha.

Pero ¿quién reune el nacimiento, y las prendas corporales, y las gracias peregrinas del alma de la madre de Jesús, mortal como nosotros y de la misma condicion? ¿Y quién fué, sin embargo, más humilde en los trances humillantes y de prueba, que esa encum-

brada criatura? No somos humildes, nó. Nosotros no somos parientes sino del opulento, del sabio, del alto funcionario. Si el amigo antiguo nos sale en público al encuentro, ménos preciado que nosotros, no le vemos, y á nuestro mismo hermano le negamos. Humildes nó. Lo que á lo más somos és, en mal sentido, cortesanos.

¡Oh! Vírgen de la humildad!, cuando la imaginacion se representa allá en el lado más triste de Jerusalen, no léjos de sus sombrías murallas, en la cima de aquel montecito erial blanqueado de antiguos huesos descarnados de los reos, aquellas tres grandes cruces, y en la de medio vé al Hijo de Maria, que, como un pendon de ignominia, se descubre sobre las cabezas de una espesa turba de judíos, y en el centro despejado de ese círculo de gente soez que la circunda, mira una doncella sola, tierna, cándida, triste, desolada que sin amparo en todo el mundo ni consuelo, permanece en pié frente á la cruz, siendo el ludibrio de todos los espectadores... y que en la escena más feroz no se indigna contra nadie, y en la más ignominiosa no se afrenta ni retira... se avergüenza el hombre, como San Agustin decia de sí mismo, de haber sido soberbio un solo instante de su vida, quedando profundamente persuadido, de que el último esfuerzo de la divina providencia para *desprender* al hombre de la vanidad del mundo y de su orgullo propio y su egoismo está, en esa profundísima humildad que el Hijo y la Madre nos enseñan en su *ejemplo* vivo en esa escena sublime que el mundo presenció una vez, que nunca más presenciará.

Desde entónces la virtud por excelencia, la virtud del mortal es la *humildad*.

PARTE TERCERA.

La gran nave de la religion católica donde la humanidad marcha á su término, está anclada, en toda tormenta, en el mar proceloso de los errores y pasiones, por dos áncoras inmobles que ni los errores ni las pasiones alterarán jamás.

CAPÍTULO I.

Premio eterno que se espera.

No hay hombre que no sienta deseo ardiente de dicha que jamas encuentra satisfecho: tampoco hay hombre que al pensar en la muerte, deje de esperimentar la fria sensacion de la tristeza, y al mismo tiempo le consta que no hay remedio, que ineludiblemente tiene que pasar por el duro trance de esa muerte.

Resulta, lector, que el hombre quiere por irresistible instinto ser feliz y encuentra á la vez las puertas de la felicidad cerradas: por instinto de su corazon teme y huye de la muerte, y esta le si-

gue como le sigue su sombra, y sabe que al fin ha de alcanzarle.

El Criador es el que le ha dado el instinto de amar lo que no encuentra, y el instinto de temer lo que no puede evitar. No juzgareis, suponemos, que el Criador se ha complacido en engañar al hombre como por diversion se engaña al niño, y en mirarle juguete de su engaño haciéndele girar encerrado en ese círculo de hierro buscando delante la imagen ilusoria de la dicha que jamás alcanza, y volviendo de tanto en tanto la cabeza receloso á ese espectro fatídico que incesantemente le persigue.

¡Quién lo habia de creer! Es que el hombre se reputaria satisfecho con que le dejaran correr aquí y allá tras esa imagen de felicidad, como se reputaria el infante tras el incierto vuelo de insignificante mariposa; y si la sombra de la muerte le perturba és, porque en ese caso en ella vé el término de lo que, siendo ilusion, toma por dicha.

Dios piensa de otro modo: Dios nos ama mucho más que nosotros mismos nos amamos; y nos tiene destinados á un fin mas sublime, á una dicha más completa que la que el hombre adivina y ordinariamente anhela. Ese instinto, ese deseo de dicha es, no para que hagamos alto en felicidades aparentes y vacías, si no para que pasando prevenidos por su lado, marchemos con decision á la gran dicha que el instinto *mudo* nos *indica*, que con palabra *espresa* nos tiene prometida: y ese temor á la muerte, lejos de ser porque nos interrumpa los pueriles entretenimientos ó dicha de la tierra és, porque si nos alcanza antes de haber desprendido el corazon de esos juguetes que parecen nuestro fin, lo hemos perdido para siempre.

¡Cuán contrapuestos designios los del hombre y los de Dios! El amor de felicidad que nos arrastra y no alcanzamos; el temor de la muerte que no podemos evitar, en vez de constituir el engaño y el tormento para el hombre, son los dos *encargados* de hacerle pensar seriamente y desear con decision la dicha digna de sí. El hombre es pequeño hasta en lo que le conviene á él: ¿ignoramos acaso que los bienes del mundo son el recurso su destentar

esta vida de tránsito, y que una dicha sin fin es nuestro término? ¿por qué, pues, en el camino de un dia hacemos alto, como en término, en vez de caminar al que es eterno?

Falta grandeza de alma para arrancar del corazon lo mundano; y la voluntad que ama y goza como en su fin en lo terreno, no os estrañe que no aspire decididamente al cielo. Es cuestion de vida ó muerte; el alma se hace grande en sus resoluciones meditando; meditemos un momento.

Eso que, bien sea ya poseido, ó solo deseando poseer, tiene preso nuestro corazon, eso es un fruto con la piel grata á la vista, pero que, sin el meollo ni el sabor que imaginais, podreis llamar frutos *vacios*. Honores, riquezas, goces sensuales, sino fueran bienes vacíos, satisfecho dejarian al corazon que los posee y los goza: ni en la historia ni en el trato de los hombres, no hemos visto, esceptuando los ejemplos de virtud, una sola persona sin indicios muy marcados de un corazon no satisfecho. Por mil ejemplos basta uno: un hombre que, habiendo hecho alarde de poseer y de gozar cuanto en este mundo es dado, porque en su incomparable situacion podia; despues de no haber negado nada á los apetitos de su cuerpo y de su alma, esclama en el acento sentido de la triste conviccion de la esperiencia, «todo es vanidad de vanidades y todo vanidad.»

Y no es que Dios nos ha engañado. Ah! ese mismos desengaño que deja que por nosotros propios encontremos, es la prueba mas concluyente de sus entrañas de padre, esperando en tanto, como espera, que arrojemos ese fruto vacío y emponzoñado y volvamos nuestros ojos al que, cogido en el árbol de la vida, nos muestra alegre en su mano.

Pero, aunque fuera cumplida la dicha que ofrece el mundo y no dá, es el hombre, es ese ser inmortal, ó es algun efímero viviente que mañana no será quien llama dicha cumplida la que pasa como sombra y que aun al fin, burlándose de él, quedando la dicha aquí, tiene que abandonar desconsolado cuando entraría de lleno en ese *plazo* sin *fin* reservado al inmortal? Es muy dig-

no de advertirse que este mundo no es vacío, ni emponzoñado, ni fugaz, sino frente á frente de lo eterno: el mundo es *dignísimo* del hombre; pero lo es para su *tránsito*; convertido en término, nada en él hay ni puede haber sino postizo y falaz y efímero y muy mezquino.

El bien que perece, ó que el hombre tiene que dejar será un entretenimiento grato de la vida, será un juguete de adultos, la felicidad del hombre no será. Solo la idea de acabarse mezclaria su dicha de veneno, y tanto mas amargo le sería cuanto que, por ser mas escelente el bien, le fuese mas amable y con mas intensidad amado.

Si para los bienaventurados en la gloria la fruicion de Dios no fuese eterna, su fin sería un tormento mas cruel que todos los del infierno. Y en bienes que pasan por delante de nosotros cual la corriente de un rio, nos fijamos como en término!; porque si estables fueran por condicion suya, que no son, si los bienes que pasan no pasaran, no se fueran... ¿ignorais que aún entonces es el hombre quien se vá? Riquezas que no me habies abandonado, honores que me acompañais, goces que no os habeis fugado, burlándome hasta este dia, si fuisteis causa de la ruina de mi alma, ¡porqué no me hicisteis traicion! ¡hombre avisado yo entonces, hubiera aprendido á desconfiar y á detestaros! aunque legítimamente os poseí, y legítimamente os disfruté, poniéndo en vosotros mi corazon como en fin; vosotros fuisteis constantes, vuestra constancia es mi castigo: vosotros no me dejasteis, pero tengo que dejaros yo, y sin vosotros y sin Dios, desamparado entre las riberas del mundo que me echa, de la eternidad feliz que se me aleja y me rechaza, desventurado de mí! cuál va á ser la suerte de mi término si la vendí á sabiendas por criminal juguete del camino! Mi vida entera, ahora que fijo mi vista en esa eternidad inmovil... mi vida entera me parece infinitamente menos que un *segundo*, la oscilacion de la péndola en proporcion con un siglo no ha de ser infinitamente mas durable que todo el curso de mi vida comparado con esa quietud terrible que me conjela y deja estático!

Esa *propension* que nos arrastra hácia una dicha que adecuada no alcanzamos, y que, aun indigna, tenemos que abandonar, esa propension está encargada de hacernos pensar con entereza y desear con decision la gloria eterna.

§. I.

El mismo elevado encargo tiene de parte de nuestro Dios ese *temor* de la muerte que nos persigue y huimos y es imposible evitar que nos alcance.

Lectores, temer la muerte, ¿porqué? ¿Por qué no buscar el pensamiento de la muerte? y sin embargo escapamos! No basta saber que está por Dios establecido para el hombre que una vez ha de morir: ni basta que la esperiencia nos haga saber somos mortales: ni que cada dia veamos desaparecer una persona de la escena de la vida: ni visitar esas galerías de la muerte donde los restos de tantos yacen ocultos detrás de un nombre conocido que no podemos leer sin verle vivo entre nosotros, habiendo de dejarle inerte otra vez en solitaria mansion! Leed la *biografía* de un hombre sin interrumpirla hasta su fin, y como habreis seguido sin apartar el pensamiento, su ascenso y declinacion en la parábola de la vida humana, *levantándose* desde la cuna y *cayendo* rápidamente en el sepulcro, os dejará una impresion la más profunda de lo fugaz de la vida.

Pero tampoco esto hareis: si conservais pegado el corazon á lo mundano temereis siempre el pensamiento de la muerte: es que entonces el corazon está en pecado, tiene en el *medio* su *fin*, no se siente bien dispuesto, en su interior existe algo que lo acusa, por eso teme á la muerte; qué horror!, qué sobresalto!, un abismo se entreabre delante de sus ojos.. dentro está la eternidad. Nó, no es estraño que temais, ese temor cumple el encargo de deciros, arrancad el corazon de lo fugaz del camino, y preparádlo á lo

eterno. Desde entónces la sombra de la muerte y su pertinaz temor se desvanecen; que un corazon desprendido y una conciencia tranquila, podrán temer padecimientos que preceden á ese trance, porque la naturaleza siempre siente, y miéntras siente padece y miéntras padece teme; pero la muerte en sí misma, una pacífica muerte, el corazon que ha trabajado por disponerse y merecer con humildad la gloria, no la teme. La muerte para quien aspiró á vivir marchando de frente hácia su fin, no es más que la tierna despedida que el hombre tiene que hacer de queridísimas personas que quedan en el destierro el dia de partir él en libertad á su pátria.

El amor á Dios le lleva al Cielo, en dulce recompensa de ese amor Dios le llama y le saca de este continente, de esta isla hácia su seno; y ese sentimiento profundo de dejar en suerte incierta á tantas personas de su amor, esa única pena que le acongoja en el instante de darles el último adios, sobre todo si le quedan objetos de su especial cariño que sepa él en su pecho viven ofendiendo al Cielo, hasta esa pena ¡oh dulce plan el del amor! hasta esa pena se estingue sin estinguirse egoista la memoria del infeliz que la causó. Porque al presentarse ante Jesús resplandeciente de gloria, el alma que arribó del mundo, no es el huérfano que sobrecogido en presencia de humana grandeza protectora suya, á la par que esperimenta en su pecho la dicha de su transformacion, siente su lengua embargada sin libertad ni espansion; es aquel hijo queridísimo que ausente de su poderoso tierno padre muchos años, puesto en su casa y en su mesa junto á él, el instinto de su mismo corazon le enseña que aumentará el gozo de su padre, interesándole con esa confianza poderosa y recatada del buen hijo, en favor de una persona que al dejarla allá le causó pena.

Y el sentimiento natural que enluta el corazon de los que, quedando en la ribera de este lado, despues del último abrazo, despues del último adios *ven* que el alma de persona amada se ha marchado, dejando allí, con su equipage, sus tristes restos mortales, esa melancólica sensacion que se espande como un baño de plomo en sus entrañas; esa tinta de tristeza que se derrama en to-

das las facciones de su rostro; esa insipidez, ese disgusto que se encuentra en todas las cosas de la vida que despues de marchitar la lozanía de su ser, acabaria por consumirle lentamente hasta apagarse por sí sola la luz de su existencia; ese sombrío vivir, decíamos, esperimenta remedio eficaz de íntimo y dulce consuelo con la idea de que la persona amada está gozando embebida en la mansion de la luz, del amor y la alegría. Amar en verdad á una persona consiste acaso en otra cosa que en desearle y procurar el colmo posible de su bien? Existe placer más dulce que la noble complacencia de suponer fundadamente á quien amamos, en ese golfo de la eterna dicha?

Y si tuvo que detenerse en el camino del cielo, á esclarecer cual espejo su inocencia empañada con tenue sombra de sus faltas leves; ó á pagarle á Dios, con sufrimiento amorosamente recibido, la pena temporal que le restara de flaquezas mas sensibles por su clemencia perdonadas, hay pensamiento mas grato á la persona que, triste, gime su ausencia, que el de saber que está en su mano ser alivio de sus penas, y redimirlas en parte y entera, acaso, su condena? Porque si es verdad que Dios no tiene dada palabra en bien de esos detenidos, de acceder á cuanto desde este suelo se le pida, sin embargo, *santa y saludable es*, tiene dicho el mismo Dios, *la súplica, la limosna, el sufragio* por los *muertos* y cuanto por ellos se interceda en alivio de su pena; y habiendo dicho ser santo y saluble todo eso en bien de ellos ¿qué voluntad tan gerosamente inclinada en su favor no supone la espresion de ese concepto? Fé ciega, ardiente fé en *esa* palabra, *puente* tendido *entre* la tierra y el lugar de espiacion, y la persona que aquí queda puede enviar á todas horas el consuelo y el remedio al alma que yace allá, redimir la pena que soporta y abrir las puertas del cielo.

Obcecados de nosotros! La muerte que viviendo en mal estado nos servía de tormento, avisados con ese tormento mismo nos hizo pensar formalmente en desprender el corazon de lo mundano, y desprendido para siempre encaminarnos de frente á nuestra gloria eterna.

La dicha que buscamos con afan sin encontrarla jamás, lo creiamos engaño! La pesadumbre de nuestra muerte inevitable nos parecia tormento intempestivo! y uno y otro lo hacia Dios servir para impelernos á nuestra dicha sin fin.

Esperad: el remordimiento que se apodera del hombre á la raiz misma del pecado es el *principio* del infierno. El gozo que penetra el corazon en el momento de purificada una conciencia es el *principio* de la bienaventuranza: purificado un corazon lo inunda el gozo de repente; morir en ese estado, si nada le resta que espiar, y sentir la plenitud del mismo gozo, cayendo el alma en el centro de la gloria, es tránsito tan natural, como muriendo en pecado caer de lleno en el suplicio eterno. Y del mismo modo que Dios hace sentir ese tristísimo anuncio del tormento en el hombre pecador para que suelte de su voluntad la presa del pecado por terror; del mismo modo hace que un corazon en su gracia esperimente las dulzuras de su amor, dejándole entrever, aunque á través de mil celajes, la aurora de esa dicha que le espera para que no torne á lo terreno.

Ah! conqué ternura amolda Dios á la debilidad y aún á la misma ingratitud del hombre sus designios de llevarnos á la gloria! «Yo le tengo destinado para traerle á mi seno: esto se lo tengo dicho en el instinto que yo doy, en el deseo que yo inspiro, y viviendo entre ellos en persona dejé dicho espresamente y consignado fué despues en el Evangelio de mi discípulo Juan, que el hombre me verá cual soy; y cómo *cual soy* me veria si en mi misma esencia no me viera?

Garantía para esperar su gloria podria en verdad ser para el hombre mi terminante palabra: éste seria el porte de singular mérito á mis ojos: batallar toda la vida fijo el pensamiento en mi palabra, no lo niego, atraería mis entrañas tan tiernamente hacia esos soldados de la árdua guerra contra sí en las inclinaciones mas íntimas del corazon, en seducciones y fascinacion de los sentidos, de esos soldados leales, héroes de la abnegacion, atentos solo y entregados á la confiancia ciega que les inspira su Gefe,

viéndose al parecer abandonados de él, que de cuanto está en mi mano no sé qué podría reservar mi amor sin entregarles. Santos me hacen compañía ya, á quienes abandoné algunos años á la sola fé en mi promesa, para que veais, y vean todos, que hay quien por sola ella esperó el cielo.

Sí, era bastante la fé, pero he querido unir al cumplimiento del deber un íntimo consuelo, prenda *sensible*, que renovando de continuo mi promesa en lo íntimo de sus entrañas, le estimule tardo ó desmayado le ampare.»

Lectores: al padre mas cariñoso desefiamos si tiene con su tierno infante mas querido el esmero, la ingeniosa vigilancia y el amor que ese Dios que no veis, en quien acaso ni creeis, tiene con vosotros mismos.

En el órden natural; ¿no reparais qué hábilmente sabe unir al trabajo la sin igual satisfaccion moral del cumplimiento del deber?: al cansancio, la dulzura del reposo?: al apetito, la sensacion templada al dejarlo satisfecho, y á la sed ardiente, el placer del agua cristalina?

En todo esto de ese órden no pudiendo darse Dios al hombre, se lo tiene todo preparado de su mano: y en ese otro plan de lo invisible á donde el hombre está llamado para un goce superior terminado el plazo de esta vida, no pudiendo tampoco agolpar sobre su alma el colmo de la inmensa gloria, se lo anticipa de algun modo en cuanto en ese plan tiene cabida.

Esa inalterable paz, que como augusto eco de la voz de Dios cuyo rostro nunca vió, pero cuya presencia sentia en su corazon sirviéndole de dulce compañía, desvaneciéndole las sombras de la misma muerte al presentirla ó al pasarla, esa paz y confianza de la fé, de la esperanza, que el amor aviva y robustece, es el anuncio sensible, una participacion, una hebra tenuísima y quebrada, sí, como el rayo del sol que entre el ramaje alumbra al pececillo en el fondo de su sombrío estanque; débil y quebrada sí volvemos á decir; pero *hebra* del resplandor de la gloria que nos hace fijar los ojos en el cielo, y en las tormentas de la vida so-

bre todo, levantar el corazon atribulado sobre el oleaje de amarguras, cual naúfrago que levanta la cabeza para no sorber la muerte.

§. II.

¡Qué hermoso porte el de Dios! Así conduce al hombre por el sendero de la vida: obgeto de su cariño desde la misma cuna; regalado con las dulzuras de santa paz interior y puro gozo durante todo el tránsito hácia su gloria, hacia su Dios; el Salvador, radiante de luz como el resucitado del sepulcro, está mirándole desde el umbral de la Bienaventuranza: observa que se aproxima; con los brazos abiertos al llegar le espera; le interna de la mano en la inmensidad del cielo y rasgándose impalpable velo delante del alma que aun no vé, se entre-abre un recinto de luz mas maravillosa que los colores del iris, y, entre cielo de tal luz y mar de amor cuyas riberas ni alcanza ni las tiene, queda anegado de un gozo que compenetra su alma y la circunda.

Porque si el peso de la gloria obrara solo sobre el corazon ó sentimiento, un blando adormecimiento de todas las facultades, casi letargo irresistible sería el estado eterno del bienaventurado; pero allí el alma penetrada y circulada á la vez por la divinidad, débil luz inflamada en mar de luz donde cayó, su inteligencia se agranda, sus transparentes se rasgan, su mirada es intensa, limpia y clara como la cristalina inmensidad donde penetra.

Si al viagero que caminó en desconocido pais toda la noche, la media-luz de la aurora le parece mano oculta que, vá apartando imperceptible el tenue velo de la sombra y le presenta insensiblemente desembozada una comarca encantadora; cuando el alma dejó de estar encerrada detrás de dos lentes de agua y barro, cuando su mision se llama solo *entender*, y un baño de luz no natural á cuyo lado la del sol es un eclipse, le dé aptitud para mi-

rar de hito en hito el reverberante piélago de la divinidad, ¿cuál será entonces, mortales, cual será la dulcísima sorpresa de encontrarse un hombre frente á Dios mirándole tal cual es, Trino y Uno, á Dios que allíle lleva para dejársele ver! Qué sentimiento tan íntimo esperimento ahora, dirá el hombre, Magestad incomprensible que arrobas y estasías, qué sentimiento tan íntimo de la elevacion y dignidad y grandeza de mi ser! Y para esto no menos teneis el dón de sacar seres del abismo de la nada! Sacad, Señor, sacad en este instante un millon y un millon en cada instante de los siglos que aquí esperes, porque lástima me dá profunda que dejen de conocer y de embriagarse en esta gloria.

Y los habitantes todos de la tierra! Señor, un dulce instinto esperimento aún, y os abro mi corazon porque me lo inspirasteis Vos hallá en destierro, y vuestro será cuando aun aquí lo conservo: derritiéndose está mi corazon porque vengan á gozar lo que yo gozo las personas que en la tierra mas amaba; que vengan mis padres sí, mis hermanos, testigos queridos que pusisteis á mi infancia, que vengan pues sabeis que yo lo anhelo; pienso que cuantos gozan de Vos se deshacen en idénticos deseos por los suyos; una sensacion particular y tierna me hace llamar á los que me asociaste desde mi cuna á mi sepulcro; y un amor á cuanto amais me hace desear que vengan todos, todos los hombres del mundo á gozar lo que yo gozo.

Si esta encantadora perspectiva se acabara para no volverla á ver, ¡Gran Dios! yo moriria; pero acabar ¡oh! qué nuevos resplandores la embellecen! qué dulce embeleso, qué magnificencia tan imponente adquiere, sabiendo, cual con evidencia sé, que esta gloria en que me anego es para mi gloria sin fin! ¡sin fin...!

Sólo con veros, Ser eterno, sólo con veros cuán feliz se sentiria mi alma; pero que torrente de gozo tan puro refluye además al *corazon*!

Si, solamente, lectores, lo conocido se ama, y á más conocimiento de lo amable ó bueno, es consiguiente más amor; una inteligencia que tiene delante para mirar, un ser donde su *inteli-*

gencia se agota, tiene que arrancar al corazon un amor tan íntimo hacia ese ser que le deje el *corazon sin facultad de amar ya con mayor intensidad.* Y como ese ser lo vé siempre con la misma claridad, *siempre* tambien esperimenta la misma sensacion de amor.

Cuanto con más intensidad os miro ¡gran Dios! tengo que amaros con más vehemencia, y cuanto con más vehemencia os amo tengo que miraros con más intensidad. Mi inteligencia está en su centro, mi sentimiento tambien, y siendo Vos el Ser eterno ¡qué claro comprendo ya que es tambien mi dicha *eterna*!: ni puedo *dejar de amaros* porque os miro, ni *dejar de miraros* porque os amo.

§. III.

Este es: qué fin, lectores, uuestro fin! Conocerlo así lo conoceis; negarlo no lo negais, y, sin embargo, á ciencia cierta renunciar! Esa aberracion, esa demencia, ese suicidio, decid, en qué lo fundais, en qué?; por vuestro bien queremos saberlo; esa obcecacion nos parte el alma, decid, os habla un hombre que en las entrañas ós ama.

Que el corazon tiene pasiones? Ah! consiguió nadie jamás grandes victorias ni aún pequeñas sin batalla?; y si quisierais confesar las violencias que os haceis, el teson, el arte con que reprimís ciertos instintos y aún pasiones para alcanzar el capricho de un momento, un honor que no lo es, ó posicion social falsa en su orígen, y en duracion para un dia! Pero no es sólo represion de instinto malo para satisfacer otro más fuerte, que sería vencer una pasion á otra pasion; es violentar sentimientos nobles que existen siempre en todo pecho, y hacerlos enmudecer por lo fugaz, lo indigno, acaso, acaso vil. No poneis en prensa el sentimiento de vuestra propia dignidad, el decoro, el bien entendido honor, el carácter, la conciencia, todo? No lo disimuleis, lo posponeis, lo re-

negais y junto todo lo arrastrais á los piés de un potentado, de un orgulloso cacique, de una infame... de una muger sin fama sí, ante los hombres y ante Dios? Si dementes no somos, somos estúpidos ó nécios.

Ni digais que os fascinan las ilusiones del mundo y que os fascinan sus ejemplos: somos acaso el infante que no conoce más ley que la que sus ojos ven?; no vemos ejemplos de virtud?; son sus pasos nuestra pauta?: ridículo hacemos con ellos: del vicio sólo, del vicio forman nuestra regla los ejemplos. Y qué, esos mundanos que seducen é incitan á lo malo que imitais por seros grato ¡sufrirán por vosotros la suerte eterna de que estúpidamente os haceis reos!

¡El mundo! Ignorais que él es vacío! que es fugaz! todo *pasa* en él todo se *vá!* aviso de que es traidor, de que os tiene engañados, dormidos sobre el pretil de un abismo, aviso de ese peligro es el terror de la muerte. Y para colmo de la burla á que incautamente os entregais, el mundo aún queda todavía y al hombre que no le quiere abandonar el mismo mundo le abandona; y como indigno aun del falaz banquete con que le sedujo y le perdió, le arroja de la mundanal orgía y se lo aparta para siempre, dejándole entre los muertos en cuya fria mansion no le recordará jamás.

Mortales: á vuestra disposicion os queda el mundo y tambien la eternidad: haced lo que querais. Una sensacion profunda de tristeza se apodera de nuestra alma en este instante: ¡el hombre ya no cree, ya no ve! los pensamientos reprobados alejan de Dios, dice la Sabiduría, por eso sí, lectores, por eso parecemos peregrinos á toda verdad eterna.

A fuerza nada; Dios no impone al hombre ni aun el cielo. ¿Rompereis con la pasion dominante, sí ó nó? la pauta de toda accion será la ley de Dios, ó falsos goces que Dios veda? será voluntad cristiana, austera y firme, ó inclinacion de los sentidos y soberbia del espíritu lo que os dirija y os impere? El trance de la muerte ¿será el momento de caer en el abismo de las almas condenadas, ó el momento de volar al cielo donde el Salvador nos mira, nos

alienta y nos espera? Y á la raiz de la muerte, este cuerpo en triste caja tendido, estos restos ungidos con el crisma del Bautismo; templo vivo del Espíritu Santo; urna donde el Salvador mbró en persona tantas veces, ¿Quereis que al levantarse resucitado del sepulcro, quereis que se levante horrendo para desplomarse con su alma en el tétrico lugar del tormento eterno, ó que vestido de luz como el Salvador resucitó, entre en la gloria inmortal?

Mortales: por última vez; á fuerza nada. Escojed: el hombre de *un dia* y *desgraciado*; ó el de una *eternidad feliz*, ¡Hombre libre! la balanza está en tu mano.

CAPITULO II.

Pena eterna que se teme.

¡Cuán insensato es el hombre! Teme á la muerte y no teme al infierno, como si por no temerlo dejase el infierno de existir. Cree que el infierno existe y su insensatez llega á su colmo negándose á vivir del único modo de evitarlo. No tenemos necesidad de decir como vivis; mejor que vosotros lo sabe vuestra conciencia; ella os lo dice sin palabras.

Pero ese mismo vivir ha apagado en nuestra alma los resplandores de la gracia, sin ella el hombre vé menos las verdades eternas y por más que no las vea, como la roca en la noche permanecen inmutables en su asiento.

Quédale aun el resplandor de la fé que no se apaga con el vivir en pecado; pero la fé no es en el alma del cristiano un dón ó propiedad natural como la inteligencia para ver las verdades de su órden nó. La fé es una luz que aunque puede existir en el alma con la triste compañía del pecado, Dios la dá precisamente para vivir en el estado de su gracia con cuyas buenas obras se alimenta y se repone. Por eso, la luz de la fé, lámpara que, aun en vuestro mal vivir, en el alma queda viva, sin la gracia va insensiblemente perdiendo su brillantez y claridad hasta dejar de alumbrar al hombre ya en sus pasos ni advertirle del abismo; y desde entonces, como el ciego que fija el pié sin saber donde lo fija, el hombre peca en casi todo sin advertir sino muy confusamente su pecado, y de paso en paso siempre á oscuras y en sendero errado, ciego del alma la muerte al fin le sorprende desviado.

Sí, lectores, vivir como vivís y no temer al infierno es que ya la boca de ese abismo vuestra alma no la vé, es que de un soplo apagasteis con un pecado la gracia, con cien pecados la fé.

Pues bien: la luz del alma se ha apagado, vuestros pasos se adelantan, en la misma senda que seguís se encuentra abierto el precipicio, y, sin pretil que se lo advierta al pié, *llegar*, *caer* y *gemir* eternamente, *inevitable*: cuándo lo advirtais ya no hay remedio. Ciego infeliz abandonado de tu guia!; caminante peregrino en noche oscura, detente un paso detente, es voz amiga que sin conocerlo tú te llama!

Vás á entrar en un suplicio que ignoras; en dos suplicios á la vez, por toda la eternidad.

Tu vida pende de ti? cómo has de decir que pende si has visto á tantos morir, si han desaparecido tantos sin valerles su precaucion para vivir! De un hilo pende tu *vida*, de él te encuentras suspendido sobre la insondable eternidad, la mano de Dios tiene el estremo de ese hilo; árbitro quedó en su plan contigo de soltarlo cuando quiera; que cuando menos lo penseis lo soltará, lo tiene bien advertido; si hoy lo suelta, alma perdida á donde irás!

Lo eterno no es mas que lo *inmutable*: aquel estado en que la

muerte te sorprenda, en gracia sea ó en pecado, en él mismo quedarás: del lado en que cayere el árbol, dice la Sabiduría, de ese permanecerá.

Allí la voluntad del alma es inmutable, la voluntad de Dios tambien.

En este mundo la voluntad puede oscilar inclinándose á veces á lo bueno, á lo vedado á veces: ya cayendo con pecado, ya levantando como la balanza, aliviada de su peso. Dios por su parte, durante la escecena de la vida se ha constituido nuestro padre: hijos rebeldes le causamos amarguras; nos espera, nos llama, nos amenaza, nos castiga: vueltos á Él se adelanta y nos abraza; de vernos arrepentidos sus entrañas se conmueven, y como pesándole habernos tocado con su mano, nos colma de beneficios. En el instante de morir el hombre, bien avisado le está, si enemigo de Dios le halla la muerte, á su amistad no pasará: lo vedado amó al morir, amor que hiere á Dios en su rostro pues le injuria y aun le insulta despreciándo tenaz su mandamiento, le hace enemigo de Dios, por eso es dogma que quien á Dios no ama á Dios odia, y quedando al morir invariable y fija la voluntad eternamente, eternamente le odiará: al instante en su voluntad la malicia se aferra, se *consuma*; en la de Dios queda *agotada* su bondad.

Así el paciente tierno padre, se llama ya eterna justicia: el perverso hijo contumaz, se llama ya condenado. Qué cambio tan terrible! pero y cuán cerca está ese cambio! dentro de unos años, de unos meses, de unos dias, condenado!

Sabemos que amar á Dios muriendo en culpa es imposible; pero suplicio llaman el no amarle? sin amarle aquí vivimos sin reputarnos en tormento, ni en pena, ni en sinsabor; os creemos. En la vida del mundo, hombre insensato, no solamente no le buscas, huyes, porque te sirve de estorbo: és que acecha tu corazon y tus pasos; dirás que no, pero lo sabes, te le advierte la conciencia; mas seductora sin embargo mas influyente la vil voz de la pasion que la severa voz de la conciencia, harias pacto de que Dios que te perturba infames goces, ni existiera.

No juzgues nó la impresion que te causará el perder á Dios desde el momento de morir, por lo que esperimentas hoy en tu sensual embotado corazon. Hoy no te impone la pérdida de Dios, porque la propension á amarle, en un corazon mundano está casi estinguida por completo; el amor voluptuoso que la reemplaza encuentra objetos que la entretienen, la embriagan y la adormecen. Esos objetos de tu ilusion y tu sueño se quedarán en la tierra y cayendo tú, como de escarpada roca en lo inmenso de la eternidad, despertarás horrorizado de tí mismo sin la ilusion que te engañaba y frente á Dios mirándote de hito en hito en ese lago de donde nadie te levanta. Sola el alma, discurriendo sola, y sola en la eternidad! Qué penetrante mirada! Qué claro conocimiento de sus hechos! Poco ántes el bullicio de la sociedad, el cambio súbito de las escenas, el ejemplo de los más, la adulacion del falso amigo, la impresion de los sentidos, el letargo buscado de la mesa y la venda de su pasion siempre ceñida en los ojos, aunque responsable en todo, no le permitian ver en su gran deformidad la *traicion* que estaba consumando contra el que murió en la cruz.

Pero un alma que vuela *desprendida* de improviso de cuanto enturbia su vista y embota su sensibilidad, ¡qué claridad en conocer; en su sentir qué golpe de intensidad!

El asesino que muestra en ademan de triunfo su puñal teñido y humeante de la sangre, con el pié sobre la víctima ¿cómo habia de pensar que aquella misma noche, regirada su pasion en la fúnebre soledad de un calabozo, habia de presentarle su imaginacion trocada, lo que llamó triunfo y *hazaña* como *catástrofe* horrorosa para él; y la víctima, espectro que le crispa los cabellos?

Si esto hace sola la calma y el silencio ¡qué diferencia no habrá del alma en este mundo turbulento y la inmutable eternidad! Ah! pero que el alma allí lo abarca todo en su horror, y lo que abarca es todo grandiosamente terrible. Yo no he perdido á mi Dios, puede decir el más grande criminal en esta vida, desde este mismo patíbulo puede llamarme á su seno; pero el alma impenitente que vaga en la eternidad, conociendo que Dios se le ha ale-

jado, que á Dios ya lo ha perdido, y que jamás... jamás... se ha de acercar, siente una congoja tan intensa, tan insufrible, tan mortal que los mil suplicios juntos en que se pierde la vida, ni aún se pueden comparar á esa agonía.

Ahora comprendo quien es Dios: de saberlo es mi congoja, mi martirio, mi tormento más cruel, mi *desesperacion*. Y al mismo tiempo le odio, ¿por qué me criaste dí? ¿por qué me has paseado tanto tiempo por esa isla del mundo que yo creí un paraiso siendo una escena de risible mágia y nada más?: sé que aquí he de vivir, he de morir... eternamente: emplearé mi corazon en fábricar ódio y veneno contra Vos, mi pensamiento en maquinar venganza, mi lengua ¡ah! mi lengua... ¿hémos de poner en nuestros lábios lo que dirá el condenado? nó nos lo lleva el corazon.

¡Un alma desesperada y en eterno desespero! Allá, en el súbito infortunio consolaba al hombre la dulce voz de su conciencia; al desterrado, la esperanza risueña de volver al pais donde nació; desde el fondo de lóbrega prision acaricia el reo la perspectiva de ver nacer un dia el sol; y aun el que envuelto en túnica amarilla sube las gradas del cadalso á despedirse de la luz y de la vida, con un ministro de Jesús allí á su lado depositando palabras de consuelo en el fondo de su alma, con el dón sublime de pronunciar «yo te absuelvo,» sufre tranquilo su momentáneo suplicio, dulce condicion para volar al cielo.

Mas quien todo, todo lo ha perdido, y está reñido con su propio corazon y no tiene á Dios que le consuele, rotas las alas de la esperanza que en situacion desolaba levantaban su alma de la angustia mas profunda: ¡puede darse suplicio mas cruel que semejante desamparo de *sí*, del *mundo* y de *Dios* todo á la vez!

Si la madre al ver la cuna sin el hijo que le arrancó la muerte de su lado sin culpa suya, y sabiendo que nada acontece á los mortales que el Árbitro de todos ellos no lo ordene ó en sus altos destinos lo permita, si con esa fé dulce en sus entrañas, y segura confianza de que está gozando en el seno de su Dios y la esperanza de abrazarle para no perderle ya jamás, ambos felices en su venturoso

fin, si aun apesar de todo eso, en súbito arrebato de la pasion que se *antepone*, se desconcierta su alma, se desespera y enloquece, ¡cuál será la sensacion del alma gimiendo en la eternidad su última y propia desgracia, por culpa suya que vé clara, sin fé en nadie, sin esperanza en Dios, sin amor, con odio en sus entrañas para el hombre, para Dios y para sí!

¡Conqué ódio aun para sí! En el mundo el amor propio en grado de ser orgullo, es el último atrincheramiento en que se defiende el malo. Cuando el hombre ha errado contumaz y vé que el cielo se lo tacha, pues le remuerde su conciencia, que la justicia ejercida por los hombres le aferra en sus pies una cadena, ó que la sociedad entera le tilda con su frialdad, con su desden; acosado por Dios y por los hombres sin ceder al cielo ni á la tierra, busca el consuelo en su orgullo y su orgullo le consuela. La razon que Dios le niega y la justicia humana y la pública conciencia, se la concede solícito y atento el amor propio que le *esperaba* en su pecho. Será que ofusca su juicio, que ciñe venda á sus ojos, que no deja sentir ni ver si no su bien esclusivo que será el de su propia perdicion; pero al fin, perdido y todo, él encuentra el consuelo en su amor propio que le dice no has errado, yo te *otorgo* la razon.

Pero en cayendo en la eternidad el alma, una desgraciada, repugnante claridad se apodera de su mente; los preceptos son patentes, sus infracciones tambien! Qué horrores se le presentan á su vista en lo que su amor propio le concedia la razon! Para mi se perdió todo, porque para mi se perdió Dios, y se perdió para siempre; pero mi tormento está en que solo yo soy el autor: si pudiera decir que es injusticia, aunque en mi corazon no está, ni jamás estará Dios, ni nadie será mi amigo, yo concentraria en mi pecho el pensamiento, y, amigo al menos de mí, gimiendo conmigo mismo, beber mis lágrimas, diria, habrá sido mi destino. A nadie culpo, ni á *mí*.

Mas mi culpa yo la veo, mi culpa que me ha perdido, mi culpa que es sin remedio: y és tremendo reconocer su culpa propia,

culpa de insufribles males, culpa de males eternos, cuando sin esperanza de perdon sirve solo el conocerla para odiarse uno á sí mismo, teniendo que huir y *sin poder* hasta de sí, único asilo, asilo triste, menos que asilo de nombre, estando yo envenenado, maldecido!

§. I.

Y no es que por reconocerme yo causante de mi desgracia sin fin, me arrepienta de mis pasos ni aspire á cambiar de suerte: vais á saber mi condicion.

Todo lo ilícito, cuanto Dios veda y en la tierra amaba, yo lo amo: mi pasion la misma, si se diferencia en algo consiste en ser mas intensa y aferrada: yo abrazo solo la sombra, la memoria, pero con mas voluntad. Yo ódio aquí cuanto excitaba las iras de mi corazon; cuantas personas me fueron antipáticas ó repugnantes y odiosas, están enconando mis entrañas con mas furor y mas veneno: siento una terible privacion; serme imposible disponer las redes de la calumnia que envidiosamente disponia á las personas de mi envidia y de mi saña; ni dejarles clavado el aguijon envenenado de mi lengua. Algo puedo, algo haré; á mi sugestion se marchitarán muchas virtudes, al menos lo intentaré, porque cuanto hace sonreir al cielo inflama mi indignacion: en no conseguir los males que yo querria, en eso está la privacion y la sed que me devora. ¡Que interior!

El horror que el condenado esperimenta de sí mismo, el horror que siente de sí propio, que le acompaña, que jamás le abandona ni para alivio de un momento, que está en su mismo ser mas enlazado á su alma que serpiente ensortijada en la garganta, clavando incesantemente en cada punto de su cara el aguijon, y atadas las manos á la espalda para poderla apartar, suplicio *horroroso* debe ser. Porque ¡cuantos! ¡cuantos pecados cometi! ¡qué

horrendos! Toda la historia de mi vida se me presenta de un golpe con la mayor claridad: qué situacion tan desgradiada! Me tengo miedo á mi mismo, me tengo horror: ¡si pudiera yo apartar mi pensamiento! No estuvo en mi *dejar de caer* en este golfo de infortunio! ¿Quién impelió mi pié para arrojarme en su fondo? Varon justo me advertia; me reñia mi conciencia; ejemplos buenos me hacian abrir los ojos; la religion me llamaba y mil inspiraciones hacian vibrar mi corazon; con menos tuve bastante; mi perdicion la obré yo, este pensamiento es mi verdugo. ¡Podré yo soportar mi situacion!

El hombre sin Dios és débil: si un arrebato de furor le entumece el corazon por un instante, no es sino para caer en postracion más profunda. No se abriorou mis ojos á la aurora para venir á parar en este antro tenebroso: mi alma que se estasiaba en la transparencia del pabellon estrellado de los Cielos, destinada á presidir el desórden, el caos, el horror!; mi corazon que no ha olvidado el dulce arrullo de su madre en los dias de la infancia, ahora urna cerrada del rencor eterno y de perfidia! Yo me congojo, yo no me siento con valor para sufrir, no la amargura del veneno que rezuma de mis lábios, sino el torcedor de la ignominia merecida por *mi vileza* en la escena de la vida.

Otra consideracion me asalta que acaba de ajar mi orgullo y agrava mi situacion.

Sino hubiera más en el mundo que séres tan desgraciados como yo, lamentaria mi desgracia que ni comprender sabria bien: pero que nacido yo con idéntico destino, y habiendo recibido ó rehusado en toda la carrera de mi vida idénticas gracias ó mayores para encontrarme en la region de la dicha, tenga yo ahora que ver engolfados en ese mar de luz, que los embriaga de gozo y de dulzura, al pariente, al amigo, al deudo y al tierno compañero de la infancia, y asegurados para siempre, miéntras que yo me abrevo en este lago inalterable de hiel...!

Y de cuantos modos se agrava mi confusion! A ese parriente ahora feliz, le odiaba yó; á ese amigo le ofendí yo desleal; á ese

deudo fuile ingrato; y al que con migo jugára en la inocencia, des pues mi orgullo le dió en rostro con desden porque su esterior era el del pobre. Un condenado, el ser mas vil de cuanto del caos salió, creia envilecerse en su amistad, qué ¡con solo hablarle!; y el Señor del universo le abraza con efusion, llámale hijo, le entrega sus tesoros heredero: le revela sus íntimos secretos, franquéale todo el cielo, le embelesa en sus bellezas, en sus encantos le arroba, y en embriaguez celestial le engolfa en inmenso amor por toda la eternidad.

Cuanta dicha la del cielo! Mi suerte enfrente qué horrorosa! De todo soy yo el autor; entre todo, este es mi clavo; este remordimiento intimo, incesante de que mis pecados solos me han privado de los bienes que perdí, atrayéndome los males que me atormentan y que jamás han de dejar de atormentarme, me enfurece: el furor en su punto culminante me arroja en el desfallecimiento sin consentirme morir; y rehaciéndose otra vez entumecido escandece las llagas de mi alma, las aviva, las lacera hasta hacerlas insufribles... y mi rabia se convierte solamente y reconcentra contra mí. Esa oscilacion tremenda bastaria de tormento, pero aquí los suplicios se suceden, se multiplican, se agrandan. ¡Cuántos suplicios encierra solamente ese gusano incansable que nunca, nunca dejará de roher en la conciencia! Cuantos són los recuerdos grabados en mi alma, tantas son las sensaciones crueles y variadas que ese gusano renueva incesantemente en mis entrañas.

§. II.

Pero y del fuego que consume al condenado y no le mata qué os diremos? Siempre lo atroz de una pena es la prueba concluyente de la enormidad del crimen: cuando la *bondad* característica de Dios ha tenido que entregarle el reo á la *justicia* que le arroja á los tormentos de inestinguible fuego ¿cual será, lector,

cual será el horror que cometemos en un pecado mortal que nos lanza indeclinablemente á ese tormento?

El que obra con rectitud poniendo fija la mira de sus acciones en su fin, en Dios, en Dios encuentra su perfeccion y su gozo. ¿Hay pues cosa mas justa que los que su fin lo ponen en lo terreno, en estos mismos obgetos encuentren su afliccion y detrimento? ¿Dejaste á Dios? le perderás, los estragos de su ausencia te consta ya cuales son. ¿Buscaste en su lugar las cosas que deben el ser á Dios? Dios callará, pero esas mismas cosas que le disputan á tu eleccion la gloria de ser el blanco, el fin de tus miras, la gloria de ser tu Dios, esas mismas las hará servir á tu tormento. «Huid malditos, huid al fuego eterno» eso os dirá: lo que halagó vuestros sentidos lo colocasteis en lugar de vuestro Dios; la usurpacion de mi soberania fué tremenda, fué muy audaz usurpacion; y en tremenda *forma*, la del *fuego*, sensible como fué mi usurpador, os está dando el merecido.

No repliqueis infelices, porque sé lo que pensais: ese fuego mi voluntad lo enciende, lo mueve, lo aviva, lo conserva inestinguible y atormenta ya al alma sola, desde que el hombre muere. Y teme ingrato mortal, teme y vuelve á tu juicio en lugar de entretenerte insensato en imaginar dificultades sobre si puede ó nó puede, siendo el alma mero espíritu, sentir tormento de fuego: ¡con la Omnipotencia arguir sobre imposibles! ¿Se queja acaso un cadáver? cuando se quema el *vivo*, pues, ¿es este armazon visible ó es el alma quien siente la accion del fuego? y la materia del cuerpo á cuyo través siente el alma agudísimo dolor?: si al alma así *embozada*, Dios hace que le llegue el fuego, ¿cómo nó le llegará *desnuda*? Y quien midió el poder de Dios para saber la condicion que imprime al fuego con que castiga y en su Evangelio amenaza? Piense el mortal seriamente en *evitarlo*, desista de *discutirlo*: una chispa fugaz nos estremece y se nos hace intolerable y corremos al agua, al alivio y al remedio ¡qué hará un alma en combustion, flotando en lago de fuego, intenso siempre y voraz, siglos enteros testigos de su dolor!

Una reflexion asalta cediendo al *sentimiento* de irresistible compasion. Dejará el Dios de la clemencia de poner un fin á ese dolor? ¿lo esperais? no lo espereis, contesta el mismo condenado: podria Dios poner un coto quitándonos la existencia, no lo hará, sabíamos que el alma es inmortal, y, que el cuerpo será igual dentro de un plazo, nos lo tenia advertido: que la pena sea eterna, estrañeza no nos causa, este conocimiento claro es otra insufrible pena.

Ni creais tampoco que habrá un momento en que Dios, dándose por satisfecho declare cumplida su condena; ¿ignorais que la pena Dios la tiene establecida para restituir á su igualdad primitiva el órden, el equilibrio del gran plan trastornado por la culpa?; y esa igualdad, esa reparacion de la justicia ¿cómo? sino dejando Dios pesar su mano sobre la cabeza del rebelde, tanto tiempo cuanto rebelde sea contra su Criador y contra el órden por el Criador constituido? ¿y no sabeis que rebelde lo ha de ser eternamente el que rebelde murió? ¿Sólo privándole de la existencia, y no lo hará, dejára el muerto en pecado de ser rebelde á su órden, y odiar el órden y á Dios; y odiar, no solo como el pecador acá en la tierra que el acaso nó lo advierte; le odia sensiblemente, con el ódio de la saña, con el veneno del rencor.

Que la triste situacion del condenado sea eterna ¿á quién estraña? Es otra cosa por ventura que la sancion de ley divina solemnemente promulgada?; á quién se ocultó la pena en que pecando incurriria?, ¡si será Dios aquel tirano proverbial de antigua Roma gentil, que publicaba sus leyes en microscópicos caractéres y escondidos, para complacerse en su infraccion! La sancion de pena eterna os la promulga á su nombre desde niños la madre en sus embelesos, y el padre en noche de invierno; en inmensa turba el párroco y en las aulas el maestro. Adulto ya, el cristiano lo encuentra en cada página del Evangelio, y mil y mil veces en la perene enseñanza del sacerdocio á los fieles; á todo hombre en fin, sin escepcion de uno solo, se lo enseña su razon, se lo intima su conciencia; tenia Señor que carecer de pena la infraccion de

vuestra ley, ó tiene que ser su sancion, sancion eterna.

Y en esa pena sin fin conque Dios escuda el cumplimiento de su voluntad ó santa ley, ¿quién no advierte el último rasgo precisamente de su amor? Con esa pena, con ese grito severo os proponeis, Dios de bondad, que los ménos sensibles á tu amor por lo que sois, y los ménos agradecidos por lo que en su bien haceis, y los que ménos aprecian lo que ellos pueden perder, y los más terrenos que por mezquino afán presente truecan á ejemplo de Esau la primogenitura de tu bendicion eterna; que todas estas suertes de hijos tuyos dejen de poner el pié, ó puesto lo retiren de toda vereda que no sea la de la puerta del Cielo; eso y sólo eso, entrañas grandes, amor para comunicar amor, tesoro inmenso á repartir, felicidad de hacer feliz, eso es y nada más lo que por vuestro preponderante sentimiento de bondad os proponeis.

Conoceis el corazon de vuestros hijos; sabeis cuán fácilmente se deja esclavizar de una pasion: que su apetito vehemente le impide entonces conocer ni amar sino el bien aparente en que se ceba, y sordo é insensible á las motivos de amor, de gratitud, de pundonor, de conveniencia propia y dicha eterna, sabeis, sí, que solo sintiendo sobre su cabeza vibrar el rayo fulminante del infierno soltará esa presa que le desvia, ó entretiene á despecho vuestro en el camino; y el temor que regirará su concupiscencia exaltada podrá luego ser dolor, y receloso á la vez y confiado marchará hácia Vos en su carrera y al fin con ellos llegará. Que el divino pastor que á su inmenso rebaño alegra, y dócil le conduce en dulce silvo á través de estéril arenal á beber las aguas de cristalina corriente, no vé con *ménos* amor incorporarse la oveja que amenazó con el cayado.

Esto se propone Dios, repetimos, con fulminar pena eterna mientras que es solo nuestro padre: pero cuando sus hijos mimados mas que el infante en brazos de tierna madre, y amonestados mil veces y de mil modos con cariño, dejando ya de ser hijos que dan solo *criaturas* entonces vos os llamais el *Criador*.

Entonces Dios sube á su trono que descansa sobre sol. Rey del

universo, á la magestad de su semblante todo calla, tiembla todo. Legislador universal, con voz entera, con ademan de Dios muestra al mundo la aplicacion de pena eterna como el complemento de su plan.

La felicidad eterna de los seres libres es todo el pensamiento de mi Ley; dicha sin fin espera á quien la cumpla; á quien la infrinja pena eterna. Y con todos los poderes refundidos en su mano, Él que intimó la ley, Él juzga su trasgresion; una palabra pronuncia y esa palabra *sentencia* comienza á cumplirse por sí misma.

Y es eterna la pena que le impongo al infractor, como eterna es la dicha con que corono la lealtad del justo, porque la armonía moral concordada para el ángel y el hombre en mi universal legislacion, es de importancia infinitamente mayor que la armonía de los cielos estrellados resultado de acorde cumplimiento de otras leyes que les di. Y como si una sola de esas chispas de diamante, al parecer, que vibran en la techumbre trasparente de la grandiosa mansion en que á todos os dejé, aunque, vuestra ruda frente no agradezca, como si una sola de esas estrellas, decia, abandonara su puesto, perdido el equilibrio, la fábrica del universo se hundiría, murmurando toda inteligencia y justamente de su autor, ¡qué dirian el ángel bueno y el alma que goza ya de la bienaventuranza, que dirian de su Dios, si del vasto plan de creacion y redencion vieran, sí, en todos los momentos subir del suelo almas cándidas como palomas veloces á su nido; y al mismo tiempo y á tantos impenitentes, sombras de la creacion, manchas de la redencion, oprobio y pesadumbre de la humanidad entera, no verlos salir jamás por la carrera enlutada á su *destino* que saben ellos en su conciencia cuál es! ¿Cómo? mónstruo de crímen ináudito que puso en conmocion todo el Estado, á quien la conciencia pública irritada está esperando en el *crítico* momento de presentarle al suplicio, porque ni la compasion excita, y la nacion entera *saber* su ejecucion ¿cómo privarle de la vindicta pública, franqueándole el mismo rey oculta fuga? ¡qué diría el mundo de la dignidad, de la justicia, del carácter de ese rey!

Sobre todo: cuando mi plan se presenta en toda su grandiosidad con la aplicacion de pena eterna es, pasado el soplo del tiempo, que un soplo son todos los siglos frente á la inmoble eternidad.

Detenido á mi voz el curso de los astros, apagada á mi señal la luz de cada uno, allá en un punto culminante, entreabriéndose los cielos de la gloria, abierto luego un mar de resplandor desconocido pronunciaré una palabra «Mi plan entero está cumplido.»

Juntos aquí á mi diestra Ángeles fieles y Justos, ahora principia de lleno vuestra bienaventuranza; juntos allá en mi siniestra Ángeles rebeldes y Réprobos, ahora principia en rigor vuestra desgracia.

Ya no hay reloj en el mundo: lo dejo todo en quietud: se llama todo eternidad, eternidad... Vosotros santos *cantad*, réprobos, seguid vosotros *blasfemando*. Los unos me amais por bueno; los otros me odiais por justo: esa bondad y esa justicia pregonan eterna mi *gloria* y es el emblema que dejo coronando lo alto de la puerta, *cerrada* la eternidad.

CAPÍTULO III.

Testimonio de la sentencia que el hombre está haciendo méritos para ESPERAR ó TEMER.

El dogma de la resurreccion es una creencia difícil y como inverosimil á la razon humana.

El hombre lleva en su corazon el dogma de la inmortalidad: un sentimiento íntimo se lo revela, se lo intima, le arranca su

asenso irresistiblemente, y sin vacilar lo cree; pero esa inmortalidad es de su alma, su alma sola obra entonces á su ver, lo que ella le dice al hombre lo dice de sola el alma, y es tan cierto que á ella esclusivamente se concreta el sentimiento de inmortalidad, y que en ella sola se concentra al intimarle y asentir y creer *naturalmente* en ese dogma, que el alma sola parece ser entonces todo el hombre.

El cuerpo no entra para nada, su mirada lo acompaña hasta el sepulcro, y acostumbrada á verle terminar en un puñado de ceniza, constándole que en ese polvo no se pueden encontrar los despojos del espíritu, satisfecho con saber que sobrevive á la ruina de este instrumento de su accion, que así le llama; y con guardarle además determinados respetos y memoria que confuso y vago sentimiento le demandan, no pasan más adelante sus convicciones ni sus miras por lo que al cuerpo respeta. Colóquese el hombre, retrocediendo de golpe, en aquella edad en que su atencion jamás se habia puesto á meditar aisladamente sobre el dogma de la resurreccion que la fé, aun la cristiana fé llevó á su alma, y, eso es, dirá, lo que pasó en mi cérebro, lo que debe pasar por el de todos. Estudie el hombre con intento en los Poemas que la gentilidad nos ha legado; y en la Iliada de Homero, y en la Eneida de Virgilio se confirmará de esta verdad.

Un testimonio más deseamos presentar aún, que no consista en lo que *callan* y en lo muy *vago* de lo poco que, en esos momentos de la gentilidad más sábia, encontrareis. El libro, Los hechos apostólicos, uno de los setenta y dos de que la Biblia consta, queremos que lo considereis solamente, pues es histórico, como una historia tan verídica no más cual reputais la de Josefo, de Strabon ó de Plutarco. Refiere, pues, ese libro que, habiéndose presentado el gran Apóstol S. Pablo en el Átrio del Areópago de Atenas, hizo un discurso sobre la resurreccion, con el entusiasmo y tino que del Apóstol de las gentes debemos todos presumir, á mas de lo que en el texto se contiene. ¿Quereis saber lo que terminado su discurso aconteció? Unos, dice, le hicieron irrision; duro es este

sermon digeron otros; sobre esto volveremos á escucharle, digeron los más atentos y prudentes. El hombre, pues, que siente la inmortalidad del alma y la profesa, ni siente ni profesa, ni un le ocurre pensar solo en la *inmortalidad* del cuerpo.

Al decir esto, y al calificar el dogma de la resurreccion de creencia difícil y como inverosimil ¿es decir que sea disonante ú opuesta á lo que la razon alcanza y el sentimiento le anuncia por no decir le prescribe? ¡Oh! Al contrario, es tan conforme, que la razon *sola* del hombre podria llegar al convencimiento de que su parte material tiene que seguir inevitablemente la suerte misma del alma.

No se desarrolla en sus facultades el espíritu, si los sentidos no le prestan un auxilio imprescindible: ni una idea habria en su sentimiento sin ser ántes impresionado un sentido: ni entendimiento existiría que supiera discurrir, ni memoria en aptitud de retener, ni imaginacion con que dar brillo á impresiones de los objetos existentes ni crear los que no existen. La voluntad seria instinto, impulso ciego; pero ese libre albedrío donde se elabora el mérito del mismo cielo, eso tampoco, imposible; ninguna facultad existiria, el precioso don de la palabra permaneceria mudo. Por eso el alma sola no es el hombre: el complejo de entrambos elementos no solo unidos antes de nacer, si no que unidos de tan *íntima* manera que no podrian desenvolverse, ni vivir su vida propia sin su recíproco concurso, ese complejo es su esencial condicion, lo que constituye al hombre, hombre. Y tan íntima, tan imprescindible y hasta misteriosa union ¿no está diciéndole al alma que al entrar ella *definitivamente* en esa vida que es su término, y á la que está ordenada la presente, los dos elementos de su ser en el plazo decisivo de su suerte, deben encontrarse *juntos* en su fin?

Y si el cuerpo debe ser compañero de su alma allá en el término, porque lo es en la vida material y en la intelectual tambien, ¿cómo no por la razon de serlo en su vivir moral?

Se habrian cumplido las miras del Criador conque haya contribuido el alma al desarrollo y complemento del cuerpo, para

vivir dentro de su cérebro como en preparado alcázar? Ni se dirian cumplidas las miras del Criador conque el cuerpo haya ausiliado, poniendo á su servicio sus sentidos, el desarrollo y complemento de las brillantes dotes del alma. La vida de la inteligencia meramente, que piensa y habla y escribe, por asombrosa que ella sea y por asombrosamente que lo haga, era el fin último á que el Criador la destinó? La vida animal ó física, para asiento de la intelectual está ordenada, y aquella y esta á la vez, pero está de modo inmediato, están ambas ordenadas á ponerse precisamente al servicio de la vida moral en cada hombre. Quitadles este propósito, este fin y ni á la vida física ni á la intelectual les encontrareis razon de ser.

Pues bien: aunque mas que bastante era esto solo, tan esencial, tan imprescindible, tan directa participacion ó concurso como el cuerpo tiene en la vida de ese primero y segundo órden, la tiene *ademas* en la vida moral ó del tercero.

Decid: el salvage, al salir de un precipicio, ó al estampido del trueno; en lance de gratitud ó de temor es sola el alma la que levanta su consideracion? No es instintivo, inmeditado alzar los ojos al cielo? Y en temor, cae la consideracion aislada, sola, ó caen en tierra sus rodillas? El cuerpo del bruto, de la fiera se empleó jamás, se honró en tales oficios? ¡Oh! El cuerpo humano, aunque de los mismos elementos en número y calidad, algo tendrá de más digno y *elevado* que el cuerpo de ningun otro ser tiene!

Y el alma ingrata y soez, y el alma impia cuando hiere al cielo ¿lo hiere con el pensamiento solo? No es la flecha disparada por la lengua que lo rasga? y qué hay respetable á su ademan? inviolable á sus manos? y sagrado que su planta no profane? Para hollar sacrílego el signo mismo de su propia redencion, ¿no es material planta de sus pies lo que la cruz ó al crucifijo pisotea? Algo habrá tambien de mas indigno y demás *vil* en este cuerpo que al del racional no degrada ni envilece!

Decid, y los ojos que, en ese hombre, se emplearon en mirar siempre lascivos, y la lengua que insultó mofando ignoble al aba-

tido, y la mano que alevosa hundió el puñal en inocente pecho, y los pies que le llevaron al umbral de bochornosa cita y criminal, le dice al hombre su razon si deben acompañar ó nó tambien al alma aquel dia... que su interior le hace temer, asegurándole en silencio que será marcado de ignominia por más que la justicia humana no lo sepa ni á mortal alguno conste ni pueda echárselo en cara?

Y ese otro hombre cuyas plantas se encaminaron solamente á salvar el umbral del que gime en el dolor, del desvalido, del huérfano y de la viuda desolada; cuyas manos se ocuparon sólo en socorrer, cuya lengua á nadie hirió, y, en cuanto pudo dió consuelo, pactando á más con sus ojos que supieron estar fieles al pacto, recatados, ¿le dice á ese hombre su razon si esa mitad de su existencia identificada con el alma en la manifestacion de su virtud, que á Dios sirvió en su corazon y en su corazon de carne le sintió, y en sus manos llevó auxilio, el alivio y el consuelo á sus hermanos; y que con Dios y con los hombres realizó todos sus rasgos de santo culto y de virtud: esa parte de su ser á que ántes de nacer se encontró unido y de que siente temor y estremecimiento en separarse: que siempre se reputó una misma cosa, reputándose identificado así por imperiosa voz de su naturaleza misma que es la voz del Criador; que fiel á ella y confiado se creyó y *fué* siempre un mismo ser ó *persona* para el gozo y el dolor, para lo bueno y lo malo, lo que honra y envilece, y á la conciencia la tranquiliza ó la aterra, ¿le dice al hombre su interior si el dia en que definitivamente comenzará su inmortal vida, segun su porte en el tiempo, le dice si esa mitad, mitad completa de su ser, debe volver á la nada... ó recoger y esto con aquellas mismas manos y ceñir en aquella misma frente el laurel que *juntamente* en el estadio merecieron?

Para decirle lo primero era necesario que al mismo tiempo digera que la voz del Criador que le hace sentir ese consorcio indisoluble, le llevó engañado hasta el presente, y que le resta de engaño lo que le resta de vida.

La resurreccion del cuerpo, pues, queda patentemente probado que la luz de la razon la vé; el íntimo sentido la adivina. Más como á la razon le ocurre apenas aplicar su débil luz á esa escondida verdad, raciocinar sobre ese asunto, y el rayo de su claridad no despierta el sentimiento *íntimo*, hiriéndole dentro del pecho donde yace adormecido, latente allí y casi yerto, por sí solo, en este punto, dice poco. De ahí que el dogma de la resurreccion no obstante su consonancia con innata aspiracion, y al alcance del mortal, es sin embargo como una creencia difícil á la razon *sola* del hombre.

§. I.

Innegablemente, para él es una verdad estraña; y como á proporcion que estraña; es tambien inverosímil, á la par que de una importancia suma, el Salvador ha cuidado con esmero de hacer patente la enseñanza de tan profundo misterio, haciendo que á la leccion siguiera el esperimento.

Ni es nuevo este procéder del Salvador en la economia de su admirable plan de redencion. Íntimamente enlazado con ese gran pensamiento suyo está el pasage en que lo vais á ver así.

Sabe Jesús cuales y cuantos son los motivos concluyentes que sus apóstoles tienen de reconocerle Dios. Sabe tambien la debilidad del hombre, la fuerza con que la opinion general aunque sea erreda arrastra como en torrente al mas atleta siendo solo. Sabe que dentro de contados dias vá á espirar en un suplicio, vé con la claridad con que se ven los objetos bañados por la luz del sol, que sus apóstoles contemplando á Dios en la humillante carrera del suplicio no solo se ocultarán dejándole abandonado ¡ha! seguirle allí diciendo «matais al Salvador del mundo» reclamaba valentia sobrehumana que no habian recibido aun, vé, deciamos, que no solo no asistirán al escenario de su muerte, que fugitivos y ocultos

temerán haberle pertenecido, que preguntados volverán el rostro para eludir el compromiso, si es que en su mismo pecho dudarán si un ajusticiado *era* su Dios.

Pues bien, algunos dias antes hallándose entre sus apóstoles escoge á tres, se aisla de los demás y subiendo á la cima del monte Tabor, dos leguas de Nazareht, solo allí con Pedro, Santiago y Juan, ¡qué escena tan sorprendente! Jesús retrocede algunos pasos, ellos le miran, el cielo se entre-abre sobre su misma cabeza, Moises y Elias brillando en la gloria, á diestra y siniestra de Jesús, que, aéreamente alzado á su nivel, envuelto en la luz de Dios, se les muestra, su rostro resplandeciente como el sol, blancas sus vestiduras cual de nieve. Anhéganse los apóstoles de gozo, y hablando Pedro de permanecer allí, una nube los oculta y le interrumpe, y saliendo de su fondo aquella voz que decía «Este es mi Hijo en quien me hé complacido, oidle á Él,» á esta voz caen sobre su rostro aterrados los tres espectadores.

Así prepara Jesús á sus Apóstoles, así afianza su fé; Él sube al monte, al imperio de una mirada suya se rasga el cielo; en pabellon la Bienaventuranza se entre-abre. Él mismo en forma humana gloriosa ocupa el centro; la Ley y los Profetas que Moisés y Elias simbolizan rinden ante sus Apóstoles el homenage de reconocerle Dios, y por si algo pudiera echarse falta todavia, la viva voz del Padre Eterno, aquella misma voz que estando Jesús dentro de las aguas del Jordan al recibir el bautismo de manos del santo Precursor, salia del fondo del cielo declarándole su hijo ante las turbas al principiar su pública mision, aquella voz mas imponente que el trueno en el desierto, aquella voz sin igual en la tierra y en el cielo volvió á dar testimonio de *Quien era* poco ántes de morir en el cadalso. «Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido» esto pronunció la voz; y si la vista del sorprendente espectáculo de la aparicion gloriosa en vez de aterrarlos los atrajo, ¿qué tendría de terriblemente grande y magestuoso aquella voz que les hizo caer despavoridos sobre el rostro? ¡Oh! profundo modo de dejar á sus Apóstoles probado por esperimental conven-

cimiento, y en ellos al mundo entero, que su Maestro era su Dios!

De análoga manera, pues, les dejó luego esplicado y en ellos tambien al mundo todo, el dogma de la resurreccion; inverosímil dogma si á la comprension humana, pero tan de trascendencia suma que allí mismo en el Tabor Jesús la reputa como testimonio mas concluyente aún de su divinidad, para el mundo, que el que acaba de ofrecerles á ellos solos. «No digais, advierte, esta vision, hasta que yo resucite:» si no me *ven* resucitado, quiere decirles Jesús, nada creerán de todo esto.

Y el mismo á quien sus Apóstoles acaban de ver transfigurado sobre la cima del Tabor abierto el cielo, van pronto á verle en la cumbre de otro montecito no distante, levantado en alto entre dos facinerosos, suspendido en la ignominia de la cruz. Y el mismo á quien todo el mundo acabará de ver en la afrenta del suplicio, hipócrita, al creer, y escarnecido, el mundo entero le verá pronto despues triunfante del abatimiento, de la irrision y de la muerte, porque le verá resucitado; rebosando de nueva vida y mas pujante, le verá admirado hasta el estupor de cuantos tengan la dicha de fijar en su radiante figura su mirada, y vencedor le verá, en fin, no solo de su muerte en cuyos brazos se entregó tan resignado cuanto noble en abnegacion sublime, sino que vencedor de la muerte que al mundo todo tenia enlutado el corazon, trasfigurando con su triunfo, en personas tan gloriosas como en su humanidad resplandeciente vieron todos, cada uno de esos restos exánimes y frios que cada sepulcro traga.

La muerte del Salvador es el ejemplo de morir el hombre; la resurreccion es la gran prueba, el ejemplo vivo, es la *esperiencia* palpable de *resucitar* y de vivir en la gloria.

Si Jesús hubiera muerto de muerte natural como un santo Patriarca, ver morir á un Hombre-Dios ¿qué amor no probaria ya, pasar por el trance de la muerte para enseñarnos á morir sin ese miedo natural? Pero muriendo en la cruz y por la perfidia de aquellos á quienes venia á redimir ¿alcanzará, medirá el hombre el amor que ese morir lleva entrañado?

Sabia Dios que los hombres le guardarian una cruz, y del crimen mas audaz que la audacia, no del hombre sino del mismo Luzbel, podia acometer y consumar; del crimen que el Sol no quiso ver y que la Tierra vacilante y temblorosa no podia soportar, Jesús sacó el último rasgo de su corazon de Dios; sí, la muerte que me preparais la acepto; precisamente voy á ofrecerla por vosotros ¡Qué porte! A quién no deja desarmado! A quién no derrite el corazon! Pero á la vez que tan sublimemente generoso ¡qué sabiduría tan profunda!, qué admirable complemento y cima va preparando á su obra! Ah! és muy hermoso que el Redentor generosamente se someta á la misma pena que el redimido mereció.

El dia en que comais de ese árbol vedado morireis: comieron y murieron; esto es, de inmortales en cuanto que podian *no morir*, quedamos mortales todos y quedando nuestra cerviz bajo la guadaña de la muerte, esperamos solo el dia en que cayendo sobre ella nos siegue el hilo de la vida en la garganta. El hombre que comete el atentado de herir, y como matar la soberanía ó voluntad del Criador, infringiendo un precepto, único precepto y que de viva voz ha escuchado de su misma boca y en aquel escenario donde acaba de recibir la vida, y ser colmado de tesoros que de sus manos derrama Dios como un torrente sobre su cabeza, ese hombre, al Redentor que viene á ser su fianza de aquel crímen, de mil en que se precipitó despues, y á más á pagar cuanto debió pagar él, á ese fianza le asesina.

Qué le resta á Dios hacer! Qué? Hacernos quiere inmortales nuevamente, en cuanto cabe, cual lo fuéramos en el paraiso. Porque muriendo Jesús, desde el suplicio ofrece al cielo su vida y su tormento en beneficio del verdugo; así el alma muerta queda viva, y, para hacer inmortal tambien al cuerpo, resucita; y ese cuerpo de Jesús que al derribar la losa del monumento que le encierra se presenta *invulnerable* y *ágil* y *sútil* y *claro*, esa celestial humanidad resucitada, eso es la prenda que nos deja de que esa misma sublime condicion será la nuestra. La esperiencia en Jesús

testifica del hecho y sus propiedades; y á nombre de Dios os lo confirma San Pablo.

El mundo hubiera dudado hasta de si Jesus era hombre cual lo somos los demás; vision, aparicion, fantasma, forma vaporosa como la que el ángel toma; eso se hubiera dicho ser Jesús; pero muriendo ¡ah! ¡qué le quedará ya de que dudar al mundo! Muriendo testifica de su *vida:* pudiera recelarse aun si hasta su muerte fué aparente, fué supuesta fué fingida; pero Jesus resucita, resucitando asegura al mundo entero de la verdad de su *muerte.* Y siendo su resurreccion gloriosa radiante de luz mas pura que la del sol, en los brazos de la cruz en que esperó á esa misma muerte dejó colgado el trofeo de su triunfo sobre ella. Y ese truinfo de Jesus sobre la muerte que no solamente no es fingida para nadie ni aun solo muerte natural siquera, sino muerte y muy amarga que le hizo beber el mismo hombre, ese triunfar sobre la muerte, sí, lleva un aire de peculiar sublime que al hombre á quien ese rasgo enaltece, le hace retroceder antes hasta reconocerse mas pequeño que en su misma nada era, dejando Dios á la vez esculpida su nobleza inconcebible en una inscripcion mas alta que la bóveda del firmamento. Las llagas que en esas manos, que fabricaron el cielo, se conservarán eternamente señaladas, serán tambien eternamente la palabra escrita mas sagrada y elocuente de la perfidia del hombre, de la nobleza de Dios.

Pero que raudal de beneficios brotando del mismo crimen! Á manos si, á manos del hombre muere, y si en vez de retirarse Jesús de entre nosotros sin morir, elevándose y desapareciendo como una nube de incienso; muerto y ante todo el mundo, y ejecutado en un suplicio le recordamos apenas cual narracion de *memoria,* ingrato aun con eso nuestro porte, y por consecuencia estéril para nosotros siempre en desden á beber en la fuente de sus méritos; ¿cuanto más ingrato fuera y más estéril sin la impresion de aquel suplicio? Pero no está todo en eso.

Pensar en morir nos dá pavor; á manos del hombre Jesús muere, y muriendo Jesús dice el gran Pablo, el temor á la muerte se

borró, porque siendo como es el primer paso de la resurreccion que el cristiano vé patente en la que el Salvador se presenta como ejemplo vivo y por modelo, la muerte que le espera á quien espera tambien resucitar y vivir eternamente, mas bien que muerte es tan solo esa lágrima, ese llanto pasagero en que por ley indeclinable y general tiene que prorumpir todo infante cuando nace *si* ha de *vivir* en esta vida: el aire vital precisamente no puede entrar en sus pulmones sin arrancarle ese bajido: así la angustia de la muerte es de idéntica manera una *condicion* indispensable y nada más para presentarse en la última fase de la vida que es la eterna.

Morireis sí, como tambien yo muero; solo muriendo podia resucitar, y resucitar es recoger el último laurel que podia recoger, y recogiéndolo yó, recoger vosotros sobre la faz de la tierra. Porque remover un muerto, de improviso, la losa de su sepulcro, levantarse vestido de luz en lugar de la mortaja y fijando el pié sobre su borde derramar dentro de él y su contorno el resplandor y la alegría, convertido su ántro tétrico y oscuro en foco de la claridad mas apacible y más bella, es no solamente la derrota de la muerte, es ahuyentarla, es estinguirla, pero estinguirla para sí, estinguirla para siempre, para todos.

La muerte pues que consiste solo en prepararse á eterna vida ya no es muerte. Y si se predica decia á los habitantes de Corinto el gran apóstol S. Pablo, qué Jesús resucitó entre los muertos, ¿cómo hay quién dice entre vosotros que no resucitará el mortal? Lectores, la muerte es la desorganizacion, la descomposicion, la corrupcion de nuestro cuerpo, y presentarse Jesus despues de muerto en un cuerpo incorruptible como el céfiro y la luz, es haber escapado del abrazo de su áliento corruptor, es haberle aniquilado su eficacia destructora quitándole su virtud y hasta su nombre, es en fin haberla hecho servir á poner en relieve y resaltar el triunfo de su poder divino, como se obliga á la sombra á que los golpes de luz en diestro cuadro, se destaquen brillantes precisamente á costa de ella.

Cristianos, demostrado os queda ya con el esperimento sobre

mí, para aquel dia en que el descarnado esqueleto de la muerte se presente en vuestra consternada estancia, á llevarse en su guadaña el frágil hilo de la vida, demostrado os queda, digo, que esa misma guadaña que os aterra es aparente, porque hecha pedazos queda ya la verdadera dentro del sepulcro en que triunfé: que triunfando para mí triunfé para vosotros; que os levantareis tan incorruptibles é inmortales como yo, porque resucitando yo, á la muerte la maté.

La muerte no la temais, delante supe yo ir, y mi existencia nueva palpablemente la observais; morir ya no es morir, es dejar ese vestido que llevais, no decente en el recinto de la gloria para tomar otro despues de su propia, idéntica materia sí, Job y San Pablo lo sabian; pero será *ya brillante* como tegido con hebras todas del Sol; más *ágil* que la brisa ondea, serán sus movimientos flotando en la inmensidad; *sútil* más que el éter del espacio; y de una *claridad* más bella á los ojos y más viva que la del velo de ese tul que transparenta el lejano reverbero del firmamento estrellado.

Esa será, si quereis, vuestra condicion, mortales, ¡Ah, si meditaseis bien en esto! Un torbellino de polvo que así brilla y ondea, y se espande y diáfano se transparenta, es la materia; dadle forma humana á esa flotante nubecilla de polvo de diamantes y de oro, que, herida y compenetrada por los rayos de la luz del sol, se levanta encantadora dejando el sepulcro abierto, y esa será justos, esa la condicion de vuestra carne y vuestros huesos; ese es el cuerpo que viste el alma gloriosa, ese es el que allí se usa, ese es el hombre del cielo. Sapientísima aptitud que el soplo del Criador dá de nuevo á la materia, para que, pues está siendo la mitad de nuestro ser en la carrera del tiempo mientras vemos á Dios solo con fé, allí en la eternidad, en glorioso consorcio con el alma á cuya condicion *se acerca*, se engolfe sumergida en ese piélago de luz, de dulzura y de alegria, estenso como la inmensidad incircunscrita por riberas, tranquilo como la eternidad, y como la eternidad, sublime.

CAPÍTULO IV.

¡Dios con Madre!

Racionalista; en tu bien: un testimonio más queremos presentaros que ha de haceros comprender la *aridez* en que vivía vuestra infeliz razon emancipada, y la infecundidad de vuestro corazon, cuando os *reiais*, como se *rien* formales espositores del Evangelio, formales al parecer, en esa Alemania de pensamiento congelado.

Es uno de los dogmas, acaso el que mas encanto entraña, de entre todos, para la razon y el sentimiento.

La Madre de Dios, esa Virgen Madre, esa Criatura, la única de los mortales, que exenta y preservada de la inmunda corriente del pecado original puede llamarse además el tipo existente y vivo de la condicion del Paraiso, esa Virgen *negada, imposible* al racionalismo, á la gran mayoria de las modernas sociedades, es la *contraseña* mas patente de la diferencia esencial, del abismo que los separa de la religion católica, y el sello mas inequívoco, mas limpiamente cincelado y espresivo de la *ignominia* que en la frente del racionalista queda grabada, viviendo como aspiran á vivir sin esa verdadera Madre del Autor de la religion única que salva, sin ese encanto del alma, sin ese ejemplar viviente de la hermosura y grandeza de la perfeccion cristiana, cuya imi-

tacion, en cuanto es dado, forma la honrosa carrera de toda la humanidad.

De la misma carne y huesos que nosotros, de la misma condicion en todo, para honor y confianza y consuelo del mortal, se diferencia en una cosa para nuestro santo orgullo. Es la única persona en que, al unirse su alma con su cuerpo formando el ser racional, quedó completado el Ser ó la persona, limpia y libre de esa mancha del origen que nadie puede eludir, y de que teneis cabal idea, pues aspiramos á darla en el lugar que era propio.

Y esto que la Iglesia Docente ha definido, y es ya un dogma de fé, queremos que, como en todo, veais tambien si se ampara en fundamento que vuestra *razon* rechace, ó que á vuestro *corazon* repugne.

Lectores: que María sea Madre de Dios no és un pensamiento bello, es sublime.

Ese Génio que descansando en noche eterna en compañia de dos personas más tambien augustas, se levantó súbitamente, y encendiendo una antorcha que arde todavía y no se gasto, fabricó á su luz la máquina del Universo, y estendió, como una piel rollada dentro de su mano, esa bóveda celeste, de donde la imaginacion más atrevida retrocede fatigada, dejando colgadas en su centro esas lámparas de reverbero que en noche silenciosa y despejada anuncian la grandeza del Ser que habita en ese Templo; ese mismo habia de presentarse en persona el dia de la Encarnacion en la humilde casa de María, y... esta pobre criatura no habia de *compensar* tanta merced ofreciendo al Verbo Eterno una *santidad* original?

Ese Génio que sentado en su real trono sobre el último cascaron del Universo, tocando ligeramente con su mano el centro de todos los vórtices les imprime un movimiento gigante que describen en silencio, y que cuenta como *segundos* los siglos, ciñéndose á la angosta ley de nueve meses, habia de habitar en el seno de María; y la sabiduría eterna que, no para habitar el mismo Dios, sino para contener las tablas de su Ley, dispuso que el Arca del Testamento

fuese de madera incorruptible. ¿cómo no habia de disponer que fuese incorrupta el Arca preparadá para la santidad del Dios vivo y en persona?

Ese Ser cuyo brazo sostuvo la balanza en que se pesaron las montañas y los astros en la fábrica del Universo, á cuya voz el aquilon se aquieta, y el mismo mar que rizando sus ondas de soberbia amenaza invadir la elevacion del Cielo, á su presencia se recuesta enmudecido en el abismo, ese Ser desciende apacible como el rocío sobre el Vellocino de Gedeón al seno de una mujer, y si unas entrañas siempre puras no recibieran á un Ser que tan potente se anonada tanto, Dios, entónces, no se hubiera humillado, se hubiera *envilecido*, y eso si que el mismo Omnipotente no lo puede.

Ese Génio que, sin consejo de nadie y sin auxilio, á la humanidad entera la hace ondular sobre la tierra, como barquilla sacudida por el viento en alta mar, y que trastorna tronos y los levanta nuevos repartiendo las coronas y los cetros á otros reyes, no se *atreve* á resolver por si solo si podrá llamarse hijo de una pobre criatura, y el prodigio no se obra hasta esperar si lo consiente; y si esa modesta Vírgen no fuese su casta amante desde que fué concebida, y por tanto llena de su gracia, siempre esenta de pecado, no se comprende que un ser tan encumbrado hubiera resuelto descender á sus entrañas, debiendo para eso allanarse á esperar su asentimiento.

Ese Génio de la Guerra que con su yelmo y su escudo impenetrable, tomando por espada al débil mortal hechura suya, confundió á los Faraones, y postró al Gigante Filisteo, y al Imperio Asirio lo dejó enterrado, y de elevada Columna tiró con estrépito la estátua de Nabucodonosor, y que con solo la *sombra* de su mano dejó despavorido á Baltasar en real banquete, y postró de un soplo en mitad de su carrera al hijo de Filipo, ante quien la tierra habia enmudecido de pavor; ese Génio, despojándose en presencia de una Vírgen de su armadura y su escudo terror de las batallas, y recogidos de una vez los laureles que en

la ciudad de los Monarcas de Israel, y en la inmensa Babilonia, y en el pais de las Pirámides y en toda la circunferencia de la Tierra dejó esparcidos, los regala agrupados á los piés de una oscura doncella que á poco tiempo conduce de la mano como Madre á ese tierno Hijo suyo y del Eterno Padre. Y si esa misma mujer hubiera sido esclava del Tirano del infierno por haber contraido el pecado original, ¡qué se digera de ver al Dios de los Ejércitos en brazos de una criatura que un tiempo fué la súbdita y la esclava envilecida del Imperio de Satán!!

Lectores ó no es Madre de Dios esa Mujer, ó Maria Santísima fué concebida sin la mancha conque lo es la humanidad.

Más: Dios que todo lo tiene concertado en número, peso y medida, siendo esa Virgen destinada para concebir al Salvador del mundo, para una obra tan gigante ¿qué preparativos no tendria? Dios, cuando, en lo profano, necesita de un hombre que remueva la esfera de la Tierra con la palanca de su pluma, forma un Platon; cuando un guerrero cuya presencia, á una generacion embrutecida la discipline el terror, presenta un Alejandro; y cuando quiere una inteligencia superior que presida las obras de la creacion y las *admire*, la estampa en la frente de un Newton.

Y en lo sagrado, si un pueblo rebelde y duro ha de ser internado en el desierto para sus profundos fines, prepara un Moysés que le preceda, sellando la magestad en su semblante, y en su pecho la resignacion. Para tipo de Reyes y de Santos dá un David. El que ha de ser su precusor más adelante es la virtud sin igual; y para llevar su palabra á los gentiles hace que, peculiar elocuencia que Demóstenes ni Ciceron conocen, quede sentada en los lábios de San Pablo. Por tanto, ó Dios, en el asunto más grande, dejó de obrar en su proverbial concierto, y es blasfemo, ó esa Criatura fué proporcionalmente preparada para el fin á que el Altísimo la destinaba.

Ahora bien, lectores: solo porque los Ángeles habian de acercarse á su real trono para servirle de rodillas como ministros que son, segun S. Pablo, fueron criados en gracia, en doctrina de Agus-

tino, y sería monstruoso que no hubiera sido concebido en esa gracia tambien una persona que, no servirle, si es que de su pecho habia de alimentar al Rey infante; y si el habitante del desierto, para ser nada más su precursor fué santificado en el vientre de su Madre, la Vírgen debia ser santificada desde su misma animacion; porque entre Juan que le *anuncia* y la Vírgen que le lleva en las *entrañas*, ¿hallais cosa más racional que un privilegio más sobre el Bautista? Sí el, antes de nacer, es Santo, ¿cómo nó, algo ántes, lo será la Vírgen? Si no lo fué en su misma animacion, Dios hizo *iguales* al precursor y á su Madre. Por algo no menciona el Evangelio que á la hija de Ana, antes de ser dada á luz, le aconteciese nada análogo á lo que al hijo de Isabel aconteció: ¡Cuánto dice el Evangelio aun cuando calla!

No es repugnante que Dios que manda á la corriente impetuosa del Jordan que se detenga y se detiene para pasar el Arca del Testamento, no mande á la corriente de trasmitir la culpa original que haga alto y lo haga para pasar el Arca viva? Si Dios suspende una ley del órden físico y el Arca del Testamento no se moja, ¿por qué no habia de suspender otra ley del órden de la gracia para que su Madre Santísima pasára el turbio rio de la culpa original á planta enjuta?

§. I.

Además: esa hija del Cielo venia precisamente á pelear; y Dios que para hacer más graciosa la lucha, al presentarse en el paraiso el Génio del infierno disfrazado de Dragón, dispuso que le hiciera frente esa candidísima Doncella, y que con su planta delicada y pura sugetase la cabeza de la indomable fiera, no hubiera conseguido dejar pintado, con ese golpe de luz junto á esa sombra, su pensamiento bello, si no hubiera sido siempre tan cándida y tan pura.

Mas: esa lucha felizmente inaugurada en el paraiso terrenal, en que el *candor* aplasta con su talón la cerviz á la soberbia, es lucha de santidad contra pecado; Dios, no ya como Eterno y Poderoso, sino como el Santo de los santos, ha descendido al seno de esa Mujer, y esto basta por sí solo para llamarla siempre pura, porque lectores, Dios, á quien nada importó nacer en un establo, pasar su vida en un taller de pobrísimo artesano, sufrir tantas humillaciones como pasos en su pública mision y despedirse de este mundo ingrato desde la afrenta de una cruz, no podia consentir que las entrañas en que su Santidad habia de estar ceñida fuesen otras que las de una criatura inmaculada. Porque Dios, que, teniendo en poco la grandeza humana, no dejó por eso de ser grande, no podia ménos, sin embargo, de prepararse un Templo que, aunque fuese humilde, fuese santo, siéndole posible todo, con tal de no renunuciar á ese peculiar decoro que la *santidad* exige.

Sobre todo: si esa Vírgen hubiera contraido el pecado original, tendria como efecto necesario nuestra propia condicion, y por más que un torrente de gracia se despeñara del cielo á purificar la mancha, María seria indigna de ser la Madre de Dios. ¿Cómo fermentar la ira en aquel pecho en que habia de formarse el dulcísimo carácter de Jesús? Nó, ni halagos de impureza en un alma destinada á ser la fuente cristalina del amor mas casto. Ni *sombras* de concupiscencia en el espejo del candor; ni *sombras* de raquíticos rencores en ese alcázar de la paz mas soberana. La Reina que tiene por corona el Sol, por pedestal la Luna, que la circundan las estrellas y que sugeta bajo de su planta á la serpiente del infierno, seria contradiccion que dentro de *sí* sintiera ni *rebelion* ni *esclavitud*.

¡Madre de Dios y haber contraido el pecado original...! Qué mucho, lectores, que la Sagrada Escritura no la llame *exenta* espresamente! Una palabra encontramos que vale sola por un libro escrito para honra suya. «De qua natus est Jesus» de la que nació Jesús. No hubiera dicho más David de intento en su génio creador; ni Salomon con su imaginacion lozana, ni el Autor del Apo-

calipsis en su elevacion sublime, ni el elocuente de los Apóstoles con el ardiente don de su palabra. Porque, para ser Madre del Santo de los Santos es necesario haber sido siempre santísima; para serlo del Ser más puro, se necesita ser purísima; y ser la Madre del Monarca ante quien todos los pueblos inclinan reverentes sus pendones, es ser la Reina del mundo, no como humanamente el Rey lo és, sino como reina Dios. Cuánto en bien... puede hacer el mismo Dios, su Madre tambien lo puede. ¿Omnipotente un Ser mortal? Omnipotente. Una diferencia encontrareis; Dios lo es por condicion, la omnipotencia en esa Vírgen es un *regalo* de su Hijo. Dióle por naturaleza al Hijo el ser de hombre, y en retorno le comunicó, *por gracia*, el ser de Dios. Así honró Dios á su Madre.

Sin deprimir para elevar: esa Mujer es mas que Habraham, que Isaac y que Jacob, aunque interlocutores con el Cielo. Mas que Moysés y Josué, aunque escogidos y elevados funcionarios. Más que Daniel é Isaías, aunque nuncios esclarecidos del Señor. Más que el mismo Vicario de Jesús y que el Apóstol de las gentes no no obstante su colosal mision.

Más que los Ángeles, en fin, apesar de aparecer su condicion más sublime, más á fin con la de Dios, Esa Vírgen solamente, que Jesús se considere el gran Juez, el gran Rey el gran Pontífice, que tenga la esfera del mundo en la palma de la mano, solo ella puede decir como el mismo Ser Eterno en el Jordan. «Este es mi Hijo.» Y, lectores, que esa Criatura, que como el águila se remonta hasta el empíreo, dejando en el polvo de este suelo aun á las personas mas augustas que la Santa Biblia encierra, no aventaje tambien á todas un paso de gigante con una concepcion inmaculada, y que precisamente en lo que mas rebaja nuestra condicion ó la sublima, se *equipare* y se confunda con el miserable pecador, ni se comprende.

Y esos lances ó pasages del antiguo Testamento, qué son si no figuras en que se descubren graciosos lineamentos de esa Vírgen en concepto de siempre inmaculada?

Una sombra de ella fué la singular Judit triunfante de Holofernes y libertadora de Betulia. Una sombra fué la especiosa Ester, no comprendida en el decreto de muerte contra los Judíos cautivos como ella, y no exenta solamente, sino que honrada de un Rey, cual de Dios lo fué esa Virgen. La Esposa de los Cantares embellecida con mil gracias es María, ella és la elevada Mujer del Apocalipsis que el águila de los Evangelistas alcanzó á ver circundada toda de estrellas; y en fin en el Arca de Noé, que se levantó magestuosamente sobre las aguas de la inundacion universal ¿quién no vé un Símbolo brillante de esa Virgen que se levanta y ostenta sola y se pompea al parecer, pero modesta sobre universal diluvio del pecado? Lectores: ó *nada* dicen tantos rasgos, tantos ensayos de hacer la fisonomia de esa Virgen, sobre un pergamino de tan singular valor y con pincel sin igual que empleó la mano misma del Eterno y que no empleará más terminado el gran Cuadro de la Biblia, y los santos padres unánimemente han errado, ó son anuncio espresivo de la concepcion inmaculada de esa singular Mujer.

Por eso, y por cuanto consignado queda: lo que se traslucía á través de esas figuras, que como la tenue gasa que oculta el cuadro de delicada pintura ocultaban la Virgen singular inmacula y pura, y lo que despues han creido las naciones, y los Santos Padres enseñado, y sostenido Universidades Literarias, y el Episcopado ha defendido, y acatado y protegido los Monarcas, Pio IX, cuando los representantes de la creencia universal, estaban fijando con avidez sus ojos en el fondo del Santuario, en donde la joya apetecida estaba oculta, Pio IX se levanta, se adelanta un paso, y tomando de una punta y alzando el velo que en diez y nueve siglos nadie alzára; quedó expuesta á nuestros ojos esa brillante figura de la Madre inmaculada como el rutilante disco donde vibra el Sol al desembozarse de las sombras del eclipse.

¡En el siglo XIX una declaracion de fé...!

§. II.

Bien podeis, racionalista converso, bien podeis arrojar allí á sus piés en ofrenda de cariño, todas las perlas que el Espíritu de la santidad del mundo esparció por la estension de la Biblia para simbolizar su elevacion, y llamarla el Arca del Testamento, y la Torre de David y el Trono de Salomon, y el Árbol de la vida y el Arco Iris y la Escala de Jacob. Son sus prerogativas tantas, tan preciosas, que, mas brillantes que las estrellas de la noche en la cristalina concha del firmamento azulado, centellean sus escelencias y sus dones en la serena, inmaculada frente de esa criatura impar.

Ni penseis que exageramos, porque despues de Dios, no solamente no hay, es que ni haber puede otra hechura mas sublime. Dios podrá, en verdad, criar hombres mas perfectos y ángeles mas puros; podrá de un soplo apagar su luz á las estrellas, en noche oscura y silenciosa presentar otras de mas intenso reverbero, y agrandando su circunferencia al firmamento dejar su pabellon sobre la cabeza del mortal mas sorprendente y asombroso. Pero en el Cielo de ese nuevo mundo, una Mujer será siempre, como el Iris, el meteoro mas brillante y mas gracioso, hermanando en zonas de vivísimos colores, la santidad con la hermosura, la pureza con los atractivos del amor, el candor con la prudencia, y con el valimiento de Reina omnipotente, la modestia de una esclava. Es la criatura inmaculada por ser la Madre de Dios y su poder quedó agotado para obrar cosa mejor.

Virgen inocente y pura, un tiempo fuiste destinada á deborar dolores y beber tus lágrimas amargas, y eso solo era el anuncio seguro de una exaltacion estraordinaria: en la tierra nada hay alto, la *exaltacion* está en el Cielo. Solo el sufrimiento es grande: mar de amargura fué vuestro delicado corazon toda la vida; pero la Madre de Dios en la cima del Calvario...! Objeto de todas las miradas, blan-

co de todos los insultos y carcajadas soeces, vilipendio de todos los espectadores..., callando frente á la Cruz de su Hijo y de su Dios...!!!

Basta de ignominia, angelical criatura, basta: no erais conocida tan elevada cual sois. Faltábaos dejar la tierra.

Ahora, en cambio, ante tu *efigie* labrada por el mortal, las naciones doblan su rodilla, los ejércitos inclinan sus pendones y los Monarcas descubren reverentes su cabeza.

Esto en la Tierra... que en el cielo, esparcen á vuestros pies sus lirios los coros de las Vírgenes, los Confesores arrojan sus coronas y agrupan los Mártires sus palmas.

Sí, en vuestra presencia la Tierra se prosterna, se alegra el Cielo y el Infierno tiembla.

Desgraciada humanidad racionalista! Saber que en la Tierra existió y en el cielo existe viva la madre del Salvador! ¡Dios con Madre, y en tu bien! Aquí si que hay cosas que á la razon superan, pero que embelesan á su vez á la razon! Aquí si que hay maravillas que al corazon estragado causan pena, pero que son verdadero encanto al corazon!

Nuestra religion es toda historia, toda real. No es abstraccion, porque no existe en el pensamiento sólo; ni sementalismo mero, porque no existe en vaga inclinacion del interior; ni creacion de fantasía, porque no la creó ningun Poeta sinó Dios, y Dios-Hombre la fundó. Es comercio, es sociedad, es trato, todo entre Tierra y Cielo: tiene de humano lo nuestro, de divino lo de Dios. Queriendo con el hombre toda union, Dios toma hasta corazon para ser como él en todo, naciendo de una Mujer para tener Madre como él, y en conocido lugar, y fecha espresa, y viven como Hijo y Madre, y el mundo todo los vé, y el Hijo nos redime en una Cruz y la Madre con su martirio prolongado.

Lector: la idea de un Dios oculto en la frente de Jesús, por llano y dulce que sea, al hombre le impone y aun le aterra. Y para que nada falte á su grandioso plan, ha *combinado*, con lo sublime de un Dios que le rescata, la belleza de ternura, de candor, de maternal cariño de una Vírgen toda amor que en cada mortal vé un

hijo. Un hijo á quien amparar y aliviar y dar consuelo, así en las tentaciones y tormentas del corazon de cristiano, como en la desazon, y angustia y situacion desolada de la vida; ó inspirando en lance de prosperidad humana, con su ejemplo y finísimos avisos interiores, esa templanza y sobriedad de corazon en todo goce, con que, *usando* desprendido, nunca abusa, ni sensual, ni vano, ni entumecido.

Y el corazon más grande y más hermoso, con dones hasta infinitos en sus manos, *mecida* entre la dicha y el poder ¡qué no hará en bien de desterrados..., de su misma condicion, paisanos, parientes, hijos suyos...!

Racionalista humanidad estéril! Pues no has de serlo si te privas del orígen más fecundo de todo lo grande y bello! Nó; no os concedemos, ni á vuestra razon, *sublime*, ni á vuestro corazon, *belleza*, ni encanto, ni bien vivir, sin ese bello ideal de la *razon* que ella no crea, del *corazon* que no lo ama; y en fin del pecho que vive y muere desabrido y en tortura sin ese centro apacible de la dicha, aun en el mundo, que la humanidad busca sedienta sin que la goce jamás, porque no está sazonada con ese jugo sabroso de la alegria del alma; y fuera del plan divino, la busca en vano el mortal; donde Dios no ha vinculado la verdadera *alegría*, la dicha no hay que buscarla.

Y el plan de Dios lo sabeis, y el complemento más grato, más ingenioso y adecuado para la infeliz humanidad lo constituye su Madre, la Vírgen inmaculada. Y quien en *tal* Vírgen no crea, ni de su bondad espere, ni de su pecho beba amor, no sentirá todo su mal en su vivir desabrido; su terrible mal está en que reniega... del catolicismo entero; católico no lo és, ó jamás lo fué, ó apostató. La eternidad del condenado espere; en el Cielo no entrará.

Ser inmortal: Tú que no pudiste por tí solo dejar probado ni aun el hecho de tu existencia propia, tú que, de concesion en con-

cesion, has ido reconociendo y confesando con nobleza una á una las verdades más ocultas de todo el catolicismo, tú que, al fin, á tu carne de *tierra* y á tus huesos los reconoces *inmortales*, y al Eterno y al Inmenso le concedes *Madre* que, cual la *tuya*, vivió, y hoy está en su compañia para alegria del Cielo, derramando de sus manos limpios arroyos de variados dones sobre la frente misma de la ingrata humanidad, di, á nuestro nombre, á todo el mundo estas palabras:

«Hombre inmortal hasta en tus huesos: podrán los hombres suprimir el Catolicismo entero: sus dogmas, su moral, su Iglesia; podrán decirle al Salvador *eres un hombre* y al Criador *no reconozco* á quien no veo; podrán suprimirlo todo sí, pero sin quererlo ni pensarlo ellos, sin que el mismo Dios y Señor pueda ceder ó transigir, la pena eterna, y el eterno premio prometido á *todo el* hombre, permanecerán sin suprimir. Hediondo ó puro, ese mismo cuerpo dejará el sepulcro para recibir su merecido. Del Cielo estará pendiente una espada de justicia sobre la cabeza rebelde al plan de Dios, y sobre la frente del atento y dócil descenderá una corona.»

El último desenlace en el plan divino.

La Iglesia docente ha terminado su mision para con la humanidad entera. Dios ha dejado al hombre con la llave del cielo en la palma de una mano y la del infierno en otra.

El abuso de la libertad que en el plan que se realiza en esta vida, en vez de trastornarlo, forma, sin quererlo él su complemento, sirve tambien de complemento al plan que patentemente se ve ya realizado en el último desenlace en la futura.

Aquí, la bondad de Dios *rinde* á la perfidia del hombre, que vencida bajo la planta de aquella celestial figura le sirve de pe-

destal su frente. La bondad divina, ha llamado á su presencia al mundo entero tan pronto como su autor se presentó cuando era Niño: alzada luego su Iglesia, abierta la dejó y abierta está desde entónces á los cuatro puntos cardinales de la tierra: incesantemente está llamando al infiel, al judío, al apóstata, al cismático, al incrédulo, para que vengan unos, para que vuelvan otros á su seno.

Siempre hubo, sin embargo, hombres, desde entónces, y los hay que, indiferentes á su noble llamamiento, frios, obstinados, empedernidos, ingratos y hasta audazmente hóstiles, le privan del consuelo de abrazarles en su seno cariñoso, causándole, á más, en sus entrañas paternales la honda pena de ver á sus hijos morir uno á uno, morir rebeldes sin haberlos tenido junto á sí, y habiendo de sentenciarlos por sí mismo, y condenarlos á suplicio eterno.

En esa Iglesia de cuya grandiosa puerta sale una dulce voz diciendo: «Jesús llama y espera al ingrato durante toda su vida,» está patente el atributo *bondad*. En esa Iglesia en cuya misma puerta, junto á esa figura de apacible rostro y dulce voz, hay otra digna figura diciendo en tono severo: «Fuera de esta Iglesia no puede salvarse nadie,» está patente el atributo *justicia*. Á cierta altura sobre la bondad y la justicia, que, dándose la mano, dejan pasar á la humanidad por delante, entre ó no entre en su recinto, respetando su albedrío, está la *sabiduría*.

Estas tres inscripciones de la Iglesia militante, esos tres atributos, y sobre todo el del *poder* que realiza, pasan tan desapercibidos casi, como si realmente no existieran.

Ese grandioso plan que en la Tierra vá desarrollándose cada dia, cada instante, y llevando á cumplimiento con rigurosa fijeza, el creyente lo ve solo á *traves* de los velos de la fé; el incrédulo, absolutamente *no lo vé*,

De uno en uno el que desaparece de esta vida comprende claro lo que veia débil, ó se persuade otro de lo que jamás quiso saber; pero lo saben solamente para ellos, y el plan que aquí se vá llevando á ejecucion, continúa oscuro á muchos, á muchos más des-

conocido, y hay quien lo niega negando á mas los atributos que lo inspiraron y lo cumplen, y aun quien *suprime* al mismo Dios. Y la sabiduría y la bondad, y la justicia y el poder, empleado todo en bien del hombre, sufre Dios que ni vean gratitud, ni aun se acaten, ni conozcan, ni aun le sean concedidos.

Un dia habia de sonar y sonará en el reloj de la eternidad la última hora de *esperar* y de *sufrir*, y al acabar de sonar el golpe en fúnebre vibracion que oscila en todo el espacio, hed ahí comenzando pavorosa la colosal catástrofe del universo; las columnas del firmamento tiemblan, el equilibrio falta, el firmamento se desploma; y á su primer estampido sublimemente terrible la humanidad palidece y en aquella actitud en que el estallido la sorprende, queda estática de muerte: la luna, el sol y las estrellas han apagado de súbito sus luces, solo el silencio y el terror quedan sentados sobre el túmulo del universo amortajado.

En el fondo de ese silencio y de esa oscuridad que aterran, se presenta de improviso como en el resto de inmenso incendio que acabó, una grandiosa inscripcion de apacible blanca llama: *aquí gozan reunidos todos los leales al Señor:* á gran distancia, igual altura y paralela, pero de fuego turbio y rogizo: *aquí sufren eternamente los ingratos á su Dios*. Mas alto, allá en el centro de esa gran distancia á cuya derecha é izquierda alejadas, brillan ambas inscripciones cual dos alas uniformes de colosal edificio de *aire* y *fuego* en *fondo* de noche oscura, se descubre el *Solio ardiendo* de la augusta Trinidad, vestida de resplandores, debajo de cuyos pies cayendo un rio de luz en deslumbrante cascada sin saber donde ha parado; en efluvios de claridad de mil matices infinitamente mas graciosos que los de espuma en la del Niágara heridos por la luz del sol, ascendiendo nuevamente lo circundan, envuelven en luz deshecha todo el trono y á la vez lo transparentan.

Por último, sobre el mismo Solio, listada de nieve y grana, una parábola semejante á la del Iris con todas las dulces tintas de sus zonas, pero de una estension que ese arco, el mas grande que aparece á los ojos del mortal, es menos que miniatu-

ra, guardando debajo de su bóveda el grupo de las Tres personas, *ostenta*, simétricas, en su punto culminante estas palabras en caractéres colosales de reverberante llama: *Bondad, Justicia, Sabiduría, Omnipotencia,* con una *corona* cada una, de chispeantes colores, cual si fueran de *laurel*.

FIN DE LA SECCION TERCERA.